

AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

erin watt



CUANDO ES
REAL

OZ
EDITORIAL

CUANDO ES REAL

ERIN WATT

Traducción de Tamara Artega y Yuliss M. Priego



CUANDO ES REAL

V.1: junio, 2018

Título original: *When it's Real*

© Erin Watt, 2017

© de la traducción, Tamara Arteaga, 2018

© de la traducción, Yuliss M. Priego, 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Sandra Cunningham/ Stocksy

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-17525-05-7

IBIC: YFM

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita utilizar algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Cuando es real

Fiestas, riqueza, fama y una historia de amor digna de Hollywood

El cantante Oakley Ford lo tiene todo: éxito, fama, premios, dinero, millones de seguidores... y una asombrosa habilidad para meterse en problemas. Ahora mismo su carrera está estancada y necesita desprenderse de la imagen de chico malo para que Donovan King, el mejor productor musical del país, acceda a trabajar con él.

Oakley se propone demostrar al mundo que ha madurado y la solución pasa por mantener una relación estable con una chica «normal y corriente». ¿Y quién mejor para ayudarlo que Vaughn, una camarera de lo más normal? Vaughn y Oakley fingirán ser pareja para que todos crean que el cantante ha sentado la cabeza, pero ninguno de los dos esperaba enamorarse de verdad.

Cuando la realidad supera la ficción, debes escuchar tu corazón

«¡Una novela divertidísima y adictiva!»

Katie McGarry, autora de *Say You'll Remember Me*

«Una historia llena de acción y muy ágil, de esas que te obligan a no cerrar el libro.»

School Library Journal

«En cuanto comencé a leer las primeras páginas, me enamoré del libro. Erin Watt tiene una voz fresca y adictiva que te obliga a seguir leyendo.»

Aestas Book Blog

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre Cuando es real

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo

Sobre la autora

Para Margo.

Te queríamos antes de que comprases el libro y te queremos todavía más después de ayudarnos a pulir este manuscrito hasta convertirlo en la joya que ahora es.

Gracias por ser nuestra editora, nuestra animadora y nuestra amiga.

Capítulo 1

ÉI

—Por favor, dime que todas son mayores de edad.

—Todas son mayores de edad —repito a mi agente, Jim Tolson, tal y como me había pedido.

La verdad es que no tengo ni idea de si es así. Cuando llegué a casa anoche del estudio, la fiesta ya había empezado. No me preocupé de pedir el carné de identidad a la gente antes de pillar una cerveza y hablar con varias chicas impacientes a las que, según decían, les gustaba tanto mi música que incluso cantaban mis canciones mientras dormían. Aquello sonaba como una invitación, pero no estaba interesado. Mi colega Luke me las quitó de encima y, después, deambulé por la sala e intenté reconocer a la gente que estaba en mi casa.

Solo conté a siete personas que realmente conociese.

Jim frunció los labios antes de sentarse en la tumbona frente a mí. Había una chica dormida en ella, así que tuvo que colocarse en el borde. Jim me dijo una vez que el mayor peligro de trabajar con una joven estrella del *rock* es la edad de sus *groupies*. Sentarse tan cerca de una adolescente en bikini le ponía nervioso.

—Acuérdate de esa frase por si los del programa de TMI te preguntan hoy en la calle —me advierte Jim.

—Me lo apunto.

También me apunto que hoy tengo que evitar cualquier lugar que

frecuenten los famosos. No quiero que me hagan fotos.

—¿Qué tal anoche en el estudio?

Pongo los ojos en blanco. Como si Jim no hubiera llamado al técnico de sonido en cuanto me fui para que le contara todos los detalles.

—Sabes exactamente cómo fue. Una mierda. Peor que eso. Creo que un chihuahua ladrando cantaría mejor que yo ahora mismo.

Me echo hacia atrás y me toco la garganta. A mis cuerdas vocales no les ocurre nada. Jim y yo fuimos al médico para que les echaran un vistazo hace unos meses. Pero a las notas que entonaba ayer... les faltaba algo. Últimamente toda mi música me parece monótona.

No he grabado nada decente desde mi último disco. No soy capaz de dar con el problema. Podría ser la letra, el ritmo o la melodía. Es todo y no es nada a la vez, y por mucho que haya cambiado cosas, nada ayuda.

Paso los dedos por las seis cuerdas de mi Gibson, a sabiendas de que mi cara refleja la frustración que siento.

—Venga, vayamos a andar un rato.

Jim señala con la cabeza a la chica. Parece dormida, pero podría estar fingiendo.

—No sabía que te gustaran los paseos por la playa, Jim. ¿Nos recitamos poesía antes de que me propongas matrimonio? —bromeo. Pero probablemente tenga razón sobre lo de alejarnos de la *groupie*. No necesitamos que una fan chillona hable de mi bloqueo musical a la prensa. Ya les doy demasiado de qué hablar.

—¿Has visto las últimas cifras de seguidores de tus redes sociales? —Alza el móvil.

—¿Es realmente una pregunta?

Nos detenemos en la barandilla de mi terraza cubierta. Ojalá pudiéramos andar por la playa, pero es pública y la última vez que intenté poner un pie en la arena de la parte de atrás de mi casa, regresé con el bañador rasgado y la nariz ensangrentada. Eso fue hace tres años. La prensa lo convirtió en una historia en la que me peleé con mi ex y aterroricé a varios niños.

—Pierdes unos mil seguidores a la semana.

—Suena fatal. —De hecho, suena genial. Quizá así por fin pueda disfrutar de mi propiedad frente a la playa.

Su perfecta cara sin arrugas —gracias a los mejores cirujanos plásticos suizos que el dinero es capaz de contratar— refleja su irritación.

—Esto es serio, Oakley.

—¿Y qué? ¿A quién le importa que pierda seguidores?

—¿Quieres que te tomen en serio como artista?

¿Esta charla de nuevo? La he oído un millón de veces desde que Jim firmó un contrato conmigo cuando yo tenía catorce años.

—Sabes que sí.

—Entonces has de ponerte las pilas —vocifera.

—¿Por qué?

¿Qué tiene que ver «ponerse las pilas» con crear buena música? En todo caso, necesito ser más salvaje, extender los límites de todo en esta vida.

Pero... ¿no lo he hecho ya? Siento que en los últimos cinco años me he emborrachado, he fumado, ingerido y experimentado casi todo lo que puede ofrecer el mundo. ¿Soy ya una estrella del pop acabada antes de cumplir los veinte?

Un ramalazo de miedo me sacude al pensarlo.

—Porque tu discográfica está a punto de despedirte —me advierte Jim.

Casi aplaudo como un crío al oír la noticia. Llevamos meses en desacuerdo.

—Que lo hagan.

—¿Cómo crees que grabarás el siguiente disco entonces? El estudio ha rechazado tus dos últimos intentos. ¿Quieres experimentar con el sonido? ¿Que tus letras sean poesía? ¿Escribir otra cosa que no sea sobre desamor y chicas bonitas que no te quieren?

Miro al agua malhumorado.

Él me agarra del brazo.

—Presta atención, Oak.

Lo miro con ojos de «¿Qué demonios haces?» y él me suelta. Ambos sabemos que no me gusta que me toquen.

—No dejarán que grabes el disco que quieres si sigues perdiendo seguidores.

—Exacto —digo con una sonrisa burlona—. Entonces, ¿qué me importa que la discográfica me despida?

—Las discográficas existen para crear dinero, y no producirán tu próximo disco a menos que sea uno que puedan vender. Si quieres ganar otro Grammy, si quieres que te tomen en serio, tu única posibilidad es reformar tu imagen. No has sacado ni un disco desde que tenías diecisiete años, y eso fue hace dos años. Eso es como una década en el negocio musical.

—Adele sacó un disco a los diecinueve y otro a los veinticinco.

—No eres la puñetera Adele.

—Soy mejor —digo, y no es por presumir. Ambos sabemos que es verdad.

Desde que mi primer disco salió cuando tenía catorce años, he tenido un éxito increíble. Cada disco ha sido doble platino, y el titulado *Ford*, por mi apellido, llegó al rarísimo disco de diamante. Aquel año, mi gira tuvo treinta paradas internacionales, todos los conciertos se celebraron en estadios y se agotaron todas las entradas. Hay menos de diez artistas en el mundo que hacen giras en estadios, el resto quedan relegados a actuar en estadios deportivos pequeños, auditorios, discotecas o salas.

—*Somos mejores* —me corrige Jim sin rodeos—. De hecho, estás a punto de ser un artista olvidado a los diecinueve años.

Me tenso cuando menciona mi anterior miedo.

—Felicidades, chico. Dentro de veinte años estarás sentado en una silla en *Hollywood Squares* y un niño le preguntará a su madre: «¿Quién es Oakley Ford?» y la madre le responderá...

—Lo pillo —respondo con firmeza.

—No, no lo pillas. Tu existencia habrá sido tan breve que la madre se girará hacia su hijo y le dirá: «No tengo ni idea de quién es». —La voz de Jim se convierte en un ruego—. Mira, Oak, quiero que tengas éxito con la música que quieres hacer, pero tienes que poner de tu parte. La industria está liderada por un montón de viejos blancos hasta arriba de cocaína y poder. Les encanta machacar a los artistas, incluso les pone. No les des más razones para decidir que te despidan. Eres mejor que todo eso. Creo en ti, pero tú también tienes que empezar a hacerlo.

—Creo en mí mismo.

¿Le ha sonado tan falso a Jim como a mí?

—Entonces actúa como tal.

Traducción: madura.

Estiro la mano y cojo el móvil que me tiende. La cifra de seguidores al lado de mi nombre todavía tiene ocho dígitos. Millones de personas me siguen y se creen todas las cosas ridículas que mi equipo publica a diario. Fotografías de mis zapatos, mis manos... Tío, esa publicación llegó al millón de «Me gusta» e hizo que se publicara el mismo número de historias ficticias. Esas chicas tienen una imaginación muy vívida. Una imaginación vívida y *sucia*.

—¿Qué sugieres entonces? —murmuro.

Jim suspira de alivio.

—Tengo un plan. Quiero que salgas con alguien.

—No. Ya hemos intentado el plan de la novia.

Cuando se lanzó *Ford*, mi equipo me juntó con April Showers. Sí, ese es su nombre real, lo vi en su carné de conducir. April era una estrella televisiva en alza y todos pensamos que sabía cómo iba el juego. Una relación falsa para que nuestros nombres estuvieran en la portada de revistas y como titular en las páginas web de cotilleos. Sí, nos odiarían en ciertos rincones, pero la atención mediática ininterrumpida y la especulación servirían para que la visibilidad fuera ilimitada. Nuestros nombres estarían en boca de todos de aquí a China.

La estrategia de prensa funcionó a la perfección. No podíamos ni estornudar sin que nos hiciesen fotografías. Dominamos los cotilleos de famosos durante seis meses, y la gira de *Ford* fue un éxito arrollador. April estuvo en primera fila de más desfiles de moda de los que yo siquiera conocía y firmó un importante contrato de dos años como modelo con una empresa de renombre.

Todo iba genial hasta el final de mi gira. Lo que ni yo ni el resto vimos fue que, si juntabas a dos adolescentes y les decías que fingieran estar enamorados, algo pasaría. Y algo pasó. ¿Cuál fue el único problema? Que April pensaba que ese algo seguiría pasando una vez finalizada la gira. Cuando le dije que no, se enfadó, y contaba con una gran plataforma para contarle al mundo exactamente cómo se sentía.

—Esto no será como lo de April —me asegura Jim—. Queremos atraer a esas chicas que sueñan con caminar por la alfombra roja pero piensan que están fuera de su alcance. No queremos a una modelo o a una estrella.

Queremos que tus seguidores crean que eres «alcanzable».

En contra de mi buen juicio, pregunto:

—¿Y cómo lo haríamos?

—Buscamos a una chica normal. Empieza a mandarte mensajes en tus cuentas de redes sociales. Tontea contigo por internet y, mientras, la gente os ve interactuar. Después la invitas a un concierto. Os conocéis, os enamoráis y ¡bum! De vuelta al estatus de rompecorazones serio.

—Mis fans odiaban a April —le recuerdo.

—Algunas sí, pero había millones que la adoraban. Muchos millones más de fans te querrán si te enamoras de una chica normal, porque cada una de esas chicas pensará que es su suplente.

Aprieto la mandíbula.

—No.

Si Jim idease una forma de torturarme sería esta, porque odio las redes sociales. Mis primeros pasos fueron fotografiados y vendidos al mejor postor. Mi madre afirmó después que era para la beneficencia. El público ya ve mucho de mí y quiero mantener partes de mi vida en privado, por eso le pago una fortuna a un par de personas para que no salgan a la luz cosas como esas.

—Si lo haces... —Jim se detiene para llamar mi atención—... King producirá tu disco.

Giro la cabeza tan rápido que Jim pega un bote de la sorpresa.

—¿En serio?

Donovan King es el mejor productor musical del país. Ha trabajado con todo tipo de música, desde el rap o la música *country* hasta discos de *rock*, y ha convertido a artistas en leyendas. Una vez leí una entrevista en la que decía que nunca trabajaría con una estrella del pop y su música comercial y sin alma, por mucho dinero que le pagasen.

Trabajar con King es uno de mis sueños, pero ha rechazado cada propuesta que he hecho.

Si no le interesó producir *Ford*, ¿por qué este último disco sí? ¿Por qué ahora?

Jim sonrío. Bueno, tanto como su cara artificial se lo permite.

—Sí. Dijo que si ibas en serio, le interesaría, pero necesita poder confiar en ti.

—¿Y una novia hará que confíe en mí? —pregunto, incrédulo.

—Una novia no. Es lo que significa salir con una chica normal, que no es famosa. Demostraría que eres un tío centrado, que haces música porque te gusta, no por el dinero ni la fama.

—Soy un tío centrado —protesto.

Jim responde con un bufido. Señala con el pulgar las puertas correderas detrás de nosotros.

—Dime una cosa, ¿cómo se llama la chica que está ahí dormida?

Intento no encogerme.

—No... no lo sé —murmuro.

—Eso pensaba. —Frunce el ceño—. ¿Quieres saber qué estaba haciendo Nicky Novak anoche cuando lo fotografiaron?

Me daba vueltas la cabeza.

—¿Qué demonios tiene que ver Novak con todo esto?

Nicky Novak es una estrella del pop de dieciséis años que no conozco. Su *boyband* acaba de lanzar su primer disco y, por lo visto, encabeza las listas de reproducciones. El grupo desafía a 1D.

—Pregúntame qué estaba haciendo Novak —insiste Jim.

—Vale, como quieras. ¿Qué estaba haciendo Novak?

—Jugar a los bolos. —Mi agente se cruza de brazos—. Lo fotografiaron en una cita en la bolera con su novia, una chica con la que sale desde primaria.

—Bueno, me alegro por él. —Vuelvo a poner los ojos en blanco—. ¿Quieres que vaya a la bolera entonces? ¿Crees que *eso* convencerá a King para trabajar conmigo? ¿Hacer rodar varias bolas sucias?

Me resulta difícil hablar sin ser sarcástico.

—Te acabo de decir lo que quiero —gruñe Jim—. Si quieres que King produzca tu disco, necesitas mostrarle que eres serio, que estás listo para dejar de montar fiestas con chicas cuyos nombres no conoces y sentar la cabeza con alguien que te centre.

—Se lo podría decir.

—Necesita pruebas.

Vuelvo a fijar la vista en el océano y permanezco así durante un rato, observando cómo las olas rompen en la playa. El disco en el que he trabajado

durante dos años... no, en el que *he intentado* trabajar sin éxito, parece estar de repente a mi alcance. Un productor como King podría ayudarme a superar este bloqueo creativo que tengo para componer la música que siempre he querido.

¿Y, a cambio, todo lo que tengo que hacer es salir con alguien normal? Supongo que puedo hacerlo. Es decir, todo artista debe hacer sacrificios por su arte alguna vez en su vida.

¿No?

Capítulo 2

Ella

—No.

—No has oído lo que tengo que decir —razona mi hermana.

—No hace falta. Tienes *esa* mirada. —Saco el beicon del microondas y echo cuatro tiras en cada plato.

—¿Qué mirada? —Paisley observa su reflejo en la parte de atrás de la cuchara que he usado para remover los huevos.

—La que dice que no me va a gustar lo que me vayas a decir. —Me detengo al terminar de servir el resto del desayuno de los gemelos en los platos—. O que soy demasiado joven para entenderlo.

—Ja. Todos sabemos que eres más madura que la mayoría de adultos. Ojalá fueses más impulsiva. Facilitaría las cosas.

—¡El desayuno está listo! —grito.

El ruido de pisadas en la escalera hace que Paisley suspire. Nuestros hermanos pequeños son muy ruidosos, ingieren una cantidad de comida increíble y todo nos resulta bastante caro. Lo único que puedo decir es: gracias a Dios por el nuevo trabajo de Paisley. Apenas nos mantenemos a flote, aunque Paisley ha obrado milagros con el poco dinero del seguro de vida que nos dejaron nuestros padres. Yo apporto algo de dinero con mi trabajo de camarera en Sharkey's, pero no nos sobra mucho. Spencer y Shane insisten en que no nos tenemos que preocupar por su matrícula de la universidad porque planean conseguir una beca deportiva que cubra los gastos por

completo. Pero a menos que sea por una competición de comida, no cuento con ello.

Al tiempo que los gemelos devoran el desayuno, Paisley llena sus vasos de leche y coloca una servilleta junto a sus platos. Ojalá la usen en lugar del trapo de cocina, aunque tampoco lo espero.

Bebo de mi café con leche y mientras tanto, observo a mis hermanos de doce años devorar lo que será la primera de sus seis comidas al día. Mientras gruñen por las cortas vacaciones de Navidad, pienso en lo genial que es no haber tenido clase este año, no como ellos.

—Vaughn —me llama Paisley urgentemente—. Todavía tengo que hablar contigo.

—Ya te he dicho que no.

—Lo digo en serio.

—Vale. Habla.

—Fuera. —Señala la puerta de atrás con la cabeza a los gemelos.

—No vamos a escucharos —dice Spencer.

Shane asiente porque ese es su proceder; Spencer habla y Shane lo apoya, aunque realmente no esté de acuerdo.

—Fuera.

El movimiento de cabeza de Paisley parece doloroso esta vez, así que tengo piedad de ella.

—Tú primero.

La puerta con tela metálica se cierra tras salir. Doy un sorbo a mi bebida, la cual se está enfriando rápido, mientras observo cómo Paisley busca las palabras necesarias, lo cual me preocupa porque Paisley nunca se queda sin palabras.

—Vale, quiero que me escuches. No digas nada hasta que haya terminado.

—¿Has bebido demasiados Red Bull esta mañana? —inquiero. Ambas sabemos que Paisley es una especie de adicta a la cafeína.

—¡Vaughn!

—Vale, vale. —Hago el gesto de cerrar la boca con una cremallera—. No diré una palabra más.

Ella pone los ojos en blanco.

—Eso hay que hacerlo después de la última palabra, no antes.

—Detalles, detalles. Ahora, habla, que he prometido no interrumpirte.

Paisley toma aire.

—Vale, ya sabes que por fin me han dado mi propio cubículo en el trabajo y no tengo que compartirlo con esa otra asistente, ¿no?

Asiento. «Ellos» son sus jefes de Diamond Talent Management. Oficialmente, su puesto es el de asistente general de marcas, pero técnicamente es una recadera con pretensiones; va a por el café, hace un montón de fotocopias y pasa muchísimo tiempo programando reuniones. Juro que la gente para la que trabaja se reúne más que las Naciones Unidas.

—Bueno, pues mi cubículo tiene un pequeño tablón de anuncios en la pared. Se me permite poner fotos y ayer coloqué algunas. Ya sabes, como la de mamá y papá que nos encanta, esa en la que salen besándose en el paseo marítimo. Y aquella de los gemelos en el campamento de béisbol. Y también colgué la que te hice en la hoguera de la playa en tu cumpleaños el mes pasado.

Trato de evitar el impulso de sacudir la mano para decirle que se dé prisa. Paisley tarda mucho en ir al grano.

—¡Bueno, pues eso! Jim Tolson pasaba por al lado de mi cubículo...

—¿Quién es Jim Tolson? —pregunto, rompiendo mi voto de silencio.

—Es el hermano de mi jefe. Es el representante de algunos de los músicos más importantes del mundo. —Paisley está tan entusiasmada que tiene las mejillas sonrojadas—. Bueno, pues pasa y ve tu foto en mi tablón y me pregunta si la puede coger un momento...

—¡Uf! *No* me gusta cómo pinta esto.

Me mira mal.

—No he terminado. Me has prometido quedarte callada hasta que acabase.

Me trago un suspiro.

—Lo siento.

—Y yo le digo que vale, pero que la traiga de vuelta porque es mi foto favorita de mi hermana pequeña. Así que se lleva la foto y se mete en el despacho de su hermano durante un rato. Allí hay muchos asistentes y todos hablan de tu foto...

Vale, *ahora* es cuando no me gusta a donde conduce esto.

—Pasa algo gordo en la agencia —añade Paisley—. No sé qué es, porque soy una mera asistente, pero el señor Tolson no ha dejado de entrar y salir de la oficina, lleva discutiendo con su hermano toda la semana y hasta se reúnen en la sala de reuniones en secreto.

Juro que si no va al grano pronto me volveré loca.

—Entonces, al terminar mi turno, mi jefe, Leo, me cita en el despacho de Jim y empiezan a preguntarme sobre ti. —Ha debido de ver mi expresión de preocupación porque no tarda en tranquilizarme—. Nada muy personal. Jim quería saber cuántos años tienes, qué te gusta, si has tenido problemas con la justicia...

—Eh, ¿qué?

Paisley bufa en señal de molestia.

—Quería asegurarse de que no eres una delincuente.

Me da igual el voto de silencio. Me siento demasiado confusa como para mantenerme callada.

—¿Y ese agente por qué...?

—Representante —me corrige.

—Representante. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Por qué le intereso tanto a ese representante? Has dicho que representa a músicos, ¿acaso quiere ficharme? Le has dicho que no se me da bien cantar, ¿no?

—Por supuesto. Esa ha sido una de sus preguntas, si tenías «aspiraciones musicales». —Forma comillas con los dedos—. Se puso bastante contento cuando le dije que: a) no eres música y b) quieres ser profesora.

—¿Entonces es para que sea su pareja? Porque qué asco, ¿cuántos años tiene ese tío? —pregunto con incredulidad.

Hace un gesto con la mano.

—Tiene treinta y algo, creo. Y no es eso.

—¿Hay un *eso*? Porque me lo empiezo a preguntar.

Paisley se detiene un momento. A continuación suelta las siguientes palabras sin respirar.

—Quieren que finjas ser la novia de Oakley Ford este año.

Escupo saliva y café templado en las escaleras de hormigón.

—¿Qué?

—Te prometo que no es tan malo como suena.

Se pasa una mano por su pelo negro, cortado a la altura de los hombros, y me doy cuenta por primera vez de tiene el pelo de punta a los lados. Normalmente, Paisley tiene un aspecto impecable, desde su brillante coronilla hasta la punta de las bailarinas a las que saca brillo todas las noches.

—El señor Tolson cree que eres perfecta para el trabajo —me dice—. Comentó que eras guapa pero no de forma exagerada. Más como una chica natural y del montón. Te describí como una chica con los pies en la tierra, y él cree que eso complementará a Oakley, porque puede ser muy intenso a veces...

—Vale, rebobina —la interrumpo—. ¿Hablas de Oakley Ford, la estrella del pop? ¿Oakley Ford, el tipo con tantos nombres de mujeres tatuados en su cuerpo que parece una guía de las antiguas modelos de Victoria's Secret? ¿Oakley Ford, el que trató de quitarle los pantalones a un monje de Angkor Wat y casi provoca un incidente internacional? ¿Ese Oakley Ford?

—Sí, ese. —Arruga la nariz—. Y solo tiene un nombre de mujer tatuado, el de su madre.

Alzo una ceja.

—¿Te lo ha dicho él o le has hecho una inspección personal?

Oakley tiene diecinueve años y Paisley, veintitrés, así que supongo que *podría* pasar, pero es un poco asqueroso. No porque él sea más joven, sino porque Paisley es demasiado guay como para ser una más en la lista de un *celebridiota*.

—*Puaj*, Vaughn.

—Mira, si lo dices en serio, la respuesta sigue siendo no. De hecho, hay tantas razones por las que negarme que no sé si tendré tiempo de enumerarlas todas. Pero te diré una: ni siquiera me gusta Oakley Ford.

—Pusiste su disco una y otra vez durante tres meses.

—¿Cuándo tenía *quince años!* Oakley Ford fue una fase. Como los colgantes de mejores amigas y Hannah Montana. Además, sus payasadas dejaron de resultarme atractivas. Después de la décima foto liándose con una tía cualquiera en una discoteca, empecé a verlo como un baboso.

Paisley se vuelve a pasar la mano por el pelo.

—Sé que es tu año sabático. Y quiero que lo tengas, te lo juro. Pero esto no te llevará mucho tiempo. Quizá una o dos horas cada dos días. Un par de noches. Un par de fines de semana. Es igual que tu trabajo de camarera en

Sharkey's.

—Esto... ¿no te olvidas de algo?

Paisley parpadea.

—¿Qué?

—¡Tengo novio!

—¿W?

—Sí, W.

Por alguna razón, Paisley lo odia. Dice que su nombre es estúpido y que él es estúpido, pero yo lo quiero de todas formas. William Wilkerson no es el mejor nombre que le puede tocar a alguien, pero eso no es culpa suya. Por ello lo llamamos W.

—Debe de haber docenas de chicas que quieran fingir salir con Oakley Ford. ¿Y por qué necesita una novia falsa? Podría caminar por el Four Seasons de Wiltshire, señalar a la primera chica que conduzca por su lado y tenerla en una habitación de hotel en cinco segundos.

—Ese es el problema. —Alza los brazos—. Ya han intentado antes lo de la novia de mentira, pero ella se enamoró de él y él le rompió el corazón. Creo que la mitad de la publicidad negativa que tiene es por ella.

—¿Te refieres a April Showers? —Doy un grito ahogado—. ¿Eso fue de mentira? Vaya, yo creía en ShOak. Mis sueños de niña a la basura —digo, medio en broma. Los quince fueron complicados para mí, y no solo porque fue cuando mis padres fallecieron.

Paisley me pega en el hombro.

—Acabas de decir que no te cae bien.

—Bueno, no después de que engañase a April con la modelo de bañadores brasileña. —Me muerdo el labio—. ¿En serio era una farsa?

—En serio.

Mmm. Puede que tenga que recapacitar sobre Oakley.

Aunque eso no significa que quiera ser su siguiente novia de mentira para que rompamos de mentira y me engañe de mentira.

—¿Entonces lo harás?

La observo.

—Gano doscientos dólares trabajando de noche en el Sharkey's. Antes de Navidad dijiste que nos iba bien. —Entrecierro los ojos—. ¿Hay algo que no

me hayas dicho?

El año pasado encontré llorando a Paisley en la mesa del comedor a las dos de la mañana. Admitió que papá y mamá no nos dejaron en una buena situación económica. El dinero del seguro nos mantuvo al principio, pero el verano pasado necesitó una segunda hipoteca para pagar las facturas y pensaba dejar la universidad para conseguir un trabajo. Sorprendida, me senté e hice que me enseñase todo porque solo le quedaba un año para graduarse. Yo terminé el instituto antes porque fui a clases de verano y di clases a distancia que complementé con las presenciales. Aparte, obtuve un permiso especial para asistir a clases avanzadas. Y después encontré trabajo. Servir chuletones y lechuga iceberg no es que sea muy sofisticado, pero paga las facturas.

O eso creía.

—No. Estamos bien. Es decir... —Se le apaga la voz.

—Entonces mi respuesta es no. —Nunca me ha interesado la otra cara de Los Ángeles. Parece tan artificial, y yo ya llevo fingiendo bastante.

Tengo la mano sobre el pomo de la puerta cuando Paisley suelta la bomba.

—Te pagarán veinte mil dólares al mes.

Me doy la vuelta despacio, boquiabierta.

—Es una puta broma, ¿no?

—No digas palabrotas —responde automáticamente, pero sus ojos brillan de entusiasmo—. Eso durante un año entero.

—Eso...

—¿Pagaría la universidad de los chicos? ¿Pagaría ambas hipotecas? ¿Nos facilitarías las cosas? Sí.

Soplo para quitarme el flequillo demasiado largo de la cara. La propuesta es una locura. Es decir, ¿quién paga tal cantidad de dinero a una chica cualquiera por fingir ser la novia de una estrella del pop durante un año? Quizá eso en la industria de la música y el cine sea normal, pero yo crecí con padres que eran profesores de primaria.

De repente me pregunto qué dirían mis padres al escuchar la oferta si estuviesen vivos. ¿Me animarían a hacerlo o me dirían que huyese lo más rápido posible? La verdad es que no lo sé. Les gustaba explorar nuevas oportunidades y conducir por los caminos menos transitados. Era una de las

cosas que más me gustaba de ellos, y echo de menos a los impulsivos y marchosos de mis padres. Los echo mucho de menos.

Dicho esto, su amor por lo espontáneo es parte de la razón por la que nos hace falta el dinero.

—Una oportunidad como esta no aparece todos los días, pero no tienes por qué decir que sí —me asegura Paisley. Sus palabras dicen una cosa; su tono tirante, otra.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo?

—Jim Tolson quiere una respuesta mañana por la mañana. En caso de ser un sí, quiere que vayas a la agencia para reunirte con él y con Oakley.

Oakley. El maldito Oakley Ford.

Esto es... de locos.

—Vale, lo pensaré. —Suelto aire—. Tendrás mi respuesta por la mañana.

Veinte mil dólares al mes, Vaughn...

Ya. Estoy bastante segura de que ambas sabemos perfectamente cuál será mi respuesta.

Capítulo 3

Ella

He dicho que sí.

Porque: 1) es mucho dinero y 2) *es mucho dinero*.

Supongo que eso me convierte en una especie de cazafortunas, ¿verdad? No estoy segura de que mi situación encaje con la definición exacta, pero no puedo negar sentirme como una mientras sigo a Paisley y entro en el ascensor a la mañana siguiente.

Diamond Talent Management es un edificio entero. No un par de plantas sin más, sino un edificio acristalado, con ascensor y todo un equipo de seguridad. Los guardias de seguridad, guapos pero serios y con pendientes en la oreja, me ponen los pelos de punta, pero Paisley pasa a su lado y los saluda con la mano. La imito. Ojalá no me hubiese tomado un segundo café esta mañana porque está el estómago me da vueltas como un tsunami.

Los ascensores son de brillante latón, y hay un tipo vestido de traje cuyo único trabajo parecer ser echarle productos de limpieza y secarlos con un trapito. Tiene una mandíbula que no desentonaría junto a la ladera de una montaña y un trasero lo bastante firme como para rivalizar con el de un jugador de fútbol americano.

Paisley se baja en la sexta planta, que está adornada con las letras de DIVISIÓN MUSICAL en grande y en oro sobre un fondo de madera oscura. La recepcionista es más guapa que la mitad de actrices que aparecen en las portadas de las revistas. Intento no mirar boquiabierto sus labios

perfectamente perfilados y el largo rabillo de kohl que lleva pintado en los ojos.

—Deja de mirarla así —murmura Paisley en voz baja mientras pasamos junto al mostrador de recepción.

—No puedo evitarlo. ¿Diamond solo contrata a gente que pueda actuar en sus propias películas?

—Las apariencias no lo son todo —dice con ligereza, pero yo no la creo, porque está claro que Diamond exige que los currículos incluyan foto. Hay que ser guapa para trabajar en el mundo del entretenimiento, supongo, aunque estés detrás de las cámaras.

Nos indican que entremos a una enorme sala de reuniones, donde me detengo en seco. Está llena de gente. Hay por lo menos diez personas.

Escruto rápidamente la mesa, pero no reconozco a nadie, y la única persona a la que sí podría reconocer —y el motivo de esta reunión— ni siquiera está ahí.

Un hombre alto con el pelo negro y la piel de plástico se pone en pie en el extremo de la mesa.

—Buenos días, Vaughn. Soy Jim Tolson, el representante de Oakley. Es un placer conocerte.

Estrecho la mano que me tiende con incomodidad.

—Encantada de conocerlo, señor Tolson.

—Por favor, llámame Jim. Toma asiento. Tú también, Paisley.

Al mismo tiempo que mi hermana y yo nos acomodamos en las sillas más cercanas a la suya, él rodea la mesa y empieza a hacer un montón de presentaciones de las que apenas me entero.

—Esta es Claudia Hamilton, la publicista de Oakley, y su equipo. — Señala a la pelirroja de tetas grandes y, luego, a otras tres personas, dos hombres y una mujer, a su lado. Después, mueve la mano hacia tres hombres de semblante serio al otro lado de la mesa—. Nigel Bahri y sus socios. Los abogados de Oakley.

¿Abogados? Lanzo una mirada de pánico a Paisley, que me da un apretón en la mano por debajo de la mesa.

—Y, por último, mi asistente, Nina. —Asiente a la rubia menuda a su derecha—. Y sus asistentes: Greg... —añade mientras señala al tipo

afroamericano a su izquierda—... y Max. —Ahora asiente casi imperceptiblemente al hombre con sobrepeso junto a Greg.

Joder. ¿Su asistente tiene asistentes?

En cuanto las presentaciones terminan, Jim no pierde el tiempo y va directo al grano.

—Bueno, tu hermana ya te ha contado algunos detalles del trabajo, pero antes de compartírtelos todos contigo, tengo unas cuantas preguntas para ti.

—Eh, vale. ¿Cuáles? —Mi voz suena extrañamente alta en esta enorme sala de reuniones. El eco parece interminable.

—¿Por qué no empiezas hablándonos un poco sobre ti?

—sugiere.

No estoy segura de saber qué quiere que diga. ¿Espera que recite la historia de mi vida? *Bueno, nací en California. Vivo en El Segundo y mis padres murieron en un accidente de coche cuando tenía quince años.*

¿O quizá espera que diga cosas triviales? *Mi color favorito es el verde. Me dan miedo las mariposas y odio a los gatos.*

La confusión debe de ser muy evidente en mi rostro, porque Jim me ofrece un poco de ayuda.

—¿Qué te gusta? ¿Qué quieres hacer cuando termines el instituto?

—Eh, ya he terminado el instituto —admito.

—¿Estás en la universidad? —Claudia, la publicista, se gira y frunce el ceño a Paisley—. Puede que tenga que perderse algunas clases. ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—La edad de consentimiento sexual en California son los dieciocho. — Ese recordatorio proviene del final de la mesa, donde los abogados, en plural, están sentados.

Claudia le resta importancia con la mano.

—Solo van a salir. Nada más. Además, el público de Oakley está formado, en su mayoría, por chicas jóvenes. Alguien mayor no tendría el mismo impacto. —Se gira hacia mí—. ¿Qué haces ahora mismo?

—Trabajo. Me he tomado un año sabático para trabajar y ayudar a mi familia.

Ya lo he dicho muchísimas veces, pero la sola mención de la muerte de

mis padres todavía hace que se me encoja el corazón.

—Los padres de Paisley y Vaughn murieron hace un par de años —explica Jim.

Paisley y yo nos encogemos de dolor cuando toda la mesa nos mira con pena, menos Claudia, que sonrío de oreja a oreja.

—Maravilloso. Una huérfana inteligente e intrépida —dice, y su voz es tan chillona que hace que me chirríen los oídos—. Esta historia se pone cada vez mejor. Es justo lo que estamos buscando.

¿Estamos? Estoy todavía más confusa si cabe. Creía que esto iba de fingir ser la novia de Oakley Ford, así que ¿por qué estoy en una sala de reuniones junto a un montón de extraños? ¿No debería estar aquí también mi futuro novio falso?

—¿Tienes pensado ir a la universidad? —pregunta Jim.

Asiento.

—Me admitieron en la Universidad del Sur de California y en la Universidad Estatal de California, pero lo he aplazado hasta el próximo año académico.

Me seco las manos sudorosas en los vaqueros mientras repito mi discurso preparado sobre experimentar lo que es la vida de verdad antes de ir a la universidad y convertirme en una profesora.

Por el rabillo del ojo, veo al «equipo» de Claudia tomar notas con empeño. La confesión de que me gusta dibujar me gana unas cuantas miradas de interés por parte de los relaciones públicas.

—¿Se te da bien? —pregunta Claudia de pronto.

Me encojo de hombros.

—No se me da mal, supongo. Principalmente hago bocetos a lápiz. Sobre todo de rostros.

—Está siendo modesta —habla Paisley con voz firme—. Los dibujos de Vaughn son increíbles.

Los ojos azules de Claudia brillan de emoción mientras se gira hacia su equipo y, luego, cuatro voces gritan al unísono:

—*¡Fan art!*

—Perdona... ¿qué? —digo, patidifusa.

—Así provocaremos el primer contacto. Llevamos pensando en varios

encuentros monos por ordenador, pero todos nos parecían demasiado forzados. Pero este tiene potencial. Imagínatelo: tú tuiteas un precioso boceto que has dibujado de Oakley, y él queda tan impresionado ¡que te retuitea! — La publicista de voz fuerte de Oakley empieza a hacer gestos rápidos con las manos al tiempo que se emociona cada vez más por la imagen que está pintando—. Y sus seguidores se darán cuenta, porque apenas responde a sus tuits. Oakley te dice lo mucho que tu dibujo lo ha conmovido. Que le ha hecho llorar. Os contestáis unas cuantas veces y, luego... —Hace una pausa para darle más efecto—. Te sigue.

Eso provoca varios jadeos simultáneos de sus tres asistentes.

—Sí —dice uno de ellos, asintiendo vigorosamente.

—Pero... —añade otro con vacilación—... tenemos que hablar del problema de la hermana.

—Cierto —conviene Claudia—. Mmm. Sí.

Paisley y yo intercambiamos una mirada de estupefacción. Es como si esta gente hablara en un idioma diferente.

Jim nos ve la cara y lo aclara al instante.

—El hecho de que Paisley trabaja para la agencia saldrá a la luz, sin duda. En cuanto los medios publiquen ese dato, empezarán a sacar teorías locas y dirán que su relación es una farsa planeada de antemano por el representante de Oakley...

No puedo evitar reír.

A Jim no parece hacerle tanta gracia como a mí.

—..., que resulta que está emparentado con el director de la agencia. Así que tenemos que ofrecer una razón creíble de por qué la hermana de nuestra empleada, de repente, está liada con uno de los clientes de la agencia.

—Podemos decir que es casualidad —comenta Claudia con total confianza—. Uno de los tuits de Vaughn para Oakley será el siguiente —dice, y mueve los dedos en el aire como si estuviese verbalizando un titular—: «¡Ay, Dios! ¡Acabo de darme cuenta de que mi hermana mayor trabaja en la misma agencia que te representa! ¡Cómo mola!».

Intento no poner los ojos en blanco.

—Eso podría funcionar —musita Jim, pensativo—. Y luego podemos hacer que Paisley —añade, y mira a mi hermana— dé una pequeña entrevista

sobre su rol en la relación.

—¿Mi rol? —Paisley suena insegura.

Está claro que es capaz de leer la mente a Jim, porque empieza a asentir otra vez. Me sorprende que todavía tenga la cabeza unida al cuello a estas alturas.

—Sí, dirás que no te lo podías creer cuando el agente de Oakley te llamó a la oficina de su hermano y te dijo que Oakley quería el número de teléfono de tu hermana.

Paisley también empieza a asentir y yo estoy a punto de darle una colleja. ¿Por qué está alimentando la locura de toda esta gente?

—Tengo unas cuantas preguntas más para Vaughn —añade Jim—. Tu hermana dijo que sales con alguien.

No pierdo detalle de cómo Paisley frunce los labios ligeramente al recordar a W. Puf. Algún día de estos tendrá que aguantarse y aceptar que estoy enamorada de él.

—Sí. Tengo novio —respondo, incómoda—. Y, de hecho, mi Twitter e Instagram están llenos de fotos nuestras.

Jim se gira hacia Claudia, que se queda callada. Veo los engranajes de su cabeza vivaz girar y girar.

—Anunciarás tu ruptura en las redes —decide—. Nos centraremos dos, no, tres semanas en la ruptura. Primero vendrá tu post desanimado anunciando el final de tu relación, luego documentaremos tu duelo, lo molesta y...

—Diremos que se pone los discos de Oakley Ford una y otra vez —termina una de las asistentes, animada.

Los ojos de Claudia se iluminan.

—¡Sí! —Da una palmada—. La música de Oakley te saca del oscuro abismo del desamor.

Aquello casi me provoca una arcada.

—Y eso es lo que te inspira a dibujar su rostro, que finalmente hace que entréis en contacto en redes. ¡Qué monos!

—Mira a Jim—. Todavía puede funciona.

Él parece complacido.

—Vale. ¿Y qué tal el aspecto de Vaughn? ¿Cómo lo veis?

Todos giran la cabeza en mi dirección. Sus miradas me atraviesan, me

estudian como si fuese un espécimen bajo un microscopio. Se me encienden las mejillas y Paisley vuelve a apretarme la mano.

De repente, empieza la lluvia de críticas.

—Tiene el flequillo muy largo —trina Claudia—. Lo cortaremos.

—Bueno, en general necesita un buen corte. Y ese tono castaño parece demasiado falso.

—¡Es mi color natural! —protesto, pero nadie me escucha.

—Los ojos marrón miel son bonitos. Me gustan los reflejos dorados. No harán falta lentillas.

—La camiseta le queda un poco demasiado ancha. ¿Tus camisetas son siempre así de anchas, Vaughn?

—¿No nos interesaba una chica normal? —disiente alguien—. Si la ponemos guapa, entonces las fans no serán capaces de sentirse identificadas.

En mi vida me había sentido tan humillada.

—Ah, una última cosa —dice Claudia—. ¿Eres virgen?

Tacha lo último que he dicho: sí es posible pasar más vergüenza. Se oyen unas cuantas toses de otras personas sentadas a la mesa. Jim hace como que el tráfico de personas en el pasillo es fascinante, mientras que los abogados miran con una expresión firme la mesa.

—¿Tengo que responder a eso?

Lanzo una mirada lúgubre a mi hermana, que niega con la cabeza.

—Eso no importa —rebate Paisley al hombre que es más o menos su jefe.

Jim la ignora. Está claro que también quiere la respuesta a esa pregunta.

Quiero abrazarla por defenderme. Estoy bastante segura de que tengo las mejillas más rojas que el pelo de Claudia.

—Si te preocupa que algún escándalo sexual del pasado de Vaughn salga a la luz, no ocurrirá —asegura mi hermana a todos los asistentes—. Vaughn es la «chica buena» por excelencia.

No sé por qué, pero que Paisley piense eso sobre mí me duele. Es decir, sé que no soy una tía súper dura, pero tampoco soy una santa.

Claudia se encoge de hombros.

—De todos modos, lo comprobaremos.

¿Que lo comprobarán? ¿Mi estatus sexual aparecerá en el informe de alguien? Estoy a punto de estallar de la rabia cuando Jim intercede.

—Vale. Creo que todos estamos de acuerdo en que este plan promete. —
Da una palmada y centra su atención en el lado de la mesa de los abogados.

—Nigel, ¿por qué no redactáis tus chicos y tú el borrador de un contrato y anotas cualquier tema que preveas que haya que negociar? Oakley llegará aquí dentro de una hora, así que podremos entrar más en detalle entonces.

Frunzo el ceño. ¿Tenemos que esperar una hora hasta que Su Majestad llegue? Y, ahora que lo pienso, ¿necesito *yo* un abogado? Se lo pregunto en voz baja a Paisley, que se lo pregunta a su jefe directamente.

—El contrato será muy sencillo —nos asegura Jim—. Básicamente, expondrá que has accedido a firmar un contrato de servicio que, en caso de no poder llevar a cabo tus tareas, podrás anular en cualquier momento. Todos los bienes o la cantidad de dinero recibida hasta ese momento serán tuyos.

Me muerdo el labio. Esto empieza a resultarme de lo más complicado. Pero supongo que en un trabajo donde se ganan veinte mil dólares —¡al mes! —, bien podría haber anticipado complejidad.

—¿Qué te parece esto? —sugiere Jim—. ¿Por qué no nos sentamos con Oakley y discutimos todos los puntos del contrato? Luego podrás leer el consentimiento que el bufete de Nigel redactará y, después, ya decidiremos cómo proceder a partir de ahí.

—Vale —respondo, porque suena muy razonable a pesar de lo ridículo de la situación.

A mi lado, Paisley me guiña un ojo y me enseña el pulgar hacia arriba de un modo muy poco sutil para darme ánimos. Yo respondo con una leve sonrisa.

Tengo que recordarme por qué hago esto: para que mis hermanos vayan a la universidad, para que Paisley deje de preocuparse por cómo pagar las facturas... Si soy capaz de centrarme únicamente en todo eso, entonces a lo mejor dejaré de sentirme como si estuviese a punto de vomitar.

Capítulo 4

Ella

Tengo hambre y mi estómago lleva anunciándolo desde hace media hora. Aun así, nadie sugiere que nos tomemos un descanso para ir a comer, aunque ya casi sea mediodía y Oakley Ford no haya aparecido todavía. Han pasado dos horas. Jim y los abogados han abandonado la estancia, pero todos los demás siguen pegados a sus sillas.

—Toma una barrita de cereales y una Coca-Cola. —Paisley coloca los aperitivos en la mesa, frente a mí.

—No me extraña que te guste trabajar aquí —bromeo—. La comida del almuerzo es de lo más sofisticada.

Pero como tengo muchísima hambre, me meto media barrita en la boca... justo en el mismo momento que Oakley Ford abre la puerta.

Dos hombres corpulentos con brazos como troncos de un árbol le siguen al interior de la sala. Uno se planta junto a la entrada, mientras que el otro continúa tras del cantante. Apenas me fijo en que Jim y los abogados entran y cierran la puerta, porque estoy demasiado ocupada mirando a Oakley.

Es más alto de lo que pensaba que sería. Todos en Hollywood son bajitos. Zac Efron es un poco más alto que yo, que mido un metro sesenta y siete. Lo mismo pasa con Daniel Radcliffe. Ansel Elgort es un verdadero gigante, y solo mide uno noventa. Oakley parece ser de la talla de Elgort, pero con muchos más músculos.

Y está incluso más bueno en persona. No es su pelo rubio, de punta por

delante pero corto por detrás. Ni sus ojos verde musgo. Ni su mentón esculpido. Es su aura. Se oyen un montón de cosas como esa, pero hasta que no lo vives en primera persona, no crees que realmente exista.

Pero él la tiene.

Todos en la sala se ven afectados. La gente se sienta con la espalda recta y se alisa la ropa. Apenas me doy cuenta de que Paisley se está peinando con los dedos.

Y yo soy incapaz de apartar la mirada.

Oakley lleva los vaqueros tan bajos que la marca de sus calzoncillos se ve, mientras alarga el brazo hacia el aparador para coger un botellín de agua. Los músculos de sus brazos están lo bastante definidos como para que se le noten, y yo observo con fascinación cómo flexiona el bíceps derecho cuando le quita el tapón a la botella. Esos músculos me recuerdan al reportaje de fotos que hizo para *Vogue* sin camiseta hace un par de meses. Las fotos rondaron por Internet, porque la revista sacó una en donde salía solo en calzoncillos, y el tamaño de su entrepierna hizo que todos especularan sobre si se había metido calcetines bajo los bóxer o no.

Me olvido de que estoy comiéndome una barrita de cereales. Me olvido de que estoy sentada en la mesa con un montón de abogados. Me olvido de mi propio nombre.

—Lo siento. Había tráfico —dice antes de acomodarse en la silla al final del todo de la mesa. Su guardaespaldas se queda justo detrás.

Me hallo asintiendo, porque el tráfico de Los Ángeles es horrible. Por supuesto que este guapísimo dios no nos haría esperar a nosotros, unos meros mortales, porque estaba haciendo otra cosa. Espera... ¿tiene el pelo mojado? ¿Se acababa de duchar? ¿Estaba subiendo la temperatura en la sala?

Este es Oakley Ford y sí que escuché su disco una y otra vez cuando tenía quince años. Y vale, puede que estuviese un poco encaprichada de él, que fue exactamente la razón por la que me enfadé tanto cuando engañó a su novia. Su novia de mentira.

Que es lo mismo que yo voy a ser.

De mentira.

No me gusta mentir, pero se me da bien. Bueno, fingir cosas.

Paisley me da un pequeño empujón con el hombro.

—¿Qué? —Luego me percató de que todavía tengo la mitad de la barrita de cereales colgando de la boca.

Echo un rápido vistazo a la sala y veo que todos se han fijado en ese detalle. Claudia me mira con preocupación. Jim se resigna. No quiero mirar a Oakley, pero lo hago igualmente. Su expresión es una mezcla de horror y fascinación. La mirada que le lanza a su representante dice claramente «espero que estés de broma».

Lo único que hago es actuar como si no me importara. Muerdo la barrita y empiezo a masticar. La barrita energética, que no era muy atractiva en un principio, sabe a cartón. Todos me observan, y yo mastico incluso más despacio. Luego le doy un gran sorbo a mi Coca-Cola antes de limpiarme la boca con la servilleta que Paisley hace aparecer de forma milagrosa. Estoy segura de que estoy más roja que los labios de la recepcionista, pero hago como que no es para tanto. ¿Ves lo buena que soy haciendo como que todo va perfectamente?

—Así que, ¿esta es ella? —Oakley hace un gesto con la mano en mi dirección. Ya le he oído hablar antes en entrevistas, pero su voz suena incluso mejor en persona. Profunda, ronca e hipnotizadora.

Jim vacila y luego baja la mirada a su teléfono. Sea lo que sea que ve en la pantalla, reafirma su determinación. Baja el teléfono.

—Oakley Ford, esta es Vaughn Bennett. Vaughn, Oakley.

Empiezo a ponerme de pie y extendiendo una mano, pero me detengo a medio camino al ver a Oakley echarse hacia atrás y llevarse las manos a la nuca.

Pues vale.

De pronto, todos mis nervios y la vergüenza desaparecen. El alivio los reemplaza. Le doy otro sorbo a mi Coca-Cola. Sorpresa, sorpresa... el señor Famoso es un completo idiota.

Por un momento, sentí como si estuviese en peligro de caer presa por su magnetismo. Me olvidaría de W, del dinero, de April Showers, de las supermodelos brasileñas y quedaría atrapada en su campo de fuerza. ¿Pero un tío que se burla de mí porque he tenido el coraje de comerme una barrita de cereales mientras todos esperábamos a que el señorito tardón llegara? ¿Que no tiene la cortesía ni de estrecharme la mano?

Ni de coña me enamoraría de un tío así.

Miro de soslayo a Paisley, que está sonriendo ligeramente. Debe de haber

tenido la misma preocupación.

—Bueno, ¿vamos a hablar de los términos? Como, ¿cuál es mi horario de trabajo? —pregunto con frialdad, acunando la lata de refresco entre mis manos.

—¿Horario de trabajo? —repite Claudia, con el ceño fruncido.

—Sí, porque es mi trabajo.

Se ríe con nerviosismo.

—No es un trabajo, sino más bien un...

—¿Papel? —ofrece una de sus asistentes.

—Sí. Un papel en una película larga y romántica. Y vosotros dos sois los protagonistas.

Siento la bilis subir por mi garganta.

Oakley gruñe de impaciencia.

—Empecemos.

Sin preámbulos, Claudia explica nuestro primer contacto con el dibujo y todo lo demás de Twitter. Cuando termina, Oakley bosteza.

—Vale. Me da igual. ¿Vas a hacerlo tú, no?

—Bueno, yo no, sino Amy. —Claudia ladea la cabeza hacia la mujer morena a su derecha.

Amy levanta el teléfono a modo de saludo.

—Genial. —Golpea las dos manos sobre la mesa—. ¿Entonces ya hemos acabado?

¿En serio? ¿He esperado más de dos horas, y solo me he podido comer una barrita de cereales y una ración extra de humillación, por estos cinco minutos en los que Oakley Ford ha demostrado que no va a participar en esta farsa? Sino que voy a flirtear de mentira con una asistente de su equipo de publicidad.

Me giro hacia Paisley, que se encoge levemente de hombros con arrepentimiento.

—No. No hemos acabado —ladra Jim desde el otro lado de la mesa. Los dos intercambian una mirada envenenada, pero sea cual sea el poder que tenga Jim sobre Oakley, es suficiente para hacer que la joven estrella se vuelva a acomodar en la silla.

—Oigamos el resto, entonces. —Hace un gesto de cansancio hacia

Claudia.

Ella coge su libretita.

—Necesitaremos una primera cita. No creo que debáis tener ningún contacto físico hasta después de la tercera... —Mira a sus asistentes y luego a Jim—... ¿de la cuarta cita? Es decir, estamos intentando vender esto como un romance sano.

Todos empiezan a lanzar ideas sobre cuándo y cómo sucederá ese contacto físico. Alguien dice que debería besarme en la frente. Otra persona sugiere que coloque la mano en mi zona lumbar. Y hay otro voto para que nos cojamos de la mano.

Sigo asimilando el concepto del contacto físico cuando Paisley, la traidora, pregunta:

—¿Cuándo empezaste a cogerte de la mano con W?

Antes de responder, Oakley interviene riéndose por lo bajo.

—¿Has salido con un tío que se llama W?

—¿Y qué? —Guau. ¿Sus primeras palabras hacia mí son para burlarse del nombre de mi novio? Es como si Oakley estuviese intentando hacer que no me gustase.

—Parece un idiota pretencioso. —Se recuesta sobre el respaldo de la silla de cuero y se cruza de brazos. Ese gesto hace que sus bíceps vuelvan a flexionarse.

Aparto la mirada.

—Vale, señor Título-mis-discos-con-mi-nombre Ford.

Alguien al otro lado de la mesa ahoga un grito al oír mi audacia, pero Oakley se queda impertérrito ante el insulto.

—Hasta Madonna tiene uno con su nombre deletreado.

—W no es pretencioso.

—Si tú lo dices —sonríe con suficiencia.

—Pues sí. Es increíble. Y muy dulce.

—¿Entonces por qué rompiste con él?

—No lo he hecho —respondo, indignada.

Arquea las cejas.

—¿Rompió él contigo, pues? —Suena... confundido. Como si lo que acabara de decir no tuviera mucho sentido para él.

—¡No!

Oakley se gira hacia Claudia.

—Vaya, ¿mi novia normal, corriente y centrada es infiel?

—Vuelve a arquear las cejas—. Esto va a salir muy bien.

—Ah, te refieres a la ruptura de mentira —digo. Por un momento, se me había olvidado.

Parece como si quisiese poner los ojos en blanco, pero se contiene.

—Él romperá con ella mañana. Cuanto antes, mejor. Esperaremos aproximadamente dos semanas tras la ruptura, y luego ella publicará en Twitter tu dibujo. Luego habrá diversas citas, pero sin nada de contacto físico.

—Claudia se gira hacia mí—. ¿Cuándo fue tu primer beso?

—¿El primero, primero? —Me doy cuenta de que es una pregunta estúpida, pero mi mente sigue dándole vueltas a lo de romper con W. No he asimilado todo este asunto. Me he centrado tanto en el dinero y en que vamos a poder pagar la hipoteca y la matrícula de la universidad de los gemelos, además de que Paisley va a poder dormir mejor por las noches, que no había procesado realmente los detalles importantes de cómo va a suceder todo esto.

—Sí, el primero de todos —dice Oakley, y esta vez sí que pone los ojos en blanco.

Estas preguntas personales son un asco.

—¿Y el tuyo? —contraataco, aun pensando en lo de W. Últimamente ha estado más distante. Dice que es culpa mía. Que no actúo como una persona adulta sobre nuestra relación porque sigo negándome a tener sexo con él.

—¿Con lengua? Creo que a los once. Fue con Donna Foster, la hija de la amante de mi padre.

Pongo los ojos como platos. ¿Su primer beso con lengua fue a los once? Yo todavía creía que los niños seguían teniendo piojos a esa edad. Oakley se mearía de la risa si se enterase de que soy virgen.

—¿Y tú? —me la devuelve.

—Eh... —Jope, ahora estoy hasta más avergonzada, pero por otra razón muy distinta—. A los dieciséis —murmuro.

—Oh, los dulce dieciséis. Qué adorable.

Aprieto los puños. Si el equipo de Claudia no estuviese sentado entre los dos, puede que me hubiese lanzado hasta él para borrarle a la fuerza esa

sonrisa de creído que tiene en la cara.

Paisley me coge de la mano; un gesto mudo para que recupere la compostura.

Hasta Claudia debe de percibir que mi paciencia está a punto de agotarse. Rápidamente, dice:

—Hagamos lo de cogeros de la mano en la tercera cita, y luego el beso en la cuarta. Las dos primeras las mantendremos en secreto, pero filtraremos las últimas a los *paparazzi*.

—Espera, ¿nos vamos a besar? Yo tengo novio —les recuerdo—. Nadie había dicho nada de besos.

—¿Vamos a tener una relación de un año y no nos vamos a besar? ¿Por qué no anunciamos que es una farsa desde el principio? —se burla Oakley.

—Pero..., pero...

Sí, definitivamente no he procesado todo esto. Me giro enseguida hacia Paisley en busca de ayuda.

Ella pone una mueca.

—Tienen razón. Nadie va a creerse que Oakley y tú no os hayáis besado. No si vais en serio. —Su tono de voz es de disculpa, pero sus palabras no me ofrecen ningún consuelo.

—No esperaréis que... —dejo caer, sin ser capaz de decir las palabras en voz alta.

—Por supuesto que no —interrumpe Jim con brusquedad—. No somos ese tipo de agencia.

Intenta decirlo como si fuese una broma, pero, eh... en realidad, sí lo son. Le están contratando a este muchacho una novia y esperan que nos besemos.

¿Cómo le voy a explicar esto a W? *Lo siento, cariño, no estoy dispuesta a acostarme contigo todavía, pero voy a besarme con otro tío. En público.*

Sí, la conversación irá de lujo.

Claudia se inclina hacia adelante.

—No es diferente a como si estuvieses actuando en una serie de televisión. Recuerda, eres la protagonista de una gran historia de amor.

Su aplomo tampoco me ayuda. Puede que no sepa lo que quiero en la vida. Puede que le diga a todos que quiero ser profesora porque es más fácil que admitir que no tengo ni idea de cuál va a ser mi futuro y que preferiría

esconderme en un bar, como camarera, durante los próximos cinco años. Pero sí sé que la industria del cine y de la música no me interesa.

Paisley me vuelve a dar un apretón en la mano, probablemente para recordarme por qué estoy haciendo esto. Al hacerme pasar por novia, voy a poder quitarle una gran carga de encima a mi hermana mayor y voy a poder mantener a mis hermanos. No es como si estuviese vendiendo toda mi vida. Es solo un año.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunto con resignación.

—Solo os tenéis que dar unos cuantos besos, cogeros de la mano en ciertas ocasiones. No es nada, de verdad. —Claudia mueve la mano con frivolidad—. Y no hace falta que incluyamos en el contrato más que algunos términos generales sobre el contacto físico cuando sea necesario.

—¿Es necesario que aparezca en el contrato? —pregunta Oakley, molesto.

—Estoy de acuerdo. Si alguna vez sale todo esto a la luz, sería horrible para la imagen de Oak —puntualiza Jim.

—Los términos han de ser específicos para que la chica pueda atenerse a ellos —contesta uno de los hombres trajeados. Luego él y Jim se enzarzan en una discusión en voz baja hasta que el abogado cierra la boca con clara derrota, aunque a regañadientes—. Vale, pueden ser generales, pues. Un contrato genérico de servicios.

En cuanto eso estuvo decidido, Claudia vuelve a su lista. Me pregunto cuán larga es. Miro al gran reloj blanco sobre la pared. Ya han pasado tres horas y estoy agotada.

—Volvamos a hablar de su aspecto.

—No voy a cambiar de *look* —digo—. Me gusta como soy.

Me gustan mis vaqueros cómodos y ajustados, mis camisetas coloridas y las Vans que W y yo que nos diseñamos en la mañana de orientación el pasado semestre. Las zapatillas están cubiertas de un montón de detalles que marcan nuestras citas favoritas. Tienen una varita mágica a lo largo de la suela izquierda, porque ambos somos fans de Harry Potter. Luego un farol, para representar el escaparate que hay en Wilshire, donde W me besó por primera vez. Donde sí que hubo lengua. Sus iniciales están en la parte de atrás de un zapato, y las mías están en la otra. Él también tiene un par igual, pero no se las pone. Dice que no quiere estropearlas.

—¿Tienes un *look*? —Oakley levanta las cejas.

—Sí, y es mejor que el tuyo —respondo, cansada de su actitud—. ¿Te mataría llevar pantalones que realmente se ajustaran a tu cintura? A nadie le interesa verte la ropa interior.

—Nena, todos quieren ver mi ropa interior. Me pagan cien mil dólares por cada foto que saquen los *paparazzi*.

—¿Nena? —me burlo.

Él se inclina y junta sus dedos, sorprendentemente elegantes.

—¿No te gusta? Entonces elige otro. Eres mi «novia» —me recuerda, también con burla.

—¿Entonces te van las niñas?

—¿Qué? —Se echa hacia atrás—. No. Vale. ¿Qué tal...

—Finge pensar y luego chasquea los dedos—... vieja?

—Genial. —Le ofrezco la más falsa de las sonrisas—. Yo te llamaré a ti... *pichafloja*.

—Vaughn, es asqueroso —interrumpe mi hermana.

Oakley se cubre la boca. Juro que veo una sonrisa. Espero a que responda y no me decepciona.

—No tengo ningún problema, cara cangrejo.

—Bueno, ya está bien. No hace falta que aparezca nada de eso en el contrato.

El abogado de Oakley remueve los papeles con inquietud.

Me giro de nuevo hacia Claudia. He cedido en lo de los besos, en las citas, en la ruptura organizada con mi novio en las redes sociales, pero ni de coña voy a dejarles que me cambien el aspecto físico. Tendré que luchar por algo, ¿no?

—Pensaba que queríais a una chica normal. Yo soy una chica normal. Esto es lo que llevamos las chicas normales.

Cuando Claudia y Jim intercambian una mirada, sé que esta batalla la he ganado. Están de acuerdo con mantener mi aspecto... por ahora.

—Pero cuando os hagamos fotos, al menos deja que te maquillemos. Querrás que lo hagamos —me promete Claudia.

Mmm. No me gusta como suena eso.

La negociación continúa. ¿Cuándo saldrá nuestra primera foto oficial? ¿Dónde sucederán las citas? ¿Iré a alguna gala de premios con él? ¿Y la

semana de la moda de Nueva York? ¿Con qué frecuencia deberían vernos juntos? ¿Todos los días? ¿De vez en cuando?

Ah, y yo no voy a tener el número de teléfono de Oakley. Como si me importara.

Pero aun así me parece raro, porque, ¿qué chico de diecinueve años no tiene permitido darle su número a su propia novia? ¿Y cómo se comunica con sus amigos? Espera... ¿tiene siquiera amigos? ¿O son todos falsos como yo?

Lo miro de soslayo y siento un ramalazo de compasión. Ay, madre. ¿Ya estoy empezando a sentir pena de él? Creo que puede ser.

Pero entonces mi estómago gruñe y me recuerda que aún sigo enfadada. Y hambrienta.

—Nos mandarás un mensaje a Amy o a mí si quieres ponerte en contacto con Oakley —dice Claudia.

—Tengo la sensación de que necesito tener mi propio equipo. Mi equipo puede ponerse en contacto con el tuyo —bromeo.

Nadie se ríe. En cambio, Claudia parece como si realmente estuviese considerándolo, pero luego lo descarta.

—No, creo que dos adultos tuiteándose el uno al otro y comentándose en Instagram va a parecer demasiado falso. Y tu forma de expresarse, eso lo queremos conservar. Mientras que Amy lleva publicando cosas en la página de Oak un par de años.

¿Tengo una forma de expresarme?

—Como queráis. —Estoy cansada y tengo hambre. Una barrita de cereales no ha sido bastante, y mi estómago vuelve a gruñir para alertar a todo el mundo de ese hecho.

—¿Solo te has comido esa barrita de cereales en lo que llevamos de día? —pregunta Oakley.

La sorpresa me embarga. De todas las personas en esta sala, ¿Oakley ha sido el único en preguntar?

—He desayunado, pero me gusta comer como una persona normal.

Una leve sonrisa se apodera de sus labios.

—Jim, tenemos que comer.

—Oh, claro. —Jim se gira hacia Paisley—. Ve y compra uno de todo lo que haya en la cafetería que hay ahí en frente.

Veo la oportunidad de tomar aire fresco y de escapar.

—Yo también voy. —Eso sin mencionar que no quiero estar aquí sin Paisley.

—Ah, no, te necesitamos aquí —objeta Jim.

—Lo siento —le susurro a mi hermana. Ella no tiene por qué servirme.

Paisley se ríe.

—Es mi trabajo, tonta. Ahora vengo.

Sale como si estuviese feliz de salir de allí, mientras yo me quedo observándola, deseando poder ir con ella.

Al otro lado de la mesa, Oakley se echa hacia atrás, se vuelve a cruzar de brazos y pone cara de engreído, como si hubiese hecho desaparecer el hambre en el mundo.

—¿Y bien? —me incita.

—Y bien, ¿qué?

—¿No vas a darme las gracias?

—¿Por qué? Es Paisley la que va a ir a por la comida.

—No comerías de no ser por mí.

Señalo al reloj.

—Llevo cinco horas metida en esta sala de reuniones. Los prisioneros de cárceles de máxima seguridad reciben mejor trato. Si no fuese por ti, estaría en la playa releyéndome *El cuento de la criada* y habría comido algo. Pero, por supuesto, gracias por decirle a tu representante que mande a mi hermana a comprarme comida.

A él no le gusta mi respuesta arrogante.

—Hace demasiado frío para ir a la playa.

—No he dicho que vaya a meterme en el agua. —Hablo en el mismo tono que uso cuando les digo a mis hermanos pequeños que están actuando como dos idiotas inmaduros.

—¿Y por qué vas a la playa, entonces?

Le miro boquiabierta.

—¿Por qué va la gente a la playa? Porque mola.

—Si tú lo dices —responde, pero la petulancia que ha demostrado antes se reduce, como si las razones por las que me guste la playa fuesen importantes... o incluso interesantes. O puede que esté confundido porque no

entiende por qué elegiría ir allí en vez de estar a unos cuantos metros de su santísima persona.

Pero no se lo voy a decir.

En cambio, apuro lo que me queda de Coca-Cola, la dejo sobre la mesa con más fuerza de la necesaria, luego me recuesto en la silla y rehúso a pronunciar otra palabra.

¿Es infantil?

Pues sí.

Pero me llena de satisfacción.

Capítulo 5

ÉI

Jim me arrastra a su oficina antes de que pueda escapar hacia los ascensores. Mis guardaespaldas, Big D y Tyrese, se quedan fuera, pero nos ven a la perfección porque su oficina es un gran cubo de cristal. No sé cómo puede trabajar con toda la planta viéndolo en todo momento.

Toda mi vida es un gran cubo de cristal. Ni siquiera soy capaz de recordar algún momento en el que haya tenido privacidad.

—No la ahuyentes. —Es lo primero que Jim me espeta.

—¿A quién?

—A Vaughn Bennett. Es la candidata perfecta para hacer de tu novia falsa. La necesitamos.

—Sí, igual que yo a un enema. ¿Has visto qué boca tiene esa chica?

—Oakley, te lo advierto.

—¿Qué? —Pongo los ojos en blanco y me dejo caer en la gran silla de piel que hay tras su majestuoso escritorio.

No comenta nada respecto a que me haya sentado en su silla. No puede, porque soy el puto Oakley Ford.

—Uno —empieza Jim—. No tontees con ella...

—¿No tenemos que hacer precisamente eso? Se supone que vamos a salir juntos.

—El objetivo es rehabilitar tu imagen. Vaughn jugará un papel crucial en ello, lo que me lleva al punto número dos: nada de antagonismo.

Estoy a punto de decir «ha empezado ella», pero con ello sonaría como un niño de cinco años. Aunque es cierto. Vaughn Bennett ha sido la que se ha comportado de forma borde y contestona. Yo solo he comentado que su novio parece un idiota pretencioso. No es culpa mía que la gente no soporte las verdades.

—¿No podías haber contratado a alguien menos... quejica? —gruño.

—¿Te refieres a una chica más devota? —responde Jim, y su sonrisa cómplice me saca de quicio.

Vale, puede que me enfade la completa falta de... ¿respeto, supongo? No espero que todas las chicas que conozca se postren a mis pies y me declaren su amor incondicional, pero venga, al menos debería haber dicho que le gustaba mi música o algo. O felicitarme por mi último Grammy.

¿Qué se cree esta chica, comportándose como si me hiciera un favor por sentarse en la misma sala de reuniones que yo? Soy *Oakley Ford*.

—¿Entonces has cambiado de opinión sobre lo de trabajar con King? —inquire Jim.

Le fulmino con la mirada.

—Tiene que haber otra forma. Volvamos a llamarle.

—Claro. —Jim saca su móvil y lo desliza hasta el centro del escritorio entre nosotros—. Llámalo. Es el décimo de mis números favoritos.

Parece un desafío. Cojo el teléfono y empiezo a marcar, pero me doy cuenta de que estoy en el registro de llamadas de Jim. Un quinto de las llamadas son a King. Alzo la mirada para encontrar la de Jim y lo que veo no me da buena espina. Es una mezcla de culpa y resignación.

Él agacha la cabeza.

—He intentado llamarlo. No coge mis llamadas para hablar de ti. No le interesa, no hasta que le demuestres que no eres un pequeño capullo consentido que prefiere estar de fiesta en discotecas antes que hacer buena música. Así que si tienes una idea mejor, soy todo oídos, pero como no lo secuestres, lo lledes a una cabina y te montes un «Misery», no creo que vaya a trabajar contigo.

No puedo seguir manteniendo el contacto visual porque no tengo ninguna otra idea. Me froto la garganta y me pregunto cómo he podido perder la chispa.

Si fingir que salgo con una chica que no conozco, a la que no le caigo bien, le trae de vuelta, entonces seré el mejor novio que haya tenido esta chica.

Lo cual no puede ser muy difícil si consideramos que el actual se llama W.

Llego a casa una hora después y veo a una pareja medio desnuda liándose en mi cama.

Permanezco en el umbral durante un segundo, intentando descubrir lo que sucede, pero la rubia delgada tumbada sobre mi colchón extra grande me ve y suelta un chillido ensordecedor.

—¡Oh! ¡Dios! ¡Mío! ¡Eres Oakley Ford!

A continuación, vestida con tan solo una minifalda y un sujetador provocativo, salta de la cama y se me lanza encima.

Tyrese aparece de la nada y le corta el paso.

La ira y la molestia se remueven en mi interior cuando miro al tío que está en la cama. Apenas lo reconozco, creo que es uno de los amigos de Luke. Pero, ¿por qué está en mi habitación?

Se pone los pantalones y sale de la cama. Está drogado, o borracho, o ambos cuando murmura:

—Oak, hermano. Has vuelto pronto. Luke dijo que no regresarías hasta dentro de un par de horas.

Como si eso le diese derecho a hacer todo tipo de cosas en mi cama.

Me siento tan asqueado que no puedo ni contestar. Simplemente muevo la cabeza hacia Tyrese, el cual agarra con una mano el brazo de la chica y con la otra el hombro del tipo.

—Hora de irse —anuncia mi guardaespaldas con su voz de barítono.

—¡No, espera! —gimotea la rubia—. ¡Quiero una foto con Oakley! ¡Oakley, soy tu mayor fan! ¡Te quiero! ¿Puedo...?

Sus ruegos se desvanecen al tiempo que Tyrese arrastra a la pareja escaleras abajo.

Escucho el sonido de una puerta y me giro para ver a una empleada del servicio salir de una de las habitaciones de invitados.

—¿Todo bien, señor Ford? —pregunta de forma tímida.

—Todo correcto —señalo mi habitación con el pulgar—. Quema esas sábanas —ordeno bruscamente y después paso por su lado hacia el ala este, donde Luke ha estado quedándose estos últimos días.

Abro su puerta sin llamar.

—Fuera —espeto.

Luke se hallaba despatarrado en la cama viendo la televisión, pero se pone de pie y su mirada nerviosa se fija en mí.

—Oak —dice con voz débil—. Has vuelto pronto.

—Sí —contesto—. Y ya es hora de que te vayas.

—Pero... —Traga saliva—. Venga, tío, ya te lo he dicho, no tengo otro sitio en el que quedarme mientras fumigan mi casa.

—Ya no es problema mío.

—Oak...

—¿Por qué cojones hay desconocidos en mi habitación, Luke? Teníamos un acuerdo. Yo te dejaba quedarte y tú no invitabas a la gente sin consultarme primero.

—Lo sé, lo siento. Ha sido una idiotez, hermano. Pero la chica de Charlie está obsesionada contigo y es su cumpleaños, y Charlie quería enseñarle tu habitación. Ya sabes —continúa con tono débil—, como regalo de cumpleaños.

Lo miro con la boca abierta. ¿Espera que me lo crea?

—¿Cuánto y cuántas veces? —inquiero en tono monótono.

Luke vuelve a tragar saliva.

—¿Q-qué?

—¿Cuánto les cobras por la experiencia de tener sexo en la habitación de Oakley Ford, y cuántas veces lo has hecho?

Cuando las puntas de sus orejas enrojecen, sé que tengo razón. Y ahora todo el asco que siento está dirigido a mí mismo. Debería haber sabido que Luke me la jugaría antes o después. Siempre lo hacen.

Lo conocí hace un par de años en el estudio. Yo estaba ensayando con la banda de allí, él tocaba el bajo y nos caímos bien instantáneamente. Nos gustaba la misma música, los mismos videojuegos, todo. Durante un tiempo nos desatamos en las discotecas de Los Ángeles. Le invité a unirse a mi tour.

Pero estos últimos meses, Luke se ha convertido en una sanguijuela. Pidiéndome dinero prestado, haciendo que firme cosas para venderlas por internet.

¿Y ahora esto? Sí. Creo que esta «amistad» se ha acabado.

—Olvídalo, no me contestes —murmuro—. Coge tus cosas y márchate.

—No seas así, tío.

No tengo paciencia.

—D —grito por encima del hombro.

Big D aparece detrás de mí. Cruza los enormes brazos que tiene sobre su gran pecho y empieza a fulminar con la mirada a Luke hasta que el bajista suspira derrotado y empieza a recoger sus cosas.

Mientras mi guardaespaldas se hace cargo de la situación, yo me voy y bajo las escaleras de dos en dos. Este día va de mal en peor, empezando por la reunión con mi nueva novia falsa, una chica con labia y resentida; y terminando con otra persona a la que consideraba un amigo y que acaba de mostrar cómo es en realidad.

Echo chispas al entrar en la sala de entretenimiento del piso principal y cojo una cerveza del frigorífico. Sí, tengo menos de veintiún años, pero he tomado alcohol y drogas, y he tenido chicas a mi disposición desde que tengo uso de razón.

Abro el botellín y me tiro al sofá de cuero. Solo son las cinco y ya tengo ganas de que se acabe el día.

Tyrese asoma su cabeza afeitada por la puerta y gruñe:

—Ya nos hemos encargado de todo, Oak.

—Gracias, Ty. —Le doy un trago a la cerveza y pulso el mando.

—D se va —me dice.

Asiento. Los dos se pegan a mí como lapas durante el día, pero cuando hay gente en casa o salgo de noche solo se queda Ty. Big D tiene mujer e hijos. Ty está soltero.

—Avísame si necesitas cualquier cosa.

—Gracias.

Después de que se marche, subo el volumen y voy pasando los canales, pero nada me interesa. Veo diez minutos de un documental sobre los dragones de Komodo. Cinco de una comedia mala. Unos minutos de los titulares de

deportes. Unos segundos de las noticias de las cinco, que son más que suficientes para cansarme, así que vuelvo a cambiar de canal.

Estoy a punto de apagar la televisión cuando veo una cara familiar. Están echando TMI, un programa estúpido donde dos imbéciles observan vídeos de reporteros y los comentan de forma controvertida. La pantalla muestra a una mujer alta y esbelta ataviada con unos vaqueros ceñidos y un top azul holgado saliendo del aeropuerto de Los Ángeles.

La rubia es mi madre.

—... Y no parece muy preocupada por el último escándalo de su hijo — dice el presentador.

Espera, ¿hay un último escándalo mío? Me estrujo el cerebro para pensar en lo que he hecho últimamente, pero no recuerdo nada.

Una risilla se oye a través de los altavoces. La conozco bastante bien.

—Oh, ¡bah! Mi hijo tiene diecinueve años y mucha sangre en las venas. Si es un delito que quiera morrarse con una joven guapísima, y mayor de edad, fuera de una discoteca...

Ah. Ese escándalo.

—... Entonces adelante y que encierren a la mitad de los adolescentes de la ciudad —acaba mi madre. Después se pone sus grandes gafas de sol y se mete en la limusina que la espera en la zona de recogida del aeropuerto.

—Quizá Oakley solo siga los pasos de su querida madre

—comenta la presentadora con el pelo rosa y de punta—. Porque es obvio que a Katrina Ford no le importa besuquearse fuera de las discotecas. La siguiente foto se tomó anoche en Londres.

Una foto de mi madre besándose con un tío de pelo cano aparece en la pantalla. Apago la televisión antes de que empiecen con los comentarios. Me preocupan menos los líos londinenses de mi madre que el hecho de que esté de vuelta en Los Ángeles.

Y ni siquiera se haya preocupado de llamarme.

Mierda, igual lo ha hecho, pienso un segundo después cuando miro el móvil y veo una llamada perdida del número de móvil de mi madre de Los Ángeles. Olvidé que había puesto el teléfono en silencio en la sala de reuniones de Diamond.

Pulso el botón de rellamada y espero al menos diez tonos antes de que la

voz de mi madre me grite en el oído.

—¡Hola, cariño!

—Hola, mamá. ¿Cuándo has vuelto?

—Esta mañana. —Hay algo de ruido de fondo, como martillazos y el zumbido de un taladro—. Espera un segundo, cielo. Voy a subir porque apenas te oigo. Estoy renovando la planta baja.

¿Otra vez? Juro que esa mujer renueva su casa de la playa en Malibú cada dos meses.

—Vale, ya te oigo. Bueno, te había llamado para confirmar que vas a la gala benéfica que celebra el estudio este fin de semana.

Tenso la mandíbula. Supongo que es mucho pedir que llamase para *hablar* con su único hijo.

—¿Para qué es la gala? —inquiero sin emoción.

—Pues no me acuerdo. ¿Quizá para la lucha contra la crueldad animal? No, creo que es para la investigación contra el cáncer. —Mamá se detiene—. No, eso tampoco. Tiene que ver con los animales, seguro.

No voy a mentir, mi madre es una cabeza hueca.

No es tonta ni nada por el estilo. Es capaz de memorizar un guion de cien páginas en un día. Y cuando le apasiona algo, se entrega en cuerpo y alma a ello. Pero... le apasionan chorradas. Zapatos. Redecorar la casa multimillonaria que consiguió en el divorcio. La dieta de moda.

Katrina Ford fue la reina de las comedias románticas, una mujer vivaracha y hermosa, pero la verdad es que no tiene mucha sustancia. Tampoco va a ganar ningún premio a la mejor madre del año, pero ya estoy acostumbrado a vivir en un segundo plano para ella.

Aunque tampoco es que mi padre sea mucho mejor. Al menos mi madre se acuerda de llamarme. A veces. Dustin Ford está tan ocupado siendo un gran actor de renombre que ni se acuerda de que tiene un hijo.

—Y cielo, no traigas a nadie —dice mamá—. Si apareces con alguna chica colgada del brazo, toda la atención recaerá en eso y no en la obra benéfica para la que tratamos de recaudar dinero.

La obra benéfica cuyo nombre y objetivo ni siquiera recuerda.

—Le diré a Bitsy que te mande un mensaje con los detalles. Espero que le dediques como mínimo una hora de tu tiempo.

—Claro, lo que quieras, mamá.

—Ese es mi chico. —Vuelve a detenerse—. ¿Has hablado con tu padre últimamente?

—No desde hace meses —admito—. Lo último que sé es que estaba en Hawái con Chloe.

—¿Cuál de ellas es Chloe? ¿La de la operación de pecho o la del bótox estropeado?

—La verdad es que no me acuerdo.

Desde el divorcio de mis padres hace dos años, la vida sentimental de mi padre ha sido un hervidero de mujeres operadas. Qué demonios, su vida también era así antes del divorcio.

De ahí el divorcio.

—Bueno, cuando hables con él, dile que hay una caja con sus cosas que lleva en el armario de la entrada casi un año, y que si él o alguien de su gente no la recoge pronto la quemaré en el brasero de la parte de atrás.

—¿Por qué no se lo dices tú misma? —gruño.

—Oh, cariño, sabes que tú padre y yo solo nos hablamos a través de los abogados, y el mío se encuentra ahora mismo fuera de la ciudad. Así que sé un buen chico, Oak, y dale el mensaje a Dusty. —Su voz suena amortiguada durante un momento—. ¡Claro que no! —Le dice a alguien que no soy yo—. ¡Los paneles se quedan! —La voz de mamá vuelve a oírse bien—. Oakley, cariño, tengo que dejarte. ¡Estos contratistas intentan destruirme la casa! Te veré este fin de semana.

Cuelga sin decir adiós.

El silencio en la casa hace que me pique la piel. Sin Luke y su banda de sanguijuelas, este sitio parece un museo. Vuelvo a encender la televisión y subo el volumen.

Genial. Ahora finjo no estar solo subiéndole el volumen a la televisión. Sin prestar atención realmente, veo un montón de programas de tunear coches hasta que soy incapaz de soportar lo falsos que son. Supongo que me resulta demasiado familiar. Cojo mi móvil y mis dedos vacilan sobre la pantalla. Podría pedirle a Tyrese que llamase a una de esas chicas que solo quieren tocar a Oakley Ford. Con eso bastaría para una hora o dos. Podría hacerme un porro. Beber hasta perder la consciencia. O simplemente irme a la cama. Porque si voy a cambiar, como le he prometido a Jim, ninguna de esas

opciones son válidas.

Apago la televisión. En el salón, Tyrese se encuentra sentado en el sillón enorme mirando algo en su móvil.

—Me voy a la cama.

—¿Sí? —Alza la mirada, sorprendido. Apenas son las diez—. ¿Solo?

—Sí. Se supone que ahora soy un buen chico. No puedo traer a chicas cuando estoy a punto de enamorar a una, ¿sabes?

Tyrese se encoge de hombros.

—Supongo que no. Pero el padre de familia es Big D, no yo.

Y ambos sabemos dónde está Big D ahora mismo. No en una discoteca eligiendo una tía al azar precisamente.

—Te veo mañana.

—Hasta mañana, hermano.

—Buenas noches.

Capítulo 6

Ella

A la mañana siguiente me levanto al amanecer a pesar de casi no haber pegado ojo. Paisley está en su modo zombi precaf  en la cocina, con un bollo untado con mantequilla en la mesa y una cafetera medio llena en la mano. Le quito la cafetera antes de que la estampe contra un lateral del frigorífico. Mi hermana es incapaz de funcionar sin su dosis de cafeína.

Cuando nuestros padres fallecieron, empecé a beber esa repugnante bebida con ella. Ahora es parte de mi rutina, pero siempre lo diluyo con leche. Paisley llama a mi café un mitad y mitad. Mitad café, mitad leche.

—O  que te levantaste a las tres —murmura mientras se sienta a la mesa del desayuno de cristal—.  Est s bien?

—No podía dormir. —Tiro el agua del grifo y saco una jarra de agua de la nevera—.  Crees que es lo correcto? —pregunto mientras echo el agua en el tanque de la cafetera y vacío el filtro de posos—. Le di vueltas anoche y no es el salir de mentira lo que me molesta —soy una campeona a la hora de fingir—, sino la duración.  Todo un año, Paisley?

Me siento a su lado y arranco un trozo de su bollo.

—S  que parece mucho tiempo, pero a menos que sea una relación seria, no tiene sentido montar toda esta farsa. —Ella también parece cansada—. No tienes que hacerlo si no quieres. Estaremos bien sin el dinero.

La culpabilidad me atraviesa al escuchar su tono de voz derrotado. Paisley ha mantenido a la familia unida con determinación y coraje. Cuando

los servicios sociales quisieron separarnos y mandar a los gemelos a una casa de acogida, Paisley no lo permitió. Se dio prisa con las clases en el instituto, ya que se matriculó en más clases de las que yo pensaba que se podían hacer en un solo año, y se graduó en tres años en lugar de cuatro. Trabajó en dos sitios diferentes hasta que la contrataron en Diamond. Mientras, yo me ocupaba de la casa: cocinar, limpiar y asegurarme de que las vidas de los gemelos permanecieran todo lo estables posible.

A pesar de nuestro esfuerzo, sé que estamos con el agua al cuello.

Un año comparado con lo que Paisley ha sacrificado no es nada.

—Lo voy a hacer —anuncio con firmeza—. Por eso me he levantado a las tres. Para firmar los papeles. —Y comerme la cabeza sobre cómo decírselo a W. Me giro para observar el café caer en la cafetera—. Es decir, no voy a comer bichos, heces ni nada repugnante. Hay cosas peores que salir con Oakley Ford por dinero, ¿verdad?

—Cierto —sonríe aliviada—. Y no es un mal chico. Puede ser encantador si quiere, y haréis muchas cosas divertidas. Me aseguraré de que las citas tengan cosas que te guste hacer.

—Genial—. Trato de mostrar algo de entusiasmo por Paisley. Está claro que la posibilidad de obtener todo ese dinero le quita un gran peso de encima, y sería una hermana terrible y egoísta si no quisiese eso para ella. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en lo mucho que cambiará mi vida.

—Aún te preocupa algo —dice al tiempo que parte otro trozo del bollo para mí.

Yo me lo meto a la boca y mastico antes de admitirlo.

—Es W. No sé cómo voy a decírselo.

Paisley sacude la cabeza.

—No le puedes dar todos los detalles. El contrato de confidencialidad no lo permite.

—Lo sé. —Froto una zona de la mesa—. ¿Esas cosas son muy estrictas?

—¿El contrato? Mucho —responde Paisley, y sus ojos se abren del susto—. ¿Recuerdas a Sarah Hopkins?

—¿La canguro que se tiraba a Mark Lattimer y rompió su matrimonio?

Mark Lattimer es el líder de la banda de *rock* Flight. El año pasado tuvo un divorcio desagradable. Apareció en todas las revistas de cotilleos durante

unos tres meses. El escrutinio no acabó hasta el siguiente escándalo.

—¿No tenía un problema con la droga y se prostituía para pagarla? —pregunto.

—Sí, ¿y sabes cómo se enteró la prensa del corazón?

Antes no lo sabía, pero ahora me lo imagino.

—Firmó un contrato de confidencialidad pero después decidió que estaba cansada de que la culpasen del matrimonio fallido de Mark y Lana. En su círculo íntimo, todos sabían que tenían una relación abierta. A ella no le importaba la canguro hasta que los pillaron en público. Después, pagaron a Sarah pero esta no quiso quedarse callada. Así que Jim le dio toda la información a la prensa. Básicamente arruinó su vida.

—Entonces, si lo incumplo, Jim bombardeará nuestra casa.

—Nuestras vidas —me corrige Paisley seria—. Oakley Ford vale millones para Jim. Su última gira sumó doscientos cincuenta millones de dólares.

La miro con la boca abierta. No sabía que en la vida real los números fuesen tan altos.

—A lo que te refieres es que o lo hago al cien por cien o nada.

—Exacto. Solo le puedes decir a W lo que el contrato dice que le puedes contar. Algo más y Jim nos aplastará como cucarachas.

«Nos». No a mí, sino a toda mi familia.

Paisley lleva a los gemelos al colegio y yo limpio la casa, preparo la cena e intento comer algo antes de coger el autobús que me lleva a la Universidad del Sur de California para ver a W. Su última clase termina a las dos.

Jim Tolson me ha mandado otro contrato de confidencialidad por correo, este para que W lo firme. Es como si tuviese millones en su portátil, listos para dárselos a la gente ignorante.

El semestre solo lleva una semana de clases, así que a nadie parece interesarle estudiar. Varias puertas están abiertas cuando llego y en el pasillo se escucha todo tipo de música y sonidos.

Una parte de mí se arrepiente de no matricularme este año. W quería que

lo hiciese, pero al ver a Paisley trabajando sin descanso para asegurarse de que pagábamos todas las facturas, yo quise contribuir. Tomarme un año de descanso para ganar dinero era lo que más sentido tenía. Sin embargo... cada vez que entraba en la residencia de W y veía a todas las chicas guapas merodeando por los pasillos, sentía un ataque de nervios al instante.

—Toc, toc —digo en el umbral de la puerta abierta.

W y sus compañeros de cuarto están sentados en el sofá de segunda mano jugando a Madden. Dos chicas que no conozco están acurrucadas en el sillón de la esquina. Siempre tienen a chicas aquí. Al igual que con el resto, finjo que no me importa, porque lo último que quiero es parecer la típica novia celosa e inmadura de instituto.

W se levanta inmediatamente.

—V, no sabía que ibas a venir.

—Te he mandado un mensaje.

Él hace una mueca.

—Estábamos jugando. Chicos, os dejo. Ha venido mi chica.

—Pon un calcetín en la puerta —grita Mark al tiempo que W cierra la puerta de su habitación. Mark es un chico del norte del estado que siempre me pregunta cómo es W en la cama, como si supiera que nunca lo hemos hecho y disfrutase al provocarme con ello.

W me sonrío con las manos en las caderas.

—¿Necesito poner el calcetín?

—Hay gente ahí fuera —le recuerdo.

Él se ríe y me tira a la cama.

—¿Y? Aquí solo estamos tú y yo.

Yo me estremezco cuando su mano se cuela bajo mi camiseta.

W hace que me sienta bien, pero no estoy preparada para dar el siguiente paso aún. Y menos todavía si sus compañeros están ahí fuera jugando a un videojuego y hay dos chicas desconocidas con ellos.

Lo empujo con la mano.

—Mi primera vez no va a ser con público.

Ya hemos hablado de esto. Al principio él se resiste, pero luego saca la mano de debajo de mi camiseta y la posa en la parte del vaquero que cubre mis caderas. Parte de su pelo castaño cae sobre su frente cuando rueda y se

coloca a mi lado. Yo le aparto el pelo para poder ver sus ojos color chocolate. Está guapísimo, como siempre. Más que Oakley Ford, eso está claro.

¿En serio? Bufa mi voz interna. *Tienes que estar bromeando.*

Vale, W no es más guapo que Oakley, pero es más simpático y dulce y lo quiero y eso cuenta para todo.

—Vale —sonríe, y se forman arrugas alrededor de sus preciosos ojos—. ¿Han mirado los gemelos el parque de *skate* que te mandé por mensaje?

—¿El de Boyle Heights? Está como en otro estado. —Cualquier cosa que suponga que alguien de Los Ángeles se meta en la autovía se considera un crimen menor dada la aglomeración de tráfico. Ir a Boyle Heights no requiere pasaporte pero sí un gran esfuerzo. Aunque quiero a mis hermanos, no los quiero *tanto*.

—Ya, pero si los traes podremos quedar. Eso estaría bien, ¿no? —Su boca besa un lado de mi cuello.

Ambos sabemos que los gemelos no irán, pero es un gesto dulce que W trate de juntarnos a todos.

—Pues sí. Veo el sentido a tu plan. —Me acurruco contra él y mis labios encuentran los suyos.

—Beneficios de salir con un universitario —bromea.

Nos besamos un poco más y cuando nos separamos por falta de aire, la razón por la que he venido vuelve a instalarse en mi mente.

—Oye, necesito pedirte un favor.

—La respuesta es sí. —Me hace cosquillas en el ombligo.

He practicado un discurso en el autobús pero no sonaba bien. Aun así, lo digo.

—Sabes que me he tomado el año libre para ayudar a Paisley, ¿no?

—Ajá.

Sus labios viajan hasta mi oreja.

—Me ha salido la oportunidad de ganar una gran suma de dinero este año. Nos duraría bastante.

—Suená bien.

Se mueve desde mi oreja hasta mi cuello y después baja la camiseta holgada por la curvatura de mi hombro.

Permitir que me bese cuando estoy a punto de decirle que necesito salir de mentira con una estrella del pop hace que me sienta demasiado culpable como para disfrutar de ello. Así que me salgo de la cama y me quedo al lado de la ventana.

—Necesito que no te enfades y me entiendas.

W frunce el ceño y pasa la pierna por la esquina de la cama. Se apoya sobre los codos, y la estampa de su cuerpo largo y desgarrado me es tan familiar y maravillosa que cuestiono de nuevo mi decisión.

—Empieza a parecerse al discurso que Danny Jones le dio a Karen de que se iba a la Universidad de Nueva York y no quería una relación a distancia.

—No, no es nada de eso. —Me froto la frente—. Es... es que este trabajo requiere que haga algo que no te va a gustar.

—¿Vas a participar en una peli porno? —Sus cejas se elevan hasta las entradas de su pelo.

—Dios, W, no.

—Dilo de una vez, V.

Suspiro en señal de frustración.

—No puedo decir nada más hasta que firmes esto. —Le doy el contrato de una página que declara que se le pueden contar algunas cosas a W pero no todos los detalles.

Él deja el papel a un lado.

—No voy a firmar nada. ¿Qué coño pasa, Vaughn?

—No digas tacos —digo sin pensar.

—No canalices a tu hermana —se queja. Paisley y él no se llevan bien. Ella cree que él me presiona y él que ella es demasiado estirada.

—Sé que parece una locura, pero si no lo firmas no puedo desvelarte los detalles y parecerá peor si no te los digo, créeme.

—Entonces confía en *mí*. —W coge el papel y lo tira a la cama, que está detrás de él—. Me lo puedes contar todo. Sabes que soy una tumba.

No es que no confíe en W, pero el futuro de toda mi familia está en juego.

—Si se tratase solo de mí te lo contaría, pero ya le he prometido a la agencia que no diría nada a menos que firmases esto.

Él entrecierra los ojos.

—¿Qué agencia?

—En la que trabaja Paisley. Diamond Tal...

—¿Diamond Talent Management? —exclama—. ¿Son ellos los que te han dado el trabajo? ¿Por qué no has dicho eso antes? Claro que firmaré. ¿Dónde necesitas la firma?

Veo como W se apresura a coger un bolígrafo del escritorio. Casi tiembla por el entusiasmo.

No alza la mirada al escribir su nombre sobre la línea, incluso en las que se supone que Jim tiene que firmar en nombre de Oakley. Pone el punto en la última «i» de su nombre completo con una floritura.

—Vale. Cuéntamelo todo.

Me levanto y arrastro a W hacia la cama para poder sentarme a su lado y cogerle de la mano mientras le explico esta locura.

—Vale, esto es todo lo que te puedo decir: voy a hacer algo para la agencia, algo así como una campaña en redes sociales. —Suena ridículo cuando lo digo en alto, pero eso es lo que el contrato de confidencialidad me permite revelar—. Saben que tú y yo estamos saliendo y...

—¿Me conocen? —Sus ojos brillan de entusiasmo—. ¿Paisley les ha hablado del canal? ¡Pensé que lo odiaba! ¿Qué vídeo les gustó? ¿En el que puntuamos las celebraciones de gol? ¿O en el que nos disfrazamos y fingimos ser los perros del cuadro en que juegan al póker? Tuvimos muchas visitas en ese aunque no fuese interactivo.

Arrugo la frente.

—Eh, no es acerca del canal.

—¿No? Pero lo has mencionado, ¿verdad?

—No exactamente. —Me siento avergonzada. Ni se me había pasado por la cabeza que lo primero en que pensaría W es en su canal, y ahora me siento mal por no habérselo comentado a Jim Tolson.

—¿Por qué no?

Hay cierto tono de traición en su voz. W y sus compañeros crearon un canal de YouTube en septiembre en el que cuelgan vídeos sobre ellos comentando los titulares deportivos. Se llama Bro Hards y... uf, vale, es algo tonto.

Pero como soy una novia que lo apoya, veo cada vídeo y me aseguro de comentar a pesar de no resultarme entretenido.

—No sé, no salió el tema —replico, deseando de repente haberlo tratado.

Al fin y al cabo, habría sido más fácil y un gran paso para que W se sintiera más cómodo con mi trato con Oakley. Me apunto mentalmente que he de hablar con Jim la próxima vez que lo vea.

—Bueno, nuestra relación es un problema para la agencia. Interfiere con mis... deberes. Le gente no puede saber que

tengo novio así que quieren que rompamos en público —cuando frunce el ceño me doy prisa para explicar el resto—, pero no de verdad. Seguiríamos saliendo de verdad. Excepto que...

—Hago una mueca—... no pueden vernos en público.

Me mira perplejo.

—¿Quieres que rompamos pero que no sea de verdad?

—Sí. —Dios. Suena tan estúpido.

—¿Quieres romper conmigo, V? Porque yo ni siquiera sabía que tuviésemos problemas. Si no quieres que salgamos, dímelo —lo dice de forma tan objetiva que parece como si romper conmigo no le afectase.

Pero a mí sí.

—¿Quieres tú romper conmigo? —exclamo, nerviosa y preocupada.

W es mi apoyo. Empezamos a salir antes de que mis padres falleciesen, y durante aquel doloroso verano estuvo a mi lado todo el tiempo, a pesar de mis lloreras impredecibles. Como cuando estábamos en el centro comercial y vi el anuncio del día del padre en una tienda Hallmark. Aquella noche volví a casa decidida a ser la novia divertida de antes y desde entonces no he vuelto a llorar frente a él.

Me preocupaba muchísimo que fuese a romper conmigo cuando empezó la universidad; pero no lo hizo. Me dijo que me quería y que se quedaría conmigo, aunque significase retrasar algunos de los planes que había hecho para ambos.

—Claro que no. —Me coloca en su regazo y frunce el ceño de nuevo—. ¿Pero cómo va a funcionar? —Sus manos se cuelan bajo mi camiseta—. Se supone que nos lo íbamos a pasar en grande juntos este año.

—Lo sé —digo triste—, pero es mucho dinero.

W vuelve arrugar el ceño.

—Paisley y tú os las arregláis bien. ¿No me comentaste que gana lo

suficiente como para no trabajar en dos sitios a la vez?

—Sí, pero...

—¿Y no pospusiste venir a la universidad este año porque tenías que trabajar?

—Sí, pero...

—Entonces no necesitas este —dice con la confianza de alguien que no se ha tenido que preocupar por una factura en su vida.

La familia de W tiene dinero. Incluso gastaron algo para que tuviera una habitación en la residencia De Neve Plaza que tiene una *suite* de dos habitaciones y un baño privado que comparte con otros tres tíos. Cuando vi lo que costaba la *suite* por semestre casi me trago el chicle.

—Sí, W. Sí que necesito el trabajo. Mi familia lo necesita.

Le cojo de las manos, con las que intenta quitarme la camiseta, y las junto entre las mías.

—¿Esto es idea de Paisley? Porque sabes que me odia.

—No te odia.

W gruñe con recelo. Sus dedos acarician la pretina de mis vaqueros y yo me obligo a no echarme hacia atrás. Es W. Le *quiero*. Por lo que deberían encantarme sus caricias, no hacer que me tense cuando lo veo aproximarse hacia mí.

Mi hermana nunca me ha dicho que no debería tener sexo con W, pero sé que cree que soy muy joven. Parte de su reticencia viene de su propia primera vez, la cual ella misma dice que fue terrible. Tras el funeral de nuestros padres, Paisley se sentía sola, deprimida y preocupada sobre cómo cuidar de nosotros. Así que acabó acostándose con alguien que no conocía muy bien porque necesitaba consuelo. Y fue tan horrible que la pillé llorando al día siguiente. No digo que me traumatizase, pero tenía claro que no quería ir rápido con W después de aquello.

—Vale, finjamos que lo hago —dice W despacio—. ¿Quién rompería con quién?

Su cambio de ciento ochenta grados me deja alucinada. Supongo que debería aliviarme que W se muestre dispuesto, pero en lugar de eso su actitud tan normal me sienta mal. Una de las cosas buenas de W es que es muy relajado. Nunca me molesta por mi falta de ambición o por el hecho de que no

tengo ni idea de qué hacer con mi vida. Si no puedo tener una cita porque quiero estar con mi familia o trabajo turnos extra nunca se queja. Me digo a mí misma que es algo bueno y positivo. En los meses tras la pérdida de mis padres, su actitud relajada era lo que necesitaba.

Y ya que necesitaba que le pareciese bien esto, no debería irritarme que pregunte cómo será la ruptura de forma tan normal, como si me estuviese preguntando por el tiempo que hace.

—¿Cómo quieres que sea? —contesto con otra pregunta.

Él se encoje de hombros.

—Probablemente debería ser yo, pero no quiero que ninguno de nuestros amigos me acuse de engañarte. Diremos que ya no funcionaba.

¿Engañarme? ¿Le digo ahora que se supone que tengo que besar a Oakley Ford o espero a luego? Aunque en realidad no puedo elegir ninguna opción, porque me han prohibido decirle a W que Oakley está involucrado. Está claro que lo descubrirá pronto, pero el contrato que he firmado me prohíbe mencionar a Oakley.

Esto es un lío.

—Me aseguraré de que todos sepan que no has hecho nada malo —prometo mientras internamente lucho contra mi creciente inquietud.

—Vale —se queda callado—. Y... ¿podemos seguir quedando en secreto?

Siento que eso no es lo que quería preguntar, ha vacilado demasiado antes de hablar. Pero asiento de todas formas.

—Aunque tendrá que ser en mi casa. Y no podremos mandarnos mensajes durante la ruptura. Podemos hablar por teléfono pero no puede haber pruebas por escrito. Así que nada de mensajes de texto, Snapchats, comentarios en Instagram y esas cosas.

—Es como una de las misiones de James Bond —alza las cejas—. ¿Entonces tendré una aventura en secreto con mi novia? Me pone un poco.

Me siento aliviada. Esto es bueno. Ya bromea y, por alguna razón, eso me dice que nos irá bien.

—Escabullirse será guay —le digo para tentarlo.

Eso hace que me sonría con picardía.

—¿Y qué más?

Mierda. Esta es la parte difícil.

—Puede que me hagan fotos con ciertos famosos...

Sus ojos se iluminan.

—¿Cómo quién?

—Todavía no lo sé —miento—. Pero si ves fotos más en internet debes saber que no son reales. —Vuelvo a mentir—. La mayoría serán manipuladas con Photoshop. En serio, *nada* de lo que haga este año será real. Todo estará manipulado, como... piensa que es como un *reality show* que Diamond produce.

Él asiente.

—Hablando de programas de televisión...

Mi ansiedad aumenta mientras espero a que prosiga.

—Si te doy un vídeo de mi canal, ¿se lo podrías pasar a uno de los agentes? —pregunta esperanzado—. Nunca se lo he pedido a Paisley porque ambos sabemos que no lo hará, pero ahora sus contactos son también los tuyos, ¿no?

La petición me sienta mal, aunque ya había pensado en mencionárselo a Jim. Me obligo a dejar a un lado mi molestia.

—Es decir, vas a pasar mucho tiempo con todos los famosos de Hollywood, gente de la industria, y sabes lo mucho que los chicos y yo nos esforzamos con el canal... —Hay un brillo desafiante en sus ojos—. Es una oportunidad para abrirse paso. Tú misma lo dijiste, que nos imaginabas con nuestro propio programa de televisión.

Me arrepiento de haber escrito ese comentario en YouTube.

—¿No quieres graduarte en ciencias de la comunicación? —pregunto, esperando que recordárselo le distraiga.

Pero W ondea la mano despectivamente.

—La única razón por la que entré en esta carrera es para meterme a trabajar en la tele. Quiero ser presentador de algún programa de deportes. Ya lo sabes. Así que si puedo llegar más rápido a ese objetivo, ¿por qué no? —Al no responder, presiona los labios, triste—. ¿Me estás diciendo que no quieres hacer esto por mí?

—No es eso...

—No creo que sea mucho pedir —me interrumpe—. Porque voy a estar sin novia durante varios meses...

—Un año —susurro.

Se queda con la boca abierta.

—¿Un año? ¿La ruptura falsa va a durar un año? —Alza las manos en señal de sorpresa—. ¿Ves? ¡Es un gran sacrificio por mi parte! Será mucho más fácil de sobrellevar si al menos saco a cambio una oportunidad laboral.

¿Saber que estarías ayudándome a poder mantener a mi familia no es suficiente?

Me muerdo la lengua antes de soltar esas palabras de enfado. Supongo que entiendo lo que dice. Un año es mucho tiempo y estoy bastante segura de que nos cansaremos de quedar a escondidas antes o después. Además, no es como si Diamond fuera a firmar algo con él, así que, si alguien con autoridad le ofrece alguna crítica constructiva, a lo mejor por fin se da cuenta que eso que hace en YouTube es una pérdida de tiempo.

—Tienes razón —convengo—. No podemos dejar pasar ninguna oportunidad laboral.

Su expresión se torna alegre.

—Mándame por correo lo que quieras y yo se lo pasaré a las personas adecuadas.

—¡Joder, nena, sí! ¡Eres la mejor!

Me atrapa con sus brazos y me besa hasta que me quedo sin aliento, y ambos reímos al separarnos.

Bueno, él ríe, yo finjo. Algo normal en mi vida, supongo.

Capítulo 7

Ella

El viernes por la noche, cuarenta y ocho horas después de mi visita a la Universidad del Sur de California, W y yo «rompemos». Antes de marcharme de su cuarto ese día, me besó, me dijo que me quería, y me prometió mandarme el vídeo lo antes posible. Aunque no me siento totalmente cómoda con lo de hablarle a Jim Tolson del estúpido canal de W, me preocupa que, si no lo hago, a W deje de parecerle bien este trabajo con Oakley y rompa conmigo de verdad. Y estoy desesperada porque me apoye en esto.

Como no nos conectamos a Facebook tan a menudo, le anunciamos a las masas nuestra ruptura de dos maneras:

1. W elimina el acceso directo a mi Twitter e Instagram de sus biografías. Ambos decían «Locamente enamorado de @VeryVaughn». Ahora no ponían nada.
2. Yo tuiteo cuarenta y tres caracteres de pura tristeza:

Vaughn Bennet @VeryVaughn

Las rupturas son un ASCO. **#corazónroto #ascodevida**

En cuestión de minutos nos empiezan a llover mensajes directos por parte de nuestros amigos tanto en Twitter como en Instagram. Me siento en la cama con una tarrina de helado de chocolate con pepitas en el regazo y una cuchara

colgando de mi boca; luchando contra las lágrimas que amenazan con derramarse mientras miro la pantalla del ordenador.

@MandiHunt343 ¡Dios, W! ¿Qué le ha pasado a tu biografía? ¿¿Habéis roto tú y V??

@CarrieCarebearDawes ¿HABÉIS ROTO W Y TÚ?

@KikiSimpson Por Dios, Vaughn. ¿Cuándo ha sido?

@Tracyloves1D Si ese cabrón de W te ha puesto los cuernos, voy a PARTIRLE LA CARAAAAA!!

Carrie, Kiki y Tracy son amigas mías del instituto. Carrie es la más íntima, así que le devuelvo un mensaje confirmándole que sí, que W y yo hemos roto. Al instante me responde y se ofrece a venir a casa con helado. Le digo que ya he cubierto ese frente y quedamos en vernos para comer el domingo.

Como la publicista de Oakley me dijo que tengo que responder a todos los tuits referentes a la ruptura, me obligo a responderles a Kiki y a Tracy, pero no les ofrezco ningún detalle. W fue muy insistente en que no quería parecer a) débil o b) un chico malo. Así que, la ruptura fue idea suya y no se me permite acusarlo de haber hecho nada mal.

Nuestra historia oficial es que él me dejó porque no quería tener una relación a largo plazo ahora que acababa de empezar la universidad. Me aseguré de decirle a Tracy que no había habido cuernos. Luego, me meto otra cucharada de helado en la boca y me obligo a no llorar.

Me recuerdo que no es una ruptura real, pero eso no alivia el dolor que tengo instalado en el estómago. Me muero por mandarle un mensaje a W. No, quiero llamarlo y oír su voz para asegurarme de que todos estos tuits son solo respuestas honestas a una situación completamente falsa.

Pero no puedo. Claudia me prohibió cualquier contacto entre ambos durante al menos una semana para «dejar que la ruptura se asentara», así que no puedo coger el teléfono y llamarlo para quedarme más tranquila. Me dijo que nos iba a observar de cerca. No sé lo que eso significa, pero les tengo un

poco de miedo a ella y a Jim, así que no lo llamo aunque me muera de ganas de hacerlo.

—¿Vaughn? —Mi hermana llama a la puerta de mi dormitorio con suavidad.

—¿Sí? —respondo con voz temblorosa. La ruptura falsa parece demasiado real.

—¿Puedo entrar?

—Sí, haz lo que quieras.

Paisley entra, le echa un vistazo a la tarrina de helado y luego a mi expresión llorosa, y se une a mí en la cama. Sus ojos marrones se fijan en la pantalla del ordenador y luego se llenan de compasión.

—Lo siento mucho. Sé que debe de ser horrible para ti. —Se muerde el labio—. No es demasiado tarde si te quieres echar atrás.

—Sí, sí que lo es. —Soy incapaz de dejar de pensar en el dinero—. Pero el año pasará rápido, ¿verdad?

Paisley asiente.

Me trago otra cucharada de helado.

—¿Sabes cuál es la peor parte? Bueno, la segunda peor, porque no poder hablar con W es la primera. Es que Oakley Ford es un auténtico gilipollas. Ni siquiera me estrechó la mano en la reunión. ¿Cómo va a hacer entonces para tocarme en público?

—Se dio cuenta de que tenías hambre y te consiguió comida. Es algo. Además, es guapo —puntualiza Paisley.

Sí, al menos tiene eso.

Mi hermana se levanta de la cama.

—Voy a llevar a los gemelos al cine esta noche. ¿Quieres venir?

Niego con la cabeza.

—No, voy a quedarme en casa y a regodearme en mi miseria. Planeo engordar por lo menos cinco kilos a base de helado.

—No engordes mucho —bromea—. O sino puede que Oakley Ford cambie de parecer sobre lo de salir contigo.

En realidad, no suena tan mal. Quizá debería abrir otra tarrina de Ben & Jerry's.

Paisley se inclina y me da un beso en la mejilla.

—Estás haciendo algo bueno. En serio. Esto va a ayudarnos más de lo que crees.

Si lo sé. Pero eso no significa que tenga que hacer como que me encanta. Ya echo de menos a W y solo han pasado dos días desde la última vez que hablé con él.

En cuanto Paisley se va, me centro en mi *heladoterapia*. Me lo como despacio. Tanto que cuando llego al fondo ya está todo prácticamente derretido. Remuevo lo que queda mientras pienso en el plan de Oakley por centésima vez.

¿Ha venido Paisley porque sabe, en el fondo, que no estoy preparada para enfrentarme al mundo? ¿Que no tengo planes de futuro? ¿Que a diferencia de todos los demás chicos con los que fui al instituto, estoy completamente perdida y que jugar a las casitas con un famoso cualquiera es lo único que llena mi existencia ahora mismo?

El helado derretido no tiene las respuestas. Suspiro y cierro todas las pestañas del navegador antes de abrir mi biblioteca de música. Puedo seguir regodeándome en mi pena o seguir con el curso de mi vida, el cual me he establecido a mí misma. Supongo que el último es más productivo, así que bajo por la enorme lista hasta encontrar el álbum que estaba buscando, hago clic en la primera canción, y luego coloco el ordenador a mi lado en la cama.

Mientras hurgo en el último cajón de mi escritorio en busca del cuaderno de bocetos, la *intro* de uno de los sencillos más famosos de Oakley Ford, «Hold on», se oye a través de los altavoces de mi portátil. En cuanto empieza a sonar, de pronto me transporta a mi segundo año de instituto. Estaba totalmente obsesionada con el disco. Y por extraño que parezca, no me recuerda a Oakley, sino a W.

W y yo empezamos a salir más o menos cuando *Ford* salió a la venta. Solía burlarse de mí porque me gustaba, pero entonces un día lo oí tararear una de las canciones y conseguí que admitiese que a él también le gustaba. Luego dibujé dos manos unidas en mis Vans para capturar el momento.

Encuentro el cuaderno y un juego de lápices de dibujo, pero no empiezo a crear el boceto de inmediato. Primero abro internet y busco fotos de Oakley, porque no estoy segura de poder dibujarlo de memoria.

Vale, lo admito. El chico está bueno. Muchísimo. Ese pelo rubio desordenado, esos penetrantes ojos verdes, y su cuerpo musculoso y

tonificado, siempre ataviado con vaqueros rotos y una camiseta ajustada. Por Dios.

Hago clic en foto tras foto. Imágenes de sus conciertos. De él en Los Ángeles tomadas por los *paparazzi*. De él y su madre en preestrenos de películas. De él en el rodaje de una de las películas de su padre.

Oakley Ford vive en un planeta completamente diferente, por lo que parece. Es una Celebridad, con C mayúscula. El único hijo de Katrina y Dustin Ford, una pareja de Hollywood importante, o al menos lo fueron antes de su divorcio. Ha ganado Grammys y el People's Choice Awards, y lo embadurnaron en pintura verde después de actuar en los premios del programa de Nickelodeon cuando tenía catorce años. Ha aparecido en la portada de un millón de revistas, incluido ese reportaje sexy para *Vogue* que estoy mirando ahora mismo.

Decido escoger una foto de ese reportaje, la que está sentado contra un fondo negro, mirando directamente a la cámara. Su mirada es tan intensa que hasta me da un escalofrío.

Empiezo a dibujar con el sonido de su preciosa y rasgada voz cantándome de fondo en mi cuarto.

Una semana después de nuestra falsa ruptura, W viene a casa y nos quedamos en mi cuarto. Tanteamos en mi cama durante horas hasta que dice a regañadientes que se tiene que ir.

—Es tarde. Debería irme —anuncia sobre las diez.

Quiero protestar que no es para nada tarde, pero yo no soy la que tiene clase a la mañana siguiente.

—Vale.

Debe de notarse mi reticencia, porque me besa con dulzura en la frente.

—Al menos nos podemos ver, ¿no? No es tan malo.

¿Que no es tan malo? Esta semana ha sido una tortura sin poder hablar con él. Quedé con Kiki y Carrie unas cuantas veces y, como verdaderas mejores amigas, se pasaron todo el tiempo asegurándome que W es un cabrón y que estoy mejor sin él. Les seguí el juego, aunque echarle mierda encima al chico

del que sigo enamorada fue pura agonía. Pero, bueno, no quiero ser la típica novia infantil y dependiente, así que solo sonrío y asiento.

—Odio esta situación —murmura mientras bajamos a la planta inferior.

El alivio me embarga. Él también lo siente, gracias a Dios.

—Yo también.

Nos quedamos de pie en la entrada abrazándonos durante unos instantes, su frente pegada a la mía, y sus brazos alrededor de mi cintura. Pienso en todos los abrazos que nos hemos dados en estos últimos dos años. Todas las bromas privadas y los mensajes fortuitos y el hecho de que nunca me he ido a la cama sin que W me llame para desearme buenas noches.

—Mark y yo hemos decidido que vídeos pensamos que son los mejores —dice. Su cálido aliento me roza la nariz—. Va a editarlos para unirlos todos esta semana y luego te mando el archivo por email.

Me tenso ligeramente, y espero que no lo note.

—Me muero de ganas de saber qué opina ese agente de nuestro canal.

—Y yo—digo con falsa alegría. Luego intento distraerme respirando ese aroma tan familiar a limón de su loción de afeitado.

Tras un último beso, observo con ojos desolados cómo sale de mi casa hasta su coche. Es el mismo todoterreno viejo que tenía en el instituto, y mientras se aleja, pienso con anhelo en todos los morreos y besos que nos hemos dado en ese coche.

Arriba, me dejo caer en la cama y vuelvo a tuitear sobre mi pena.

Vaughn Bennett @VeryVaughn

Escuchando *Ford* en repetición = la mejor cura para un corazón roto.

Estoy mintiendo en ambas cosas, porque no estoy escuchando *Ford*, y tampoco hay ninguna cura para un corazón roto. Ni siquiera para uno de mentira.

—Tienes que publicar el dibujo esta noche —me anuncia Claudia cuando Paisley me tiende el teléfono.

Claudia no me está llamando a mi número... todavía. Estoy segura de que

eso cambiará en cuanto mi relación con Oakley sea portada de las revistas.

Han pasado dos semanas desde mi «ruptura», así que llevo esperando esa petición desde que el primer pago llegó a la cuenta bancaria de Paisley, pero eso no significa que lo haya estado deseando.

Como todavía no me permiten que deje mi trabajo, he hecho cuatro turnos en Sharkey's y me he dejado ver toda deprimida debido a la ruptura frente a mis compañeros. Aunque no es que eso sea muy difícil. Ni tampoco el aceptar el cheque de veinte mil dólares; el primero de muchos. Se decidió que los cheques irían a nombre de mi hermana por si acaso, porque si se filtraba que Diamond Talent Management me estaba enviando cheques, los buitres empezarían a rondarme de inmediato. Si se hacían a nombre de Paisley, la agencia puede defender que los pagos forman parte de su salario.

Las mentiras que están creando me parecen complicadas e innecesarias, pero yo nunca he hecho nada así antes, mientras que para Claudia parece ser algo de su día a día.

—¿Por qué esta noche? —gruño, en su mayor parte por llevarle la contraria. Como es técnicamente mi jefa, en realidad no debería estar gruñéndole, pero esta relación es la más rara que haya tenido nunca en la vida. Una parte de mí espera que me despidan.

—Porque tenemos que avanzar con esto. Publica el dibujo. Oak lo verá en un par de horas. En cuanto le dé a favorito a tu tuit, prepárate para que te lleguen una bandada de mensajes. Responde solo unos cuantos.

—A lo mejor deberías decirme tú cuáles he de responder

—murmuro con sarcasmo.

—Ah, no. Todo esto debe de ser natural —objeta Claudia, ignorando mi sequedad—. Pero vas a recibir muchísimos. No vas a poder contestarlos todos. Mañana por la mañana, ¡serás toda una estrella de las redes sociales! Solo recuerda que no les vas a gustar a todos. Los fans son posesivos con Oak, así que ignora los mensajes crueles y céntrate solo en los que te den ánimos. ¡No te olvides de que todos desearían ser tú, sin importar lo que publiquen!

Tras darme ese mensaje de ánimo tan cuestionable, me cuelga. Saco el dibujo que por fin pude terminar hace un par de días. Me pregunto qué le parecerá a Oakley. No es malo, pero no me encanta, y no porque su cara no me haya salido exactamente como quería. He trabajado en sus ojos durante

bastante tiempo, pero fue difícil capturar su vivacidad en blanco y negro. Tiene ojos bonitos, pienso mientras paso un dedo por encima de ellos.

No, no es por mis errores técnicos, pero algo le falta. Algo de Oakley Ford que he sido incapaz de plasmar en el papel.

Frunzo los labios con indecisión. No me gusta que uno de mis dibujos vaya a ser motivo de escrutinio de millones de personas en las redes sociales. Pero es para lo que he firmado.

Cojo el teléfono, le hago una foto rápida y luego la publico en Twitter.

Vaughn Bennett @VeryVaughn

Las rupturas son más fáciles de llevar cuando te imaginas esta cara junto a la tuya.

Tan solo tres horas después de que Oakley le diera a favoritos a mi dibujo, la primera respuesta llega a mis notificaciones. Menos de un minuto después, recibo un mensaje de Carrie.

¿Has visto que Oakley Ford le ha dado a favoritos a tu foto?

Me hago la sueca y le contesto: ¿¿En serio??

¡Sí! Entra a Twitter. ¡Tu muro está que arde! ¡Deberías mandarle un mensaje!

No voy a mandarle ningún mensaje solo porque le haya gustado una foto.

¡Nunca se sabe! ¡Mándale un mensaje directo como una pro, nena!

Y luego ya no puedo responderle más, porque a cada segundo —o quizá es a cada milisegundo— me llega una nueva notificación.

@pledo5514 @1doodlebug1 @caaryneo @paulyn_N acaban de seguirte.

¿Acaba de darle @OakleyFord a favoritos a la foto de una

chica @VeryVaughn?

@OakleyFord sígueme. Por fa. Te quiero. @VeryVaughn

@luv_oakley_hands @VeryVaughn Este dibujo está muuuuy chulo. Quiero 1 en mi taquilla.

@VeryVaughn Dios, qué dibujo más normalucho. Vuelve al colegio, zorra.

@OakleyFord_stanNo1 @VeryVaughn Qué verdad. He mirado su perfil. No es siquiera fan de él, mucho menos una fanática. Fuera.

@VeryVaughn ni siquiera eres guapa. @OakleyFord tú estás como un queso.

@selleuni5 @OakleyFordHeart @unicornio @wammamma
@maggie_han50n y 244 más acaban de seguirte.

Oh, guau. He conseguido más de doscientos seguidores en cuestión de diez segundos. Qué locura.

Paisley asoma la cabeza por la puerta de mi cuarto.

—Claudia ha llamado. Dice que deberías empezar a responder. Al parecer te están llegando cientos de mensajes.

—Lo sé. —Levanto el teléfono, un poco abrumada—. Son básicamente sobre lo normalucha y poco mona que soy y que él se merece algo mucho mejor que yo.

Mi hermana me dedica una sonrisa sarcástica.

—Es internet. La gente está todo el día diciendo estupideces en internet. ¿Necesitas ayuda con eso?

Niego con la cabeza. He firmado un contrato y ya es hora de que cumpla con mi parte, así que me paso la siguiente hora respondiendo tuits al azar con los «Ay, Dios» y con signos de exclamación suficientes, mientras ignoro los comentarios que me llaman fea. Los que me insultan tienen algo en común, no son buenos con la ortografía, y eso me hace sentir un poco de satisfacción por dentro.

El último mensaje que recibo antes de irme a la cama es de W.

¿Qué cojones, V...? Llámame.

Capítulo 8

Él

—¿Por qué no he visto este dibujo antes de que se publicara? —pregunto a Jim.

Son más de las diez, la casa vuelve a estar muerta y estoy mirando fijamente un boceto de mi cara en el teléfono de Ty. Él está en el salón intentando ocultarme su risa.

—¿No te gusta? —dice Jim, con la sorpresa patente en su voz, a través del teléfono—. Yo creo que es bueno. En realidad, es mejor de lo que creía. A tus fans les está encantando.

Amplíe la imagen a la altura de mi boca. ¿Así es cómo me ve? ¿Enfadado y taciturno? Parezco un niño pequeño al que le acaban de quitar su juguete favorito. Pero va a sonar todavía más infantil si me quejo de ello a Jim, así que le pongo otra excusa.

—¿Estás viendo toda la mierda que las demás chicas le están enviando? ¿Twitter no tiene reglas? —No sé por qué me sorprende. Estoy acostumbrado a recibir fotos de chicas desnudas con asiduidad, pero algunas de estas parecen... jóvenes. Demasiado jóvenes incluso para mí.

Cuando Jim me abrió una cuenta de Snapchat, me llegaron miles de fotos de chicas desnudas antes de que pudiese subir yo siquiera mi primera historia. Le respondí por accidente a una de ellas, y aquello desembocó en una experiencia un tanto rara con acosadora incluida. Que cuatro niñas de catorce años te persigan en sus bicis da un poco de miedo.

—Ignóralas —me aconseja Jim—. De hecho, puedes hacer caso omiso de todo. Claudia se ocupará de tus respuestas.

Cansado de mirarme a mí mismo, lanzo el teléfono de Ty sobre la encimera de mármol de la cocina.

—¿Cómo vamos con King? —exijo saber, porque mi música es la única razón por la que estoy accediendo a pasar por toda esta mierda.

—No va a pasar nada con él hasta dentro de un tiempo. Sácatelo de la cabeza. ¿Por qué no usas este tiempo para escribir nuevas canciones? A lo mejor tu nueva novia te sirve de inspiración.

—Ja, ja, ja, ja...

Como no le gusto mucho a Vaughn, todas mis canciones serían de chicas irracionales y sus juicios equivocados.

De todas formas, ¿qué le he hecho yo a ella? El tráfico en Los Ángeles es horrible, y Jim sabe de sobra que las reuniones antes de las doce no existen para mí. Soy un búho nocturno.

—Espero que no te pienses que me voy a quedar en mi casa todo el año —murmuro.

—No, sé que un Oak aburrido es peligroso. Sinceramente, me da igual lo que hagas a lo largo del año, aparte de que te alejes de los problemas. King entrará en razón. Tú deja que yo me preocupe de eso. Ahora me voy a casa con mi preciosa mujer.

—No sé si te estás burlando de mí o me estás regañando.

—Ambos, chico —responde Jim con alegría antes de colgar.

La imagen en el teléfono de Ty sigue mofándose de mí. Quiero contestarle algo a Vaughn, pero no tengo ni idea de cómo conectarme a mi propia cuenta de Twitter. Las redes sociales son una completa pérdida de tiempo. Cuando me conecté por primera vez, me sorprendió la cantidad de gente que me mandaba mensajes, los cuales nunca tendrían las pelotas suficientes de decírmelos a la cara. Discutí con unos cuantos.

Y ahí fue cuando Claudia entró en escena y se ocupó de mi cuenta; de todas ellas. Después de las cuatro niñas, como yo las llamo, estuve más que encantado de que ella se hiciese cargo.

Recojo el móvil de Ty cuando este vibra. Alguna chica acaba de mandarle un mensaje subido de tono. Le paso.

—Ty, ¿por qué tienes cuenta de Twitter?

—Fútbol, hermano. —Entra en la cocina. Al parecer ya ha terminado con el ataque de risa—. Un montón de profesionales tienen cuenta.

—¿Sí?

—Sí, mira aquí. —Me quita el teléfono de la mano y pulsa algo antes de volver a devolvérmelo—. Sigo a mis jugadores favoritos y luego a un montón de atletas.

Leo su muro. Está lleno de estadísticas, enlaces a vídeos de fútbol y artículos.

—No me extraña que siempre me des una paliza en el FIFA.

—Necesitas una cuenta de Twitter secreta.

—Sí, y a Claudia le parecería estupendo. —Me bajo del taburete y rebusco en la nevera algo de comer. Paso de las verduras, el queso, las bebidas sanas y cojo una cerveza—. ¿Te hace una partida?

—Claro. ¿Estás listo para que te vuelva a dar otra paliza?

—Venga.

Le lanzo una cerveza y nos encaminamos al salón. Ty se coloca los cascos con micro incluido mientras que yo me pongo los auriculares. No se me permite tener micro en los míos. Una vez, estaba insultando a gritos y alguien cayó en la cuenta de que mi voz sonaba muchísimo como la de Oakley Ford. Me grabaron, lo subieron a internet y un montón de gente se enfadó porque soltaba muchas palabrotas a la edad de dieciséis.

Joder, ¿alguno de esos padres escucha siquiera a sus hijos cuando hablan? En serio, el noventa y nueve por ciento de los «me voy a follar a tu madre» los dicen preadolescentes.

Ty y yo jugamos un par de horas, y sí que me da una paliza. Me subo un poco el ego jugando al azar en internet y por fin consigo una victoria.

Cuando hemos terminado de jugar, mis ojos vuelven a desviarse hasta su teléfono.

—¿Puedes entrar? —pregunto.

—¿A tu cuenta?

—Sí.

—No. No tengo tu contraseña. Pero puedo llamar a Claudia.

Jugueteo con el teléfono de Ty en las manos. Por lo que sé, Vaughn no ha

respondido a que le haya dado a favoritos a su dibujo. No podría estar menos interesada en llamarme la atención. Me recuerda a mis padres.

Frunzo el ceño.

—No.

Termino yéndome a la cama temprano otra vez.

Cuando me despierto, es por la mañana. Me acerco al ventanal y le doy al interruptor que hace que el cristal cambie de opaco a transparente. Fuera hay pájaros piando y veo a un par de personas corriendo por la playa. Uno de estos días volveré a aquella isla privada que Jim alquiló después de la gira de *Ford*. Allí podría salir de casa sin escolta.

Me aparto de las ventanas. Big D no tiene que llegar hasta las doce, porque esa es la hora normal a la que me levanto. Han pasado dos semanas sin que haya nadie en este lugar más que yo, la sirvienta y mis guardaespaldas.

En realidad, echo de menos al idiota de Luke. No era tan malo. Al fin y al cabo, si yo estuviese en su lugar, haría lo mismo... intentar sacar provecho del éxito de mi amigo.

Nunca he tenido que hacer eso. Nunca he tenido que dar mil conciertos de bar en bar para que algún cazatalentos se fijase en mí. Mi madre le envió un vídeo que grabó con su teléfono a un amigo, que a su vez lo compartió con otro amigo, y así conseguí firmar con una discográfica a los trece. Mi primer disco salió con una gran campaña publicitaria detrás antes de que cumpliese los quince. Saqué tres discos buenos más antes de toparme con el bloqueo.

Nunca he estado en la posición de Luke —ni de Vaugh, qué diablos—, donde haya tenido que intimar con alguien a cambio de dinero.

He de admitirlo, mi actitud hacia Vaughn cuando nos conocimos fue pésima. En mi defensa diré que no iba con la mente muy abierta a esa reunión, porque ya he tenido una relación falsa que terminó siendo un completo desastre. Solo alguien interesado en acostarse con gente famosa accedería a tal sinsentido, especialmente si ya tiene novio.

Pero Vaughn no se mostró así en ningún momento. Estaba buena, pero no llevaba casi maquillaje. No se arreglaba, y luchó con uñas y dientes para que

no le cambiaran la imagen. Se sentía muy segura con su apariencia, seguridad que mi última novia falsa nunca demostró tener.

Y tampoco intentó impresionarme. No se tocó el pelo, ni se mordió el labio ni pestañeó más de la cuenta en mi dirección. El dibujo que ha hecho es bueno, pero parece dibujado por alguien que piensa que soy como April Showers: egocéntrico e imbécil.

Sí. Está claro que no dejé a Vaughn impresionada en la reunión. Y aunque odie admitirlo, su actitud me molesta. Es decir, no espero gustarles a todas las personas que conozca. Es solo que... no pareció importarle ser abiertamente hostil conmigo delante de todos.

Cojo mi teléfono y me descargo la aplicación de Twitter. Quiero ver lo que ha respondido. Solo que... mierda. No puedo iniciar sesión sin el nombre de usuario ni la contraseña.

No quiero, pero termino llamando a Jim.

—¿Has visto las noticias? —me pregunta cuando descuelga.

El mundo está un poco enfermo si el que le haya dado a favoritos a una foto en Twitter se considera noticia. Un homicidio en masa en África no llama tanto la atención como que yo le dé a me gusta al dibujo de una chica cualquiera.

—Necesito entrar en mi cuenta de Twitter.

—¿Por qué? ¿No te gusta cómo está yendo la cosa? Claudia y yo hablamos esta mañana. Todos están emocionados. Los medios están hablando a las mil maravillas de ti después de tantos meses. Espera, te voy a leer unos cuantos artículos.

Oigo el ruido de la calle.

—¿Estás conduciendo y hablando por teléfono?

—Sí. ¿Cómo te crees que hago las cosas en esta ciudad?

—Olvídalo. Los buscaré yo mismo.

Cuelgo antes de que pueda matarse intentando leerme los titulares de algunas noticias de cotilleos.

Entro en la página web del corazón más famosa que conozco y de inmediato veo una foto zalamera de mí mirando de reojo a una cámara.

¡Tuit de Oakley Ford hace realidad el sueño de una fan!

¡Fans de Ford, prestad atención!


Anoche la estrella mundial Oakley Ford volvió locas a sus seguidoras al darle a favoritos a un dibujo que una fan hizo de él. Según la cuenta de Twitter de la chica, Vaughn, de diecisiete años, acaba de romper con su novio del instituto y se ha estado consolando escuchando sin parar el disco de Ford titulado con su mismo nombre.

Ford siempre se muestra muy callado en Twitter, a excepción de los saludos que ocasionalmente manda a sus compañeros artistas, ¡así que esta clase de actividad no es muy propia de él! Nosotros no fuimos los únicos en darnos cuenta. Las fans comenzaron a comentar su «favorito» retuiteando la imagen. La cuenta de la propia artista ha subido hasta los 8000 seguidores, de los 89 que tenía en un principio. Su cuenta estalló en cuanto Oakley Ford le contestó.

¿Es este el nuevo romance de Oakley? No ha estado con nadie —durante más de una noche— desde April Showers. *Gossip Central* ha pillado a April fuera de The Nice Guy, en Los Ángeles. April pareció sorprenderse ante la noticia de que Oakley por fin esté pasando página, ya que nos dijo: «Vosotros sabéis más de la vida de Oakley que yo». El equipo de Ford no se ha pronunciado todavía.


La interacción de las fans ha convertido en *Trending Topic* el *hashtag* #ObjetivoFordFans en Twitter. Llevamos dos años sin tener disco nuevo de Oakley Ford. ¡A lo mejor Vaughn le sirve como nueva inspiración!

Dios santo. Hago clic en el enlace de la página de Twitter para leer mi supuesta interacción con Vaughn.

Oakley Ford  @VeryVaughn Gracias por dibujarme desde la izquierda. Es mi lado bueno.

Bajo por lo que parecen mil tuits antes de llegar a su respuesta.

Vaugh Bennett @OakleyFord ¡Jaja! Tú no tienes ningún lado malo.

Oakley Ford  @VeryVaughn ¿Tienes lápiz rojo? Me has hecho sonrojar.

Perdonad mientras vomito. *¿Que me ha hecho sonrojar?* Vaya respuesta más patética. Soy Oakley Ford. Yo no me sonrojo. ¿De qué tengo que avergonzarme?

@jelly_bean1984 @OakleyFord Por favor Oak, te quiero. Por favor, dale a favoritos a mi tuit!!!!

@cassandra.vega5 @OakleyFord eres taaaaaaaan guuapo. ¡¡¡Te quiero!!!
♥♥♥ ¡Eres mi amor!


@OakleyFord_stanNo1 @OakleyFord Te quiero Oakley. Me muero por que saques un nuevo disco.

Esto es absolutamente imposible. Le doy al hilo de Vaughn y suspiro de alivio. Es mucho más fácil de leer.

Vaughn Bennett @OakleyFord No me creo que te hayas sonrojado. Pero sí que tengo un lápiz rojo.

Tuiteó otra foto de la mejilla solo, ligeramente coloreada de rojo en la curva superior. Es bonito. Aunque no sea una representación muy certera, no puedo negar que tiene talento.

Paso a una docena de personas que le responden, y luego encuentro mi respuesta.

Oakley Ford  @VeryVaughn Entonces admites pedidos. Me gustaría ver un autorretrato.

Vaughn Bennett @OakleyFord ¿Como este?

Bajo los mensajes con anticipación. Mierda, ¿me acaba de mandar...? Es un boceto de su teléfono.

Oakley Ford  @VeryVaughn Moderna y elegante. Me gusta.

Estas respuestas son horribles. Si yo estuviese contestando de verdad, habría dicho algo como...

Vuelvo a llamar a Jim.

—Quiero tener acceso a mi cuenta de Twitter. Si voy a salir con esta chica, debería ser capaz de responderle yo mismo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque sí. ¿Me dais la clave de acceso o me creo una cuenta diferente?

—Espera. —Suspira y luego le ladra a una asistente—: Dile a Claudia que coja el teléfono y averigua cómo hacer que Oak tenga acceso a Twitter.

Capítulo 9

Ella

— ¡¿Se supone que sales con Oakley Ford?!

El tono alto y cabreado de W me daña los tímpanos, pero no le pido que se calme. Es la primera ocasión que hemos tenido para hablar por teléfono desde mi conversación virtual con Oakley. Es obvio que mi novio lleva acumulando frustración estas últimas veinticuatro horas y ha explotado ahora.

—No puedo ni confirmarlo ni desmentirlo —respondo tras un suspiro.

—¡Y una mierda! ¿Sabes todos los amigos en común que me han llamado y mandado mensajes para decirme que estás tonteando con Oakley Ford por internet?

Alzo la guardia.

—Espero que no dijese nada de mi trabajo. Has firmado un contrato de confidencialidad, W. Si lo rompes, Diamond...

—Arruinará mi vida —acaba la frase—. Lo sé.

Uf, esto no se centra en la vida de W, pero sé por otras veces que voy a tener que escucharlo quejarse y compadecerse hasta que se desahogue.

—Entonces, ¿qué les has dicho?

—Que ambos estamos tristes por la ruptura y que tontear con un *celebridiota* es tu forma de olvidarte de mí.

Hago un gesto de dolor ante sus palabras, pero solo respondo:

—Gracias.

Hay una larga pausa.

—¿Qué estás haciendo con Ford exactamente? —murmura W.

—No mucho —vacilo—. Quedaremos para que nos capten las cámaras varias veces. Y puede que haya un beso. No, un pico. Y nada de eso será real, ¿recuerdas?

—Más vale que no. —Mi corazón se dispara ante sus celos, pero muere al oír sus siguientes palabras—: No me gusta quedar como un perdedor.

Una voz quejumbrosa suena en la puerta de mi habitación.

—¡Vaughn! ¡Necesitamos el teléfono!

Alzo un dedo para hacer callar a Shane.

—Te prometo que es falso —le aseguro a mi novio—. Como un *reality* de la tele.

—¡Tenemos que llamar a Kenny! —grita Spencer al situarse al lado de su gemelo. Ambos me fulminan con la mirada, y el color dorado de sus ojos almendrados brilla de ira. Tienen doce años y ya son más altos que yo, que mido uno sesenta y siete, y me podrían quitar fácilmente el teléfono.

Suspiro.

—Tengo que colgar. Los gemelos necesitan el teléfono. Te veo este fin de semana, ¿vale?

—Vale —vuelve a vacilar—. Te quiero.

—Yo también te quiero —respondo, los gemelos gimen y hacen como si vomitaran, zarandeando el cabello castaño claro de un lado para otro haciendo aspavientos.

Cuelgo y le tiro el teléfono a Spencer.

—Ahí tenéis, renacuajos. Llamad a vuestro querido Kenny.

Tras marcharse, me tiro en la cama y maldigo el día que dejé que Paisley me convenciera para conocer a Jim Tolson y su séquito.

Claudia cree que alguien podría conseguir el registro de llamadas, así que durante dos meses no puedo llamar a W ni con mi móvil ni con el de mi hermana, lo que significa estar a merced de dos niños de doce años.

En realidad tuve que pedirle permiso a Claudia antes de llamar. Y después *ella* tuvo que reunirse con su equipo de relaciones públicas para decidir si tiene sentido que W se mantenga en contacto con los hermanos de su exnovia. Yo le recordé que W ha formado parte de nuestra familia durante dos años, así

que claro que se lleva bien con mis hermanos.

—El teléfono —anuncia la voz de mi hermana, y me saca de mis pensamientos. Paisley entra con el iPhone en la mano—. Claudia.

Grito en mi interior. Dios. No puedo lidiar ahora mismo con una de sus peticiones estúpidas.

—Hoy vas a convertir tu cuenta en privada —me informa Claudia en vez de saludar.

—¿Por qué? ¿Por todos mis nuevos seguidores? —Cuando me levanté esta mañana descubrí que tenía veinticinco mil nuevos seguidores en Twitter. Casi me muerdo del susto.

—Porque queremos echar más leña al fuego. Si de repente la pones privada, las fans de Oakley no podrán seguirte y enloquecerán. Empezarán a cotillear sobre ti en sus propias cuentas y especularán la razón por la que has cambiado la privacidad, y las que ya te siguen empezarán a hacer pantallazos de tus tuits y te convertirán en una persona todavía más famosa.

No me molesto en discutir. Renuncio a intentar entender la lógica de la publicista.

—De acuerdo —digo—. ¿Algo más?

—Sí. Amy te va a enviar un archivo de tu cuenta de Twitter. Empieza a borrar todas las fotos con tu exnovio.

Me cabreo.

—¿Cómo habéis conseguido el archivo de mi cuenta? ¿Y cómo habéis obtenido mi correo?

—De Jim. No preguntes cómo lo ha conseguido. Nunca te lo dirá —exclama Claudia—. Bueno, queremos que borres todo rastro de tu exnovio de la cuenta para mañana. Lo haces, claro está, para borrarlo de tu vida.

Siento la amargura recorrer mi cuerpo.

—Si tenéis acceso a mi archivo, ¿por qué no lo hacéis *vosotros*?

—Oh, claro. Nos encantaría. Pensábamos que querías hacerlo tú misma. Olvidarse de un ex es un proceso difícil para una adolescente.

Imagino a un desconocido viendo mis fotos de W y haciendo clic en el icono de la papelera, y comprendo que tiene razón.

—Déjalo. Lo haré yo. ¡Y no es mi ex, Claudia!

—Lo es a ojos del mundo. —Empieza a sonar molesta—. Una última

cosa. Necesitamos que vayas a cenar con tu familia esta noche.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—Madre mía, Vaughn, ¿tu expresión favorita es «¿por qué?»? Ten cuidado, cielo, o voy a empezar a contestar con un «porque lo digo yo».

Aprieto los dientes con tanta fuerza que me duele la mandíbula.

—¿Por qué necesito salir a cenar, Claudia?

—Porque es noche en familia. A partir de ahora tus hermanos y tú saldréis a cenar en familia un día a la semana.

Respondo con su expresión favorita.

—¿Por qué?

—¡Porque eso es lo que hacen las familias normales! —Bufa en alto y su voz se suaviza—. ¿Tu Instagram está ligado a tu cuenta de Twitter?

—Sí. ¿Por...? —Me detengo antes de terminar la pregunta. Ya está enfadada conmigo de por sí.

—Bien. Durante la cena publicarás una foto de ti y de tu familia. No importa si están tus hermanos. Pero tu hermana tiene que aparecer.

—Supongo que sabrás lo que voy a preguntar.

Deja escapar un suspiro exasperado.

—Será una forma consistente de revelar que tu hermana trabaja en Diamond. Oakley comentará la foto y luego se revelará esa información.

—Vale. Publicaré algo esta noche.

Cuelgo sin despedirme y después grito en dirección a la puerta:

—Paisley, ven.

Aparece en cuestión de segundos.

—¿Qué pasa?

—Dile a los gemelos que se vistan bien —anuncio al tiempo que le devuelvo su móvil—. Vamos a salir a cenar.

—¿Por qué?

—Es noche en familia.

Mi hermana alza una ceja.

—¿Por qué?

Guau. La expresión *sí* que es molesta.

—¡Porque es lo que hacen las familias normales! —grito, y me dirijo hacia el armario para encontrar algo que ponerme.

Capítulo 10

Él

#momentosenfamilia #cena #porqué tardantanto

Observo la foto de la familia de Vaughn en Instagram. Están todos apretados mientras esperan para sentarse en un restaurante del que nunca he oído hablar. No me acuerdo de la última vez que comí con mi padre y con mi madre. Mmm... la última vez que me senté en la misma mesa que mi madre y tuve un tenedor en la mano fue... ¿en la ceremonia de los Golden Globe Awards el año pasado?

Joder. Casi me echo a reír por lo absurdo de la situación. Por el contrario, no he comido con papá en años. El viejo guarda rencor como nadie.

Siento una extraña opresión en el pecho. No es... no... no es envidia. Cierro la aplicación y miro por la ventana. Lo que necesito hacer es salir de esta maldita casa. He estado metido aquí y en el estudio —donde solo se graba basura— durante demasiado tiempo.

Me dirijo a la cocina adrede y allí encuentro a Tyrese.

—Vayamos a comer algo.

Él guarda el móvil.

—¿Qué tienes en mente?

—No sé. ¿Qué te parece...?

Una idea traviesa me pasa por la cabeza.

—Oh, oh —Ty se apoya sobre los talones—. No me gusta esa mirada y

esa sonrisa que tienes en la cara. Me dice que estamos a punto de meternos en problemas.

—¿Qué te parece una *fondue*? —replico con inocencia.

Necesito decidir qué ponerme. Un sombrero y gafas de sol no serán suficientes.

—Claro. Hay un sitio en La Ciénega Boulevard —dice.

Ty es un amante de la buena comida. Conoce todos los buenos lugares, pero yo no quiero ir al restaurante Row.

—Pensaba que podríamos ir a Fondue Heaven, en... —Abro la aplicación y, en efecto, Vaughn ha utilizado la localización en Instagram—. El Segundo. Está en Main Street.

Ty parece ofendido y ligeramente asqueado mientras me sigue hasta mi habitación.

—¿Una franquicia, hermano? ¿En El Segundo? Eso está a una hora de aquí.

Le ignoro a la vez que busco ropa en el armario. Debería llevar los pantalones más caídos que tengo. Los que quedan justo por encima del culo. ¿Me deshice de ellos? Rebusco en el fondo del armario.

—Esa gente se habrá marchado antes de que llegues —dice Ty detrás de mí. No para nada tonto.

—No si vamos en helicóptero. Son quince minutos. Para entonces les habrán servido los aperitivos. —Encuentro el par de vaqueros rotos que odio bajo una pila de ropa y un viejo par de zapatillas. Me acerco la tela a la nariz. Huele a limpio. Algo a humedad, pero a limpio.

Ty alza una ceja en señal de crítica.

—¿En serio?

—¿Te refieres a mis vaqueros o al helicóptero? —pregunto al quitarme los pantalones y ponerme los vaqueros. No los he utilizado desde hace un par de años, así que me quedan justos. He ganado músculo desde mi etapa delgaducha de los dieciséis.

—Ambos.

Me pongo una sudadera oscura encima de la camiseta y me froto las manos.

—¿Listo?

—Que conste que creo que esto es una mala idea, ¿vale? —dice Ty al llegar al aparcamiento.

—Te he oído las tres primeras veces. —Me coloco el sombrero usando el espejo del parasol del coche que hemos alquilado. No es un disfraz completo, pero confío en el hecho de que nadie espera ver a Oakley Ford en una cadena de restaurantes de *fondue* en El Segundo.

—Jim es un tipo espeluznante y tengo familia —me recuerda Ty.

—¿Qué familia? ¿Tienes hijos que desconozco?

—Hermanas.

Ya. Conozco a las hermanas de Ty. Si hay alguien que deba tener miedo, ese es Jim, porque esas tías son Feroces con F mayúscula. Sobreprotectoras con su «hermanito» y sin filtro, te dicen las cosas como son. «Cielo...» —así me llaman. No estoy seguro de que sepan mi nombre siquiera—, «cielo, tienes que subirte esos pantalones antes de que causes una revuelta».

Cuando tenía quince años y era más tonto que Abundio, le dije a Shanora, la hermana mayor de Ty, que era la moda.

—Cielo, eso no es moda. La última vez que estuve en Macy's no vi ropa de ratas callejeras en las estanterías —respondió—. Lo que tienes es falta de imaginación.

Debido a su consejo, dejé de lado los pantalones holgados, las gorras hacia atrás y las camisetas sin mangas e intenté buscar un estilo intermedio entre dios del *rock* e idiota de Abercrombie. No estoy seguro de haberlo encontrado todavía.

—Jim sabrá que esto ha sido idea mía. No va a echarte la culpa. —Levanto el parasol—. Nunca te ha culpado antes.

Ty gruñe al tiempo que aparca. Aunque el aparcamiento tiene coches, no hay mucha gente, y las personas que están fuera del restaurante no se fijan en mí. Una pareja pasa a mi lado sin detenerse y le enseño a Ty el pulgar hacia arriba cuando pasan de largo.

Él sacude la cabeza.

El entusiasmo recorre mi cuerpo. Me siento como si estuviese rompiendo

las reglas, saliéndome con la mía en algo que no debería, cenando en este restaurante que forma parte de una cadena de calidad inferior. Puedo visualizar mi siguiente entrevista:

—*¿Qué es lo más divertido que has hecho desde la gira de Ford?*

—*Bueno, fui a comer fondue y nadie me reconoció. Fue lo mejor en mis diecinueve años de vida.*

—Deja que yo hable con la gente —dice Ty al abrir la puerta—. Se puede reconocer tu voz con facilidad. Al menos comamos algo antes de poner pies en polvorosa.

—Buen plan.

Mi voz suena con un tono áspero muy característico. Una escritora de Billboard me preguntó una vez si fumaba mucho de niño, solo bromeaba. Pero no, así es como nací.

En el interior del restaurante hay un grupo de gente que espera para sentarse. Ty va hasta el principio mientras yo me quedo rezagado detrás de él y echo un vistazo alrededor. Una mesa cerca de la cocina con cuatro integrantes llama mi atención.

—La espera es de veinte minutos —informa la agobiada recepcionista a Ty.

—No pasa nada —digo—, hemos quedado con alguien.

Señalo la mesa de Vaughn.

La recepcionista parece sorprendida.

—No me lo han dicho.

—No pasa nada.

Empiezo a andar antes de que la mujer arruine la sorpresa.

—Me ibas a dejar hablar a mí —me murmura Ty al oído.

Lo ignoro y me siento al lado de Vaughn, empujándola más cerca de su hermana.

—¿Qué hay de cena?

Ella se gira y abre la boca para dar alguna contestación, pero se me queda observando durante un largo rato.

Yo le devuelvo la mirada y me siento atraído por su boca. No lleva pintalabios ni cualquier otro tipo de maquillaje. Su pelo oscuro está recogido en una coleta despeinada, el flequillo le cae sobre los ojos y enmarca los

lados de su cara.

Mi nueva novia es un poco desaliñada, pero está buena. El fino suéter transparente y los pantalones de pitillo dejan entrever las suficientes curvas como para que mis pantalones se vuelvan todavía más incómodos.

—Te diría que me sacases una foto porque dura más —comento—, pero ya me has dibujado.

Le cojo el tenedor de dos puntas de la mano, luego un trozo de pan y le unto queso.

Se recupera lo suficiente como para preguntarme:

—¿Qué haces aquí?

—Espero que cenar. ¿Deberíamos pedir más comida?

Enfrente de mí, Ty se sienta al lado de los hermanos de Vaughn, que lo miran con los ojos como platos y la boca abierta. Tiene un aspecto impresionante, es unos centímetros más bajo que yo, que mido un metro noventa. Pero desprende un aire de peligro que supongo que adquirió en su etapa militar, donde sirvió durante diez años antes de dejarlo para unirse al cuerpo de guardaespaldas. Ty lo utiliza para asustar a las *groupies* entusiastas y atraer mujeres a su cama.

Una mirada hacia la hermana mayor de Vaughn revela que ella no es inmune. Tiene las mejillas sonrojadas y le mira cuando cree que no se da cuenta. Sí que lo hace. Pero no se va a tirar a nadie que trabaje para Jim por eso de «no folles donde trabajes».

—¿Esta es nuestra primera cita? —susurra Vaughn, insegura—. Claudia no me ha dado instrucciones.

Apenas puedo reprimir poner los ojos en blanco.

—Ya que somos nosotros los que saldremos, creo que podemos tomar estas decisiones.

Se muerde el labio. No porque quiera que yo se lo muerda —lo cual es lo que pienso ahora mismo porque definitivamente la boca es su mejor rasgo—, sino porque le preocupa enfadar a Claudia. No pretendo ser un cerdo egoísta, pero, ¿no debería ser *yo* a quien le preocupara enfadar?

Una camarera choca contra mi costado antes de poder comentarlo.

—Oh, lo siento, no me había dado cuenta de que esperaban a más gente. ¿Necesitan otra mesa?

Todos miramos el restaurante repleto de gente.

—No. —Vaughn suspira como si le pidieran negociar el tratado de paz de los coreanos—. Me moveré.

Ella se echa a un lado y por fin puedo sentarme bien en el banco de vinilo.

La camarera deja los cubiertos y dos vasos de agua. Yo mantengo la cabeza agachada. A mi lado, Vaughn se tensa.

—Esto no me gusta —protesta por lo bajo en cuanto la camarera se va—. ¿Y si alguien te reconoce?

—La camarera no lo ha hecho —comento.

—Te mirabas los pies. ¿Pretendes comer así todo el rato?

—Deja de preocuparte. —Vaughn es peor que Jim—. ¿Cómo sabré cuando el pan está listo?

—Estaba listo hace cinco minutos —me informa uno de los gemelos. El otro nos mira a Ty y a mí. No sé cuál de nosotros le intriga más. Apuesto a que es Ty. Mi demográfica no suele incluir niños preadolescentes.

Son idénticos, a excepción de que uno lleva una camiseta blanca y el otro de una marca de *skate*. Me pagaron un millón de pavos por andar en uno de sus monopatines hace un par de años. Todavía tengo una media docena de ellos en mi garaje.

—¿Te gustan los monopatines SkateBoiz? —le pregunto al chico.

Él asiente y después intercambia una mirada con su hermano. Ambos mantienen una conversación con los ojos y después el hermano charlatán responde.

—Sí. Están guay.

—Tengo un montón en mi casa. Necesitan ruedas, pero ¿os interesan?

Sus ojos se iluminan.

—Sí, sería...

Se encoge y frunce el ceño en dirección a Vaughn.

Ladeo la cabeza para mirarla mejor.

—¿Acabas de darle una patada a tu hermano?

—Puede. ¿Y qué?—responde con un bufido.

—¿No puedo darles esa mierda?

—No digas *mierda* —interrumpe Paisley.

Esta vez no puedo reprimir poner los ojos en blanco.

—¿Cuántos años tienen? —miro a los gemelos—. ¿Doce? ¿Trece?

—Doce —dice el de la camiseta blanca. Casi da saltitos por el entusiasmo.

—Vale, doce. Eso significa que saben más insultos de los que yo soy capaz de utilizar en una frase.

—Puede, pero no los usamos —responde Paisley.

Los chicos se tapan la boca e incluso los labios de Vaughn se curvan en una sonrisa, aunque a regañadientes.

—A Paisley le molestan los insultos. No es muy fan de ellos —explica Vaughn—. Tenemos un tarro de insultos y creo que Paisley nunca ha tenido que dejar centavos.

—Y tú al contrario dejas tu vida —replica Paisley.

—Vaughn tiene la boca sucia —dice uno de los gemelos.

—No es verdad—protesta—. Llevo un par de semanas sin meter nada.

—Un nuevo récord para ti —bromea Paisley.

—El tarro es por una buena causa. —Vaughn alza el rostro—. El fondo para la universidad de los gemelos.

Miro a Ty, el cual ha extendido su largo brazo por la parte de atrás de la mesa. Su sonrisa es leve, las bromas entre hermanos probablemente le recuerdan a su propia familia.

—Volvamos a los monopatines —digo—. Tengo un montón por un antiguo contrato de publicidad. Están cogiendo polvo y ni siquiera se pueden usar porque no tienen ruedas. Se los puedo dar a desconocidos o... —Abro los brazos inocentemente y espero a que los gemelos terminen la frase.

Ellos pican el cebo.

—Sí, Vaughn. ¿Por qué no nos los puede dar? No hace nada con ellos.

—Vale. ¿Qué más tienes en casa? Nos vendría bien una nueva tele. Quizá un coche. Solo tenemos uno. ¿Cuántos otros tienes? —estalla Vaughn.

—Cinco, pero creo que no te daré un coche hasta nuestra tercera o cuarta cita.

—Para eso tienes que abrirte de piernas —dice el niño de la camiseta blanca.

—¡Spencer! —le reprenden ambas chicas.

Ambas parecen listas para sermonear a su hermano, pero yo pongo una

mano en la mesa para atraer la atención de todo el mundo. ¿Que sus hermanas le echen la bronca delante de mí? El chico se morirá de la vergüenza.

—Para nada. Un regalo es un regalo. —Me inclino sobre la mesa y observo seriamente al renacuajo—. No te estoy ordenando hacer nada por esos monopatines, ¿no?

Spencer se encoje en su silla.

—No, señor.

El chico intenta ser un gallito delante de mí. Me pasa mucho. Luke lo hace todo el tiempo, intentar parecer todo lo macho que puede para suplir lo que cree que son sus insuficiencias. En un incómodo momento de claridad me doy cuenta de que yo hago lo mismo con estos estúpidos pantalones.

—No importa lo grande que sea el regalo —le digo a Spencer—. Nadie hace nada para merecer regalos. Los obsequias porque quieres que la otra persona se sienta bien.

Cojo el olvidado pan untado en queso y me lo meto en la boca. Tal y como ha dicho el otro gemelo, estaba listo hace cinco minutos. Lo como, por muy asqueroso que sepa, y después cojo otro trozo porque tengo hambre, aquí hay comida y no me pienso ir a ningún otro sitio.

Capítulo 11

Ella

—Entonces si tú eres Spencer, ¿cómo te llamas tú? —Oakley le pregunta a Shane y me siento mal al darme cuenta de que no los he presentado.

—Shane.

Paisley interviene antes de que yo pueda hacerlo.

—Y Shane, Spence, estos son Ty y... —titubea y luego baja la voz hasta susurrar—: Oakley Ford.

Mis hermanos ni siquiera parpadean.

—¿El cantante? —pregunta Spencer.

Oakley sonrío.

—Sí. El cantante.

Los gemelos intercambian una mirada y luego se encogen de hombros. Les da completamente igual. No creo que ninguno de ellos haya escuchado nunca un disco de Oakley Ford al ser tan pequeños. A ambos les gusta el heavy metal, lo cual es bueno, porque si fuesen unos fanáticos de Ford, podrían haber montado un espectáculo.

—Pero me podéis llamar Oak —dice alegremente, llevándose el pan a la boca sin siquiera mojarlo en el cuenco de queso.

—Vamos a tener que pedir más comida —le susurro a Paisley.

—Lo sé —responde—. Creo que come tanto como los dos gemelos juntos.

—Y Ty, ¿qué? —puntualizo.

Se ruboriza.

—Eh, sí, él, también.

¡Ay, Dios! Paisley se ha encaprichado del guardaespaldas de Oakley Ford. Me muero de ganas de atormentarla con ello esta noche. Aunque no estoy segura de culparla; el tío está como un tren. Tiene demasiados músculos para mí gusto, pero es guapo de cara. Tiene unos pómulos prominentes y unos ojos marrón oscuro que me recuerdan al chocolate derretido.

La camarera aparece y nos deja en la mesa los cuencos de aceite y platos de carne. Ty le sonrío.

—¿Podemos pedir dos platos más de eso?

Ella asiente.

—Claro. ¿Para ti y para...? —Se gira hacia Oakley, que ahora parece estar absolutamente interesado en mi teléfono.

—Sí, para ambos —dice Ty.

Oakley baja la cabeza otra vez y, de algún modo, se acerca más a mí. Su pierna roza la mía, y mi suéter me parece demasiado fino con su brazo tan cerca del mío. Juro que estamos sentados el uno casi encima del otro. Puedo sentir cómo sus músculos se estiran y se flexionan cuando alarga el brazo para coger más comida.

—¿Puedes echarte un poco para allá? —Levanto mi trasero para hacerle saber lo incómoda que estoy. Necesito espacio.

—No. Apenas tengo medio culo en el banco.

Los gemelos ríen tontamente.

—Oh, mierda, ¿cuántos centavos ha sido eso? —pregunta Oakley sonriendo.

—Ahora lo has hecho a propósito —lo acuso.

—Solo estoy aportando al fondo de la universidad de los gemelos —dice al tiempo que les guiña un ojo a los chicos.

Ellos le devuelven la sonrisa. Y luego Shane, que nunca habla con nadie excepto a Spencer, empieza a acribillar a Oakley sobre los tipos de monopatines que tiene. ¿Son largos o cortos? ¿Medianos? ¿Tiene alguno favorito?

Es el máximo interés que les he visto demostrar a los gemelos ante un extraño en este último par de años. Solían ser temerarios y alocados con sus

bicis o monopatines, pero la muerte de nuestros padres les convirtió en vulnerables e inseguros. Todavía siguen montando en bici o en monopatín, pero no tanto ni tan lejos de casa como antes, razón por la que la sugerencia de W de ir hasta Boyle Heights no iba a ir a ninguna parte.

—Nah, llevo un par de años sin montar en ninguno —admite Oakley—. Lo he intentado, pero me resulta complicado no llamar la atención en los lugares públicos, y si alquilo un parque, los niños no podrán usarlo mientras tanto. Así que lo dejé cuando me fui de gira.

Shane asiente, pero no creo que lo entienda, lo limitada que debe de ser la vida de Oakley. Siento un ramalazo de compasión por mi novio de mentira.

—¿Vas a tener que meterte bajo la mesa para esconderte? —pregunto.

—Espero que no. —Cuando se inclina sobre mí para poder hundir la brocheta en la olla, su brazo roza uno de mis pechos.

Mi cuerpo reacciona y, no sé cómo, pero incluso a través de su sudadera es capaz de notarlo.

Se gira hacia mí.

Me quedo de piedra.

Ahí es cuando el momento se acaba.

—Hora de irnos, muchachos —murmura Tyrese.

Nunca, jamás en mi vida he visto a nadie moverse tan rápido. Un momento estaba espachurrada en el banquito junto a Oakley, y al siguiente, tanto él como Tyrese nos están guiando a mí y a mis hermanos hacia la puerta.

—¡Juraría que ese es el guardaespaldas de Oakley Ford! —chilla una chica desde la mesa junto a la que nosotros estábamos sentados—. Lo he reconocido por ese reportaje de la MTV que echaron el año pasado...

No llego a oír el resto de la frase porque ya estamos en la otra parte de la sala. Tyrese se detiene solo para tenderle a la camarera dos billetes de cien dólares y decirle que «ha de cubrirnos», y luego nos empuja al exterior del restaurante.

Oakley, mientras tanto, se está partiendo el culo.

—¡Tú! —escupe en dirección a su guardaespaldas—. ¡Te han reconocido a ti!

Tyrese ni siquiera sonrío. Arrastra a Oakley hacia el asiento del copiloto de un elegante Mercedes plateado.

—Entra —ladra, y luego nos mira a los demás—. Claudia va a querer tener una charla con vosotros sobre esto. Mándame tu dirección y nos vemos allí.

Espera. ¿Van a venir a mi casa? ¿Por qué?

Tyrese no me da oportunidad de protestar; ya está sentado al volante del Benz y arrancando el motor.

Me giro hacia mi hermana, atónita.

—¿Qué narices acaba de pasar?

Ella suspira.

—Bienvenida al maravilloso mundo de Oakley Ford.

@1doodlebug1 ¡Han visto a Oakley Ford y a su guardaespaldas en Fondue Heaven con una familia! ¡Mirad esta foto!

Tyrese no estaba de broma. No es que Claudia quisiese simplemente hablar con nosotros, sino que al parecer era tan importante que no podía hacerlo a través del teléfono. Todo el equipo de publicidad de Oakley ha venido en helicóptero a El Segundo. Luego se ha desplazado rápidamente en varios Escalades hasta nuestra humilde morada de dos plantas y ha aparcado tres enormes vehículos junto a nuestra entrada. Como si eso no fuese a llamar la atención.

Ahora estamos todos reunidos en el salón, el cual es demasiado pequeño como para acomodar a toda esta gente. Tyrese está de pie en el umbral. Paisley y los gemelos están sentados en un extremo del sofá. Oakley y yo en el otro. Y el equipo de relaciones públicas de Oakley se cierne sobre nosotros mientras Claudia ataca a su cliente por su temerario comportamiento.

—¿En qué narices estabas pensando? —grita con esa voz tan peculiar parecida a la de Mickey Mouse—. ¡No se te permite tomar este tipo de decisiones sin consultarme a mí primero!

Oakley se cruza de brazos, parece aburrido.

—Vaughn, ¡abre Twitter! —escupe Claudia, y cuando abro la boca para cuestionarla, levanta una mano a modo de advertencia—. Te lo juro por Dios,

como me preguntes *por qué*, ¡voy a perder los nervios!

Su rostro está más rojo que un tomate.

—Estoy bastante segura de que ya los has perdido —murmura Oakley por lo bajo.

Hago un esfuerzo enorme por no reír y rebusco en mi bolso de tela en busca del teléfono. Abro la aplicación de Twitter y espero dócilmente la siguiente orden de Claudia.

—Escríbele un tuit a Oak diciéndole que tu hermana trabaja en su agencia —me ordena antes de atravesar a Oakley con la mirada—. ¿Ya estás contento, Oak? ¡Has mandado al traste la cronología que habíamos establecido! ¡El tuit de su hermana se supone que iba a suceder *antes* de la primera cita!

Una de las asistentes —Amy, creo— habla con voz tranquila.

—Todavía puede funcionar, Claudia. Lo modificaremos diciendo que Vaughn le mandó su número en un mensaje privado a Oakley, salieron y ahí fue cuando se dieron cuenta de que su hermana trabaja en Diamond. Fácil solución.


—Más nos vale que sí —farfulla Claudia. Parece estar tan molesta que hasta me siento un poco mal por ella.

Me apresuro a mandar el tuit antes de que sus mejillas se puedan tornar más rojas.

Vaughn Bennett @OakleyFord ¡Ay, Dios! ¡No me puedo creer que mi hermana trabaje en tu agencia! #elmundoesunpañuelo

Uno de los teléfonos que tiene Amy en la mano vibra. Le tiende sus cosas a otro de los asistentes de Claudia y escribe algo en el móvil.

Un segundo después el mío pita. Leo su respuesta y pongo los ojos en blanco.

Oakley Ford  @VeryVaughn El mundo es un pañuelo... o a lo mejor es el destino.

Claudia mira su propio teléfono y suelta un profundo suspiro.

—Vale. Bien. Tenéis que seguir tuiteándoos un rato para que no parezca

que os habéis conectado solo para dejar claro lo de Paisley.

—Pero mi cuenta ahora es privada —le recuerdo—. ¿Por qué tenemos que seguir hablando online?

—Porque sigues teniendo seguidores y esa gente venderá tus tuits a la prensa.

—No, no lo harán.

Claudia me mira como si fuese tonta. Y ni siquiera se molesta en intentar corregirme.


La realidad me da una bofetada en la cara. Oakley y yo no somos compinches. No estamos compartiendo ningún momento. Él no es el que me tuitea. Él no le ha dado a «me gusta» a mi dibujo. Ni siquiera sé si lo ha visto. Es Amy la que está detrás de todos esos tuits y favoritos.

Me muevo un poco para que mi pierna no esté tan cerca de la suya.

Él arquea una ceja y, sin apartar la mirada de mí, extiende una mano. Amy le dedica una mirada temerosa a Claudia, que frunce los labios.

Pero Oakley gana esta ronda, porque Amy le tiende el móvil unos segundos más tarde.

El mío vuelve a pitar, y esta vez ahogo un grito.

Oakley Ford  @VeryVaughn Por cierto, estabas buenísima esta noche.

—¿En serio? —pregunto, mirando a Oakley con la boca abierta.

Claudia lee su último tuit y gruñe.

—¡Por el amor de Dios, Oakley!

Él parpadea con inocencia.

—¿Qué? ¿No puedo decirle a mi chica que está buena?

Mi corazón empieza a latir con fuerza. Ugh. Toda la adrenalina de cuando hemos huido del restaurante debe de estar haciéndome efecto ahora. Esa es la única explicación por la que oír su rasposa voz decir que estoy «buena» haría que mi corazón se desbocara.

—Es inapropiado —dice Claudia con exasperación—. Queremos un tonto inocente, no nada... —Busca el término correcto.

—Pervertido —sugiere Amy.

Claudia asiente.

—Ha de ser apto para todos los públicos —ordena.

—¿Y por qué no triple X? —contraataca.

—Oakley.

—¿Y solo una X?

—*Oakley*.

—Vale. Lo dejaré en para mayores de dieciséis.

Me muerdo el labio para evitar reírme. Este chico es incorregible.

—Vale, ¿y ahora qué...? —medita Claudia—. Bueno, obviamente vais a tener que salir mañana por la noche.

—¿Dos días seguidos? —me resisto.

Ella asiente con firmeza.

—Sí, porque el amor joven implica que no podéis aguantar las ganas de veros el uno al otro. Queréis pasar cada minuto juntos.

Eh... no, gracias. Puede que ahora me entretengan las payasadas de Oakley, pero eso no significa que quiera verlo otra vez tan pronto.

Claudia se percata de mi expresión descontenta y levanta una ceja.

—Si querías espacio, no deberíais haber tenido vuestra primera cita en público.

Protesto enseguida.

—Yo había salido con mi familia. Él es el que ha decidido estropearnos la cena.

Todos los pares de ojos en la sala se desvían hacia Oakley, que está hojeando una revista *Cosmo* que ha cogido de la mesita auxiliar.

Alza la vista y se encoge de hombros.

—Tenía hambre.

Capítulo 12

ÉI

BeeBee_OF @OakleyFord_stanNo1 Por favor, haz pantallazo de su cuenta. Está privada.

OakleyFord_stanNo1 @BeeBee_OF Ahí tienes.

BeeBee_OF OakleyFord_stanNo1 Ni siquiera es tan guapa.

OakleyFord_stanNo1 @BeeBee_OF Lo sé, pero tenemos que respetar los gustos de Oakley. Al menos no es April Umbrella.

BeeBee_OF @OakleyFord_stanNo1 cierto, pero la odio. ¿Por qué no puedo ser yo?

BeeBee_OF @OakleyFord ¡Por fa, sígueme!

Vaughn aparece en mi casa en primera línea de playa sobre las siete. Lleva unos vaqueros con un roto en la rodilla, una camiseta de tirantes a rayas y el ceño fruncido.

—¡No me puedo creer que hayas mandado un coche a buscarme! —dice echando humo mientras entra en el enorme recibidor.

—Hola a ti también —respondo.

—¡Hemos tardado dos horas en llegar aquí! Podría haber venido en autobús. Habría sido mucho más rápido y tu pobre chófer no habría tenido que sufrir el tráfico de Los Ángeles tanto en la ida como en la vuelta.

¿Está preocupada por mi chófer? Eso es nuevo. La última vez que mandé el Towncar para recoger a una cita, la chica se quejó de que no era una limusina.

—Es el trabajo de Marco —le digo a Vaughn—. Créeme, le pago una fortuna para que sufra el tráfico.

No parece apaciguarse, y apenas mira a su alrededor. La mayoría de la gente se queda embobada con el suelo de mármol, el techo alto y las lámparas de araña de cristal, pero a Vaughn no podrían importarle menos.

Tyrese cierra la puerta principal a su espalda y me lanza una sonrisa burlona por encima de la cabeza de Vaughn. *Buena suerte con ella*, parece estar diciéndome.

Genial. Ya hemos empezado con el pie izquierdo.

—Venga, vamos al salón —le digo con un suspiro.

Vaughn me sigue por el amplio pasillo aferrándose al enorme bolso de tela como si temiera que se lo fuese a quitar. La guío hasta la gran sala de juegos y le hago un gesto hacia el sofá.

—Siéntate. ¿Quieres algo de beber? —Me dirijo hacia la barra y abro el frigorífico de acero inoxidable—. Tengo cerveza, Coca-Cola, zumo de naranja, agua...

—Agua, por favor.

Cojo una botella de agua y una cerveza para mí, y luego me uno a ella en el sofá.

—¿Tienes hambre?

—He comido antes de venir. —Está concentrada en su teléfono, atenta a lo que sea que tenga en pantalla, pero luego oye las pisadas de Ty junto a la puerta, y levanta de golpe la cabeza—. ¿A dónde vas? —pregunta con nerviosismo.

—Os voy a dejar a solas. —Frunce los labios—. Porque estáis en una cita y eso.

—Oh, no, por favor, quédate —pide—. Puedes sentarte con nosotros.

Juguemos al Monopoly o algo. Por favor.

Aprieto la mandíbula. ¿En serio? Le está literalmente *suplicando* a Ty que no se vaya. ¿Y quiere jugar a un juego de mesa? ¿En una maldita cita?

Nunca me he sentido más insultado en mi vida.

—Eh... suena divertido, pero... nah. —Parece que se esté ahogando de la risa. Ty sale de la habitación y cierra la puerta.

Le quito el tapón a la cerveza y atravieso con la mirada a mi cita.

—¿Monopoly? ¿En serio?

Sus ojos marrones muestran resignación.

—Vale. No tenemos por qué jugar. Me he traído un libro.

Para enfatizar su comentario, hunde la mano en el monstruoso bolso y saca un libro de topa blanda. Soy incapaz de leer el título. No me importa el libro que sea. Porque esto es inaceptable, joder.

—¿Eres consciente de que hay millones de chicas ahí fuera que matarían por estar sentadas junto a mí ahora mismo?

—digo con severidad.

Ella abre el libro sin siquiera mirarme.

—¿Ah, sí? ¿Y entonces por qué me pagas a mí para que lo haga?

Aquel recordatorio me cabrea, pero elijo hacer caso omiso.

—Deja el maldito libro —le ordeno.

—¿Por qué? Esto no es una cita de verdad.

—Lo acabas de decir tú misma: te estoy pagando para que estés aquí. Y no voy a gastarme el dinero que tanto me ha costado ganar aquí sentado, viéndote leer. —Frunzo el ceño en su dirección—. Yo decido qué vamos a hacer.

Sus ojos centellean por un momento, pero se las arregla para controlar la respuesta mordaz que claramente quiere devolverme. Cierra el libro con meticulosidad y lo vuelve a guardar en su bolso. Luego se lleva las manos al regazo.

—Vale. ¿Qué te gustaría hacer, *Oakley*?

—Llámame Oak —digo de forma automática.

—Paso. —Ella sonrío con suficiencia—. Repito: ¿qué te gustaría hacer?

Le correspondo con otra sonrisa engreída.

—Enrollarnos.

Vaughn suelta un grito de horror.

—Puaj. No.

¿Puaj?

Rechino los dientes.

—No hagas como que no te parezco atractivo. Veo cómo me miras.

Un rubor aparece en sus mejillas.

—Yo nunca te he mirado así.

—Sí, claro. Ayer en el sitio de *fondues* no dejabas de mirarme los brazos.

—Una sonrisa arrogante aparece en mi rostro mientras levanto un brazo y lo flexiono frente a su cara—. Te gusta, ¿eh?

Su rostro se torna incluso más rojo.

—Deja de ser gilipollas.

—Deja de fingir que no te parezco atractivo.

Vaughn se me queda mirando durante un minuto. Su expresión cambia de avergonzada a rabiosa, y luego a otra de incredulidad.

—Eres la persona más engreída que he conocido nunca.

Me encojo de hombros.

—Y, por cierto. Aunque pensara que estás bueno, seguiría sin liarme contigo. Tengo novio, ¿recuerdas?

—Cierto. Z.

—W... —gruñe.

Lo sabía, pero me gusta ver cómo sus ojos arden de furia justo así. Si está enfadada conmigo, al menos es señal de que no me está ignorando. No me gusta que me ignoren.

—Vas a tener que hacerlo tarde o temprano. Es parte del trato —le recuerdo.

—Tengo que besarte. No liarme contigo. Hay una diferencia.

Me río. ¿Eso es lo que se dice a sí misma?

—¿En serio? Porque nuestros labios estarán pegados. Mis manos, en alguna parte de tu cuerpo. Puede que en tu culo. En tu pelo. Mi lengua estará en tu boca.

Sus ojos refulgen de nuevo y esta vez el calor que veo en ellos no es enteramente por que esté enfadada. Pero bueno, podría estar imaginándome cosas.

—Soy bueno con la lengua, Vaughn. —Sonrío—. Vas a averiguarlo muy pronto.

—No habrá lengua —balbucea—. ¡Nadie me dijo que hubiese lengua! No lo puedo evitar.

—¿Nunca has compartido saliva con el bueno de Xilófono? ¿Estás segura de que el chaval no te está usando de tapadera?

—Oh, por Dios. Es W, y lo sabes perfectamente. Y lo que haga con él no es de tu maldita incumbencia. —Se cruza de brazos y se queda mirando la pantalla de televisión apagada.

La réplica se queda a medio camino porque el movimiento ha juntado sus tetas de una forma fantástica. Me pregunto si debería decirle que ahora puedo ver el sujetador blanco de encaje que lleva puesto debajo de esa camiseta. *Nah*, ojos que no ven, corazón que no siente.

Además, si va a comportarse como una auténtica imbécil, al menos debería poder tener el placer de mirarle el escote. Le doy un repaso con calma al tiempo que le pego un trago a la cerveza. Vaughn no es para nada mi tipo. A mí me gustan con piernas largas, tetas grandes y mucho pelo. Ella tiene el pelo, pero es más bien bajita —yo diría que mide como un metro sesenta y siete u ocho— y no tiene mucho pecho, pero al menos lo que tiene es bonito.

—¿Qué quieres ver? —pregunta.

Casi contesto *a ti*, pero esta vez sí me contengo. Parece ser de las que no dudan en darte dos bofetadas si es necesario. Y de las fuertes.

—¿Una peli?

—Vale.

Cojo el mando y enciendo la tele. Pulso unos cuantos botones y enseguida se abre la lista de películas.

—Elige una.

Ella escoge la primera de la lista, lo cual me indica que no le importa lo que vayamos a ver. Por desgracia, ha elegido la última película de mi padre nominada a los Oscar, pero eso no lo menciono. Es una cinta épica de la Segunda Guerra Mundial con largas escenas de batallas. Mi padre está particularmente orgulloso de haber sobrevivido a las dos semanas de entrenamiento con los Navy SEAL para prepararse para esta película, y siempre le dice a todo el mundo que le escuche que bien podría haber sido un

SEAL de no ser por su pasión por la actuación.

El hombre es incapaz de beber agua del grifo, por amor de Dios.

No creo que la película que ha escogido sea muy de su estilo. No ve los créditos iniciales, sino que se pasa todo el tiempo con la nariz pegada al teléfono.

—¿Qué haces? —Me molesta que no esté viendo la película aunque yo no soporto a mi padre.

—Estoy mirando el Instagram de mi novio —responde con melancolía.

Madre mía. Otra vez ese tío. Entrecierro los ojos.

—Se supone que no puedes ponerte en contacto con él.

Sueno celoso, pero no lo estoy. Es solo que no quiero que se busquen a otra chica para esta mierda de la relación falsa. Ya es lo bastante difícil con Vaughn. A saber qué tipo de mujer me buscarían después. Con la suerte que tengo, seguro que una que se piense que nos vamos a casar y todo. Vaya, lo que fue April Showers, pero más loca perdida.

—Contacto público. —Alza el mentón hacia mí con desafío—. Nadie me ha dicho que no pueda mirar su Instagram. Hago todo lo que Claudia me pide, hasta dejar mi trabajo.

—¿Tienes trabajo?

¿Le estoy pagando a esta chica una fortuna y ella tiene otro trabajo?

—Lo tenía. Era camarera en Sharkey's.

Se cruza de brazos otra vez y me obligo a desviar la mirada hacia la mesita auxiliar.

—No he oído hablar del sitio.

—Es una franquicia. Sirven bistecs.

Pongo los ojos en blanco.

—Por como lo has dicho, deduzco que te encantaba.

—Ganaba bastante dinero allí.

—¿A Abecedario le gustaba?

Frunce el ceño.

—No, ¿por qué?

Le arrebató el teléfono de las manos y miro la pantalla. W va a la universidad y su muro consiste principalmente en fotos de su «pandilla», un puñado de tíos con la gorra hacia atrás, cuyas manos parecen estar pegadas

con pegamento a unos vasos de plástico rojos y demasiadas camisas de cuadros.

—Parece un imbécil.

Vuelve a hacerse con el teléfono.

—No es un imbécil. Es genial.

—Vale, dime por qué es tan genial —la reto.

—Es *amable*... divertido... —Su voz flaquea—. Es amable.

¿Amable? Tío, si alguna vez alguna chica me describe como alguien amable con ese mismo tono indiferente, que alguien me dispare, por favor.

—Eso ya lo has dicho.

Cierra la boca y se queda mirando la televisión.

No es divertido.

—Además del hecho de ser amable —digo con sarcasmo—, ¿por qué él de todos los chicos con los que podrías salir?

Ella me lanza una mirada envenenada.

—Lo dices como si hubiese un bufé de chicos y pudiese elegir al que quisiese. No funciona así en el mundo real. Tienes que gustarle a la persona.

—¿Me estás diciendo que te gusta W porque fue tu única opción? —pregunto con incredulidad. No me lo puedo creer. ¿Esta chica? Debió de tener a varios chicos en el instituto detrás de ella. Yo nunca he ido a un instituto en sí, pero Vaughn es una tía buena a su manera. Yo querría tocarle el culo entre clase y clase.

—No fue mi única opción. Me gusta. No tengo porqué darte explicaciones de mis sentimientos.

—¿Cómo os conocisteis?

—¿Por qué lo quieres saber?

Porque preferiría depilarme las piernas antes que ver actuar a mi padre.

—Supongo que deberíamos conocernos el uno al otro, puesto que tenemos que pasar todo un año juntos. Quedarnos sentados en silencio durante todas nuestras citas no se me antoja nada divertido. Eso sin mencionar que podrías ser un poco más agradable teniendo en cuenta que te estoy pagando una puta fortuna por esta farsa.

Abre unos ojos marrones como platos y también sus gruesos labios hasta formar un pequeño círculo; uno que me hace pensar en cosas no muy

inocentes.

Luego se burla.

—Venga ya, como si fueses tú realmente el que me está pagando.

—¿Quién, si no? ¿El Ratoncito Pérez?

—Creía que era Jim.

—¿Y quién crees que le firma los cheques a Jim? —Arqueo las cejas. ¿De verdad no tiene ni idea?

—Oh...

Supongo que no.

—Sí, *oh...*

—¿Qué quieres saber?

La pregunta sale como un suspiro, como si hablar conmigo fuese una carga enorme para ella y entonces me hartó. Hay cosas peores que ver una película de mi padre, y una de ellas es intentar sonsacarle detalles aburridos a una chica normal y corriente a la que hay que pagar para que venga a ver una película conmigo.

—Da igual. Vamos a ver la peli —murmuro con irritación.

Ambos nos quedamos mirando la pantalla otra vez, pero no creo que estemos viendo la misma película. En vez de ver a mi padre apuntar con una pistola a un nazi desertor, lo veo observar mi disco de Doble Platino en la repisa de la chimenea junto a su Oscar. *¿Qué narices está haciendo esta porquería aquí?* Mi madre se ríe de forma nerviosa. *Cariño, el segundo álbum de Oak ha vendido otro millón de copias.* Mi padre se burla. *Canta canciones que los preadolescentes compren por noventa y nueve centavos.* Lo quita de la repisa y se lo tira a mi madre. *Búscales otro sitio a esa mierda.* La escena cambia del salón a la planta superior. Llego pronto a casa del estudio y me lo encuentro tirándose a su última asistente encima de la barandilla del balcón de mi madre. No me extraña que la redecore todo el tiempo. La pantalla se vuelve negra y luego una nueva escena aparece, en la que mi padre está de pie en un extremo de la mesa de reuniones de Jim, diciéndome que soy un idiota si firmo el contrato para tres discos más.

Me habría suicidado si me quedaba en esa casa un minuto más con él, así que firmé el contrato. Al fin y al cabo, emanciparse legalmente cuesta dinero.

—Esta película es un poco aburrida —puntualiza Vaughn, interrumpiendo

el patético dramón que se reproducía en mi cabeza. Se tira de la desordenada coleta.

Estiro un brazo a lo largo del respaldo del sofá hasta que las puntas de su pelo castaño me rozan el dorso de la mano.

—Me aseguraré de pasarle esa crítica a mi padre.

Ella se endereza de inmediato.

—Oh. Ay, Dios. Se me había olvidado que Dustin Ford era tu padre. Que es tu padre, quiero decir. Debe de ser genial.

Increíble. ¿El primer signo de entusiasmo por su parte es hacia el cretino de mi padre?

—Sí. El único e incomparable Dustin Ford. —¿Sueno resentido? Cierro la boca.

—Oh —dice por tercera vez esta noche. Pero su vergüenza solo dura un instante, porque se precipita a añadir—: Bueno, no voy a fingir que me gusta solo porque es tu padre.

No le digo que es el único comentario amable que me ha dicho hoy. En cambio, alargo la mano para coger el mando y quito la película.

Coge la botella de agua y juguetea con ella entre las manos.

—¿Intentamos eso de conocernos mejor otra vez?

—Claro. —Estiro el brazo en el respaldo un poco más y rozo unos cuantos mechones rebeldes con mis dedos. Su pelo sí que parece irreal. Es de color caoba y tiene como una docena de reflejos rojos y marrones. Probablemente sea de bote. Nada en este mundo es natural.

—Vale, yo primera. ¿Por qué no me estrechaste la mano?

—No me gusta que me toquen. —Es irónico dado el hecho de que estoy acariciando su pelo a escondidas. Sigo haciéndolo igualmente—. Me agarran constantemente cuando salgo, aunque tenga a Big D y a Tyrese conmigo. Cuando estoy en privado, prefiero ser yo el que inicie el contacto. No es nada personal. Y ahora me toca a mí. ¿Por qué estás haciendo esto?

—Por dinero. —Me mira por debajo de sus pestañas—. Mis padres fueron un poco irresponsables y nos dejaron con muchas deudas. Paisley ha sacado a nuestra familia adelante y sería increíblemente egoísta por mi parte no ayudarla cuando se me ha presentado la oportunidad.

Me froto la frente cuando caigo en la cuenta. Estoy siendo borde con una

huérfana. Una familia de huérfanos. Y no se me escapa que ambos estamos en una situación parecida: dos adolescentes sin padres en sus vidas. Los míos no están muertos, pero como si lo estuvieran, teniendo en cuenta la frecuencia con la que los veo.

—Me toca otra vez —dice. Se gira hacia mí y dobla una pierna encima del sofá y mete el pie por debajo de la otra—. ¿Por qué estás haciendo esto? De toda la gente en el mundo, creía que tú serías el que menos problema tendría para encontrar a alguien con quien salir, incluso una persona «normal». —Hace las comillas con los dedos en la palabra *normal*.

Es difícil ocultar que estoy tocándole el pelo cuando me está mirando de frente, así que aparto el brazo con el pretexto de coger el botellín de cerveza, que, por cierto, sabe a meado.

—Todos en Los Ángeles dicen querer a alguien normal, sea lo que sea eso, pero al final no, porque los famosos estamos hechos de una madera distinta, y también vivimos de forma diferente. Yo estoy loco, y todos con los que me junto están ligeramente locos. Has de estarlo para querer vivir en una pecera, sin privacidad ninguna. Donde el noventa y nueve por ciento de las relaciones que tengas, ya sean amistades o follamigos, están pensadas solamente para buscar publicidad.

Apuro lo que me queda de la cerveza calentorra antes de continuar.

—La respuesta a tu pregunta es muy larga, pero la versión corta es que ninguna chica normal es capaz de lidiar conmigo. —Vaughn abre la boca para objetar, pero yo prosigo—. No lo digo porque sea genial, aunque lo soy...

Se ríe.

—Sino porque no va a ser lo bastante paciente como para entender que hay veces que me pierdo tanto en la música que ni me acuerdo de comer, de beber o de ir a cagar. Lo único que hago es cantar y tocar la guitarra hasta que me sangran los dedos y me duele la garganta. —Perdí la cuenta de las veces que April se presentaba en el estudio y se quejaba de estar aburrida.

»Ninguna chica normal va a ser capaz de soportar cuando me vaya de gira y me encuentre en el hotel a una *groupie* desnuda, la cual ha averiguado mi número de habitación porque se lo ha chivado un botones al que se la ha chupado en el baño. Ninguna chica normal va a ser capaz de soportar las largas giras de conciertos a menos que quiera venirse conmigo, y te prometo que para la tercera parada estará suplicando poder irse a casa porque está

cansada del ajetreo y de tener que escuchar el mismo set de canciones una y otra vez. Además de tener que saludar a los patrocinadores todo el rato, y luego tener que volver a coger otro vuelo, montarse en autobús, ir a la radio, a los periódicos o a las entrevistas en televisión, donde la gente repite siempre las mismas malditas preguntas un millón de veces. Así que por eso estás aquí y no ninguna otra.

Se queda en silencio durante un buen rato, y cuando por fin abre la boca, dice algo que no me esperaba para nada.

—En realidad esas han sido dos respuestas largas. No una corta y otra larga.

—¿Han respondido a tu pregunta? —murmuro.

Vaughn se muerde el labio inferior.

—Sí.

Capítulo 13

Ella

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 ¿Han vuelto a salir? ¿Hay fotos?

OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 ¡No! solo el tuit de @OakleyFord.

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 ¿Van en serio? ¿Salen juntos? ¿Xq no hay fotos?

OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 Uff. Lo sé.

Ni Claudia ni Oakley me informan de la cita número tres. En su lugar, un repartidor vestido con pantalones caqui me entrega una caja blanca con un lazo negro y me pide que le «firme aquí».

Apenas escribo con la punta del dedo sobre la pantalla antes de que baje las escaleras y se meta en su furgoneta blanca.

—Gracias —le digo a su espalda, pero es un esfuerzo inútil.

Con cuidado, llevo la caja a la cocina, donde he estado respondiendo tuits durante dos horas. Claudia me ha mandado un mensaje esta mañana ordenándome que respondiera a mis fans, los que lograron seguirme antes de cambiar la cuenta a privada.

No tengo fans. Tengo... chicas que enloquecieron después de que Oakley

escribiera un tuit en su cuenta diciendo que «la próxima vez se acordaría de darme de comer».

Si pudiera contarle la verdad a esas chicas —que Oakley es un idiota condescendiente que se cree que las chicas normales no podrían con un tipo como él porque estaríamos demasiado celosas, impacientes o bordes— pasarían a encapricharse de otra persona.

Una de ellas ya dice que W está bueno. Tuve que obligarme a borrar la respuesta que estaba escribiendo que le decía a la chica que se mantuviese lejos de mi novio. Porque se supone que no tengo.

Al final respondí con cosas como «yo tampoco sé qué pasa» y «todo esto es nuevo para mí».

Paisley llamó al mediodía para decirme que Claudia estaba muy contenta con mi «actuación». Eso me puso de mal humor, y esta caja elegante con las letras GG entrelazadas en la parte superior lo empeora aún más.

Es como si me asustara abrirlo. Lo único que tengo de marca es uno de los bolsos de Coach de mi madre. Hasta hace unos días yo era camarera en el Sharkey's y servía bistecs en unos pantalones prestados negros que me quedaban muy justos y una camiseta blanca abotonada demasiado grande.

Vuelvo a mirar la tarjeta para asegurarme de que está dirigida a mí. Lo está, el sobre tiene *Vaughn* escrito con una preciosa letra. La tarjeta dice: «Esta noche ponte esto».

Abro la caja de un tirón y alzo la tapa. Dentro, bajo una capa de papel hay... supongo que es... una camisa. La alzo y casi puedo ver la puerta trasera a través del tejido de encaje. Debajo hay una falda corta negra y unos tacones altísimos.

Se me hace un nudo en el estómago. Así que nuestra tercera cita será en público.

Como no se me permite tener contacto directo con Claudia, le mando un mensaje a mi hermana.

¿Dónde iré esta noche?

No me responde. Debe de estar en una reunión.

Llevo las cosas arriba y dejo las dos prendas de ropa sobre mi cama. Me

pongo los zapatos, son demasiado grandes y demasiado pequeños a la vez. Mis dedos están apretujados pero hay un hueco entre el talón y la parte de atrás del zapato. Además, son tan altos que siento como si me estuviese cayendo hacia delante. Lo único que me mantiene sobre ellos es la ancha hebilla del tobillo.

Intento moverme por la habitación pero me siento inestable y extraña. Parezco tan sexy como un caballo.

Me pruebo el resto del conjunto, lo poco que queda. La camisa es tan transparente como me temía, con flores de encaje colocadas estratégicamente en la parte delantera. El resto es tela transparente. La odio. Lo más seguro es que sea la cosa más cara que haya tocado mi piel nunca, pero la odio.

Me pongo la falda y me miro al espejo de la parte de atrás de mi puerta. Parezco una... marginada del *casting* del Cascanueces.

Si me van a hacer fotos esta noche —lo cual asumo que es la razón de la cita en público y el conjunto que me han enviado—, entonces necesito ayuda. Puede que Carrie sea mi amiga más íntima, pero Kiki es la que se encarga del maquillaje y los peinados en las fiestas de pijama.

Kiki, cuando termines tus clases, ¿puedes venir?

Me responde de inmediato.

¿Estará ahí Oakley Ford?

No. Supongo que lo veré esta noche. Me ha mandado esto.

Me hago una foto con el brazo tapando mi pecho porque las flores no son lo suficientemente grandes.

¡Dios! ¿Es Gucci?

Sí, pero se me ven las tetas a través de la camisa. No puedo salir así.

¿Oakley Ford te ha mandado ropa sexy de Gucci?

¿Puedes venir o no?

Síiiii.

Kiki debe de saltarse varias normas de tráfico, porque aparece en casa media hora después de terminar las clases.

—Hola, chica —chilla cuando abro la puerta—. ¿Está aquí?

—No.

—Ah, vale —dice, y su decepción es obvia, pero se recupera con rapidez y alza la mochila—. He traído mis cosas. ¿Cuánto tiempo tenemos?

La dejo entrar.

—Los gemelos llegarán en cuarenta y cinco minutos. Paisley no viene hasta las seis. A veces llega a las siete o las ocho, dependiendo del trabajo que le den. ¿Por qué? ¿Tienes que ir a algún sitio?

Kiki se ríe y sube las escaleras.

—Hasta que tu familia llegue no, Vaughn. ¿Cuándo vas a salir?

—No sé —admito.

Sus ojos se abren. No en señal de consternación, sino por el entusiasmo.

—¡Esto es tan genial! Una cita misteriosa. Te manda ropa, te recogerá y te llevará a algún sitio extraño. Dios, ojalá Justin fuese más espontáneo. Hoy en día sus planes para salir consisten en llevarme a casa de Colin para que ambos puedan hablar de la alienación perfecta de su equipo de fútbol durante el fin de semana. Y lo último que me compró fue un café mocha grande en el Starbucks.

Me muerdo el labio porque quiero decirle que eso está muchísimo mejor que mi cita de mentira con Oakley de anoche.

—No es Oakley Ford, eso está claro —acabo diciendo.

Cuando llegamos a mi habitación, Kiki inspecciona la ropa que ha mandado Claudia.

—No creo poder llevar esto —admito.

—¿Por qué no? —Mira detenidamente la camiseta y la falda. Los zapatos con la hebilla en el tobillo roban la mayor parte de su atención. Creo que veo un poco de baba en la comisura de su boca.

—Es transparente y no me sentiré cómoda si un montón de gente elegante me mira los pezones.

—¿Y una camiseta de tirantes negra?

Lo único aceptable que encontramos Kiki y yo es un sujetador tipo *bralette* de American Eagle. Todas mis camisetas son deportivas y sé que no quedarían bien bajo la tela y el delicado bordado.

Kiki hace que me vista con el sujetador debajo de la camiseta y después me pone rulos en el pelo.

—¿Quieres que copie algún estilo o hago lo que considere mejor?

—Haz lo que quieras.

—Guay. Voy a rizarte el pelo, te pintaré unos ojos ahumados y después los labios en tono malva. ¿Qué te parecen las pestañas postizas?

—Traté de llevarlas el año pasado en el baile y me las encontré en el hombro de W en el *after-party*.

Ella se echa a reír.

—Entonces nada.

—Bien pensado.

Observo como Kiki va separándome mechones de pelo con destreza y empieza a rizarlos. Desde que la conozco ha querido dedicarse a trabajar en peluquería y maquillaje. Después de graduarse planea ir al Aveda Institute.

Justin, su novio, tiene pensado ir a UCLA y licenciarse en Economía.

Tracy cae en el estereotipo de las rubias; no importa las veces que le expliquemos que el sol es una estrella y que orbitamos alrededor de él, no nos cree porque ¿como va a ser una estrella si las estrellas salen por la noche y el sol por la mañana? Pero incluso ella sabe lo que hará tras graduarse, irá a la Universidad del Sur de California a estudiar para convertirse en asistente de moda.

Yo soy la única que se graduó antes de tiempo. Todos piensan que es porque sé exactamente lo que quiero hacer, pero están equivocados.

Me muevo en la silla, incómoda.

—¿Te he hecho daño? —Kiki mira mi reflejo en el espejo con preocupación.

—No. Lo siento.

—Dímelo si lo hago. —Me riza otro mechón sobre el hombro—. Tienes

un pelo tan bonito. ¿Qué es lo que más le gusta a Oakley de ti?

«¿Que puede tratarme como a una mierda y no me quejo?». Por supuesto no puedo decir eso, pero no tengo otra respuesta. A ese chico no creo que le guste *nada* de mí.

—¿Qué es lo que más le gusta a Justin de ti?

—Mis tetas. ¿Qué te crees?

Se ríe y pasa los dedos por mis rizos calientes.

—*Nah*, estoy segura de que es tu tiro mortal en sóftbol.

Kiki juega como lanzadora del equipo femenino de sóftbol del Thomas Jefferson High.

—Eso también. —Convierte mis mechones lisos en rizos de uno en uno—. Entonces, ¿A Oakley le gusta tu pelo, tus piernas o tus ojos? Quiero potenciar lo que le guste.

Sé que no va a dejar el tema hasta que le cuente algo.

—Le gusta que sea normal.

—Mmm. —Piensa durante un momento—. Lo entiendo, como que quieres ser profesora. Eso es bastante normal. Cierra los ojos. —Agita el bote de laca delante de mí.

Hago lo que me pide. Si le gustase a Oakley porque quiero ser profesora, sería como añadir un ingrediente más a la tarta que estoy horneando para él, metafóricamente hablando.

—¿Sabes que Justin y yo lo hicimos por primera vez cuando escuchábamos la canción de Oakley llamada «Do Her Right?» —comenta Kiki como si nada mientras usa una esponja rosa con forma de huevo sobre mi cara.

—Eh... no. No lo sabía.

Tengo preguntas como «¿qué se siente? ¿Estuvo bien?» en la punta de la lengua. Porque Paisley odió su experiencia y creo que desearía no haberlo hecho nunca.

Pero W quiere que lo hagamos *ya* y no creo que pueda. No sé si estaré preparada alguna vez.

—A Justin se le pone dura cada vez que la escucha.

Nos miramos durante un minuto antes de echarnos a reír. Pensar que Justin, su novio, tan corpulento, que juega como defensa en el equipo de

fútbol, se excita con la voz de Oakley Ford al cantar que «se lo va a hacer tan bien» es tan tronchante que se me saltan las lágrimas.

—¿Quién lo sabe? —pregunto mientras intento tomar aire.

—Todos —admite—. Por lo visto la escucharon en los vestuarios, no sé por qué, y Justin se excitó. Kirk Graham se burló de ello durante la comida la semana pasada.

—Quizá podamos conseguir que Oakley os dé un concierto en persona —bromeo.

Kiki se ríe.

—No creo que Justin pueda soportarlo.

Me pregunto qué pensaría Oakley de esta historia. Creo que la menospreciaría. Probablemente Oakley solo se excite entre montones de billetes de cien y modelos de Victoria's Secret pavoneándose alrededor de su cama.

Kiki me ayuda a ponerme la falda de tutú, me sorprende que sea tan suave a pesar de su volumen. También coloca bolas de algodón en la parte de atrás de los zapatos hasta que me quedan bien. Después bajamos y practico andando de un extremo del salón al otro.

—¿Te importa que espere hasta que venga Oakley? —Se sienta en el sofá reclinable frente a la ventana.

Una mano invisible estruja mi corazón al tiempo que poso los ojos en el sofá favorito de mi padre. Si estuviese aquí no estaría vestida como una bailarina extraña que espera a su cita de mentira. Estaría en la Universidad del Sur de California con W, yendo a clase... mierda, no sé. Mi padre lo hubiese resuelto. O mi madre. O ambos.

En vez de eso, me siento perdida.

—Claro —digo débilmente.

Afortunadamente, Kiki está tan distraída por la llegada inminente de Oakley que no se percata de mi falta de entusiasmo.

—Entonces, ¿cómo es?

—¿Oakley? —pregunto.

—No. El alcalde de Los Ángeles. —Pone los ojos en blanco—. Claro que me Oakley.

Es un capullo que no me da su número a pesar de que vamos a salir

durante un año. Me ordenó que le prestara atención. Se ríe de W, un tío al que ni siquiera conoce. Es increíblemente egocéntrico. ¿Que si me gustaban sus músculos? ¿Quién dice eso?

También se cree mejor que el resto porque ninguna chica «normal» puede apañárselas para estar con él. Aunque... al comentar las locuras que hacen sus fans, creo que podría tener razón.

Y luego estaba ese tono de voz extraño y resentido que utilizó cuando para referirse a su padre. Y le pillé acariciándome el pelo anoche. Siento que debería decírselo a W. Oakley y yo estábamos solos y no debió de haberme tocado; ni siquiera el pelo, porque hace que sienta cosas raras en el estómago.

No le digo nada de eso a Kiki, no tenemos ese tipo de amistad en la que le puedo contar todos mis oscuros pensamientos sin que me juzgue. No sé si tengo ese tipo de relación con alguien. Así que respondo:

—Todavía no le conozco.

Ella asiente como si tuviera sentido.

—Cuando no creces con el tío es distinto. A veces siento como si Justin y yo supiésemos demasiado el uno sobre el otro. ¿Por eso cortaste con W?

—Yo no corté con W —exclamo—. ¿Eso es lo que dice la gente?

Me mira como si pensase que bromeo.

—Sales con Oakley Ford. No puede ser que W cortase contigo.

—¡Pero no conocí a Oakley hasta después de romper!

Hago una mueca. A W no le va a gustar eso. No le gusta quedar mal frente a sus amigos. De ahí a que no quisiese que le acusaran de ponerme los cuernos. Pero esto es peor. W no querría que la gente creyese que lo he dejado por un famoso.

—Entonces, ¿por qué rompisteis? ¿Te engañó? ¿Cortó porque no quisiste matricularte en la Universidad del Sur de California?

Mierda. No sé qué decir. Cuando me suena el móvil respondo sin preocuparme siquiera de que en la pantalla ponga «número oculto», porque, llegados a este punto, prefiero que me salve un vendedor telefónico.

—¿Hola?

—Ty te recogerá a las ocho y media.

Tardo un momento en reconocer la voz de Oakley.

—¿Esta noche?

—No, mañana por la mañana —murmura con sarcasmo—. Claro que esta noche.

—Pero... ¿a qué hora llegaré a casa?

—¿Tienes cinco años?

Cualquier sentimiento cálido que hubiera tenido porque me salvase de una situación incómoda se esfuma al instante. Le doy la espalda a Kiki, que se ha puesto a mirar fijamente por la ventana para ver a Oakley por primera vez.

—¿Siempre eres tan capullo? —siseo.

—Pues sí.

Cierro los ojos y rezo para tener paciencia.

—¿Adónde vamos a ir?

—A una fiesta privada. ¿Te gusta la ropa?

Parpadeo sorprendida. ¿Oakley ha elegido esto?

—No mucho.

—Claro que no.

Capítulo 14

Ella

—¿No íbamos a ir a una fiesta? —Miro nerviosa a través de los cristales tintados del Escalade de Oakley—. ¿Qué es este sitio?

Tyrese, que está al volante, detiene el todoterreno en una zona industrial al sur de Los Ángeles. Es un área en la que nunca he estado. Puedo oír sonidos que vienen de un bajo pero no hay ninguna señal en el edificio, solo una puerta negra de hierro que parece inquietante.

Oakley está a mi lado con expresión de molestia.

—Es una discoteca.

—¿Entonces no vamos a una fiesta?

—Es una fiesta. En una discoteca. ¿Qué parte no entiendes, nena?

Le fulmino con la mirada.

—No me hables como si fuera tonta. Y no me llames nena.

Él se limita a ofrecerme una sonrisa burlona.

¡Uf! ¡Quiero pegarle un puñetazo a este tío! Y no me importa que me pague un pastón por salir con él o que ahora mismo esté súper bueno con esos vaqueros desgastados y esa camiseta verde bosque que parece pegada a su piel. Nada de eso me hace olvidar el hecho de que a veces es un completo capullo.

—Solo quiero saber dónde voy a entrar —digo firmemente—. ¿De quién es este sitio?

—¿Quién sabe? Los promotores organizan eventos privados. Fiestas,

puesta en venta de discos, pequeños conciertos... —Se encoge de hombros.

Arrugo la frente.

—¿Y Claudia quiere que este sea el lugar de nuestra primera cita en público?

—Sí. Eso es lo que quiere —contesta Oakley impaciente—. Ty, ¿estás listo?

Se me acelera el pulso.

—¿Listo para qué? —chillo.

—Asegurarse de que los *paparazzi* no estén por aquí —responde Oakley—. Les damos la foto al salir, no al llegar.

—¿Por qué?

—Porque si nos ven ahora puede que encuentren la forma de colarse dentro y saquen fotos que *no* queremos que tengan. —Me mira como si fuese idiota por no saberlo.

Estoy *tan* harta de que todo el mundo de su lujoso mundo me trate como si tuviese rocas por neuronas. Pero en lugar de estallar, permanezco sentada, aprieto la mandíbula y me recuerdo a mí misma que me pagan veinte mil de los grandes por esto.

No, Kiki, a Oakley Ford no hay ni una sola cosa que le guste de mí. Y me parece bien porque él es un Gilipollas con G mayúscula.

Oakley y yo no salimos del coche hasta que Ty nos da la señal. Casi me caigo cinco veces de camino a la intimidante puerta negra, veo la diversión en los ojos de mi «novio» cada vez que me tambaleo en los altísimos tacones que me ha mandado.

—¿Podrías elegir un par de bailarinas la próxima vez?

—murmuro.

—Nah. Tus piernas están increíbles con esos tacones.

Esta vez no siento un cosquilleo cuando utiliza ese adjetivo. Empiezo a creer que utiliza ese vocabulario tanto como la cantidad de dulces que se regalan en Halloween. Seguro que cada chica que aparece se lleva un halago.

Tyrese golpea la puerta con su gran puño y esta se abre casi de inmediato. Aparece otra versión de Ty: un enorme hombre musculoso que parece tener árboles en lugar de brazos, y rastas en vez de pelo. Mira a Oakley, asiente y abre más la puerta.

Huelo a humo en cuanto entro en pasillo poco iluminado.

—¿Se está quemando algo? —Inhalo.

Por alguna razón mi comentario hace que estalle en carcajadas. En lugar de contestarme, camina hacia delante. Yo le sigo en mis tacones letales y rezo para no torcerme un tobillo.

El pasillo se abre a una habitación oscura con una barra de bar a un lado, un escenario en el otro y una docena de mesas y sofás entre ellos. No está muy abarrotado pero hay bastante gente riendo, fumando y gritando para hacerse oír sobre la música. No reconozco al grupo que toca, pero el ritmo me resulta familiar. He debido de escuchar la canción o algo parecido en la radio durante los últimos cinco años.

Otra cosa que me resulta familiar es la cantidad de gente que reconozco, no por que les conozca sino porque los he visto en programas de televisión, portadas de revistas o películas. En Los Ángeles se puede ver a menudo algún famoso si vas a ciertos sitios, pero la cantidad de ellos juntos en un mismo sitio hace que me sienta súper insegura, incluso en mi caro conjunto de diseño.

Hace que me comporte como una borde con Oakley.

—Fumar en interiores es ilegal en Los Ángeles.

Alza una ceja.

—¿Quieres que llame a la policía?

Su desdén me enfada.

—Solo de estar aquí he contraído cáncer —gruño—. Mis pulmones han pasado de estar bien a la fase 4 de la enfermedad. Tal vez la próxima vez que salgamos me podrías llevar a un sitio donde no tenga que preocuparme de morir por ser fumadora pasiva.

Ty sonrío burlonamente.

Me giro para fulminarlo con la mirada.

—No tiene gracia. Si trabajase en algún cargo público cerraría este sitio en un santiamén.

—Entonces menos mal que no trabajas en ninguno —replica Oakley despectivamente—. Trabajas para *mí*, ¿recuerdas?

Capullo.

Me lleva a la zona del bar y Ty nos sigue como un cachorro obediente.

Intento no mirar de forma descarada cuando paso por al lado de una preciosa modelo que ríe junto a un cantante. Me arden las mejillas. Apenas puedo imaginar lo que la gente piensa de mí; lo normal que parezco al lado de estas mujeres preciosas. La indiferencia con la que me trata Oakley.

Ojalá pudiera irme.

Discutimos por segunda vez en la barra. O quizá sea la tercera. He perdido la cuenta.

—¿Qué quieres? ¿Cerveza? ¿Daiquiri? ¿Algo más fuerte?

—Nada de lo anterior —respondo entre dientes—. Tengo diecisiete años.

—¿Y?

—Eso significa que soy menor. No puedo beber.

De vez en cuando me he tomado una cerveza en alguna fiesta, pero la mayor parte del tiempo Paisley y yo tratamos de dar un buen ejemplo a los gemelos. Una vez, el novio de Kiki sugirió que ya que nuestros padres «no estaban» podría hacer todas las fiestas que quisiera. No le hablé durante una semana y nadie ha vuelto a sacar el tema de nuevo.

Oakley pone los ojos en blanco.

—No me puedo creer que mi novia sea una mojigata.

¡No puedo creer que mi novio sea tan capullo!

Me guardo la respuesta y sonrió al camarero que se acerca. Tiene el pelo de punta, una perilla desaliñada y tatuajes en el cuello. Ve a Oakley y sonrío.

—¡Oak! Cuánto tiempo, tío.

—Demasiado —responde Oakley distraído. Sus ojos verdes inspeccionan el lugar. Apenas mira al camarero al añadir —: Lagavulin 16 con hielo. Y lo que mi chica quiera, sin alcohol.

Enrojezco porque le ha puesto un énfasis extra a lo de «sin alcohol». Idiota.

—Una Coca-Cola, por favor —le digo al chico Pelo de Punta.

—A la orden.

Debería haber sabido por el humo que ser menor no impide que Oakley beba. Al menos tenemos a Ty para que nos lleve de vuelta a casa.

Oakley con una mirada en derredor parece buscar a alguien en especial. Intento evitar contacto visual con alguien famoso porque sé que no pertenezco a este sitio.

—¿Has quedado con alguien? —inquiero. ¿Por qué estoy aquí si quiere liarse con otra chica? Y si lo hace, ¿me quedo parada como un pasmarote y finjo que no me importa? Ya sería fingir demasiado.

Fija sus ojos en mí y parpadea como si acabase de recordar que estoy a su lado.

—¿Qué? Claro que no.

—¿Seguro? Porque no me importaría. Me puedo quedar con Ty mientras tú te vas y me «engañas». —Hago comillas en el aire con esa última palabra.

Le tiemblan los labios.

—Oh, nena, nunca le engañaría a mi pequeño pastelito de amor. —Tira de broma de uno de los rizos que me ha hecho Kiki y vuelve a mirar a su alrededor.

Suspiro.

El camarero pone un vaso de whisky escocés y otro de Coca-Cola en la barra. Bebo un sorbo y agradezco que el refresco frío pase por mi garganta. Hace calor. Y Oakley sigue ignorándome. Esta cita apesta.

—Oak. Hola —dice una voz masculina a nuestra derecha. Después un tipo con el pelo oscuro y revuelto, vestido con vaqueros y una camiseta de Green Day, aparece frente a nosotros.

A mi lado, siento que Oakley se tensa.

—¿Qué tal, Luke?

El tío, Luke, sonríe con vacilación.

—Bueno... ¿Tú?

Mi cita se encoge de hombros. No dice nada más, ni siquiera para presentarme a su amigo.

—Luke —dice el chico al final, estirando la mano con incomodidad.

La estrecho rápido.

—Vaughn.

—Encantado de conocerte.

—Igualmente. —Me alegra conocerlo, porque parece que... bueno, que «no es famoso» y eso es un gran alivio.

De repente Oakley exclama:

—Luke, haz compañía a mi chica un momento, ¿vale?

Y se va.

Literalmente sale disparado y desaparece entre la multitud, dejándome con un completo desconocido. El trabajo de Ty es proteger a Oakley, así que también se marcha y hace que las cosas sean más incómodas aún.

—Entonces... —Luke juega con la etiqueta de su cerveza. Los bordes se levantan por la humedad—. ¿De qué conoces a Oak?

—Disculpa, ¿qué has dicho?

No le he prestado atención porque estoy demasiado ocupada tratando de saber a dónde se ha ido Oak. Por fin veo su cabeza rubia cerca de la zona del DJ. Habla con alguien pero no puedo ver con quién.

—¿De qué conoces a Oak? —repite Luke.

Me obligo a centrarme en él.

—Eh, nos conocimos por internet.

—¿Sí? —parece sorprendido.

Asiento y repito la historia que planearon Claudia y sus secuaces.

—Le etiqueté en un tuit de un dibujo y supongo que llamó su atención. Me contestó y ahora estamos saliendo, o algo así.

Luke se detiene. Después sonrío con ironía.

—¿Hay alguien que se crea esa historia?

Entrecierro los ojos al mirarlo y me alegro de que nadie del equipo de Oakley esté por aquí. Claudia suspendería esta actuación.

—Eso espero, porque es la verdad.

—Si tú lo dices.

—Que sí —insisto.

Él se echa a reír.

—Mira, Vaughn. Era Vaughn, ¿no? —Cuando asiento, prosigue—: Conozco a Oak desde hace mucho tiempo. Tiene asistentes para trabajar con sus redes sociales, así que si llamaste la atención de alguien está claro que no fue la suya.

Detecto algo de resentimiento en la acusación. No me puedo creer que me llame mentirosa.

Lo eres.

Uf. Lo soy.

Decido cortar esta conversación por lo sano al preguntar:

—¿Y tú de qué conoces a Oakley?

—Soy parte del grupo del estudio —admite—. He tocado el bajo en algunas de las canciones de Ford.

—Oh, qué guay. ¿Vas de gira con él?

—Fui con él para *Ford*, pero solo para los conciertos de la Costa Oeste. —Sus ojos se centran en alguien a lo lejos. Oakley vuelve y no viene solo. El hombre a su lado me resulta familiar. No le reconozco, pero me suena de algo esa cara. Tiene ojos oscuros, pelo corto y la piel tan suave y perfecta que me dan ganas de preguntarle qué crema hidratante usa.

Al acercarse, algo hace clic.

Es Donovan King, uno de los mayores productores musicales del mundo. Normalmente no sería capaz de distinguir a uno, pero reconozco a King porque solía ser cantante de R & B antes de empezar a producir. Vendió un montón de discos antes de retirarse de los focos.

—Ese es King —murmura Luke hacia mí—. Oak ha querido trabajar con él desde hace años.

Llegan hasta nosotros y veo que Oakley parece extrañamente nervioso. Mueve su bebida, inquieto, y los cubitos de hielo suenan al chocar contra el vaso; sus ojos, normalmente con un brillo juguetón, están serios. Mueve la cabeza hacia Luke. Una orden silenciosa para que se marche. Si no me hubiera fijado, no habría visto el ceño fruncido de Luke; es obvio que Oakley y él no se llevan bien, me apena verle disculparse e irse.

—Esta es Vaughan —le dice Oakley a King—. Vaughn, Donovan King. Le estaba contando que eres muy fan de su trabajo y lo mucho que querías conocerlo.

Frunzo el ceño, pero Oakley me ruega con la mirada. Parece decir «sígueme el juego».

Así que le sonrío a King y exclamo:

—Soy *muy* fan suya. Me encantó el disco que produjo para Saturn's Rising. —Pongo cara de interés y ruego porque no me pregunte sobre nada más que haya hecho, porque ahí se acaban mis conocimientos. La única razón por la que sé que hizo el disco de Saturn's Rising es porque los gemelos estaban obsesionados con ese grupo cuando debutó el verano pasado.

—Gracias. Me lo pasé bien al crear ese disco con los chicos.

—La voz de King es tan suave y sedosa como su piel, y más profunda de lo que me esperaba—. Van muy en serio con su música.

Sonríó como una tonta, porque no sé que responder a eso. No sé tocar ningún instrumento. Mierda, si no puedo ni silbar.

—¿Qué te parece el grupo que toca ahora? —me pregunta King y señala el escenario con la cabeza.

Intento no hacer una mueca. ¿Qué sé yo de música? Cuando vemos un programa de canto en la tele siempre elijo al concursante equivocado.

Las cejas de Oakley están tan juntas que me preocupa que las líneas de su frente sean permanentes. Eso me pone aún más nerviosa.

—Solo sé de lo que me gusta —respondo al final.

Una comisura de la boca de King se alza.

—Tú y el noventa por ciento de América. Eso es lo que hace que se venda la música. ¿Qué te gusta de la música de Oakley?

—¿Qué te hace pensar que me gusta la música de Oakley? —digo sin pensar.

Justo en ese momento el grupo deja de tocar y me entran ganas de esconderme bajo una de las mesas. Oakley da un paso hacia delante para decir algo pero se detiene cuando King estalla en carcajadas.

—Me gusta esta chica —alza el pulgar en mi dirección.

—A mí también. —La sonrisa de Oakley es tensa y falsa. Tengo que obligarme a no separarme cuando posa un brazo sobre mis hombros—. Aunque crea que mi música es una mierda.

Oigo a Luke en mi cabezar «¿Hay alguien que se crea esa historia?». Si fuese sincera, la respuesta sería: «no lo creo».

—Eso no es cierto. —Tierra trágame. ¿Dónde están los estúpidos terremotos cuando se los necesita? Siento las mejillas enrojecer y sé que no es por la cantidad de gente que hay en la discoteca. Se supone que debo convencer a la gente de que adoro a Oakley, y no lo estoy consiguiendo.

Lo miro, pero él tiene los ojos puestos en el escenario. Si no fuese por su brazo en torno a mí parecería que nos odiamos. Quizá puede que lo parezca hasta con eso.

—Escuchaba *Ford* una y otra vez cuando tenía quince años —admito—. Me avergüenza decir que era mi vida. Intento hacer como si nada aunque esté aquí, a su lado, hablando con Donovan King, pero es un poco demasiado para mí.

La expresión de King cambia a otra de diversión que no soy capaz de descifrar.

—Esa ha sido una buena confesión. —Alza la copa hacia mí—. En nuestro mundo no hay mucho de eso. Hay demasiada gente que quiere oír cosas bonitas, pero es lo verdadero lo que te marca y se queda contigo. Así que dime, ¿qué piensas de este grupo?

—Es... —Me cuesta responder. Estoy muy alejada de mi zona de confort. Es como ir por C Street por primera vez. Ya podrían llamar al equipo de salvamento.

—Venga. Di lo que piensas —me anima King.

—No es para mí. Es demasiado...

—Común —me interrumpe Oakley—. Lo hemos oído un millón de veces en un millón de grupos. Incluido el mío.

Y tiene razón. Por eso exactamente no me gusta.

King asiente.

—Hoy en día toda la música suena igual. Ese es el problema.

Oakley se inclina hacia King apretándome contra él en el proceso. Su cara está tan concentrada en el productor que no sé si se acuerda de que sigo aquí.

—Excepto la tuya. Me encantaría estar en el estudio contigo —dice con voz ronca.

King mira a la gente.

Dios, esto es incómodo. No me he sentido así desde primer curso, cuando Leigh Mariner lloró en la hora de la comida después de ver a su ex con el brazo en torno a su nueva novia.

Oakley lo vuelve a intentar.

—Tu trabajo es genial, tío. Tenemos que hacer algo juntos.

Puedo ver girar los engranajes en la cabeza de King. *Cómo rechazar a este chico sin darle importancia...*

Al final ladea la cabeza y gira su cuerpo un poco, así que a Oakley le resulta más difícil verle la cara.

Yo intento alejarme de la barra.

—Para mí, tu trabajo se desvía hacia lo juvenil. No creo que congeniásemos. ¿Has pensado llamar a Lance Buchanan? Produce cosas como las que tú hacías antes.

Los ojos de Oakley desprenden frustración.

—Estoy componiendo música nueva.

King suspira. Es obvio que está cansado de esta conversación. Y yo quiero desaparecer. ¿Puedo decir que voy al baño?

—Llámame en unos años. Estoy seguro de que entonces podremos hacer algo.

La sonrisa de Oakley es más plana que un tambor.

—Claro.

King se vuelve hacia mí y esa sonrisa sí es genuina.

—Encantado de conocerte, Vaughn. No dejes que este mundo te cambie, ¿vale? —me aprieta la mano y después se va.

Tras su marcha, el silencio se vuelve incómodo. Siento la mirada resentida de Oakley fulminar el lateral de mi cabeza y es tan insoportable que busco algo que decir.

—Hay mucho ruido aquí —digo débilmente.

—Entonces no hables —sugiere al tiempo que me fulmina con la mirada.

Capítulo 15

Él

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 ¿Es modelo? ¿No era eso ropa de Gucci?

OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 Sí. Pero también es muy barriobajera, porque... ¿hola? ¿Ir a una discoteca así vestida? Guarra.

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 Sí, guarra total.

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 Pero el vestido es precioso.

OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 Pasa del vestido. ¿Hablamos de cómo él le ha puesto la mano en el culo? Qué zorra más suertuda.

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 ¡Lo sé! Anoche soñé que era yo.

OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 y yo.

Como de costumbre, todos están enfadados conmigo. Ni siquiera son las nueve de la mañana y ya me han gritado tres personas distintas.

 Mi conversación con Jim fue algo así:

—¡Te dije que te mantuvieses alejado de King! ¡Llevaba semanas allanando el terreno! Y ahora te presentas en su discoteca como una niñita consentida pidiendo regalos, ¡y has estropeado todos mis progresos! ¡Soy tu representante! ¡Eso significa que yo realizo todas las gestiones! ¡Lo único que pido, no, te *exijo* a cambio es que mantengas la boca cerrada, escribas tus malditas canciones y dejes los negocios a los mayores!

Le colgué a mitad de su rapapolvo, porque no tengo por qué escuchar sus insultos. Soy el cliente y el cliente siempre tiene la razón. Fin de la historia.

Claudia, sin embargo, no me dejó que le colgara. Lo intenté, pero me volvió a llamar de inmediato y siguió justo por donde se había quedado.

—¡Una discoteca, Oak! ¡En tu primera cita en público! ¡Con tu dulce novia normal y corriente! No. ¡No, no, no! ¡Te acabo de revocar el derecho a poder tomar decisiones! De ahora en adelante, harás lo que yo te diga. ¡Para eso me contrataste! ¡Me niego a que mi propio cliente me sabotee! TMI os sacó una foto a ti y a Vaughn anoche, a medianoche, cuando salíais de la discoteca. ¡Y no pinta bien, Oakley! Se está especulando en las redes sociales que Vaughn es una chica fiestera. ¡Hemos de desmentir esa historia! Se supone que ella iba a ayudar a mejorar tu reputación, y en cambio, ¡tú estás destrozando la suya!

Y entonces fue cuando ella me colgó a mí.

Si he de ser sincero, eso es por lo único por lo que me siento mal. No sobre lo de arruinar la reputación de Vaughn, porque es una locura. Su imagen está intacta. Una noche en una discoteca no va a cambiar eso, y las fotos que los *paparazzi* publicaron en la red esta mañana eran inofensivas. Solo se me veía a mí abriéndole la puerta del Escalade a Vaughn, y a los dos entrando en el coche. Mi mano se encontraba en su zona lumbar, y hubo un momento en que ella me tocó el brazo.

Inofensivas.

No, lo que me está haciendo sentir como una mierda es cómo la traté anoche. Me comporté como un capullo. La ignoré. Fui borde con ella tras el desastroso encontronazo con King aunque ella intentó seguirme el juego. La ignoré un poco más. La usé para intentar impresionar a King.

La única razón por la que fui a aquella discoteca era que alguien me chivó que King estaría allí. Imaginé que tener a Vaughn a mi lado le demostraría que voy en serio. Es decir, si voy en serio con mi chica, entonces debo de ir en

serio también con mi música, ¿verdad?

Pero me salió el tiro por la culata. Me volvió a rechazar. Me aplastó como a un insecto con sus zapatos de miles de dólares.

Vaughn no dijo ni una palabra durante el camino de vuelta a casa.

Con un fuerte gruñido de resignación, bajo al sótano de mi casa donde tengo el estudio y abro la puerta de un tirón. Hay un par de sofás en la esquina de la sala insonorizada, junto a la infinita exposición de guitarras. Descuelgo mi Gibson favorita y me hundo en el mullido sofá.

Si tuviese su número, le mandarí­a un mensaje para disculparme. Pero no lo tengo, y me da *demasiada* vergüenza pedirle a Ty o a Big D que la llamen por mí. Ty ya me dio un largo sermón cuando dejamos a Vaughn en casa.

—No puedes tratar a tus novias como si fuesen basura, hermano. Ni siquiera a las falsas.

Me pasé la siguiente hora tonteando con la guitarra. Desde anoche tenía una melodía metida en la cabeza, pero no conseguía hacerla funcionar. La letra tampoco me venía. Sigo bloqueado, y la bola de frustración que tengo en mi interior no hace más que crecer y crecer mientras hago vibrar las cuerdas de la guitarra sin prestarles demasiada atención.

A lo mejor no es el bloqueo creativo lo que me está deteniendo hoy. A lo mejor es algo distinto.

Rechino los dientes y cojo el teléfono de la mesita para llamar a Big D.

—Hola —digo cuando descuelga—. ¿Puedes llamar a Vaughn y dejarme hablar con ella?

—Claro.

Termino la llamada y luego me quedo ahí sentado, impaciente, hasta que los estridentes pasos de Big D por fin resuenan en las escaleras. Entra en el estudio y me tiende su móvil.

—Gracias —digo.

—No hay problema. Grita cuando hayas terminado.

Sale de la habitación y tomo aire antes de hablarle al teléfono.

—Buenos días —digo con jovialidad.

Vaughn no está ni de cerca todo lo simpática que yo estoy intentando ser.

—¿Tenemos otra cita hoy? —pregunta sin saludar siquiera.

Suena alerta a pesar de lo temprano que es. Me pregunto por qué no sigue

dormida. Se está tomando un año sabático en los estudios y ya no trabaja como camarera. Es decir, solo está a la espera de que yo la llame, así que no hay razón para que esté despierta antes de las doce.

¿A la espera de que tú la llames?

La culpa me pesa sobre los hombros. Vale, este es un acuerdo un tanto complicado para ella, que la obliguen a estar esperando sentada a que Claudia decida qué tiene que hacer y cuándo.

Pero bueno, le estamos pagando muchísimo dinero para que haga justo eso.

—Nah, no tenemos ninguna cita —respondo—. Claudia quiere que esperemos unos cuantos días antes de que nos volvamos a ver.

—¿Entonces qué quieres?

Sí, no está muy contenta conmigo. Pero la disculpa se me queda atascada en la garganta.

—¿Has visto las fotos de TMI?

—¿Tú qué crees? Llevo respondiendo tuits sobre ellas toda la mañana. — Su molestia se oye a través de la línea—. Eso sin mencionar que Claudia me echó ayer la bronca.

Me trago otra dosis de remordimiento. La guitarra sigue en mi regazo, así que intento distraerme de la culpabilidad haciendo vibrar la Gibson.

—¿Oakley? ¿Me has oído?

Carraspeo.

—Eh... sí. —Vuelvo a tocar las cuerdas. Se me ocurre una idea—. Te pongo en manos libres. Espera.

Le doy al botón, luego dejo el teléfono a mi lado y me coloco bien la guitarra.

—¿Sigues ahí? —pregunto.

—Sí. —Suena confusa—. ¿Estás tocando la guitarra?

—Sí. Espera otro segundo. —Afino rápidamente la cuerda del agudo—. Lo siento, ya estoy. Bueno, sobre lo de anoche... yo... eh... no se me da bien pedir perdón, así que... solo escucha, ¿vale?

Antes de que pueda cuestionarme, coloco las manos sobre las cuerdas y empiezo la introducción de la canción que lleva rondándome la cabeza. Luego empiezo a cantar, una canción totalmente sin sentido y de estilo libre que

probablemente no pudiese volver a recrear ni aunque lo intentase. La letra no es genial. Me disculpo por ser borde con ella en la discoteca. Canto sobre cómo el perdón es bueno para el alma. Incluso digo algo sobre cómo las palabras «lo siento» se las lleva el viento, pero que te liberan el corazón cuando las pronuncias de verdad.

La canción es pastelosa y ridícula, y las mejillas me arden con cada nota que sale de mi boca.

Cuando el último acorde se pierde en la nada, el silencio es lo único que me recibe.

—¿Vaughn? ¿Estás ahí?

Ella suelta una ligera tos.

—Sí... eso ha sido...

Me arde la cara.

—Lo sé. Ha sido una mierda. La he cantado sobre la marcha.

—No —me interrumpe—. No ha sido una mierda. Para nada. Ha sido muy... dulce. Y pegadiza.

Oigo una risa floja al otro lado de la línea y por alguna razón eso hace que mi corazón empiece a latir un poco más rápido.

—¿Sí? ¿Entonces por fin admites que eres fan de Oakley Ford?

—No te lo creas tanto. He dicho que me ha gustado tu canción —bromea. Al menos espero que esté bromeando. Es la primera vez que ha dicho algo sobre mi música.

—Es lo mismo. Te gusto yo, te gusta mi música.

—¿Qué tal si acepto tu disculpa? Nadie me ha cantado nunca que lo siente.

¿Ni siquiera W? Frunzo los labios antes de sonreír de oreja a oreja.

—Ayer —empieza, un poco incómoda—. Ese productor... De verdad quieres trabajar con él, ¿eh?

Mi estado de ánimo se amarga de inmediato.

—Sí. Mucho. —Aparto la guitarra y quito el manos libres. Luego me echo hacia atrás en el sofá con el teléfono de Big D entre la oreja y el hombro—. Pero él no quiere trabajar conmigo.

—Eso lo pillé —dice con ironía—. Dijo que teníais... ¿qué era? ¿Sonidos incompatibles?

—Sí. —Lo que decía es que él solo hace cosas únicas y que yo sueño como la banda que estaba actuando y miles de otras voces—. Eso, y lo de la imagen.

—¿Qué es lo de la imagen?

—Venga ya. ¿Por qué crees que le pago a una tía para que salga conmigo, nena? No, ¿por qué crees que le pago a una tía como tú para que salga conmigo?

—¿Como yo?

Casi puedo saborear su molestia y me apresuro a intentar explicarme.

—Sí. Amable. Dulce.

—Has elegido a la chica equivocada, entonces. Porque yo no soy muy dulce.

—Lo eres más que las demás con las que he estado —admito—. Jim y Claudia creen que eres buena para mi imagen. Necesito que los demás también lo crean. King en especial.

—¿Desde cuándo te preocupas por tu imagen? No parecías muy preocupado cuando te bañaste desnudo con esas socialités en Monte Carlo. O cuando te pillaron el año pasado en Bourbon Street durante el Mardi Gras.

Sonrí para mí mismo.

—Alguien me ha estado investigando.

—No, es solo que no puedo poner la televisión sin que salga tu última cagada.

Me enfado.

—¿Cagada? Se llama diversión. —Hago una mueca, porque ese es precisamente el problema. Estaba teniendo demasiada diversión. Tanta que uno de los mejores productores del mundo se niega a trabajar conmigo porque no cree que me tome en serio mi música.

Pero no podría estar más equivocado. Sí que me la tomo en serio. Cuando era pequeño, todos presuponían que seguiría el ejemplo de mis padres y me convertiría en actor, pero nací con la música en las venas. Ya escribía mis propias canciones cuando cumplí los siete años. Las grabé antes de ser preadolescente. Al principio de mi carrera, se extendió el rumor de que solo me habían ofrecido un contrato con una discográfica gracias a quiénes eran mis padres, pero esas acusaciones se desvanecieron cuando las malas lenguas

se dieron cuenta realmente de que sí que sabía cantar.

La voz de Vaughn me saca de mis pensamientos.

—Bueno, si te lo pasas bien, ¿entonces para qué quieres cambiar? Eres rico, famoso, puedes tener toda la diversión que quieras. ¿Por qué no seguir haciéndolo, pues?

—Porque está afectando a mi carrera musical y a donde quiero llegar con ella. —Porque ya no es divertido.

Escucho su respiración mientras hago vibrar la misma cuerda y muevo mis dedos sobre el traste, deseando poder hacer cambiar de parecer a King con tanta facilidad como se puede modificar la melodía de una canción.

El silencio se extiende y empiezo a pensar en cómo la he tratado. No muy bien. ¿Y por qué? Me obligo a responder con sinceridad, a veces soy capaz de tener esos momentos.

La respuesta sincera es porque Vaughn está haciendo algo altruista y eso me resulta incómodo. Es más fácil tratar con los aduladores, pero solo porque no quiera hacer todo lo que le digo no significa que tenga que comportarme como un cabrón con ella. Dejo de tocar la guitarra estampando una mano contra las cuerdas.

—El viernes que viene toco en un local para una organización benéfica. Voy a tocar un par de canciones. A lo mejor canto todo un set como favor a un amigo mío. —Aunque eso tampoco es completamente cierto. Lo voy a hacer para autopromocionarme. He de seguir saliendo en las noticias, frente a la mirada de la gente, para que no se olviden de mí mientras me dejo la vida en el estudio. Aun así...—. ¿Quieres venir? Puedes traerte a algunos amigos, si quieres.

—¿Es mi próxima cita contigo? —pregunta.

Quiero decirle que no, que solo la estoy invitando a un evento donde va a poder ver una actuación de verdad, en vez de escucharme improvisar una canción a través del teléfono. Quiero que vea a Oakley Ford, no al imbécil que cree que le está haciendo la vida imposible. De nuevo, otro acto completamente egoísta.

Pero como no sé si va a querer venir si simplemente la invito, le digo:

—Sí, es nuestra próxima cita.

Capítulo 16

ÉI

¿Está Oakley Ford oficialmente fuera del mercado? El cantante y su presunta novia fueron vistos anoche en un evento privado. Algunos invitados le han contado en exclusiva a Gossip Central que Ford y su chica se mostraron inseparables. Todavía más emocionantes son las declaraciones que aseguran haber visto a Ford hablando con el mega productor King. ¿Están trabajando en un nuevo álbum? ¡Esperamos que sí!

La supuesta pareja abandonó la fiesta antes de que esta terminara. ¡Haz clic aquí para ver a Ford y a su nueva chica muy acaramelados! ¡Sí que parecen ser más que amigos!

—Creía que la cita número cuatro era la del local —puntualiza Vaughn. Sigue frunciéndome el ceño, y parece estar tan confundida como esta mañana al teléfono cuando la informé de que nos íbamos a ver.

No hemos tenido ningún tipo de contacto en tres días, no desde que le canté para pedirle disculpas. La verdad es que yo tampoco esperaba verla hoy, pero mi publicista tenía otras ideas en mente.

—No es lo bastante buena para Claudia —respondo con un suspiro—. Tenemos que salir a la luz del día antes de que podamos cogernos de la mano en la oscuridad.

Razón por la cual estamos ahora mismo en una cola, esperando para poder

comprar un helado en un puesto de Melrose Trading Post. Supongo que Claudia quería asegurarse de que todos los malditos turistas paseando por West Hollywood pudiesen llevarse una foto de Oakley Ford siendo *normal*.

—Bueno, más nos vale que este helado sea el mejor que haya probado nunca. Me ha llevado casi dos horas llegar aquí en autobús —gruñe Vaughn por lo bajo.

Ty, Big D y otros dos guardaespaldas están apostados detrás de nosotros y han creado una burbuja bastante clara entre nosotros y la multitud. Me bajo la gorra.

—¿Tendría que haberle dicho a Claudia que querías que te pusiese un coche? —Meto las manos en los bolsillos y me quedo mirando el puesto. Es una camioneta retro con helados de tres sabores y los ingredientes típicos de California, como crujiente de col rizada frita y quinoa cubierta de chocolate. Odio a Claudia.

—Nunca se me ocurriría pedirle a alguien que me ponga un coche. Es una locura. —Vaughn se pasa una mano por el pelo alocado. Ha vuelto a ponerse su uniforme de siempre, la camiseta ancha con cuello de pico, vaqueros rotos y sus coloridas Vans decoradas.

Algo que se puede decir de Vaughn es que no está intentando impresionarme de ninguna forma. Hay como metro y medio de espacio entre nosotros. Se podría aparcar un Volkswagen pequeño ahí. Las fotos que los *paparazzi* nos están haciendo ahora mismo van a hablar por sí solas.

¡La nueva relación de Oakley Ford se va por la borda!

¡Oakley Ford rompe antes de llegar al beso!

A Jim y a Claudia no les haría mucha gracia si eso ocurre. Ahora mismo los titulares positivos desbancan con creces a los negativos. Jim me comentó anoche que incluso ha habido un aumento de ventas en algunos de mis primeros álbumes. Supongo que esto que estamos haciendo Vaughn y yo está consiguiendo realmente lo que se supone que había que conseguir. Pero solo funcionará si el público se cree que somos una pareja de verdad.

Así que acorto la distancia bajo el pretexto de señalar el cartel de sabores.

—¿Cuál quieres?

—Dios, ¿crujiente de col rizada? Solo en Los Ángeles. Voy a pedir un cucurucho con pepitas de colores. —Saca un billete de cinco dólares.

—¿En serio? —Le quito el dinero de los dedos—. Yo pago.

—Ah, cierto, que es un gasto laboral.

¿Va en serio? No sabría decir.

—Dos cucuruchos. Pepitas de colores para ella y...

—Si pides crujiente de col, me voy ahora mismo —murmura.

—Y el mío sin nada. —Me giro hacia Ty, que me da un billete de veinte. Yo no llevo mi propia cartera por seguridad.

—Eh, muchacho, ¿te importa si te hago una foto para mi pared de famosos? —pregunta el heladero mientras me da el cambio.

Contengo un suspiro.

—Claro, sin problema.

—¿Esta es tu chica? Puede ponerse también. —El tío se inclina por la ventanilla y mira directamente el escote de Vaughn. Asqueroso.

Me pongo delante de ella.

—Nah, yo solo. ¿Tiene móvil?

Hoy en día, lo único que quiere la gente son *selfies*. Los autógrafos han quedado ya muy anticuados. Ahora la prueba de que has conocido a alguien es con una foto. Dame fotos o no me lo creo.

El tipo sudoroso del puesto de helados se inclina por encima del mostrador. Otros dos sacan sus cabezas. Me pongo en la foto y dejo que el hombre sudoroso me ponga su enorme brazo en la espalda. Rechino los dientes, sonrío de oreja a oreja para la cámara, aguanto por millonésima vez la intrusión no deseada de mi espacio personal por el bien de la música y espero. Espero a que se dé cuenta de que ha de cambiar la cámara del teléfono por la frontal. Espero a que otro tipo dentro del puesto se haga hueco a la fuerza en la foto, así que ahora tengo cuatro axilas sudorosas sobre mis hombros. Espero a que los susurros se expandan de la chica con los pantalones cortos hasta el tío con las Ray-Ban colocadas encima de su cabeza calva, y luego hasta la señora mayor gorda como ella sola, cuyo bolso es lo bastante grande como para guardar el camión entero de helados. Espero a que alguien, *cualquiera*, tome la maldita foto.

—Deje que le ayude. —Vaughn se adelanta, le quita el teléfono al

heladero y saca la foto. No obstante, antes de que podamos coger nuestro helado, Ty y Big D tiran de nosotros para alejarnos de la multitud que se acerca peligrosamente.

Vaughn mira con anhelo la camioneta, pero no se queja en ningún momento mientras nos alejamos de allí.

—Gracias —le digo. Por no montar una escena. Por hacer la foto. Por no dejarme con el culo al aire... otra vez.

—Ha sido incómodo —admite.

Eso se queda corto. Estaba a dos segundos de que me diese un patatús, y eso sí que habría causado más problemas.

—¿Siempre es así? —Ladea la cabeza hacia la camioneta.

A juzgar por el tamaño de la creciente multitud, supongo que el heladero ya ha publicado en Twitter y en Facebook su encuentro conmigo. La gente señala en nuestra dirección. El nivel de ruido aumenta. En cualquier momento, alguno de ellos se sentirá valiente y empezará una estampida hacia mí.

—Básicamente. —Escaneo la muchedumbre en busca de mis otros dos guardaespaldas, y cuando sus cuerpos ataviados con vaqueros oscuros aparecen, le hago la señal a Ty de que ya nos podemos ir.

—¿Cuál es tu playa favorita? —pregunto.

Ella arruga la nariz.

—¿Por qué?

—Porque nos tienen que ver juntos, pero no quiero que me aplaste una estampida.

Ella se encoge de hombros ligeramente.

—Me gusta ES. No está demasiado abarrotada. Los baños están cerrados ahora mismo, así que lo único que hay es gente de la zona. Además, está cerca de la refinería y a veces huele fatal.

—Suena perfecto. Cuanto más huelo, mejor. —Me froto las manos—. Ty, ¿sabes dónde está la playa de El Segundo?

Asiente.

—Genial. Entonces vamos.

El guardaespaldas calvo con hombros caídos y apenas cuello aparece detrás de Vaughn, con un helado en la mano. Su rostro se ilumina como si le hubiese regalado un collar Harry Winston.

—Oh, creía que los habíamos abandonado. —Vaughn coge el suyo—. Muchas gracias.

Daniel, creo, gruñe un «de nada» y luego se retira al segundo Escalade. Ty abre la puerta de atrás, pero soy incapaz de moverme.

Mis pies están pegados al suelo mientras observo a Vaughn lamer la punta del cucurucho como un gatito y saborear el helado en la boca. Cierra los ojos y disfruta de la cremosa mezcla de chocolate y vainilla.

Y puede que sea lo más sexy que haya visto nunca. Tanto que el helado que tengo en mi propia mano comienza a derretirse.

—Está chorreando —dice.

—¿Qué?

—Se te está derritiendo el helado y está te está chorreando por los dedos.

Bajo la mirada y veo que he espachurrado el cono, ahora el helado está saliéndose y chorreando, tal y como ha dicho Vaughn. Ty alarga el brazo y me quita el cono de la mano.

—Será mejor que subas al coche. —Sus palabras son una advertencia, pero su tono de voz rebosa humor. Se va a estar burlando de mí durante mucho, mucho tiempo.

Vaughn entra y se las apaña para no estampar su cono de helado contra los asientos de piel. La sigo, y Ty se incorpora a la carretera antes de que Vaughn se acomode y se abroche el cinturón. Así que me inclino y lo hago por ella.

No porque quiera tocarla. Qué va.

Ella

Los ojos de Oakley están ardiendo. O a lo mejor es mi piel. En cuanto su mano me tocó la cadera para coger el cinturón, juro que todo mi cuerpo se encendió, como si hubiese estado en la oscuridad toda la vida y de repente alguien me hubiese conectado.

Aguanto la respiración mientras tira del cinturón por encima de mi cintura y lo abrocha. ¿Sus dedos me han acariciado antes de incorporarse o ha sido mi imaginación?

—Ahora es a ti a quien se le está derritiendo —dice con un tono de diversión. Pasa su pulgar por encima de uno de mis dedos temblorosos para coger una gota de helado derretido y luego —¡y luego!— se lo mete en la boca y lo chupa.

Un sonido extraño —un gritito, en realidad— se escapa de mi garganta.

Él vuelve a lamer su dedo antes de acomodarse en su lado del todoterreno.

—No sabía que las pepitas de colores estuviesen tan buenas. Puede que pruebe ese ingrediente la próxima vez.

Desvió los ojos hacia la coronilla de Ty.

—Ty, t-tengo que irme a casa. M-me olvidé de que tengo que estar allí para cuando los gemelos lleguen porque les hace falta... que les firme unas autorizaciones para una... excursión. —Me giro hacia Oakley, que me está mirando con los ojos entrecerrados. Su labio inferior parece húmedo por donde había colocado su pulgar.

Siento como si me fuese a desmayar, así que me apoyo contra la ventana.

—Lo siento. Se me olvidó. Te lo compensaré. Mañana puedo salir para otra cita de día. Hasta buscaré en Google algunas sugerencias. A lo mejor el parque de *skate* de Boyle Heights. No, está demasiado concurrido. Eh... podemos hacer senderismo. Hay un sitio cerca del Observatorio Griffith en donde a Paisley le gusta correr cuando quiere un cambio de aires.

Cuanto más balbuceo, más relajado parece estar Oakley.

—Nah. No pasa nada, Vaughn. Termínate el helado antes de que se te derrita sobre la mano.

Demasiado tarde.

—¿Por qué has dejado que ese tipo te hiciera una foto?

—pregunto para distraerme de la sensación tan rara que tengo en el estómago, que solo debería sentir en presencia de W.

—Porque se lo debo a él y a todos los fans que quieran mi foto. Sin ellos, solo sería el hijo de Dustin Ford.

—Pero lo odias.

Lo veía en su cara. En la dureza de su sonrisa falsa. En la tensión de sus hombros. En cómo intentaba deshacerse del abrazo del heladero para luego verse aplastado entre tres hombres más. Pero se quedó allí de pie sin queja

alguna, paciente.

Y luego esperó, mientras la muchedumbre empezaba a moverse hacia nosotros, a que su guardaespaldas nos trajera el helado. Yo ya lo había dado por perdido, me había imaginado que había sido otro intento abortado de poder ingerir comida.

Luego me miró como nadie antes me ha mirado. Me asustaba y me atraía al mismo tiempo.

—A veces hay que hacer cosas que no nos gustan. La vida de un famoso no es siempre glamour y pasárselo bien.

No, supongo que no.

Durante el trayecto de cuarenta y cinco minutos, por fin me acabo el cono y una toallita húmeda aparece milagrosamente frente a mí. Se la quito a Oakley de la mano antes de que él pueda ofrecerse a limpiarme. Cuando Ty para junto a la acera, abro la puerta, pero soy incapaz de salir. Hasta que Oakley no se inclina y me desabrocha el cinturón, no caigo en la cuenta del arnés que me tiene atrapada. La palma de su mano roza mi muslo cuando se retira.

Salgo disparada del coche en un intento de evitar que esos dedos de guitarrista me vuelvan a tocar. Juro que le oigo reírse cuando se cierra la puerta del coche.

—Gracias, Ty —murmuro y luego me apresuro a llegar al interior de mi casa antes de que él pueda pronunciar palabra.

Cierro la puerta de golpe y me apoyo contra ella; mi pecho sube y baja como si acabara de dejar de correr por ese camino en Griffith que a Paisley tanto le gusta. No entiendo... a qué vienen esas mariposas. Hasta la otra mañana, yo veía a Oakley como un gilipollas creído y prepotente. Pero luego me llamó y me cantó, y de repente ahora me tiemblan las rodillas y me pongo nerviosa como si fuese otra de sus fans.

Quiero que vuelva el Oakley engreído. El que se burla de mí por lo bueno que es con la lengua, el que me lleva a una discoteca para comportarse como un borde e ignorarme. A ese Oakley sí que puedo manejarlo.

¿Pero este? ¿El que me mira con intensidad y me escribe canciones de disculpa? Estoy bastante fuera de mi zona de confort.

—Hola. —Paisley sale de la cocina con una taza en la mano—. ¿Cómo ha ido la cita del helado?

—Me ha tocado —espeto.

Ella se detiene de golpe y se gira hacia mí.

—¿En plan que te ha acosado?

—No. No. —Agito la mano—. Mi helado se estaba derritiendo y él cogió una gota con el dedo y luego se lo metió en la boca.

Describo el momento como si estuviese detallándole toda una escena porno. Pero sí que ha sido para mayores de dieciséis.

Paisley me mira con gran preocupación.


—¿Estás bien? ¿Te ha dado mucho el sol?

No sé cómo explicárselo. Ni siquiera soy capaz de explicármelo a mí misma. Lo único que sé es que los dedos callosos de Oakley me han rozado la cadera, me han tocado la mano y me han acariciado el muslo.


Y me ha gustado demasiado.

Capítulo 17


Ella

Oakley Ford  @VeryVaughn El mejor helado el de hoy. Deberían inventar un sabor llamado Vaughn. Lo pediría siempre.

Vaugh Bennett @OakleyFord ¿Espolvoreado con col rizada?

Oakley Ford  @VeryVaughn Nah, solo quiero el Vaughn, sin agitar ni remover.

Vaugh Bennett @OakleyFord Parece aburrido.


Oakley Ford  @VeryVaughn Para nada. Lo he probado hoy. Estaba delicioso.

Oakley Ford  @VeryVaughn ¿Y tú? ¿Tu sabor favorito?

Vaugh Bennett @OakleyFord ¿Es ahora cuando digo Oakley Ford?

@rubyred342 @OakleyFord ¡Quiero un sabor llamado OAKLEY!

@jj_warren33 @OakleyFord @VeryVaughn marchaos a un hotel

Oakley Ford  @VeryVaughn Solo si lo dices en serio. Si no herirás mis sentimientos.

Vaugh Bennett @OakleyFord ¿Seguimos hablando de helados?

—¿Y a está la cena? —grita Shane desde la habitación de los gemelos—. Tenemos fútbol americano.

Unto los dos últimos trozos de pan con mantequilla y les echo a la sartén antes de responder con otro grito.

—¡Cinco minutos!

Vuelvo a mirar el reloj. El pollo con limón y yogur estará listo en dos minutos; los chicos engullirán su cena en menos de diez. Habré despejado la mesa a y media y las sobras para Paisley estarán metidas en el frigorífico. Hoy trabajará hasta tarde en algún proyecto secreto para Diamond.

Si todo va según lo planeado tendré una hora entera para prepararme para el concierto de Oakley Ford en el club Valor, el lugar de la gala benéfica a la que nos invitó a asistir a mis amigos y a mí. Le doy la vuelta al pan naan y saco el pollo perfectamente cocinado del horno.

—¿Qué hay de cena? —pregunta Shane al tiempo que ambos gemelos llegan a la cocina.

—Naan casero con pollo al limón servido sobre una cama de gratinado de cebolla tierna, brotes de guisantes y salsa de yogur.

—Entonces pan, pollo y guisantes —resume Spencer mientras olisquea el pollo—. Huele bien.

Le enseña el pulgar hacia arriba a su hermano.

—No será otro de tus experimentos, ¿no? —inquire Shane mientras echa la silla hacia atrás—. Porque estoy hambriento.

—Si no te gusta lo que preparo, no lo comas —exclamo a los dos mocosos. Emplato el pollo para los chicos, echo un poco de salsa de yogur sobre la carne y lo dejo frente a ellos.

Devoran la cena en poco tiempo, porque a pesar de sus quejas sobre mis apasionados intentos culinarios, la mayoría de las veces la comida está bastante bien, aunque sea yo quien lo diga. Es lo único que me gusta

muchísimo hacer cuando tengo tiempo, y ahora que no sirvo mesas y tenemos un poco más de margen para comprar comida, disfruto elaborando diferentes platos.

No todos han sido un éxito, pero creo que más de la mitad sí. Con el paso que llevan los gemelos ingiriendo la comida puedo decir que están de acuerdo conmigo, aunque no lo admitan.

Poco después se van a entrenar. Uno de los padres de sus compañeros les lleva. Así que ya me toca prepararme.

Kiki le ha dado el visto bueno a mi conjunto de vaqueros estrechos, camiseta holgada de tirantes negra, sujetador de encaje verde azulado, que se ve por los extremos de la camiseta, y un par de botas de tacón bajo. Me recojo el pelo en una coleta alta, me doy un par de capas de máscara de pestañas y un poco de brillo de labios. Han mandado otra furgoneta negra para recogerme, pero no reconozco al conductor, sus gafas de sol reflectantes y su expresión indiferente no invitan a conversar.

—¿No hay limusina? —dice Carrie cuando llegamos a su casa para recogerla, solo está bromeando un poco. Lleva un vestido ceñido negro con cortes en la cintura. Su pelo planchado parece una cortina rubia brillante.

—Nunca he visto a Oakley en una limusina —admito.

—Qué pena. Quizá las reserve para las ceremonias de premios, ¿no?

Alzo las manos en señal de ignorancia.

—¿Puede?

Ambas miramos al conductor, que finge que no estamos allí. Se incorpora al tráfico y nos dirigimos a nuestro próximo destino.

—Por cierto, los tuits que os habéis mandado durante esta semana me han puesto a cien —anuncia Carrie.

—Ugh, demasiada información.

—¿Demasiada información, yo? Esto... ¡Oakley y tú os estabais tuiteando cosas obscenas con el helado!

De hecho, *Amy* y yo estábamos tuiteando cosas obscenas con el helado, pero eso no se lo digo a Carrie. Además, si soy sincera una parte de mí se había olvidado de *Amy* esta semana. A veces parecía que hablaba directamente con Oakley, y algunas de sus —de *Amy*— respuestas parecían como si las dijera él en la vida real.

Supongo que el equipo de Claudia le conoce muy bien.

—Deja de espiarme en Twitter —le dijo a Carrie sonriendo.

Ella me devuelve la sonrisa.

—Entonces deja de tuitear.

—Touché.

La siguiente a la que recogemos es Kiki, y lo primero que sale de su boca al subirse al coche es:

—¿No hay limusina?

—¡Yo he dicho lo mismo! —exclama Carrie—. Por lo visto Oakley no las usa excepto para ceremonias de premios.

—Ah, tiene sentido.

Alzo las cejas ante eso, Kiki se lo ha creído.

—Dios, estás preciosa —le dice Carrie—. ¿A que sí, Vaughn?

Kiki está guapísima. Se ha rizado el pelo y se lo ha secado en ondas. Lleva unos pantalones cortos negros de raso y una camiseta transparente negra sobre un sujetador rojo. De calzado lleva tacones de plataforma de diez centímetros.

—Esos zapatos son la leche —comento.

—Los he cogido del armario de mi madre —responde Kiki.

Tracy es la última de la lista. Me bajo y me coloco en el asiento del copiloto mientras ella se sienta atrás, al lado de Kiki y Carrie.

Tracy da varios saltitos.

—¡No puedo creer que esté en la furgoneta de Oakley Ford!

—El cinturón —dice el conductor.

No nos movemos.

—El cinturón —repite.

—¡Ah! —me giro hacia atrás—. Tienes que ponerte el cinturón —le digo a Tracy.

Lo hace de inmediato y aplaude.

—¡Lo siento! Estoy tan entusiasmada que se me había olvidado. ¡Esto es la leche! ¿No estáis nerviosas? ¡Voy a morir esta noche! ¿Cuántos famosos habrá? ¿Creéis que estará Dylan O'Brien? ¡Le adoro!

Tracy rellena el silencio con preguntas —para las cuales no tengo respuesta—, pero su entusiasmo es contagioso. Y hace bien en sentirse alegre,

porque la cantidad de famosos en el sitio es increíble, y ni siquiera ella es capaz de llevar la cuenta. Mis amigas están impresionadas por la lista de invitados, las cosas elegantes y el hecho de estar tan cerca del escenario como para casi poder lamer los pies de Oakley.

En lo que a mí respecta, solo tengo ojos para Oakley, porque Oakley Ford sobre el escenario es increíble. Me tiembla todo el cuerpo al verle ganarse al público. Su voz áspera canta notas perfectas. No estoy segura de si son las luces o la energía que pone en sus actuaciones, pero está sudado. Su camiseta está empapada. Los mechones de pelo sobre su frente están húmedos. Sus brazos se flexionan con cada nota.

Se ve increíble ahí arriba. Tan... guapo y tan sexy. Y me siento tan culpable por estar aquí admirándolo. Le dije a W que actuaría, pero no soy actriz. No puedo separar los sentimientos falsos de los verdaderos, y todo se está mezclando. Cada vez que miro a Oakley pienso en los momentos que compartimos en nuestra cita de los helados. El fuego en sus ojos. Cómo hizo latir mi corazón.

Esa noche casi llamo a W para contárselo. Para confesarle que todo esto de fingir me resulta confuso. Para que me asegurara que no pasaba nada, que es normal incluso que mi cuerpo reaccionara a Oakley.

Pero es una locura. Claro que W no me habría asegurado nada. Se hubiera puesto furioso.

Pero se lo tengo que decir. ¿No? Es la primera vez en dos años que siento un indicio de atracción hacia otro chico, y eso es algo que W debería saber.

¿Verdad?

Trago un gemido de frustración y me obligo a concentrarme en la última canción de Oakley, que es tan genial como todo lo que ha cantado esta noche. Al acabar, el público clama su nombre, pero por alguna razón él no parece contento por la adoración que le brindan. Esperaba que estrechase la mano de la gente, que coquetease con las fans, que consintiera al público, quizá. Pero no lo hace. Simplemente deja su guitarra, saluda a la gente con una sonrisa irónica y desaparece entre bastidores como si su actuación no hubiese sido asombrosa.

Frunzo los labios y miro en derredor al tiempo que me pregunto si alguien más encuentra esto raro. O si se han dado cuenta de que su sonrisa al despedirse era forzada.

Pero todos están ocupados hablando de la increíble actuación de Oakley, incluso mis amigas, quienes opinan en alto sobre lo guapo que está esta noche.

—Lo siento —dice Kiki rápidamente, y se sonroja cuando se da cuenta de que la miro—. Sé que es tu chico, pero... venga. *Sabes* que está bueno.

—Sí, sí —digo distraída. No me importa que mis amigas analicen la apariencia de mi novio de mentira. Lo que me preocupa es lo que ha ensombrecido su mirada.

—Ahora vuelvo —les digo a las chicas antes de irme—. No rompáis muchos corazones —les grito por encima del hombro.

Me siento mal por dejarlas, pero tengo la sensación de que Oakley me necesita. Y aunque es un pensamiento tonto, soy incapaz de ignorarlo, así que me abro paso a codazos y empujones hasta llegar al pequeño pasillo de la pared más lejana. Dos guardaespaldas musculados permanecen delante de la sala principal, pero suben la cuerda de terciopelo cuando enseño mi pase privado.

En el pasillo me rodea más gente. Tipos que mueven altavoces e instrumentos. Chicas con ropa atrevida chillándose unas a otras. Personas trajeadas con pases como el mío. Docenas de cámaras por todos lados. Algunas apuntan hacia mí y yo al instante bajo la cabeza para que no puedan verme bien la cara. Me incomoda la atención, por lo que continuo andando hasta que veo la cabeza afeitada de Ty que supera en unos trece centímetros el resto de cabezas.

—Ty —lo llamo en voz baja.

Él se da la vuelta.

—Hola, Vaughn. ¿Te ha gustado la actuación?

—Sí, ha estado genial. ¿Dónde está Oak? —El apodo se me escapa antes de darme cuenta, sorprendiéndome. ¿Desde cuándo le llamo *Oak*? Siempre me molesta para que lo use y siempre le ignoro y le llamo Oakley.

Ty señala una puerta tras él con el pulgar. Una plaquita de oro la identifica como vestuario, y sobre ella hay un papel blanco en el que está escrito «Ford».

Vacilo.

—¿Puedo entrar?

Ty asiente.

—Adelante.

Me sujeta la puerta abierta mientras paso por el umbral muerta de vergüenza. La habitación es más pequeña de lo que esperaba. Imaginaba que Oakley Ford conseguiría un vestuario enorme con caros sofás de cuero, una torre de champán y una fuente de chocolate o algo. Pero este sitio es igual de grande que mi habitación, solo tiene un sofá que no es de cuero y un minifrigorífico bajo un pequeño tocador.

Oakley está sacando una botella de agua del minifrigorífico. Se yergue cuando me ve y se pasa la botella por su frente sudada.

De nuevo, me quedo pasmada por lo atractivo que es. Ha heredado lo mejor de las estrellas de cine de sus padres, aunque ahora que lo pienso, Katrina y Dustin no tienen ningún mal rasgo. Ambos son increíblemente guapos, al igual que su hijo.

Tiene la camiseta sudada prácticamente pegada al torso, lo que me permite darme cuenta del calor que ha tenido que pasar bajo los focos, además de fijarme en cada músculo tenso y duro de su pecho.

—Hola —digo.

Gira el tapón de la botella y bebe un poco de agua.

—Hola —tiene la voz más ronca de lo normal, probablemente porque acaba de cantar durante media hora.

—Has estado bien ahí fuera.

—Gracias.

Hay un momento de silencio incómodo. Espero a que haga algún comentario hiriente sobre que por fin haya admitido que me gusta su música, pero no dice nada. En lugar de eso, se dirige al sofá y se sienta en él tras un pesado suspiro. Un momento después, camino y me siento a su lado.

—¿Qué pasa? —pregunto sin rodeos.

Él se muerde el labio inferior. Una gota de sudor le recorre frente, baja por la mejilla y se queda suspendida en la barba corta, sobre su mandíbula.

—No he cantado nada nuevo —admite al final.

Arrugo la frente.

—¿Tenías que hacerlo?

—No, pero... —Cierra la botella y la deja en la mesa frente al sofá.

—Entonces, ¿qué problema hay? Has dado un espectáculo asombroso.

Todos se han vuelto locos.

—Lo sé. —Vuelve a suspirar—. No lo entiendes. Es que... cantar las mismas malditas canciones una y otra vez... a veces cansa.

Arrugo la frente todavía más.

—Pero eso es lo que siempre haces, ¿no? Quiero decir, no es como si escribieses canciones nuevas cada vez que das un concierto. No te queda otra que cantar lo mismo.

—No. Es decir, sí. Esa es la cosa, tienes razón. Pero a la vez no la tienes, porque no es lo mismo. Es decir, sí, pero... —Sus ojos se desenfocan—. Cada vez que me subo al escenario es una experiencia nueva, aunque la canción sea la misma. Es un público nuevo, una energía nueva.

—¿Y qué ha sido diferente esta noche? —pregunto confusa.

Emite un ruido ahogado con la garganta.

—Es este estúpido bloqueo. Hay música dentro de mí, Vaughn, que no es capaz de salir. No he grabado en dos años. Todo lo que pruebo es una mierda. Pero, en mi cabeza, *no* lo es. Es como que está justo *ahí*. Está ahí y parece que no puedo sacarlo. ¿Sabes a lo que me refiero?

Asiento despacio.

—Algo así. Probablemente no sea lo mismo, pero a veces me pasa con mis dibujos. Di muchas clases en el instituto y había veces que no podía trazar ni siquiera una línea. Sobre todo cuando empezaba a convertirse en trabajo. Me apresuraba a terminar, pero me resultaba muy difícil cuando no estaba inspirada.

O cuando cocino en casa. Hay veces que me da la inspiración y elaboro los mejores platos con las sobras que tenemos en el frigorífico, como los bollos rellenos de sopa que hice de unos restos de pollo. Otras veces toca hacer lo mismo durante la semana: pastel de carne, pasta, hamburguesas. Y sí, aunque intento convertir esos platos en algo elegante, al final me cansa. Supongo que eso me llevó a intentar nuevos platos.

Oakley gruñe.

—El problema es que *estoy* inspirado.

—Entonces, ¿de dónde crees que viene el bloqueo?

—No tengo ni puta idea.

Lo pienso.

—Mi padre solía decir que la respuesta a cualquier problema ya está en nuestra cabeza. Probablemente te hubiera recomendado que meditases o algo.

—¿Funciona?

—La verdad es que no. Fue a un retiro durante diez días en la India un verano y, cuando volvió, la meditación era la respuesta a todo. ¿No conseguiste mejor nota en Química? Medita. ¿Problemas con un amigo? Medita. Cierra los ojos y busca tu lugar zen.

Me muerdo el interior de la mejilla. Después de su muerte, no pude encontrar un lugar zen. Cierro los ojos y lo único que veo es el accidente. Me llevó un año dejar de tener pesadillas. La meditación no funciona conmigo.

Dejo escapar un suspiro.

—De hecho, no deberías hacer caso a ninguno de los consejos que me dio mi padre. Mis padres tomaron algunas decisiones terribles.

Oakley parece interesado en eso.

—¿Cómo qué?

—Como... —Paro, porque mis padres hicieron tantas tonterías que es imposible elegir solo una—. Una vez, papá se gastó todos nuestros ahorros en unas vacaciones en barco, aunque no sabía nada de ellos. Era *mu*y caro, pero él juró que merecería la pena con todas las horas de diversión que nos daría. Así que en lugar de ir a Disneylandia llevamos nuestro nuevo bote a un primer viaje y a los diez minutos volcó.

—Bueno, eso no fue culpa suya realmente —dice Oakley con cuidado, pero veo como se resiste a sonreír.

—Y otra vez, mamá y él decidieron atravesar el país en coche, desde la Costa Oeste hasta la Costa Este y vuelta. Pero ninguno pensó en revisar el coche antes de irnos. El transmisor se fastidió en algún sitio de Nevada, por lo que nos quedamos tirados en el desierto más de un día. Juro que las aves carroñeras empezaron a volar alrededor de nosotros.

Ahora Oakley se ríe de verdad. Me alegra ver que la arruga tan pronunciada de su frente y las líneas de cansancio alrededor de sus ojos se han suavizado.

—Mis padres eran espontáneos y divertidos la mayor parte del tiempo, pero completamente irresponsables. No planearon con antelación. Con ellos todo era «vivir el momento». —Me odio por sentir esa punzada de resentimiento. Porque papá y mamá ya no están. Les quería, les echo de menos

y no puedo enfadarme con ellos por ser impulsivos y querer vivir la vida al máximo.

Pero... lo estoy. Al menos un poco. ¿Por qué no ahorraron algo de dinero para sus hijos? ¿Por qué rehipotecaron la casa para ir a ese safari en África? ¡No necesitábamos ir de safari! Ese dinero podría haber sido destinado al fondo de la universidad de Spencer y Shane. O para el *mío*. Paisley usó cada céntimo del seguro de vida para que nos quedáramos la casa. Apenas sobró algo.

Una mano cálida se posa en mi rodilla. Pego un bote, sorprendida, y el pulso se me acelera cuando bajo la vista y veo los largos dedos de Oakley acariciándome.

—Puedes enfadarte con ellos —dice con voz grave—. Solo porque alguien muera no significa que se convierta en un santo. —Sus dedos vuelven a acariciar mi rodilla levemente antes de alejar la mano—. Y dicho eso, al menos tus padres... estaban ahí para ti.

Veo como traga saliva preguntándome si piensa en los suyos, de los que apenas habla.

—Sí. Lo estaban.

Reina el silencio en la sala. De repente me siento mal por él. Me siento mal por su bloqueo creativo, sus padres ausentes y el hecho de que esté sentado aquí solo en su vestuario en lugar de estar rodeado de amigos y familia.

Me siento tentada de abrazarlo fuerte, pero eso sería súper vergonzoso. Así que intento hacerle sentir mejor de otra manera.

—Me lo estoy pasando muy bien hoy —le digo suavemente—. Mis amigas también. Ha sido un gran gesto por tu parte darles entradas. Nunca te lo habría pedido, pero me alegro de que lo hicieras. Ahora me querrán para siempre.

Él asiente. Me observa.

—¿Qué? —murmuro, y me remuevo bajo su intensa mirada, incómoda.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

—¿El qué?

—Que no me habrías pedido entradas para tus amigas.

—¿Por qué debería hacerlo? Ya ha sido muy generoso de tu parte invitarme *a mí*. ¿Por qué ser codiciosa?

Esos ojos verdes no se apartan de mi cara. Me mira con tanta fuerza que mis latidos se aceleran hasta llegar a un ritmo frenético. Se me entrecorta la respiración. Siento la piel ardiendo de repente.

Rompo el contacto visual y me tambaleo hasta ponerme de pie.

—Venga —le animo—. Salgamos ahí fuera. No querrás perderte el espectáculo de tu amigo.

—Actuación —me corrige, pero también se levanta y nos encaminamos hacia la puerta.

—¿No es lo mismo una actuación que un espectáculo?

—Bueno, sí, pero en el mundillo lo llamamos actuación.

—Vale, pero también es un espectáculo —razono—. Son sinónimos. Por lo tanto, ambos están aceptados.

—Vale, señorita sabelotodo. Adelante, ignora a los profesionales de la industria.

—Ooh, porque tú, un chaval de *diecinueve* años es *todo* un experto. Has estado metido *tanto* tiempo en ese mundo. —Sonrío al tiempo que estiro la mano hacia el pomo.

—Oye, soy más experto que tú. En más de un sentido.

Me guiña el ojo y me tira de la mano. Solo que lo hace al mismo tiempo que mi otra mano gira el pomo, así que la fuerza de su agarre me lleva hacia él, haciéndome soltar la puerta.

Que se abre justo cuando Oakley posa sus labios sobre los míos.

Capítulo 18

Él

El beso no dura más de un segundo. Presiono su boca con los labios mientras esboza una sonrisa. Mi lengua acaricia sus labios, pero no tengo la oportunidad de abrirme paso entre ellos.

Saltan los *flashes*. Es como una explosión, como brillantes luces en el pasillo abarrotado.

Veo la expresión de sorpresa de Tyrese, aunque no parece tan asombrado como Vaughn, que me mira mientras las cámaras continúan haciéndonos fotos.

Mierda. ¿Ha tenido que elegir justo *este* momento para abrir la puerta?

Reprimo un suspiro, la vuelvo a meter en el vestuario y cierro la puerta.

—Vaughn —empiezo a decir. *Vaughn, quiero volver a besarte. Vaughn...*

Ella no me escucha porque habla a la vez.

—Vaya, hablando del momento perfecto... —Se pasa dos dedos por los labios. ¿Se los está limpiando?—... No me lo esperaba, pero supongo que así parece más natural.

¿Natural? ¿Piensa que...?

—¿Crees que lo he planeado?

—¿No? —Frunce el ceño.

Me paso una mano por el pelo. La he besado porque es divertida y dulce. No se ha burlado de mí al confesar que estaba bloqueado. Ha intentado consolarme con historias tontas sobre su familia, aunque era obvio que los recuerdos le hacían daño. No espera nada de mí, excepto lo que habíamos

acordado. Es diferente, y quería probarlo. Quería saber lo que se siente al ser *ella*, y la única forma que se me había ocurrido de hacerlo era con un beso.

Pero es obvio que no ha sentido nada, así que tengo que fingir que yo tampoco.

—Sí, totalmente planeado.

Me sonrío con inseguridad.

—Bueno, ha funcionado. Claudia y tú sabéis lo que hacéis. Supongo que deberíamos irnos. A escuchar la próxima actuación.

Ahora sería un buen momento para aclarar las cosas, pero, dado que para ella esto no es real, no voy a ser yo el que admita que no pensamos lo mismo. Así que abro la puerta y le hago un gesto para que salga.

El grupo de Maverick ya está en el escenario cuando salimos. Aguanto varias palmaditas en la espalda de conocidos y choco los puños con Luke.

—Siento lo que pasó en tu casa y eso. Iba a decirte algo el otro día, en la discoteca, pero no tuve oportunidad —me susurra a gritos en la oreja—. No lo pensé.

—Ya, no pasa nada —respondo, aunque sí que pasa, pero no quiero hablarlo aquí.

—Eso creía. —Me sonrío—. Es solo una cama, ¿eh? No hay pena sin delito.

—He quemado la cama.

Luke se ríe.

—Te lo puedes permitir. Oye, Vaughn, tus chicas están buenísimas. ¿Hay alguna soltera?

Vaughn me mira como si quisiese que la guiara. «¿Cuál es el plan?», me pregunta sin palabras. Me gustaría decirle que no hay plan, ni lo había hace cinco minutos, y que está flirteando conmigo, Oak Ford, por internet. Desde la cita del helado, he tomado el control de mis redes sociales, pero no he tenido los huevos de decirle que está hablando conmigo y no con un montón de asistentes.

—Luke es un casanova —la aviso—, pero si a tus amigas les parece bien, toca genial la guitarra.

—Oye, no soy un casanova. Más bien un intento, de verdad. —Abre las manos.

Ese gesto inocente hace reír a Vaughn y un sentimiento desconocido que no soy capaz de discernir —no son celos— se apodera de mí. ¿Luke la hace reír? Le cojo la mano y la acerco a mí, agradecido e irritado a la vez de que no se separe. Ahora estamos en público e interpreta su *papel*.

Y, por ello, cambia el peso de su cuerpo y se apoya en mi costado. Su pequeña mano se posa en la parte de atrás de mi camiseta y la agarra. Y yo le paso un brazo por la espalda y dejo que los dedos caigan sobre la curva de su hombro. Enamorado. Pillado. Para la prensa solo seremos un artista de capa caída y su novia.

Por cómo la gente mueve la cabeza, Maverick está tocando genial. Pero no escucho ninguna de sus canciones. No puedo evitar mirar a Vaughn, que parece más interesada en observar cómo una de sus amigas —una rubia alta con una buena delantera— flirtea con Luke.

Pero mientras intento aclarar por qué la he besado y pienso en lo bien que me he sentido al hacerlo y en que me gustaría repetirlo aunque estemos delante de los periodistas y *paparazzi*, ella parece completamente impertérrita. Como si no le diese importancia al hecho de que la haya besado.

Y eso me cabrea.

Quiero que su autosuficiencia desaparezca. Todas las tías de esta sala se pegarían unas con otras por tener la oportunidad de besarme. La mitad dejarían que me liase con ellas contra la pared mientras sus novios miran.

Pero el rostro de Vaughn solo muestra un interés intermedio, y no por mí. Mierda, ¿le gusta Luke?

—Ese tío cobraba a la gente por acceder a mi habitación.

Señalo con el pulgar a Luke, que ha posado una mano en el hombro de la rubia y la acerca a él.

Vaughn gira la cara.

—¿Luke?

—Sí. Y tiene veinticinco años.

—Uf. Qué asco. ¿Por qué hablas con él entonces?

—Es mi bajista. No puedo ignorarlo porque a veces sea un capullo.

—Bueno, vamos. No puedo dejar que le babee a mi amiga.

Vaughn se zafa de mí, pero, antes de dirigirse a rescatar a su amiga, me coge de la mano.

Estoy seguro que es para mantener las apariencias, pero la apretó con fuerza y dejo que me arrastre por el bar.

—Hola, Carrie.

—¡Dios, Vaughn! ¡Qué guay! —Su amiga la abraza. Ambas se tambalean, el cuerpo de Vaughn se pega al mío y me tenso.

Las sujeto. Lo último que necesito esta noche es dejar ver que tengo un bulto bajo los pantalones. A Claudia le daría un infarto.

Vaughn me lanza una mirada de incertidumbre, una que interpreto como una señal de dolor. Abro la boca para disculparme pero estoy cansado de repetir las mismas palabras, porque ni siquiera estoy seguro de por qué me disculpo. ¿Por besarla? ¿Por mantener las distancias cuando ella prefiere estar rodeada de personas sudadas en lugar de besarme en el camerino?

—Gracias por invitarnos. —Carrie aparta a Vaughn y se lanza a mis brazos. La agarro porque, de lo contrario, caería de morros—. Has estado genial. Muchísimo.

—Oye, las manos lejos de la mercancía —bromea Vaughn. Se mete entre su amiga y yo para separarnos. Vuelve a darme la mano y la coloca en su cintura.

Debo recordarme de nuevo que está fingiendo. Se le da muy bien. Tanto que, durante un segundo, me hace pensar que quiere que pose la mano sobre su piel. Que le gusta que mi cuerpo esté pegado al suyo.

Todo me resulta tan confuso, joder.

—Lo sé. —Carrie guiña un ojo—. Pero no he podido resistirme. Dios, Oakley Ford. No puedo creer que esté a su lado. Ni que lo haya tocado —balbucea como si ni siquiera fuese real.

—Está justo a tu lado, Carrie —la reprende Vaughn con dulzura para que su amiga no se lo tome mal.

Escondo mi agradecimiento tras una sonrisa traviesa.

—Oakley, estas son Carrie, Tracy y Kiki, la que me peinó la otra noche, y su novio, Justin. Su canción favorita es «Do Her Right».

El tipo grande tras Kiki enrojece.

—¿Qué pasa, tío? —Estiro la mano para chocarla con la suya—. La mía también.

Todos sabemos que el primer *single* de Ford va sobre sexo, así que no se

lo voy a hacer pasar mal, pero sus mejillas se tornan todavía más rojas. Me choca la mano y, después, agacha la barbilla.

Las chicas empiezan con una risita y luego estallan en ruidosas carcajadas.

—Voy a mear —dice Justin al tiempo que se marcha.

—¿Qué ha pasado?

Esta vez la que se sonroja es Kiki, y por fin lo pilló. Seguramente lo han hecho mientras escuchaban esa canción.

Vaughn sonríe con superioridad.

—Digamos que, gracias a ti, mucha gente se lo pasa bien en el Thomas Jefferson High.

—Me alegra haber servido de inspiración.

Y eso hace que las chicas se partan de risa.

Luke decide volver a abrir el pico.

—Deberíamos ir a casa de Oak esta noche. ¿Y si celebras una fiesta después, tío?

Si no estuviese delante de Vaughn y sus amigas, le habría dicho que no de inmediato, pero ahora no sé qué hacer. No quiero invitar a un puñado de desconocidos a mi casa. Si solo fuésemos Vaughn y yo, me parecería bien. Pero invitar al resto no me hace gracia. Sin embargo, son las amigas de Vaughn, y estoy algo así como desesperado por gustarle.

—No, tenemos que volver a casa —dice Vaughn, y yo intento que mi alivio no sea muy evidente—. Mis amigas tienen clase mañana.

—Vaughn —gime Carrie, claramente avergonzada por insinuar que es demasiado joven como para quedarse—. No pasa nada.

—Estoy cansada —responde Vaughn. Se cruza de brazos y lanza una mirada rebelde a su amiga.

—Yo también —miento. Ni siquiera es medianoche.

Luke me fulmina con la mirada.

—De hecho, me gustaría ir a casa cuando acabe esta actuación —dice Vaughn.

—¿Por qué? —la presiona Carrie—. No trabajas. Ni tienes clase.

Me da la sensación de que la está juzgando, como si Vaughn fuese una persona despreciable. Puede que al final sí podamos abandonarla con Luke.

Vaughn ignora sus palabras.

—¿Ty nos puede llevar a casa? —me pregunta.

—Sí.

Carrie se rinde al darse cuenta de que Vaughn no va a cambiar de opinión. Y cuando es evidente que no pienso permitir que Luke se vaya a casa con alguna de estas estudiantes de instituto o de fiesta a mi casa, se aleja en busca de una presa fácil. O al menos más dispuesta.

Maverick canta la última nota y las luces se apagan un par de veces para indicar que hay un descanso. El público hace cola para ir al baño.

—Gracias por invitarnos —me dice Kiki.

—Sí, ha estado genial. ¡Deberíamos hacernos una foto!

Carrie coloca la cámara en la mano de Vaughn.

Se refieren a una foto conmigo. Vaughn se encoge de hombros como si pensase lo mismo que yo. No puedo escapar. Las dos chicas se ponen bajo mis brazos. Vaughn frunce los labios e intenta no reír, porque sabe lo mucho que lo odio.

April no se habría reído. Habría sentido celos. Vaughn cree que es *divertido* que un grupo de chicas me manosee. De hecho, creo que la mano de Carrie se dirige a mi bolsillo trasero.

—Haz la foto —le digo moviendo los labios.

Vaughn alza un pulgar y saca una. Su amiga Kiki sale de debajo de mi brazo y le da otro teléfono. Un montón de personas empieza a hacer fotos. Dentro del bar, está tan oscuro que estoy seguro de que lo único que saldrá en la cámara de Carrie son tres formas y tres pares de ojos rojos, pero las cámaras me apuntan desde todas las direcciones.

En alguna página de internet, alguien escribirá bajo esta foto: «Oakley Ford y sus tomas de contacto. ¿Ya se ha hartado de su novia?».

Por suerte, todo acaba pronto. Después, salimos por la puerta trasera hasta los Escalade que nos esperan.

—W se pondrá muy celoso cuando se entere de lo de esta noche —dice Carrie.

A mi lado, Vaughn se tensa. De repente, se me ocurre algo asqueroso. ¿Se ha imaginado que W la besaba? Cuando se ha apoyado contra mí en la barra, ¿pensaba que yo era W? Cuando ha colocado mi mano en su cintura, ¿creía

que era la mano de W la que sujetaba?

No tenía planeado volver a besar a Vaughn esta noche, estoy seguro de que Claudia ya estará más que cabreada, pero no pienso dejar que Vaughn se meta en ese todoterreno hasta que sepa exactamente quién la besa. No soy un sustituto de su novio, un amante de los gorros y de las camisas de cuadros. Soy Oak Ford.

—Oye.

Tiro de ella antes de que suba al coche detrás de Kiki.

—Ah, claro, nuestra despedida pública. —Se quita el pelo de la cara.

Detrás de nosotros, oigo el sonido de las cámaras. Los *flashes* y las luces le iluminan la cara cada medio segundo.

Pone los ojos en blanco y mi enfado aumenta.

—Sonríe para las cámaras, nena. Es tu trabajo, ¿recuerdas?

—No soy tu nena —gruñe.

—Lo eres durante un año.

Sus ojos brillan de rabia. Todo sentimiento cálido que se hubiera apoderado de mí en el camerino ha desaparecido, pero soy incapaz de cerrar la puta boca. Cada vez que la abro, suelto una estupidez.

—Y, ahora, bésame como si nunca pudieras cansarte de mí. —Entierro la mano en su pelo y le ladeo la cabeza—. Un ángulo mejor. Ahora con lengua.

Cuando mi boca está a milímetros de la suya, me detengo.

—¿Cómo me llamo, nena?

Esta vez sus ojos se tiñen de confusión.

—Oakley Ford.

Me lleno de euforia.

—Eso es.

La beso con fuerza, le meto la lengua en la boca y pruebo el sabor de la Coca-Cola que ha bebido esta noche mezclada con el caramelo de menta que se ha metido en la boca al salir.

La beso, pero ella permanece inmóvil.

Capítulo 19

Ella

¡Oakley Ford demuestra su amor en público!

¡Madre mía! Vieron a Oakley y a su chica de este mes en el concierto benéfico que se celebraba anoche en el club Valor, encabezado por Maverick Madsen. La ONG recauda dinero una vez al año para los enfermos con distrofia muscular. Pero eso no fue lo único que sucedió anoche...

¡Dejad de pensar mal! Pillaron a Oakley Ford besando a su chica anoche, no una, sino dos veces. Los asistentes al concierto aseguran que no eran capaces de quitarse las manos de encima.

Parece que Oakley está transformando a la santurrón en una chica mala...

La publicación de Heidi Does Hollywood me estremece. Cierro el portátil y me recuerdo a mí misma que mi vida amorosa no estará en boca de todos para siempre. En cuanto termine este trabajo, podré volver a besar a W —a quien tengo que llamar urgentemente— sin que haya pruebas de ello en todas las páginas de cotilleos.

Y sin que Claudia me grite unas cien veces al día.

—¡Lengua! —me chilla al oído en cuanto hablamos por teléfono esa mañana—. ¡Nada de lengua, Vaughn! ¡No queremos que os enrolléis en

público! Eso solo conseguiría que vuestra relación sea un festín sexual y no la historia de amor dulce y puro que intentamos recrear.

—Eso díselo a Oakley —murmuro. Porque todo ha sido por su culpa. No sé qué narices le pasó anoche, pero no me gustó nada.

Primero me besa en el camerino y, luego, se burla de mí junto al coche y me mete la lengua hasta la campanilla después de preguntarme «¿Cómo me llamo, nena?», como si fuese una especie de estrella del porno asquerosa.

Cada vez que pienso que quizá es un buen tío, va y me demuestra lo contrario. Menos mal que no me gusta. El cosquilleo que sentí tras el primer beso solo lo provocó la adrenalina del concierto. Nada más. Eso es todo.

—Amy y yo estamos remediando la situación —dice Claudia, irritada—. Hoy vas a comer con Katrina a las doce...

—¿Katrina? —la interrumpo.

Resopla con impaciencia.

—Katrina Ford. La madre de Oak.

La mandíbula me llega al suelo. ¿Voy a comer con la madre de Oakley, una estrella de cine, hoy? ¿Qué les costaría avisarme antes de estas cosas?

—¿P-por qué? —tartamudeo.

Claudia sisea.

—Porque ya es hora de que la relación avance hasta el siguiente nivel. Y conocer a su familia demuestra que Oak y tú vais en serio.

—¿Sabe que es una relación falsa?

—No. Así que tienes que convencerla de lo mucho que amas a su hijo. Filtraremos la localización del restaurante en el que almorzaréis a los *paparazzi* para asegurarnos de que te hagan fotos junto a Katrina. A ver si así se calma un poco el desastre del beso con lengua.

—¿Estará Oak allí? —Me cuesta tragar, porque solo el hecho de pensar que voy a conocer a su madre, sola, me pone de los nervios.

—No, me aseguraré de que esté en el estudio hoy. No quiero que salgan fotos de vosotros dos hasta que pasen al menos unos días. Primero debemos conseguir que se deje de hablar de vuestro beso.

—Madre mía, que solo fue un beso.

Empiezo a pensar que todos en Hollywood están locos. Pero bueno, si Claudia está así de alterada por esto, ¿qué dirá W?

Me obligo a no preocuparme por ello. W lo entenderá. Ya sabe que todo esto es una farsa. Al menos, eso espero.

—No fue solo un beso. Se supone que eres la chica buena. ¡No la chica buena que se vuelve mala!

Me encojo de dolor. Claudia y yo debemos de leer las mismas páginas web. Intento desviar la conversación hacia la madre de Oakley otra vez.

—¿Sabe Oakley que voy a conocer a su madre?

Claudia muerde el anzuelo.

—Voy a llamarlo ahora para decírselo. No debería haber ningún problema. Y ya he hablado con Katrina... está emocionada por conocerte. —Entonces me acribilla a órdenes—. Ponte algo bonito y conservador. Nada demasiado atrevido. Puedes maquillarte un poco, pero no te pases; a Katrina no le gusta que le hagan sombra. Ah, y no menciones a Dusty bajo ningún concepto.

—¿Dusty? —pregunto, confusa.

—Dustin Ford, el padre de Oak. Katrina pierde los nervios cada vez que alguien menciona su nombre. Amy te va a mandar un correo electrónico con posibles temas de conversación. Un coche te recogerá dentro de una hora.

Cuelga y, en menos de un minuto, el pitido de mi móvil me indica que he recibido un correo electrónico. Hago clic en el mensaje.

No menciones que te has graduado antes de tiempo en el instituto. K es un poco tiquismiquis con el tema de la educación; dejó los estudios a los 16, pero luego se sacó el título de secundaria a los 20.

NO menciones al padre de Oakley.

No saques el tema de la cirugía plástica; tampoco le gusta. K jura y perjura que nunca se ha operado. Todas dicen lo mismo.

No hables de: política, economía, su niñez (K se crió en una caravana, así que es un tema peliagudo), sus últimas dos películas (fracaso absoluto), el medio ambiente, su...

Casi se me salen los ojos de las órbitas. La lista sigue y sigue, y o bien soy más tonta de lo que pensaba, o no hay ningún tema de conversación posible. Lo que me han mandado es un listado de todas las cosas que no debo

decir. Y son muchas.

Me frote los ojos e intento no gritar de frustración. Parece que a la madre de Oakley le sienta mal todo. ¿Y por qué no puedo hablar del medio ambiente? ¿Hablar del cambio climático le hace recordar experiencias traumáticas?

El teléfono vuelve a sonar, no puedo ignorarlo porque es Tyrese, lo que significa que es Oakley.

Me pregunto qué Oakley es el que me está llamando: el divertido y dulce, o el imbécil que me metió a la fuerza la lengua hasta la campanilla anoche.

—Claudia me ha dicho que vas a conocer a mi madre hoy.

—Hola a ti también —murmuro. El imbécil, pues—. Hace un día precioso, ¿no crees?

Ignora mi sarcasmo.

—Estoy seguro de que no se cansará de decirte lo egoísta y mal hijo que soy...

—¿Por qué piensa que eres un mal hijo?

—Porque tuve el valor de emanciparme cuando cumplí los quince.

Eh... vale. Me había olvidado de que los padres de Oak están divorciados. No me extraña que no lo llamen nunca.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto con cautela, y luego me preparo para recibir su comentario borde.

Pero no lo hace.

—Porque tuvimos nuestras diferencias en lo que a mi carrera profesional se refiere. Básicamente, mi padre quería que no continuara, y no le hice caso.

—Suena aburrido—. En fin, solo quería avisarte. Estoy seguro de que disfrutarás escuchándola despotricar sobre mí, pero no te creas ni la mitad de lo que diga, ¿vale? Desde que me emancipé, solo me llama unas cuantas veces al año, y solo cuando necesita algo.

—Vale. —Hago una pausa—. ¿No tienes nada más que decirme?

—¿Como qué?

Eh... ¿perdón, por ejemplo?

—No sé... pensé que tenías algo más que decirme. ¿Algo relacionado con lo que ocurrió anoche, quizá? —lo animo, más directa que indirectamente.

—No. —Su tono se vuelve perspicaz—. ¿Y tú, tienes algo que decirme?

—No. ¿Debería?

—Bueno, entonces creo que ya no hay nada más que decir.

Cuelga antes de que pueda responder, y me deja tan confundida como cabreada. ¿De verdad cree que lo que hizo anoche estuvo bien? Sé que se supone que he de actuar frente a las cámaras, pero eso no le da derecho a meterme la lengua hasta la campanilla y a burlarse de mí por ello.

¿Y me ha llamado para advertirme de que no me crea nada de lo que diga su madre? ¿Desde cuándo se preocupa por lo que piense de él?

Uf, ¿y por qué ese tono herido y amargo de su voz hace que me duela el corazón? Tiene una vida de ensueño. No necesita mi compasión, y menos después del «¿Cómo me llamo?» de anoche. ¡Algo por lo que ni siquiera se ha disculpado!

Con un suspiro, camino hacia el armario y busco algo «bonito y conservador» que ponerme. Al final me decanto por un vestido amarillo hasta las rodillas con florecillas verdes estampadas en el dobladillo y una chaqueta vaquera. Me quedo mirando las Vans con anhelo, pero cojo un par de botines marrones. Luego, los dejo y me pongo las Vans. No me importa que las zapatillas no peguen demasiado con el vestido. Siempre he preferido ir cómoda antes que a la moda.

Estoy peinándome cuando uno de los gemelos entra en mi habitación. Creo que es Shane, pero estoy demasiado centrada en lo que hago como para mirarlo.

—¿Vas a ver a Oak? —pregunta, emocionado—. ¿Va a venir a recogerte?

Uf. ¿Ahora lo llama Oak?

—No, voy a comer con su madre. Vienen a recogerme en coche.

La decepción aparece en su rostro. Sí, es Shane. A Spencer se le da mejor esconder sus emociones.

—Ah. Vale. ¿Te ha dicho cuándo volverá?

Nunca, si puedo evitarlo. Una cosa es fingir que somos pareja en público y otra muy distinta tenerlo en mi casa. Este es mi lugar feliz.

—No —respondo.

—Pero todavía nos va a llevar a la casa de su amigo, ¿no? La que tiene el medio tubo en el jardín.

Frunzo el ceño, porque literalmente no tengo ni idea de lo que dice. Así

que pregunto:

—¿De qué hablas?

—Me dijo el otro día por teléfono...

—¿Cuándo has hablado con él por teléfono? —exijo saber.

—El otro día —repite Shane—. Presta atención, Vaughn. No es tan difícil. Listillo.

—¿Oakley te ha llamado? ¿Por qué?

Asiente con ímpetu.

—Quería saber cómo nos iba con los monopatines, si ya habíamos conseguido las ruedas. Le dije que sí, que las tenemos, y luego dijo que es un rollo que no pueda ir a los parques de *skate*, porque le gustaría enseñarnos a Spencer y a mí algunos trucos. Pero luego dijo que tiene un amigo que es profesional y que tiene un medio tubo y una rampa vertical de verdad en su casa y que intentaría llevarnos allí —termina de forma atropellada.

Vuelvo a estar confusa. Oakley no me había mencionado que había hablado con mi hermano pequeño.

—¿Puedes recordárselo la próxima vez que lo veas? —suplica Shane.

—Sí, claro —accedo, porque es genial ver a Shane tan animado. Los gemelos se encerraron en sí mismos tras la muerte de nuestros padres; Shane más que Spencer, así que una gran parte de mí se siente agradecida.

Pero también me pregunto qué se trae Oakley entre manos.

El chófer de Oakley me lleva hasta un pequeño restaurante en Rodeo Drive. Se llama El Jardín de Mimbre, lo he buscado en Google mientras íbamos de camino y he visto que es el sitio donde los famosos van a almorzar. Al parecer, es famoso por su ensalada César de col rizada y por ser el lugar donde Paul Davenport le propuso matrimonio a Hallie Wolfe. Son dos actores famosos cuyo matrimonio duró tanto como tardan en traerte la comida en el restaurante.

Me seco las manos sudorosas en el vestido cuando llego a la recepción.

—Eh, hola —le digo a la elegante mujer—. Soy Vaughn Bennett. He... he quedado para comer con Katrina Ford.

—Nunca en la vida pensé que esas palabras saldrían de mi boca.

—Por aquí.

Me lleva a través de un arco blanco cubierto de hiedra, que creo que está hecho de mimbre. El Jardín de Mimbre sí que hace honor a su nombre. Da la impresión de que todas las mesas están apartadas gracias a los enormes tiestos de helecho y las palmeras que hay por toda la terraza. Pero no es para nada privado; hay casi una docena de fotógrafos detrás de una valla que separa el restaurante de la calle.

Sé que me están haciendo fotos, así que me obligo a mantener los hombros rectos y una expresión vacía. No quiero que me vean encorvada o que me pillen en un ángulo extraño mientras me rasco la mejilla y leer mañana: «¡La novia de Oakley Ford se ha metido un dedo en la nariz!».

Katrina Ford se levanta de la silla cuando llego a su mesa. Lleva unos pantalones negros ajustados, una blusa también negra pero ancha que, de algún modo, acentúa su delgadez, aros de plata y tacones de aguja con la famosa suela roja. La miro durante un segundo bastante largo, porque en persona es incluso más guapa. Sus ojos son de la misma tonalidad verde que los de Oakley, pero su melena ondulada es un poco más clara.

—¡Vaughn! —chilla, y luego me veo envuelta en un abrazo inesperado. Huele a perfume caro—. ¡Me alegro de conocerte!

Le dedico una sonrisa insegura.

—Yo también me alegro de conocerla, señora Ford.

—Llámame Kat. —Me tira de la mano—. Siéntate, por favor. Llevo toda la mañana deseando que llegara este momento, desde que me llamó Claudia de parte de Oak. Me dijo que se moría porque conociese a su nueva novia.

Frunzo el ceño. ¿Eso es lo que le ha dicho Claudia? ¿Que Oakley quería que nos conociésemos?

La culpa se arremolina en mi vientre mientras me siento frente a ella. Un camarero vestido de blanco aparece de repente para tomar nota de la bebida. Pido una Coca-Cola y Katrina, pide una mimosa.

—Habría estado bien que me hubiese llamado él mismo

—admite mientras coloca las manos sobre el impoluto mantel de la mesa. Tiene las uñas brillantes y perfectas, como si acabara de hacerse la manicura—. Pero lo entiendo. Estamos en Hollywood, ¿verdad? Todo pasa por agentes y publicistas, hasta las conversaciones entre madre e hijo.

Sonríe con despreocupación, pero el sentimiento no le llega a los ojos.

La sensación de culpa se agrava. Está claro que le molesta que Oak no la haya llamado. Sé por qué no lo ha hecho: no tenía ni idea de que este almuerzo fuese a tener lugar hasta después de que me lo comunicaran a mí. Claudia lo había organizado todo sin su aprobación.

Pero no puedo decirle eso a su madre.

El camarero regresa con nuestras bebidas y, luego, apunta la comanda.

—Pídetes la ensalada César con col rizada —me insta Katrina—. ¡Es divina!

Qué asco. La col rizada me parece repugnante.

—¿Y qué tal una ensañada César normal? —pregunto con indecisión—. Sí, con... ¿lechuga? ¿Tenéis?

El camarero arquea una ceja.

—No servimos lechuga en ninguna de nuestras ensaladas. Todas llevan col rizada.

Qué asco, por Dios. Echo un vistazo rápido a la carta.

—Tomaré el sándwich de pavo y aguacate, gracias.

—¿Queso Brie o de cabra?

—Eh... Brie.

La lista de precios no aparece en la carta, así que de repente siento un miedo atroz por si he pedido un sándwich de cien dólares, aunque la madre de Oakley no parece preocupada.

—Eso suena fabuloso —le dice al camarero—. Yo tomaré lo mismo.

En cuanto se marcha, me sonrío de oreja a oreja y dice:

—Háblame de ti, Vaughn.

Doy un sorbo rápido a mi Coca-Cola.

—Oh. Bueno, terminé el instituto el año pasado...

¡Mierda! Ya me he saltado una de las reglas. Intento pensar precipitadamente en una forma de cambiar de tema, pero Katrina habla antes de que pueda hacerlo.

—¡Qué bien! —No parece molesta en absoluto—. Debes de ser muy inteligente.

Me ruborizo.

—Me alegro —añade con franqueza—. Mi hijo necesita a una chica lista.

Alguien con la cabeza en su sitio. —Su tono de voz se vuelve triste—. Oak es demasiado impulsivo, no siempre toma las mejores decisiones. Eso lo ha sacado de mí.

—¿Sí?

Asiente y, luego, apura su mimosa de un trago.

—Yo soy espontánea. Es la única manera que hay de vivir la vida, en mi opinión. ¿Te ha contado Oak que me casé con Dusty cuando tenía diecisiete años?

Genial, otro tema prohibido que ha salido a colación. No sé qué hacer. Claudia y Amy me han dejado claro que no debía hablar del padre de Oak, pero ha sido ella quien ha sacado el tema. Sería maleducado por mi parte no responder, ¿verdad?

—No, no me lo ha contado. —Hago una pausa—. Eras súper joven.

De hecho, tenía mi edad. Ahora mismo no me veo casada. Aunque bueno, tampoco es que tenga claro qué quiero hacer en el futuro.

Katrina se ríe.

—Claro que te parece que era muy joven, pero ten en cuenta que, para entonces, yo ya llevaba trabajando a tiempo completo diez años. Empecé a actuar cuando tenía siete.

Cierto, creo que eso sí lo sabía.

—En este negocio se crece rápido —continúa—. Ya casi era una adulta cuando conocí a Dusty. Fue en el rodaje de la única película que hemos hecho juntos.

¿Una adulta a los diecisiete? Madre mía, Hollywood es terrible.

Llama al camarero con la mano y pide una segunda mimosa.

Me molesta un poco que no le dé las gracias, pero espero que lo compense dejándole una buena propina.

—Oak nació cuando tenía veinte.

Arqueo ambas cejas. Guau. ¿Solo tiene treinta y nueve años? Guau otra vez, porque parece muchísimo más joven. «No saques el tema de la cirugía plástica», me ordeno.

—Tengo treinta y dos. —Me guiña un ojo.

Junto los labios para contener la risa.

—¿Y nadie ha hecho cuentas y se ha percatado de que eso significaría que

diste a luz a los trece?

—Oh, Vaughn. —Ahora sonrío ampliamente—. Las matemáticas del colegio y las de Hollywood son dos cosas completamente distintas.

Se me escapa la risa y ella se une. No esperaba que me gustara tanto, pero la verdad es que sí. No tarda nada en sonreír y reír, y su entusiasmo es contagioso. Soy plenamente consciente de los fotógrafos que nos fotografían desde la calle, pero Kat no les presta atención. Supongo que si llevas actuando tres cuartas partes de tu vida, el sonido de las cámaras al disparar ya te resulta tan natural que ni lo oyes.

Me centro en Katrina y me doy cuenta de que me resulta sencillo ignorar el mundo exterior cuando estoy así de entretenida. También me resulta fácil ignorar el hecho de que estoy almorzando con una mujer a la que solo había visto en revistas y en el cine.

Cuando llega nuestra comida, hincamos el diente a nuestros sándwiches mientras Katrina me cuenta historias de la infancia de Oakley. Me explica que, cuando Oak era un bebé, ella y su padre accedieron a alternarse los horarios de rodaje para que su hijo siempre estuviese con uno de los dos.

—Aunque Dusty no se atuvo al plan —admite con un atisbo de enfado en los ojos—. Ese hombre es adicto al trabajo. Rodaba y rodaba, y volvía a rodar en busca de un Oscar. Al final tuve que contratar a una niñera, porque esa era la única manera que tenía de trabajar. —Mastica despacio y con una expresión triste—. A lo mejor por eso Oak decidió emanciparse. Quizá lo hizo para castigarme por no estar en casa y no dedicarle el cien por cien de mi tiempo. Luché para conciliar el trabajo con la familia en la película *Madre trabajadora*. ¿La has visto?

Antes de poder responder, vuelve a restarle importancia a su tristeza con una risa jovial.

—Bueno, basta de hablar de cosas serias. ¡Deja que te cuente aquella vez que pillé a Oakley cantando una canción de los Backstreet Boys frente al espejo con siete años!

El resto del almuerzo pasa volando. Me encanta la madre de Oakley. No es la mujer más maternal, pero es evidente que está orgullosa de su hijo y no deja de hablar de sus canciones y de los premios que ha ganado. Hasta me enseña fotos de él en su teléfono. Su fondo de pantalla es una foto espontánea de Oakley tumbado en una tumbona. No sonrío, pero parece feliz. También

parece más joven... quizá tenía dieciséis años entonces.

—Esa foto la hice en mi casa de Malibú —dice cuando me pilla mirando la pantalla—. Hace unos años. —Se queda en silencio—. Lleva bastante tiempo sin ir allí. Desde que se estrenó *Modales de carretera*.

Otra película de Katrina Ford que no he visto. Tengo muchas ganas de darle un fuerte abrazo, pero, aunque pudiese hacerlo sin avergonzarnos a ambas, no se me presenta la oportunidad. El teléfono empieza a vibrarme en el bolso. Y no para con cada mensaje nuevo que recibo.

—Ay, perdona. ¿Te importa? —Señalo el bolso con torpeza.

Katrina niega con la mano.

—Para nada, cielo.

Saco el teléfono y miro la pantalla. Frunzo el ceño cuando veo una docena de mensajes de W. Le echo una mirada rápida a Katrina, pero está concentrada en su propio teléfono, escribiendo con sus uñas postizas, así que empiezo a leer a escondidas los mensajes de W.

Tenemos q hablar.

En serio. No me ignores.

Llámame.

Esto no m parece bn. Si te importo, vas a llamarme y a explicarme q COÑO stá pasando. Estoy harto de oír hablar d ti por aquí. Estoy harto d ser el único al q puteen.

El estómago me da un vuelco. Quería llamarlo antes y explicárselo todo, pero Claudia me distrajo y, luego, Oakley me llamó, y ahora estoy con Katrina. Y aunque entiendo lo que ha motivado estos mensajes —ha visto las fotos del beso de Oakley y está cabreado—, W sabe que no puede mandarme mensajes como esos.

Le digo justo eso en una respuesta furiosa.

No deberías mandarme mensajes.

Con suerte, si alguien me roba el móvil y ve lo que he escrito, pensará que le he dicho eso porque hemos roto y no porque un contrato de confidencialidad nos lo impide.

Mi mensaje no obtiene la respuesta deseada. En lugar de dejarme en paz, W me llama.

Le doy a ignorar la llamada con tanta fuerza que Katrina alza la mirada con preocupación.

—¿Va todo bien? —pregunta.

Respiro hondo.

—Sí. No. Es solo... que mi ex... —trastabillo con la palabra—... novio no deja de mandarme mensajes. Supongo que no ha superado nuestra ruptura —digo de forma poco convincente.

Katrina me dedica una sonrisa de complicidad.

—Y apuesto a que saber con quién estás saliendo ahora no le está ayudando a pasar página.

—No, no le está ayudando para nada.

Mi teléfono suena otras seis veces más antes de que finalmente lo apague, pero la desazón que siento en el corazón no desaparece.

Tengo que calmar a W antes de que la situación se nos vaya de las manos.

Capítulo 20

Ella

Katrina insiste en llevarme a casa. Acepto porque realmente el transporte privado es mucho mejor que el público por mil razones distintas, aunque me quejara una vez a Oak. Ir en coche implica no sentarse junto a alguien que huela a calcetines sudados, o no tener que parar a cada segundo para dejar y recoger a cientos de personas antes de llegar a tu destino.

—Tendrás que ayudarme a organizar la fiesta de cumpleaños de Oak la próxima primavera —dice Kat.

Me sorprende un poco que piense que Oakley y yo seguiremos juntos en primavera. Es decir, según mi contrato, sí, pero me pregunto qué le diría él para convencerla de que nuestra relación iba a durar tanto.

—Ah, claro.

—¿Qué crees que le gustaría hacer?

Grabar con King.

—Podríamos organizarle una fiesta de cumpleaños retro, con juegos típicos de niños pequeños, como el de colocar la cola del burro en su sitio o poner una piñata con muchas chuches —bromeo. Lo más seguro es que a Oakley no le gustara nada.

Ella abre unos ojos como platos.

—Oh, es perfecto. Hagámoslo.

—¡No! Solo bromeaba —protesto, pero Katrina ya está hablando por teléfono con alguien, diciéndole que habría que alquilar un salón en el

Montage—. De verdad, Katrina. Que lo decía en broma. Creo que a Oakley le gustaría... —Miro a mi alrededor en busca de algo apropiado para un chico de diecinueve años, pero luego caigo en la cuenta de que Oakley no es un chico de diecinueve —casi veinte— años normal. Probablemente quiera strippers y chicas saliendo de la tarta. Ese pensamiento me hace fruncir el ceño con enojo. Espero que no esté con otras chicas cuando se supone que es mi novio.

El Escalade se detiene junto a mi casa y el chófer de Katrina rodea el vehículo para abrirme la puerta. Suspiro y salgo.

—Un parque de *skate*. Le gustaría ir a un parque de *skate* —sugiero, porque la idea de las strippers saliendo de la tarta me parece asquerosa, pero no creo que me esté escuchando.

—¡Katrina! ¡Vaughn!

Hay un fotógrafo en la calle, asomado por la ventanilla de su coche. ¿Nos ha seguido? Joder, qué mal rollo.

Katrina no reacciona siquiera a sus gritos. Es como si no existiese para ella.

—Te llamaré, cielo. —Me lanza un par de besos que el fotógrafo immortaliza mientras yo corro hacia la puerta de mi casa.

Genial. Voy a tener que advertir de esto a Oakley, aunque... puede que sea gracioso verle la cara cuando entre a su fiesta de vigésimo cumpleaños y nos vea a todos con sombreritos en la cabeza y con colas de burro de papel en las manos.

A lo mejor no se lo digo. Lo mantendré en secreto y luego me partiré el culo. De hecho, si comparto la idea con Claudia, probablemente termine muriendo de felicidad de lo inocente que es el plan.

Una sonrisa se extiende por mi rostro cuando me imagino a Oakley con los ojos vendados y una cola de poni en la mano mientras intenta colocarla correctamente en el póster. Katrina probablemente rellenara la piñata con monedas de oro o billetes de cien dólares, pero seguiría siendo gracioso. Y le serviría de lección por haberse comportado como un imbécil conmigo anoche.

Y hablando de imbéciles... enciendo el teléfono y llamo a W mientras subo las escaleras de camino a mi dormitorio. Responde al primer tono, lo que indica que estaba esperando a que lo llamase.

—¿Por qué no has respondido a ninguno de mis mensajes? —exige saber.

—Porque no podemos mandarnos mensajes. Me podría meter en líos si sale a la luz que seguimos en contacto. Ya te lo dije.

—¿Lo dice en tu contrato? —se burla—. ¿Hay alguna cláusula específica que diga cuántas veces puede meterte la lengua hasta la campanilla o es un extra que has hecho porque ahora te juntas con Oakley Ford?

Se me acelera el pulso del miedo.

—No es así.

—O lo tuyo con Ford es una táctica publicitaria, o me estás poniendo los cuernos —dice de pronto.

—Ya sabes lo que es. —No es la mejor de las respuestas, pero no puedo contarle nada más porque tengo miedo a que Jim aparezca con su martillo.

—Ajá, claro. Todo es *falso*, ¿verdad? —Maldice con rabia—. Bueno, pues no parece falso. ¡Sales sonriendo en esas fotos! Y en la que te está lamiendo como si fueses un cono de helado, ¡le estás apretando los brazos! ¿Y qué hay de los tuits? —W recita unos cuantos tuits que Oakley y yo intercambiamos tras la cita de los helados—. ¡A mí eso no me suena a que seáis amigos, V!

—No es nada —insisto.

—¿Sabes cómo se ve esto en la universidad? Los tíos me miran como si fuese gilipollas. Las chicas piensan que soy un auténtico perdedor. Anoche estaba en una fiesta y mis compañeros de habitación pillaron cacho todos. Hay rollos por doquier, pero, ¿y yo? Yo me quedo solo en un rincón, meneándomela con la mano porque mi novia, que debería estar enrollándose conmigo, ¡está besando a un imbécil delante de las cámaras!

Prácticamente le veo echar espuma por la boca. ¿Y qué puedo decir? Tiene razón. Si fuese al revés, yo también estaría súper enfadada cada vez que viese una foto de W con su novia falsa. Me costaría mucho creer que no es de verdad. Cuando miro las fotos, no parece que odie lo que estoy haciendo o a Oakley. Parezco... feliz y emocionada.

—Lo siento —susurro.

Hay una pausa.

—Yo también lo siento.

—¿Por qué?

Pero lo sé incluso antes de que pronuncie las palabras. Lo sé por el tono

culpable y a la vez triunfante de su voz.

En vez de responder, se queda callado de nuevo y luego maldice.

—Mira, voy a tu casa esta noche. Lo hablamos entonces, ¿vale?

No quiero hablar de ello. Yo... Ay, Dios, no quiero saberlo. Y aun así le digo:

—Habla conmigo ahora.

W se mantiene en sus trece.

—No. Quiero verte. Mi última clase termina a las seis. Iré directo a tu casa en cuanto acabe y llegaré sobre las ocho.

¡Tan solo son las tres! ¿Va a hacerme esperar cinco horas para oír lo que sea que vaya a decirme? ¿Quién hace eso?

—Por favor, dímelo ahora —suplico.

—Me paso por tu casa luego —es todo lo que responde.

Y después cuelga.

Paso el resto del día preocupada por la visita de W. Paisley llega a casa del trabajo y me encuentra acurrucada en la cama viendo una presentación de diapositivas en el portátil. Fotos mías y de W en el instituto aparecen en la pantalla. Las que solían hacerme sonreír, esta noche no inspiran en mí la misma respuesta por mucho que me esfuerce en concentrarme en los buenos momentos.

—¿Estás bien? —pregunta mi hermana frunciendo el ceño.

—Sí —miento.

—¿Se ha enfadado W por lo del beso? —adivina.

Asiento con tristeza. Paisley se acerca y se sienta en la cama. Me acaricia el pelo con la mano.

—Es más duro de lo que creías que iba a ser, ¿verdad?

Una imagen de W y de mí en la playa aparece. Me está abrazando por la cintura, se le ve feliz. No creo que vaya a volver a ver esa sonrisa dirigida a mí.

—Creo que se lió con alguien en una fiesta a la que fueron anoche. — Cierro el portátil con brusquedad—. Va a venir a decirme algo porque él

también «lo siente».

Los labios de Paisley forman una línea recta. No estoy segura de si está molesta porque invitase a W o porque él me haya hecho daño. Probablemente sea una mezcla de ambas cosas.

—A menos que él también esté metido en una relación falsa, eso no habría estado bien.

—¿Pero es justo que me enfade con él? —argumento, dividida entre mi propia culpa y el enfado—. Porque yo sí que besé a Oakley anoche.

O mejor dicho, él me besó a mí.

—Ese es tu trabajo. Es como si fueses una actriz y estuvieses actuando.

—Pero W no sabe eso.

La mano de Paisley se detiene en mi pelo.

—Te conozco. Sé que has intentado explicarle todo lo posible sin incumplir el contrato de confidencialidad, y W es lo bastante listo como para sumar dos más dos. Si te ha engañado, no es culpa tuya. —Suspira—. No voy a llamar a Claudia para decirle que estás incumpliendo las normas, porque te quiero y es una situación difícil, pero no puedes volver a invitarlo a casa sin conseguir primero su permiso. No hay fotografías apostados en nuestra puerta... todavía.

Junto las manos con fuerza. Odio esta situación, aunque sepa que Paisley tiene razón. Las otras veces que W ha venido a casa, Claudia se había asegurado de organizar algún evento promocional para Oakley, para que las cámaras estuviesen encima de él y no mía.

—¿Estarás bien? —pregunta Paisley.

—Sí. —Me levanto de la cama, porque quedarme en mi habitación deprimida no va a solucionar nada—. Voy a hacer una tarta. ¿Tienes alguna preferencia? ¿Red Velvet? ¿De chocolate negro?

Una sonrisa aparece en el rostro de mi hermana mientras considera las opciones.

—¿Qué tal una de leche?

—¿Una tarta tres leches? Puedo hacerla.

Preparar la tarta le da a mi cerebro algo en lo que pensar aparte de W, Oakley y el lío enrevesado en el que se ha convertido mi vida. Mirándolo por el lado bueno, al menos no le estoy dando vueltas al tema de mi futuro.

Mirándolo por el lado malo, la ansiedad que siento por dentro puede que me cause úlceras en el estómago antes de que cumpla siquiera los veinte.

Cuando mi novio aparece por fin, son las ocho y media y tengo los nervios a flor de piel. Ninguno de los dos habla mientras entramos en mi dormitorio y cerramos la puerta. Nos quedamos ahí de pie un momento, mirándonos el uno al otro.

W está como siempre. Viste vaqueros, una camiseta de rugby, zapatillas y una gorra de béisbol al revés. Pero no veo su sonrisa torcida por ningún sitio, y sus ojos muestran un poco de frialdad.

Tras unos cuantos segundos se lanza sobre la cama, algo que sabe que odio. Me gustan las cosas ordenadas y él me lo está desordenando, pero me siento culpable por tantas cosas, que no tengo el coraje de decirle que se baje de mi cama y se siente en la silla como una persona normal.

Molesta, tiro de la silla del escritorio.

—¿Puedes bajar los zapatos de la cama, por favor?

—Ah, ¿entonces Oakley Ford puede darte un beso con lengua, pero yo no puedo subir las zapatillas a tu cama?

Supongo que vamos a ir directos al grano. Genial.

Suelto un pequeño suspiro.

—Mira —comienzo—. Sé lo difícil que te ha resultado. Para mí también lo es.

Resopla.

Una sombra cruza por mis ojos.

—W.

—Lo siento. —Sueno avergonzado, aunque a duras penas.

—A mí también me está resultado difícil —repito—. No estoy disfrutando precisamente de lo hago aunque esté con Oakley Ford. —El sonido del nombre de Oakley hace que W frunza el ceño—. Y sé que parece que nos lo estamos pasando genial juntos. Sé que parece real. Pero no lo es.

—¿Y qué hay de las fotos en el concierto? —murmura—. Su boca sobre la tuya me pareció muy real, Vaughn.

—Lo sé. Pero te dije que habría besos inofensivos.

—¿Inofensivos? —repite, pasándose ambas manos por el pelo—. ¿Sabes lo mucho que jode que mi novia esté besando a otro tío? ¿A otro tío *famoso*?

¿Te importa siquiera cómo me afecta a mí todo esto?

—Por supuesto que sí.

No parece oírme, porque simplemente continúa hablando.

—No sé cuanto más podré seguir con esto. Solo ha pasado un mes y no me imagino seguir pasando por esto once más.

—Lo sé —digo con tristeza—. Pero somos *nosotros*, W. Somos más fuertes juntos que separados, ¿recuerdas?

La dureza de su expresión empieza a suavizarse.

—¿De verdad no te gusta?

Levanto las piernas y las cruzo en la silla.

—Me gusta. —Cuando W entrecierra los ojos, levanto una mano—. Como amigo.

¿Un amigo? ¿Cuándo ha pasado eso?

—No es como creía que era. Quiero decir, sí, a veces está muy consentido y otras es un auténtico imbécil. Pero tiene talento y es trabajador y... se siente solo.

W resopla.

—¿Solo? Sí, claro.

—Es verdad, o al menos eso creo. Su vida es muy dura. Al pasar tiempo con él y en su mundo, te sorprendería saber la poca privacidad que tiene. Ni siquiera sabe si sus amigos los son porque les cae bien o porque quieren algo de él. Es muy triste. —Suelto un suspiro de cansancio—. A veces siento pena por él.

¿Pena por él? ¿Eso es lo único que sientes?

Uf. Ojalá pudiese acallar esa voz.

W se queda en silencio durante mucho tiempo. Pasa casi un minuto entero.

—¿W? —digo, vacilante.

Me mira a los ojos despacio.

—No quería hacerlo, pero ocurrió.

Se me detiene el corazón.

—W... —Es casi una advertencia, porque... porque no puedo oírlo. Si lo dice en voz alta, no sé si seré capaz de superarlo.

—Anoche en la fiesta... —sus palabras se apagan.

—No tienes que contármelo —suelto de golpe.

—No, sí. Había una chica allí. Y yo había bebido demasiado.

Las palmas de las manos me sudan tanto que me las tengo que limpiar en la tela de las rodillas.

—No necesito oírlo —murmuro.

Él continúa.

—Durante toda la noche, los chicos me miraban de reojo. Y ella estaba allí. Apenas llevaba nada puesto. Te lo juro, no lo habría hecho de no ser por esas fotos. Le vi la lengua. Estaba en tu boca. —Produce un sonido de asco.

Empiezan a picarme los ojos.

—Lo siento.

—¿Piensas en mí siquiera cuando posas para esa mierda y para que te vean todos nuestros amigos? Porque anoche, cuando esta chica se me acercó, lo único en lo que pensaba era en ti y en lo mucho que deseaba que fueses tú la que bailaba conmigo. Quería que fueses tú a la que estaba besando, no a ella.

—Oh, W, no. —Las lágrimas escapan y resbalan por mis mejillas. Una cosa era sospechar que W me había engañado, pero oír la confirmación era más doloroso de lo que había imaginado—. ¿Por qué?

Extiende un brazo y me aprieta las manos sudorosas y frías.

—Yo no quería. Te lo juro, no la habría besado de no ser por esas fotos. Tenía las manos en tu pelo. Los dos os estabais enrollando y yo había quedado como un tonto. Me enfadé.

—Intento apartarme, pero me tiene agarrada con mucha fuerza—. Y me di cuenta de algo el otro día.

Aprieto la mandíbula.

—¿Tuviste una epifanía mientras besabas a una extraña?

—Exacto. —No pillas mi sarcasmo—. Si vamos a hacer que esto funcione, hemos de tener una conexión más fuerte de la que ya tenemos.

—Pero yo te quiero. —Esas palabras nunca habían sonado tan patéticas.

—Eso es lo que dices, pero todavía hay algo en lo que te estás conteniendo. —Alza una mano y me limpia unas cuantas lágrimas con el pulgar—. Tenemos que pasar al siguiente nivel. He sido muy paciente. Algunos chicos te habrían presionado, pero yo nunca lo he hecho. ¿Te acuerdas de la noche del baile de fin de curso? Paré cuando me lo pediste.

Después de quejarte una y otra vez, y decirme que éramos los únicos que íbamos a parar, pero sí, lo hiciste. Aparto los dedos amoratados de los suyos y me froto la frente. Quiere que le agradezca el haberse detenido y eso... eso me cabrea.

Y que esté usando mi beso con Oakley como excusa para engañarme; eso me cabrea aún más. Pero tengo mis propios problemas. No puedo negar que cuando estuve en el coche con Oakley, después de la cita de los helados, sentí cosas que solo había sentido cuando estaba con W.

—¿Por qué todo el mundo que conocemos se acuesta menos nosotros? — Se pone de pie para acercarse a mi silla—. La otra noche todos mis compañeros de habitación echaron un polvo, con chicas que ni siquiera conocían. Esas chavalas universitarias no son tan estiradas como tú. Ni tampoco se lían con otros chicos y luego me dicen a mí que no. Anoche podría haberme acostado con esa chica, pero no lo hice.

Rechino los dientes.

—Vaya, gracias por reprimirte, W. ¿Debería darte un premio por no acostarte con ella? ¿Por solo besarla?

—Sí. Si tú vas a estar besándote con Oakley Ford, con lengua, entonces necesito algo más de ti.

—No es una competición.

—¿Estás diciendo que no te vas a acostar conmigo? —Suena completamente indignado, como si me estuviese negando a la petición más razonable del mundo.

La presión hace que se me revuelva el estómago. Busco una vía de escape y, como si el poder superior decidiera apiadarse de mí, el timbre de la puerta suena de repente.

Me levanto corriendo de la silla.

—Tengo que abrir.

—Paisley puede hacerlo —dice W con frialdad.

—Está en la ducha. —Suelto la mentira por encima del hombro de camino a la puerta. En realidad no tengo ni idea de lo que está haciendo Paisley, pero necesito un momento para serenarme.

Por desgracia, W decide seguirme, lo cual hace que quiera gritar de frustración. Necesito... distancia, joder. Necesito organizar mis ideas y

decidir cómo me siento después de todo lo que hemos hablado.

Ha besado a otra persona.

Y tú también...

¡Sí, pero mi beso fue actuado! No fue real.

¿Ah, no?

Estoy a dos segundos de ponerme a gritar. Nunca había estado más confusa en mi vida, y sentir el aliento de W en la nuca mientras bajo las escaleras me pone tensa y nerviosa.

Llegamos a la entrada, donde por fin decide dejar de atosigarme. Se apoya en la pared con los brazos cruzados, mirándome de forma hosca.

Abro la puerta y me encuentro a Oakley en el porche.

—Oh —chillo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Antes de que pueda responder, la voz enfurecida de W se oye a mi espalda.

—¡Ni de coña!

Capítulo 21

ÉI

@1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 ¡En esas fotos parece una cualquiera!

@OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 LO ES. No sé lo que ve Oak en ella.

@1doodlebug1 @Oaksgirl69 ¿Crees que él besa bien?
@OakleyFord_stanNo1

@OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 eh, ¡¡¡CLARO!!! ¡¡¡el mejor!!!

@1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 ¿Cómo lo sabes?

@OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 Xq lo parece. ¡Hay muuuuuucha lengua en esas fotos!

@1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 Ella no lo merece.

@OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 Nop.

—¿Qué demonios hace él aquí? —gruñe el gilipollas de detrás de Vaughn—. ¿Le has invitado?

Desvió la mirada de Vaughn al gilipollas y me pregunto lo mismo. Qué hace él aquí y si *le* ha invitado.

—No, no le he invitado —dice ella.

Sus palabras son como si me clavara un cuchillo. Y pensar que he venido para disculparme con ella.

—Y no es buen momento —añade Vaughn girándose hacia mí—. Estoy en medio de algo.

Apuesto a que sí. Me trago la rabia, pero no sé por qué me siento así. Sabía al empezar todo esto que tenía novio. Me he reído del capullo más de una vez. Pero saberlo y verlo son dos cosas muy distintas.

Este perdedor está en su *casa*. Probablemente estaban de tarde romántica antes de que yo apareciese. Quizá incluso les haya interrumpido mientras tenían sexo.

Otro ramalazo de rencor me carcome por dentro. Que le den a todo. No debería haber venido, tenía que haber ignorado la culpa que me ha corroído durante todo el día desde que le colgué a Vaughn. Pero me ha resultado imposible ignorarla. Mi madre me llamó varias horas después de su almuerzo con Vaughn y nunca la he oído alabar tanto a alguien. Oír cómo alababa lo inteligente, dulce y maravillosa que es Vaughn solo hizo que me sintiera aún más culpable por cómo la piqué fuera de la discoteca ayer.

He venido con la disculpa preparada, pero ahora, mientras el novio de Vaughn y yo nos miramos el uno al otro, siento que soy yo el que merece la puta disculpa.

—¿Tienes problemas de oído? —pregunta W fríamente—. Ha dicho que estamos en medio de algo.

Por no sé qué razón, me quedo plantado en el sitio.

—Puede que espere aquí hasta que terminéis. —Dios. ¿Qué digo? No quiero hacerlo. Pero hay algo en ese capullo que saca mi lado más hostil.

—No, vas a darte la vuelta y volver a tu limusina o lo que sea que hayas traído hasta aquí. Ella no está disponible, gilipollas.

—¡W! —le reprende Vaughn.

—Espera, ¿le pagas a fin de mes? —Le sonrío con frialdad a pesar de que la pulla sí que ha dolido.

—No hace falta. Vaughn no necesita que le pague para pasar tiempo

conmigo.

—¡W! —Vaughn estalla, casi gritando. Coge aire y se vuelve hacia mí—. Tienes que irte —dice con una voz temblorosa que me rompe por dentro.

—Sí. Da igual. Me voy. —Abro la puerta pero intento dar una última puntada—. Disfrutad del resto de la noche. Parece que te quedas con uno de los buenos, nena.

Después me marchó, ignoro las protestas de Vaughn y las amenazas balbuceadas de W y regreso al Escalade.

La cara de Ty muestra preocupación e incluso eso hace que gruña.

—¿Todo bien?

—Está ocupada —murmuro—. Vámonos.

—¿Adónde?

Yo ya estoy con el móvil en la mano. Bajo por la lista de contactos hasta encontrar al acompañante perfecto para esta noche.

—¿Te apetece emborracharte? —le pregunto a Luke.

—Siempre. —Si le sorprende que le llame no lo demuestra.

—¿Qué te parece The Head y luego volvemos a mi casa?

—Genial, hermano. Llegaré en veinte minutos.

Ty sacude la cabeza en señal de desaprobación pero cambia de dirección de inmediato porque se le paga para protegerme, no para discutir. No sé por qué eso me hace sentir peor, pero lo hace. ¿Hay alguien en mi vida al que *no* pague?

—Las mujeres son complicadas —dice.

—Estás soltero, Ty —le recuerdo.

—Porque las mujeres son complicadas.

Y las que te gustan trabajan para tu jefe, estoy a punto de contestarle, pero después de discutir con Vaughn no me apetece hablar. Me recuesto en el asiento y pienso en el desastre que acaba de pasar.

No sé qué me cabrea más; que Vaughn estuviera en una cita con ese idiota o que no le corrigiera cuando ha dicho que yo solo era trabajo. ¿Qué demonios le pasa? ¿Se da cuenta de cuántas tías matarían por estar conmigo? Si quisiera podría filtrar la dirección de The Head y varios miles de chicas correrían a la discoteca para poder estar conmigo.

Cuando llegamos estoy mucho más cabreado. Ty detiene el coche y lo

pone en punto muerto.

—Entraré y le diré al gerente que estás aquí.

—No, voy a entrar por la puerta yo solito —insisto. Necesito... algo. Un poco de adulación.

Ty frunce el ceño.

—Es demasiado peligroso.

Pero, como buen empleado, conoce sus límites. No me dice que no porque no es su deber. Bajo y cierro la puerta. El gesto interrumpe la sarta de maldiciones que suelta por la boca antes de colocarse a mi lado en la calle. Al principio nadie me ve dirigirme hacia la entrada.

Pero a medida que paso por delante de más gente, los susurros se convierten en un griterío. *¿Es Oakley Ford? Joder, creo que es Oakley Ford. ¡Pídele una foto! Una foto. ¡Oakley! ¡Oakley! ¡Oakley!*

Varias manos intentan llegar hasta mí. El guardia de seguridad de la puerta echa a la gente hacia atrás. Las chicas intentan saltar por encima de la valla tras la cuerda.

¿En qué demonios estaba pensando?

Aprieto el paso y me doy cuenta de que no conseguiré llegar a menos que haga *algo*. Me paro, me giro hacia la gente y alzo la mano.

—Voy a entrar y espero veros ahí.

La multitud intenta ir hacia delante. Ty me coge del brazo y me arrastra dentro.

—Vale, no ha sido mi mejor momento —admito al tiempo que me paso una mano por el pelo.

Ty esquiva mi mirada como si intentase esconder la irritación de tener que cuidar a un renacuajo como yo.

Me pregunto si debería advertirle de que sus labores de canguro no han hecho más que empezar, porque planeo joder las cosas esta noche.

Pero nah. Dejaré que lo descubra él solito.

Ella

—¿O sea que ahora se presenta en tu casa para que os enrolléis?

W está lívido al enfrentarnos en el salón dos minutos después de que Oakley se marchase cabreado. Sus mejillas han adquirido un alarmante tono morado, y la vena de su frente parece estar a punto de estallar en cualquier momento.

Quiero decirle que baje la voz porque mi hermana y mis hermanos están en el piso de arriba, pero no me salen las palabras. Todavía sigo sorprendida por lo que acaba de pasar. ¿Por qué ha venido Oakley? ¿Por qué he dejado que W y él llegasen a eso?

—¡Respóndeme!

Me sobresalto ante su violenta orden. Tomo aire y miro a mi novio a los ojos.

—No era para enrollarnos.

—Entonces, ¿por qué ha venido? ¿Cuántas veces ha estado aquí? —inquire W con amargura.

—Nunca. Nunca ha estado aquí. Bueno, una vez. Estuvo una vez, pero fue por una reunión de publicidad. Todos sus publicistas vinieron. Aparte de eso, *nunca* ha estado aquí. —Exhalo—. Mira, no sé por qué ha venido Oak, pero...

—Oh, ¿ahora lo llamas Oak? ¿Eso también está en tu contrato?

Ni siquiera era consciente de haberlo hecho.

—No, es solo que... —Dios, ¿qué digo?—. Todos le llaman así.

—¿Esto es un juego para ti? —estalla W.

—No, claro que no...

—¿Qué le has dicho de mí?

La pregunta me confunde.

—Nada. No hablamos de ti.

Los ojos de W arden de furia.

—¿Así que finges que no tienes novio? ¿Que no existo? ¿Es lo que haces cuando no hay cámaras cerca? ¿Te avergüenzas de mí?

¡Ah! Quiero gritar hasta que me estallen los pulmones. Todo lo que digo se tergiversa. Si no hablo de él, le he olvidado; si hablo, le he traicionado.

—Entonces, ¿de qué habláis? —inquire W.

Trago saliva.

—Cosas. Estupideces.

—¿Como qué? —insiste él.

—No sé. Música. Mis padres. Sus padres.

—Cosas de las que nosotros solíamos hablar. Cosas de pareja —ruge—. Y me dices que todo es falso y que todavía me quieres, ¿verdad?

Me froto la frente. Todo lo que dice W son acusaciones por alguna ofensa. Acuden a mi mente palabras furiosas. Como, por ejemplo, «al menos Oakley no me presiona para tener sexo. Al menos no lo ve como una competición. Al menos él no besa a otras tías». Pero no las digo, porque, al contrario que W, no digo lo primero que se me viene a la cabeza.

—Menudo puñado de chorradas —dice W iracundo—. Estás arruinando mi primer año de universidad, ¿te das cuenta? Soy un puñetero hazmerreír. Me levanto por la mañana y la gente no para de hablar de que Oakley Ford se está tirando a mi chica. ¿Tienes idea de cómo me hace sentir eso? ¿Cómo crees que es ser el tío cuya novia lo dejó por una estrella de *rock*?

—¿Qué importa lo que piense la gente? —pregunto desesperada—. ¿Recuerdas cuando mis padres murieron y empecé a llorar en medio de clase y tuve que salir del aula? Fue horrible y vergonzoso. Todos empezaron a llamarme loca, pero tú me dijiste que no importaba lo que pensasen. Que solo importa la opinión de los que te quieren.

Mi intento de razonar con él no surte efecto.

—Bueno, yo quiero a mis amigos —replica W—. Y su opinión es que soy un completo perdedor. Ni siquiera puedo contarles la verdad por un estúpido papel que firmé.

Me trago la frustración que siento.

—Ambos lo firmamos, y no se puede hacer nada para cambiarlo. Jim Tolson nos descuartizará si...

—Oh, ¿ahora hablamos de Tolson? —me interrumpe W con sarcasmo—. Genial, hablemos de Tolson. ¿Por qué demonios tarda tanto en llamarme por lo del episodio?

Me paralizó.

Mierda.

Puede que parezca convincente cuando beso a Oakley para los *paparazzi*,

pero mi cara de póker no tiene nada que hacer contra el chico con el que he estado saliendo durante dos años.

W se acerca de inmediato y sus ojos oscuros se entrecierran con sospecha.

—¿Qué escondes? ¿A Tolson no le gustó el episodio?

—No —digo rápidamente—. No es que no le guste. Él...

No lo ha visto. Me trago la horrible confesión.

—¿Qué? —insiste W.

Mierda. Mierda.

Quizá W tenga razón. Puede que sea la peor novia del mundo. No hay otra explicación para que me haya olvidado por completo de enviar el episodio a Diamond.

—No lo ha podido ver aún —miento débilmente.

Muy débilmente, porque W se da cuenta. Sé en el momento exacto en el que cae en lo cierto. Su expresión cambia. Sus labios se contraen en una fea línea a juego con la tormenta de sus ojos.

—No se lo has dado. —Dice con suavidad al principio, casi pensativo, pero poco después su rabia sale a la superficie y se derrama—. ¿No le has dado el puto vídeo?

Me tambaleo hacia atrás.

—Vaughn —me llama una voz vacilante desde las escaleras. Es Paisley, y parece más preocupada de lo que nunca la he visto.

—¡Déjanos solos de una puta vez, Paisley! —grita W cerca de la puerta.

Ahogo un un grito.

—¡No le hables así a mi hermana!

—¡Le hablaré como me dé la gana! —Se tambalea como si la rabia hubiese afectado a sus funciones motoras. Su mirada ardiente me quema tanto que temo que me convierta en cenizas—. No puedo creer que me hayas hecho esto, Vaughn.

Trato de coger aire.

—Yo... lo olvidé. Lo siento mucho, W. Se me fue...

—¿Que se te fue? —explota—. ¿Mi carrera profesional, mi futuro, se te fue? Me estás tomando el pelo, ¿sabes? Haces muchas promesas, sobre lo mucho que me quieres y sobre que me ayudarás a entrar en el mundo de la televisión. Pero no son más que mentiras. ¿Y sabes qué? Ya estoy harto.

Se dirige hacia la puerta pero se detiene, se da la vuelta para fulminarme con la mirada y aclara por si acaso.

—He terminado *contigo*.

Nunca sabré cómo lo hice, pero consigo no llorar. Le miro sin parpadear, paralizada, hasta que al final se marcha.

Es entonces cuando las lágrimas se derraman, acompañadas por recuerdos de cada suceso horrible que ha ocurrido esta noche.

W hablándole mal a Oakley.

Oakley marchándose furioso.

La rabia de W porque besara a Oakley.

La confesión de que las fotos le llevaron a besar a otra persona.

Y hasta que no oigo arrancar el coche de W no me doy cuenta de que es imposible que anoche viera las fotos.

No se habían publicado hasta esta mañana.

Capítulo 22

ÉI

@1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 ¡Está en The Head! Tú vives en el sur de California, ¿no? ¡VE!

@OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 ¡¡No tengo carné de conducir!!

Ty me lleva hasta las escaleras VIP de la discoteca y aparta sin mucha suavidad a la gente de en medio. El segurata de la puerta nos reconoce de inmediato y abre la puerta tras él.

La zona VIP de The Head es mucho más privada que otras. Un cristal de visión unilateral, que puede convertirse en transparente con pulsar un botón, cubre la pared entre la denominada gente importante y el resto. Podemos ver a la gente normal como si fuesen animales del zoo.

Lo cierto es que nosotros somos la atracción y la gente paga para vernos actuar, como si fuésemos monos. Me recuesto en una silla de terciopelo al tiempo que Ty se coloca detrás de mí. A pesar de mi minoría de edad, me encuentro con un cóctel en la mano antes de pensar en pedirlo siquiera.

—Hola, Oakley —dice una voz ansiosa—, ¿te importa si me siento?

Miro a la recién llegada, que viste un ceñido vestido negro, zapatos de tacón y tiene el pelo perfectamente peinado. Su frente está cubierta de brillo, puede que sea sudor por haber bailado o por los nervios de hablar conmigo. Ya he visto a chicas desmayarse antes incluso de mirarme.

—Espero a alguien —intento mantener un tono amistoso pero no soy capaz.

Ella se encoje y lo vuelve a intentar.

—Puedo esperar contigo.

Estoy pensando en qué decirle cuando me vibra el móvil. Lo saco, pensando que puede que sea Vaughn disculpándose. Lo aceptaría de buena gana y mandaría un coche a recogerla. Podríamos... Oh, joder, es Luke.

Necesito tu ayuda tío. Los cabrones no me dejan entrar.

Ty ha debido de avisar al guardia para que fuesen extra cuidadosos, cosa que el tipo entendió como «solo tías buenas».

—Lo siento. Tengo que ir a buscar a mi amigo —le digo a la chica.

Ella permanece allí como una estatua mientras yo me dirijo a la puerta. Está paralizada solo porque he hablado con ella.

Ves, Vaughn, muchas tías querrían estar en tus zapatos. Esta chica está tan pillada que ni siquiera puede moverse.

—Está conmigo —le digo al de seguridad y alzo el móvil para enseñarle una foto de Luke.

—Estábamos siendo cuidadosos —me dice el tipo sin cuello.

—Oye, Oak, ¿ya has empezado la fiesta sin mí? —dice Luke al entrar por la puerta. Tras él hay unas diez personas más, chicos y chicas.

El seguridad alza las cejas como preguntando si quiero que esta gente entre. Yo me encojo de hombros. Es Luke. Sabía lo que pasaría cuando lo llamé.

—Creía que esa novia tuya te había cogido las pelotas y se las había metido en el bolso. —Luke me agarra y me da un medio abrazo masculino y una palmada en la espalda.

Siento rabia ante el insulto hacia Vaughn, pero después recuerdo lo que está haciendo, o mejor dicho *con quién* lo está haciendo ahora mismo.

—Nah, es que antes no me apetecía. —Y tampoco ahora. La música, la acción, las chicas no me interesan lo más mínimo, y sé, antes incluso de que Luke pida la primera botella de mil pavos de Cristal, que esto es un error.

Los camareros se ocupan de reorganizar la zona de asientos para mi nuevo séquito. Han venido otros famosos, reconozco a una actriz de televisión y a un

par de tipos bastante conocidos por sus películas de comedia y acción, pero ni todos ellos combinados llega al mismo nivel de estrella que soy yo. Por lo cual los trabajadores de The Head se postran ante mí y me alaban.

Elijo una silla al extremo y dejo el centro para Luke, porque aunque creía que quería compañía, ahora me doy cuenta de que es lo último que me apetece.

Una chica, no sé su nombre porque no estaba prestando atención mientras Luke me presentaba a la gente, toca mi brazo por centésima vez en diez minutos.

—No me interesa —le respondo, más borde de lo que debería. Enfrente de mí veo que Ty frunce el ceño y suavizo el tono ante la expresión sorprendida de la chica—. Lo siento. Es que... no tengo una buena noche, ¿vale? Y tengo novia.

Una novia que está pasando una noche romántica con su novio.

Alzo la mano y digo:

—Necesito otra ronda, ya.

Ty frunce el ceño aún más. Joder, él no está a cargo de mí. El alcohol no deja de llegar y puedo sentir cómo me relajo.

De todas formas, ¿Por qué estoy tan tenso? Hay chicas de todo tipo aquí. Es como una tienda de chuches. Me llevaré a una pelirroja, una morena y dos rubias. Las envolveré y las mandaré al Marmont. Una de las casitas de Garden Cottage iría bien. Con entrada privada. No queremos arruinar mi imagen.

Me río sin humor.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunta alguien cerca de mí.

¿Cuándo se ha llenado esto de gente? Hay personas por todas partes. Juro que hay más peña aquí que en la zona principal de la discoteca. Al no quedar sillas, las chicas han optado por sentarse en el asqueroso suelo en el que es probable que la gente haya escupido, potado o meado. Pero se sentarían en un nido de serpientes si eso significara poder tocarme.

—Nada. —Y esa es la pura verdad. Uno de los tíos me pasa un porro. Inhalo y exhalo el humo. Espero que me relaje, que me quite este peso del pecho, pero no pasa nada. Vuelvo a inhalar y continúo hasta que solo queda la boquilla.

—Tío, eso era mercancía de calidad.

—Tiene buen gusto—les asegura Luke.

¿Que tengo buen gusto? Oh, sí, igual que lo tengo para las tías. También se me da genial mantener mi estatus y ganar dinero. Sin embargo, lo que no se me da nada bien es salir con una persona de verdad. Al menos para que se pille por mí.

De repente, todo esto me parece asqueroso, y como me quede aquí un minuto más me va a explotar la cabeza.

—Me marcho.

Luke protesta.

—Creía que luego iríamos a tu casa.

Tiene un brazo sobre los hombros de una tía que viste un top con escote y unos vaqueros que casi dejan su trasero a la vista. Veo la tira de su tanga y apuesto lo que sea a que no es mayor de edad.

—Otra vez será.

Luke protesta hasta que Ty saca una cartera y tira algo de dinero sobre la mesa. Eso hace que Luke cierre la boca inmediatamente. Empezará a hablar cuando me haya ido y le dirá a todos que no puedo hacer nada sin él y que es el pegamento que une el grupo.

Ty me saca por la puerta de atrás pero hay varios fotógrafos. Parece como si mi guardaespaldas se moviese más lento de lo normal, como si quisiera castigarme por venir aquí. *¿Pasivo-agresivo, eh, Ty?*

Los reporteros me hacen preguntas.

¿Dónde está tu novia?

¿Habéis cortado?

¿Se ha cansado de ti?

Las preguntas se solapan unas con otras, mezclándose en mi cabeza, y suelto una respuesta antes de pensarla dos veces.

No estoy completamente seguro de lo que digo, pero debe de satisfacerles porque todos se callan y oigo un leve remanso de silencio. Después me meto en la furgoneta y Ty acelera.

Me despierto a la mañana siguiente y veo siete llamadas perdidas de Claudia.

Mierda. Eso nunca es buena señal.

Al sentarme, siento un dolor en las sienes tan fuerte que vuelvo a tumbarme. Gimo en alto, y eso hace que me duela la cabeza aún más. Tío, ¿a qué viene esta migraña? No bebí tanto anoche en la discoteca, así que no estoy seguro de por qué tengo la cabeza tan enmarañada...

La hierba. Me olvidé de la hierba.

Se me revuelve el estómago al ver el nombre de Claudia en el móvil. Debí de hacer algo anoche. Algo malo.

Pero ¿qué...? ¿Me quité la ropa? ¿Me lié con una tía? Mierda, ¿le puse los cuernos de verdad a mi novia de mentira? No, eso no pudo haber pasado. Ty estaba conmigo. No me hubiera dejado tocar a otra tía.

En lugar de devolverle la llamada a Claudia, abro una ventana del navegador del móvil y me pregunto qué es lo que voy a encontrar. ¿Quizá vomité sobre los zapatos de una fan? Eso no habría dañado demasiado mi imagen.

Espero a que se cargue la página de inicio y hago clic en la pestaña de entretenimiento.

Me da un vuelco al corazón. El titular de la página reza:

¡OAKLEY FORD INSULTA AL EX DE SU NOVIA!

Mierda.

Leo por encima el artículo pero no recuerdo haber dicho esa mierda. Aunque debo de haberlo hecho. No, no debo, definitivamente lo he hecho. Hay un enlace a un vídeo de la página TMI y hago clic en él, doy a reproducir y me veo a mí mismo, colocado y borracho, saliendo dando tumbos de The Head. Las luces me empiezan a alumbrar y resaltan mis ojos rojos. Los *paparazzi* me gritan preguntas pero yo me mantengo caminando con la cabeza gacha y una mano cubriéndome la cara.

Excepto cuando uno de ellos pregunta: «¿se ha cansado de ti?» y yo hago la cosa más estúpida del mundo.

Me paro, me giro hacia el micrófono y respondo: «¿Cansado? ¿Bromeas? Su ex es un basura. Ahora está con un hombre de verdad, ¿crees que se aburriría de eso?».

Me encojo, cierro la pestaña del vídeo y lanzo el móvil al otro lado de la habitación. Choca contra la pared, pero por suerte tengo una carcasa dura para ocasiones como esta. No es la primera vez que tiro el móvil por algo estúpido que he hecho y que se ha convertido en noticia nacional.

Llaman a la puerta y seguidamente preguntan:

—¿Va todo bien?

Supongo que Ty ha escuchado el saludo de mi móvil a la pared.

—Sí —respondo.

Él abre la puerta de todas formas. Capullo cotilla. Escanea la habitación, ve el móvil en el suelo y exclama:

—Supongo que Claudia te ha llamado.

—Sí —lo fulmino con la mirada—. ¿Por qué demonios dejaste que hablara con ellos anoche, Ty? Sabes que no estaba en plenas facultades.

—¿Te dejé? —repite. Es raro que Tyrese se muestre cabreado conmigo—. Hermano, anoche estabas descontrolado. Fuiste brusco con los *paparazzi*, fumaste la mierda que no debías. Intenté alejarte de los carroñeros. Vuelve a ver el vídeo. Esta vez de cerca. Estoy seguro de que verás que tu enclenque brazo me empuja hacia atrás cuando intenté detenerte. Niñato consentido.

Alzo las cejas.

—Este niñato consentido paga tu sueldo —digo seriamente.

Parece que le he herido y me siento culpable al instante.

—Lo siento —murmuro—. No debería haber dicho eso. Estoy... con resaca y cabreado. Pero no contigo, ¿vale? Hiciste lo que pudiste.

No sé si acepta mis disculpas del todo. Simplemente asiente y se va sin decir nada.

Miradme, he alejado a otra persona más. Genial.

Llamo a Claudia. Después de que me grite durante cinco minutos, debatimos el comunicado que debo hacer. La disculpa pública al capullo del novio de Vaughn. No puedo creer que estuviera en su casa anoche. ¿Por qué sigue todavía con él?

¿Y por qué sigue él con *ella*? Todo el mundo cree que es mi novia, ¿cómo puede soportarlo?

Siento la garganta llena de bilis. Supongo que no importa lo que piense el mundo. Solo lo que piense Vaughn. Lo que quiera Vaughn.

Y no soy yo.

Pero necesito arreglar las cosas con ella, y cuando Claudia menciona la gala benéfica, a la que supuestamente acepté asistir esta noche y de la que me había olvidado, me doy cuenta de que es el lugar perfecto para disculparme con Vaughn: un evento público donde no me puede dar un sopapo. Podrá llevar un vestido bonito, escuchar buena música y comer buena comida. La Sociedad CF siempre despliega lo mejor.

Claudia me hace asistir a tantas galas benéficas como puede, como si dar mi dinero compensase mi actitud de gilipollas. Me pregunto si Vaughn lo verá así.

Excepto que cuando se lo comento a Claudia y le pregunto a qué hora debería mandar el coche a casa de Vaughn, no tarda en responder:

—No, Vaughn no te acompañará esta noche.

Aprieto la mandíbula.

—¿Por qué no?

—¿Por qué será, Oak? Porque está furiosa contigo.

Me quedo cabizbajo.

—¿Ya has hablado con ella?

—No. No contesta al móvil. Paisley tampoco. —La voz de Claudia se torna más seria—. Así que sí, imagino que eso significa que no le ha gustado que menosprecies la masculinidad de su novio.

—Bueno, bien por ella. Pero sigue trabajando para mí. No puede escaquearse de un evento importante solo porque haya insultado al estúpido de su novio.

—Normalmente estaría de acuerdo contigo, pero Vaughn es impredecible. No voy a mandar a una novia cabreada al evento contigo. A saber lo que le da por hacer.

Claudia tiene razón.

—Vale. Entonces, ¿cuándo puedo volver a verla?

—Dale un par de días para que se calme. Para entonces ya habrás publicado tu disculpa pública a W, así que estoy segura de que eso ayudará.

—Vale —digo desanimado—. Mándame el comunicado que quieres que...

—Oh, tú no lo vas a decir —dice Claudia firmemente—. Vamos a escribir un comunicado, te lo mandaré para que le des tu aprobación y después lo

publicaremos en todos los medios. Tú no vas a hablar con los medios directamente. No después de lo de anoche.

Como odio hablar con ellos, me parece bien.

Ella

Nunca me han dejado.

Supongo que tiene sentido, ya que W fue mi primer novio de verdad. Pero aun así es terrible. Es horrible, descorazonador y tiene el poder de convertir a una chica normal con la cabeza bien amueblada en un desastre.

Anoche lloré hasta quedarme dormida como una perdedora. Conseguí dormirme mientras sollozaba. Y después vinieron los sueños. Terribles sueños en los que W me tiraba ladrillos a la cabeza y entretanto Oakley saltaba delante de mí para bloquearlos. En algún momento empezó a cantar y los ladrillos se detuvieron en el aire.

Un terapeuta se lo pasaría bomba conmigo. Estoy cansada de tener que esquivar los ladrillos durante toda la noche en mis sueños.

Y para empeorar las cosas, Claudia me ha estado llamando durante toda la mañana. Al final tuve que apagar el teléfono porque *no* estoy de humor para aguantarla a ella, a Oakley o a cualquier otro ser humano. Lo único que quiero hacer es acurrucarme en este balancín del patio y fingir que anoche no sucedió.

Las bisagras de la puerta trasera chirrían, y doy un bote de sorpresa cuando mi hermana se sienta a mi lado, trae un plato en la mano con un trozo de la tarta de tres leches que hice anoche.

—Toma —dice.

—Son las diez y media de la mañana. Demasiado temprano para comer tarta —respondo débilmente. Tengo la garganta al rojo vivo de llorar. Me la froto, pero el dolor no desaparece, porque está en mi interior.

—Nunca es temprano para comer tarta. —Sonríe suavemente—. Sé que te gusta más combatir el dolor con helado, pero no hay. Me lo comí todo la semana pasada.

—¿En serio?

Paisley se mete un trocito de tarta en la boca con el tenedor antes de contestar.

—Sí. Creo que estoy enamorada del guapísimo guardaespaldas de Oakley, así que me comí toda una tarrina para alegrarme. Pero la tarta también vale. Come un poco. Verás. —Me acerca el tenedor pero a mí no me apetece.

—¿Estás enamorada de Ty? —espeto sorprendida. A ver, sospechaba que le gustaba, ¿pero enamorada? ¿En serio?

—Vale, puede que enamorada no, pero me gusta mucho.

—Solo le has visto una vez —murmuro.

Ella sacude la cabeza.

—No es cierto. A veces está por Diamond —admite Paisley—. Pero nunca saldría conmigo porque trabajo para el hermano de Jim y eso le resulta demasiado incómodo. Además, me estoy centrando en mi carrera profesional, así que no importa que le guste o no.

—Vaya. No tenía ni idea.

Ella se encoge de hombros.

—Solo estoy pillada, normalmente me olvido hasta que le veo. —Vuelve a comer otro trozo—. Y ya te he dicho que normalmente algo dulce sirve para mis antojos.

—A mí la tarta nunca me ha hecho sentir mejor. —Pienso en todos los dulces que recibimos en casa después de que mamá y papá falleciesen. Ninguno disipó ese dolor. Lo único que lo hizo fue estar con W.

—No es cierto. W es tu tarta. Era tu tarta. —Se corrige a sí misma.

—¿Te refieres a que engordaba y era malo para mí? —murmuro, porque ambas sabemos que a ella nunca le gustó.

Paisley le da dos bocados más a la tarta antes de dejar el plato en la escalera.

—Te quiero, Vaughn, ya lo sabes, ¿verdad?

Hago un ruidito para expresar que lo sé, pero no quiero hablar con Paisley ahora mismo. Nunca ha tenido novio serio porque siempre ha estado centrada en progresar. A mí no me gusta avanzar. Quiero que las cosas se queden como siempre han sido. Mamá y papá en la mesa. Los gemelos de pequeños. W cogiéndome de la mano.

—La barbacoa escolar de los gemelos es este viernes —dice cuando le queda claro que no voy a contribuir a la conversación—. Vas a venir, ¿no?

Respondo con un gruñido evasivo.

—Claudia quiere que lleves a Oakley.

Y ahora rechino los dientes.

—No deja de llamar, por cierto. —Paisley deja de hablar—. Oakley dio un titular jugoso anoche.

Eso capta mi atención.

—¿Qué dijo?

—Cosas no muy buenas —admite—. Le habló a la prensa de W.

La miro seria.

—¿Lo dices en serio?

Ella asiente.

—Ha llamado basura a W. Y, eh, insinuó que no era un hombre de verdad.

Dios. No me extraña que Claudia esté al borde de un ataque de nervios.

—Deja que adivine: estás de acuerdo con esas afirmaciones —digo con sarcasmo.

Mi hermana suspira.

—Vaughn.

—¿Qué? Ambas sabemos que odias a W.

—No le odio.

—Sí que lo haces —replico irritada.

—No, no lo hago. *Odiar* es una palabra muy fuerte. Yo no odio. —Habla con tono firme—. Pero tienes razón, me desagradaba. No me gustaba porque no era bueno contigo, tú eras conveniente para él.

—No es cierto —protesto.

—Sí que lo es. Cuando te cancelaba planes en el último momento no te importaba. Cuando ganaste esas entradas para los Dodgers en la lotería del colegio y dijo que quería ir con *sus* amigos, tú se las diste sin rechistar. Llevas esos zapatos constantemente —me acusa señalando las Vans—, pero, ¿dónde están las tuyas? Sé que también dibujaste en ellas.

Me obligo a no cruzar los pies.

—Te olvidas de todas las veces que me consoló después de que papá y mamá muriesen. O de las veces que me dejó quedarme en su habitación

mientras él estaba ocupado con el canal de Youtube. Estuvo ahí para mí.

—Sí, estuvo —conviene—, físicamente, pero no emocionalmente. Y, sinceramente, lo sabías. Por eso no has tenido sexo con él.

—¡No estaba preparada! —le grito.

Se recuesta contra el balancín, impertérrita ante mis gritos.

—Y nunca lo ibas a estar.

—¿Por qué soy demasiado inmadura? —contesto.

—No. Porque nunca has querido a W como pensabas.

—Me agarra la mano—. No estoy diciendo que no seas capaz de sentir ese tipo de amor. Solo que lo que sentías por W no era tan fuerte como creíais.

Me alejo de ella.

—¿Por qué no me he empachado de tarta?

—Porque W es un cabrón egoísta y tú estás más triste por haber perdido el ancla de tu vida, que a W en sí.

Me giro y me cruzo de brazos. Odio su tono de suficiencia.

Pero sobre todo odio que probablemente tenga razón.

Capítulo 23

Él

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 ¿Crees que le está engañando con su ex?

OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 sería muy tonta.

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 ¿Verdad?

La gala benéfica es en el Wilshire. Es una cena por todo lo alto seguida de una subasta, cuyos beneficios van íntegros para la investigación médica, y de una actuación de Deadhead Bloom. No sabía que ellos iban a ser el artista principal. King produjo su último álbum, así que es probable que... mierda, sí que está aquí esta noche.

Se me revuelve el estómago cuando le localizo en una mesa cercana. No tenía ni idea de que iba a estar aquí. Estoy a punto de desviar la mirada, pero ya es demasiado tarde. Me ha visto.

Asiente en mi dirección con una sonrisa que no le llega a los ojos. Luego se gira para hablar con su acompañante, una mujer guapísima ataviada con un vestido de gala blanco.

Las personas sentadas a mi mesa son todas de la industria musical, pero no conozco a ninguna bien. Tres son miembros de la nueva *boyband* de moda. El resto de las sillas lo ocupan un par de ejecutivos y una morena vestida con un vestido rojo de seda. Su silla se acerca centímetro a centímetro a la mía a

lo largo de toda la cena hasta que está prácticamente en mi regazo. Hago caso omiso de ella y hablo con el ejecutivo de mi izquierda, pero siento su mirada puesta en mí, y de vez en cuando intenta incorporarse a la conversación.

—Oakley, ¿qué tal va tu nuevo disco?

—¿Cuándo es tu próxima gira?

—¿Sigues con la misma discográfica?

Respondo todas las veces con monosílabos y de malas maneras antes de girarme de nuevo hacia el ejecutivo y hacer como que me importa lo que está diciendo. Algo relacionado con estrategias de marketing y usar los grupos de Facebook para conseguir seguidores online. Aunque odio las redes sociales, sé lo que se lleva, y este ejecutivo no tiene ni idea. Quiero decirle que actualmente Facebook está desfasado y que ahora todos usan Instagram y Snapchat, pero está tan metido en su discurso que le dejo hablar y hablar, porque me sirve de barrera contra la morena pesada.

La subasta concluye rápido. El único artículo por el que he pujado es un viaje a París, porque parece ser algo que a Vaughn le gustaría. No gano, pero no me importa. Probablemente no hubiese venido conmigo de todas formas.

Luego hay un breve descanso mientras la banda se prepara en el escenario. Me excusó para levantarme de la mesa pero incluso dejar el salón es todo un calvario. La gente no deja de interceptarme mientras sonrío y asiento y repito lo mismo una y otra vez: «suena genial, pero tengo que ir al servicio».

Sigo caminando hasta llegar a las puertas transparentes que llevan a una pequeña terraza. No estoy seguro de que se pueda estar aquí. La zona de fumadores está en el patio principal, pero no me importa estar en una zona prohibida. Soy Oakley Ford. Y necesito un respiro de toda esta gente y su constante cháchara. Me están ahogando.

No fumo, pero casi me gustaría tener un cigarro en la mano ahora mismo. Con mi suerte, alguien con una lente telescópica al otro lado de la calle me sacaría una foto fumando en una gala benéfica contra el cáncer y de repente me convertiría en la imagen principal de las campañas antitabaco y de los peligros de la fama.

Cuando oigo pisadas a mi espalda, contengo un suspiro y me doy la vuelta a regañadientes. Espero ver a la morena, o quizá a alguna otra tía que me haya visto salir, pero es King. Sale con lo que parece ser un porro en la mano, pero

creo que es un cigarro liado por él mismo, porque el olor a tabaco me invade las fosas nasales.

—No sabía que fumara —puntualizo.

—De vez en cuando. —Se encoge de hombros—. Lo uso principalmente como excusa para librarme de tener que hablar con un montón de extraños.

Medio sonrío.

—Debería seguir mi ejemplo. —Levanto las manos desnudas—. No necesita poner excusas. Simplemente váyase.

—Si, supongo que tú no pones excusas. Haces y dices lo que quieres, ¿verdad, chico?

Siento un ramalazo de vergüenza. Tengo la sensación de que se está refiriendo a cuando hablé mal de W, lo cual está ahora por todo internet.

—Ya tienes a la chica, Oakley. No hace falta que sigas metiéndole el dedo en la llaga al que la estuvo antes que tú —dice, confirmando mis sospechas.

La vergüenza se acentúa, mezclándose con la culpa y el arrepentimiento, y juntos hacen que se me forme un nudo en la garganta.

—La he cagado —admito.

—Sí.

—Es solo que... y esto no es ninguna excusa... —digo precipitadamente—. No intento decir que lo que hice estuvo bien. Pero... ellos tienen mucho en común. Dos años enteros.

—Sí, la mayoría de la gente comparte cosas con otros. Tienen una historia.

—Yo no.

Mi voz se quiebra ligeramente, y la vergüenza vuelve a atravesarme. Soy, de repente, como un chiquillo preadolescente. No sé que tiene este hombre que me hace sentir tan inseguro y expuesto. Vaughn también me hace sentir así.

—Nunca he salido con nadie durante más de unas cuantas semanas —le confieso así sin más—. Nunca he tenido una relación larga, de esas en las que te da tiempo a compartir chistes privados y a aprender a terminar las frases del otro, en las que llegas a estar tan cómodo que eres capaz de leerle la mente a la otra persona. —Vacilo—. Ella tenía eso con su ex.

Vuelve a asentir.

—Estaba celoso —murmuro.

Eso consigue una respuesta: una risita.

—Sí. Tienes que madurar mucho todavía, Oak. Todos nos ponemos celosos.

Abro unos ojos como platos.

—Sí, incluso yo. Llevo tres años sin estar nominado a un Grammy. Hay cantantes con los que me gustaría trabajar, que no quieren trabajar conmigo. Todos sienten celos por dentro. La diferencia está en cómo lidies con ellos. Ser consciente de ese sentimiento y usarlo para potenciar tu energía creativa es una manera. Otra es salir de una discoteca, borracho y drogado hasta las cejas, y soltar toda clase de ofensas contra un chico indefenso. ¿Cuál te hace parecer un auténtico cabrón?

Sé que tiene razón. Y cuanto más habla, más me hundo en la miseria. Veo mis opciones de trabajar con él esfumarse en mis narices.

Pero entonces me sorprende.

—La cagaste. Pero, ¿sabes qué? Has asumido la culpa.

—Me lanza una mirada triste—. Estoy seguro de que la prensa se olvidará de ello en cuanto tu equipo de marketing publique la más *sincera* disculpa hacia el exnovio de la señorita Bennett.

Hace que me ardan las mejillas. Sabe que no voy a escribir mi propia disculpa y eso me hace sentir incluso peor.

—¿Quieres mi consejo? —pregunta con ligereza.

Dios, sí.

—Por favor —casi le suplico.

—¿Todas esas emociones volátiles que tienes? ¿Los celos, la ira y el egocentrismo? Sigue sintiéndolas. Y más que eso, canalízalas hacia tu música. ¿Me entiendes?

Asiento despacio.

—Sí, creo que sí.

Se acerca a mí y me da una palmadita en el hombro.

—Nos vemos.

Le observo alejarse y cuando oigo los primeros acordes de una guitarra española, me precipito al interior de la sala también. Vuelvo a mi mesa y me siento para escuchar el set de canciones de Deadhead Bloom. No es exactamente mi tipo de música, pero tampoco está mal.

Escucho tres canciones antes de escabullirme. Claudia me dijo que no tenía por qué quedarme a todo el evento, y nadie espera que lo haga de todas formas. Además, ya he donado medio millón a la causa.

Ty y yo abandonamos el hotel por la puerta principal. Hay muchos medios de comunicación esperando fuera, pero la zona ha sido acordonada para facilitar la entrada y salida de los invitados famosos. Lo único que debemos hacer es permanecer en nuestro lado de la puerta y pasar por el camino despejado hasta el coche.

—¡Oakley!

—¡Oakley, aquí!

—¿Tienes algo que comentar sobre lo que dijiste anoche?

Vacilo.

—Madre mía, hermano, ¿no aprendes? —murmura Ty en voz baja.

Pero sí que he aprendido. No estoy borracho, ni puesto hasta las cejas, y no estoy celoso perdido. Me he vuelto un poco más humilde tras la charla con King.

Saco despacio las manos de los bolsillos y me acerco a la chillona multitud. Sigo con la mirada el mar de micrófonos frente a mí hasta que encuentro al medio de comunicación más conocido. Me detengo frente a Samantha Wright del Canal 9.

La mujer rubia parece sorprendida, probablemente porque se me conoce por escabullirme de los eventos para evitar tener que hablar con la prensa. Por supuesto, eso no evita que me hagan fotos y hablen de mí igualmente.

—¿Cómo ha ido el concierto? —pregunta Samantha.

Sonrío.

—Todavía sigue, en realidad. Me duele un poco la cabeza, así que he salido antes. Espero que la Sociedad CF sepa perdonarme.

—Seguro que están encantados con que hayas venido a apoyar esta buena causa.

—Una causa genial —corrijo—. Aunque ojalá no hubiese venido de resaca. Anoche tomé unas cuantas malas decisiones. Bebí más de la cuenta.

Ella parece sorprendida ante mi revelación. No creo que esperase que fuese tan franco sobre la salida de anoche, sobre todo por la edad que tengo.

—Sí, parece que anoche estuviste muy ocupado —dice con tacto antes de

hacer una pausa.

Puedo ver su cerebro trabajar a pleno rendimiento para intentar pensar su siguiente pregunta. No sabe si debería preguntar sobre mis comentarios despectivos hacia W, pero he dejado la puerta abierta cuando he mencionado la resaca, y es incapaz de no traspasar el umbral.

Me apiado de ella y digo:

—Sí, tuve una noche movidita, Samantha. Casi pierdo a mi novia por ello.

Sus cejas perfectamente depiladas se arquean y casi le llegan a la frente. Los otros *paparazzi* se acercan a nosotros plantándome los micrófonos en la cara. Varios de ellos atraviesan a Samantha con la mirada por obtener esta exclusiva. Sus archivos de audio sonarán poco claros, mientras que el de ella se escuchará nítido y sin sonido ambiente.

—Supongo que te refieres a las declaraciones que hiciste, ¿no?

—Sí. —Le dedico una mirada avergonzada—. Créeme, sufrí las consecuencias, bien merecidas. Lo que dije del ex de Vaughn no vino a cuento. Y no solo eso, sino que fue de lo más infantil e inapropiado. Me arrepiento sinceramente de mi comportamiento, y no voy a poner ninguna excusa. Les falté al respecto a mi novia y a su ex. Mis palabras hirientes son más un reflejo de mí y de lo mucho que tengo que madurar todavía. Si alguien no es un hombre, ese soy yo.

Ella asiente con fervor.

—¿Te has disculpado con ellos en persona?

—Me he disculpado con Vaughn —miento, aunque planeo hacerlo en cuanto llegue a casa. La cuestión es que no puedo dar la impresión de que algo va mal en nuestra relación, no frente a estos carroñeros—. Me ha perdonado. Entendió que solo estaba celoso, pero me hizo prometerle que no volvería a hacerlo. En lo que a... —bajo la voz, porque no tengo ni idea de cuál es el nombre completo de W siquiera.

—¿El señor Wilkerson? —me ofrece ella.

¿Su nombre es W. Wilkerson? Por el amor de Dios.

—En lo que al ex de Vaughn se refiere —continúo—. Pretendo llamarlo y disculparme. Lo que dije de él era falso. Es un buen tío. —Puaj—. Vaughn y él comparten muchas cosas. Sigue siendo amigo suyo y el Oak celoso que llevo dentro todavía tiene que entender y aceptar ese hecho. En fin... —Les muestro una sonrisa Profident—, gracias por tomaros el tiempo de charlar

conmigo.

Luego le dedico un saludo con la mano y me encamino hacia donde Tyrese me está esperando.

Sus ojos oscuros brillan con humor.

—Claudia va a... —se calla.

—¿Qué? —pregunto con cautela—. ¿Matarme?

—¿Esta vez? Creo que no. —Niega con la cabeza, impresionado—. Creo que te mandará una cesta de regalo, tío.

Me río mientras nos acomodamos en el Escalade. En realidad, no me importa lo que Claudia piense de esto. Lo único que me importa es que Vaughn me perdone. Y estoy seguro de que lo hará, sobre todo después de oír la declaración tan madura que acabo hacer.

Claro que todavía pienso que su novio es un gilipollas que no se la merece, pero, ¿y qué? No voy a ganármela mostrando solo las debilidades de W.

Voy a hacerlo señalando mis puntos fuertes.

Me siento totalmente rejuvenecido mientras Ty nos aleja del hotel. Me encuentro dando golpecitos con el pie en el suelo y tamborileando con los dedos sobre mis muslos. Estoy rebosante de energía, como si me recorriera un cable de alta tensión por todo el cuerpo.

—No vamos a casa —le digo a Ty.

Me mira.

—¿A dónde, entonces?

—Al estudio. —Mis dedos tamborilean con más fuerza—. Me siento inspirado.

Capítulo 24

Él

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 Oakley es fantástico. He revisto su disculpa cientos de veces. No podría gustarme más.

OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 Yo igual. Le adoro. Demuestra que es merecedor de nuestro fanatismo.

OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 Mira el pantallazo @OakleyFord estás perdonado.

Oakley Ford  @VeryVaughn Lo siento.

VeryVaughn @OakleyFord Lo sé. X cierto, yo sí creo que seas un hombre. ;)

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 Gracias!!!!!!!!!!!!!! Son tan monos. Ojalá pudiese ver sus tuits!

Vaughn está actuando de una forma extraña. Está callada y se muestra más reservada de lo normal. Solo ha soltado un comentario sarcástico en toda la tarde, lo cual me indica que mi disculpa pública no ha compensado el hecho de haber hablado mal de su novio.

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunto mientras nos alejamos de la cola de la barbacoa hacia una zona más tranquila en la playa. Nuestros platos de plástico están llenos de perritos calientes y de ensalada de pasta.

—Sí —dice, distraída—. ¿Y tú?

—Esta barbacoa es la leche. Me lo estoy pasando en grande.

Y no estoy mintiendo. La estaba temiendo desde que Claudia me llamó esta mañana para informarme de que iba a pasar tiempo con la familia de Vaughn esta noche. Primero, porque Vaughn y yo no hemos hablado desde todo lo de W, y segundo, porque asistir a una barbacoa solidaria para el colegio de primaria Cardell Hills, al que van los hermanos pequeños de Vaughn, parecía tener todo lo necesario para terminar en desastre.

Esperaba estar bajo escrutinio toda la tarde, pero para mi sorpresa, a nadie le importa siquiera que esté aquí. La barbacoa es en la playa de El Segundo, pero el colegio ha contratado a guardias de seguridad para evitar que intrusos se cuelen en la fiesta y coman gratis. Aunque no es que alguien vaya a colarse en un aburridísimo evento de un colegio de primaria. La lista de invitados está compuesta de alumnos de once a trece años, profesores y padres. Todos tienen menos de trece años o más de cuarenta.

Nunca había sido tan anónimo en una fiesta, y es la mejor sensación del mundo. Lo único que lo mejoraría es que mi cita no estuviese tan enfurruñada, pero eso es por mi culpa.

De verdad que tengo que dejar de ser tan cabrón con Vaughn.

Y de verdad que necesito dejar de pensar en volver a besarla.

—¡Pásala! ¡Estoy solo! —grita uno de los gemelos a un compañero de clase.

Vuelvo a la realidad bruscamente y me giro hacia el partido de fútbol que está disputándose a cien metros de donde estamos. Spencer y Shane juegan en el mismo equipo, pero no soy capaz de diferenciarlos porque ambos llevan una camiseta azul y pantalones de camuflaje.

Pero Vaughn sabe cuál es cuál, porque grita «¡Muy bien, Shane!» y le anima con ganas cuando uno de los chicos vestidos con la camiseta azul marca un gol.

Yo también animo, igual que Paisley, que está a unos cuantos pasos de nosotros hablando con Ty. Es tan evidente que a la hermana de Vaughn le gusta Ty que me hace sonreír con suficiencia. Se está ruborizando, y abre los ojos

como platos cuando él le toca el brazo para quitarla de en medio cuando un grupo de niños pasa corriendo a su lado.

Los ojos oscuros de Ty se vuelven extrañamente dulces cuando la pone a salvo de los niños. Ay, madre. Creo que es recíproco.

—Creo que tu hermana y mi guardaespaldas se gustan —le digo a Vaughn, con la esperanza de que ese cotilleo la anime un poco y deje de estar tan taciturna.

Y lo hace, más o menos. Ella les mira y sonrío levemente.

—Quizá.

—Es un asco que no pueda pasar nada entre ellos.

—¿Por qué no?

—Ty no saldría con alguien que trabajara para Jim —explico—. Sería desastroso si cortaran.

—Paisley trabaja para el hermano de Jim.

—Es prácticamente lo mismo.

—Es posible que no rompan. A lo mejor se enamoran y se casan y tienen diez hijos y envejecen felizmente juntos.

Hay un atisbo de desesperación en su voz que me inquieta.

—¿Estás bien?

Ella suspira.

—Estoy bien. Todo está bien. Cómete el perrito.

Le doy un bocado y ella se gira para seguir viendo el partido de los gemelos. Yo sigo observándola a *ella*. No me gusta esta versión callada de Vaughn. Preferiría que me soltara comentarios sarcásticos.

—¿Qué te pasa? —la presiono.

—No me pasa nada.

—¿Es por lo que dije de W?

Su expresión se tensa en cuanto menciono el nombre de W.

—No. Acepté tus disculpas. —Su tono es un tanto mordaz—. Incluso te tuiteé diciendo lo maduro y genial que eres, ¿recuerdas?

—Ambos sabemos que tus tuits solo siguen órdenes de Claudia. —Escruto su expresión inmutable—. ¿De verdad me has perdonado por hablar mal de él?

—Que sí. Dios. Te perdono, ¿vale? ¿Podemos, por favor, no hablar de W?

Arrugo el ceño.

—¿Por qué no?

Antes de que pueda responder, dos chicas se aproximan a nosotros con timidez. Una tiene dos coletas y la otra un corte de pelo adorable a lo duendecillo. No parecen tener más de once o doce, y están prácticamente temblando de los nervios mientras una de ella me tiende su teléfono.

—Hola. Eh... Oakley, ¿t-t-te im...p-p-podrías hacerte una foto con nosotras? —tartamudea la de las coletas.

Me trago una risa.

—Por supuesto.

Las dos se ponen rojas como un tomate y se me quedan mirando durante un momento largo e incómodo.

—Yo la hago —interviene por fin Vaughn, alargando el brazo para coger el móvil.

Soy medio metro más alto que las dos chicas, así que tengo que agacharme en la arena entre ellas. Me tenso mientras espero a que me abracen, pero no lo hacen. Son tan tímidas y tienen tanto miedo de estar junto a mí, que por primera vez en, bueno, en mi vida, soy yo el que les hago un gesto para que se acerquen.

—Venid aquí, si no, no saldremos todos en la foto.

Ellas se acercan. Deslizo un brazo alrededor de sus hombros y ambas parecen apunto de desmayarse.

Cuando Vaughn hace la foto, las chicas salen pitando como si estuviesen compitiendo por el oro en las olimpiadas. Segundos después, una docena de chicas se congregan a su alrededor, susurrando sin parar y chillando mientras se inclinan para mirar la pantalla del teléfono.

No viene nadie más a pedirme una foto. Qué extraño. Supongo que Duendecillo y Coletitas eran las únicas con el coraje suficiente como para pedírmelo.

Qué... refrescante.

—Qué niñas más dulces —dice Vaughn, dedicándome la primera sonrisa sincera en toda la tarde.

—Adorables —convengo.

Ella levanta una ceja.

—Has iniciado el contacto físico con ellas.

Asiento.

—¿Por qué?

Lo pienso durante un segundo.

—Porque ni siquiera intentaron tocarme. Lo veían como un regalo, no como un derecho. —Me encojo de hombros—. Además, a veces el contacto físico es agradable.

Le agarro una mano y ella se queda paralizada.

La frustración me invade. Casi le recuerdo que esto es para lo que le pagan, pero maldita sea, no quiero que me coja de la mano solo por dinero. Quiero que lo haga porque quiera.

Así que espero.

Y espero un poco más.

Y luego... entrelaza los dedos con los míos y algo en mi interior se derrite.

—Vamos, demos un paseo —sugiero.

Tiramos nuestros platos vacíos en una papelera cercana y luego nos alejamos caminando por la arena. Mientras paseamos, no puedo evitar mirarla de reojo. Lleva chanclas en vez de las zapatillas raídas de siempre. Unos vaqueros azules apretados marcan sus muslos y su trasero. El top de rayas le cae por un hombro y deja a la vista la piel suave y bronceada. Entiendo perfectamente por qué Jim y mi equipo de marketing la ven como una chica normal y corriente. Vaughn es dulce y genuina.

Su pelo oscuro está peinado en una larga trenza que se balancea sobre su espalda con cada paso que da. No puedo evitar tirarle de ella con la mano libre.

Ella me mira con inquietud.

Caminamos en silencio, sin alejarnos mucho de la fiesta. Echo un vistazo por encima del hombro y veo que Ty tiene su vista de lince puesta en nosotros, aunque a la vez está escuchando lo que sea que esté diciendo Paisley.

Vaughn y yo nos detenemos en la orilla y nos quedamos observando el océano.

—A mi madre le gustaste mucho —confieso.

—A mí también me gustó ella. Es genial.

Al instante mi actitud se vuelve escéptica, pero enseguida me siento como un imbécil por pensar así, porque mi madre no es una bruja malvada. Casi todos mis recuerdos de ella son buenos, están llenos de felicidad y risas y mucha, mucha diversión. Pero la diversión se acabó hace unos cuantos años. Básicamente desde que dejó de llamarme.

—Está muy orgullosa de ti —añade Vaughn.

Yo me remuevo con incomodidad.

—Sí... lo dudo.

—De verdad. Te lo juro, no dejó de hablar de todos tus logros. Y me enseñó un montón de fotos tuyas.

Entrecierro los ojos.

—¿Qué fotos?

Vaughn sonríe.

—Ninguna demasiado embarazosa. A menos que disfrazarte de Iron Man por Halloween te de vergüenza.

—Estaba pasando por la etapa de superhéroes —digo en mi defensa—. Y tenía ocho años. —Frunzo los labios—. ¿Tiene todas esas fotos en el teléfono?

—Solo tiene fotos tuyas en el móvil, por lo que recuerdo. Incluso tiene de cuando eras un bebé. Te lo he dicho, está orgullosa de ti... —baja la voz con vacilación.

—¿Qué? —digo con tiento.

—Creo que piensa que la odias.

Me trago el enorme nudo que se me ha formado en la garganta. Luego toso.

—Nah, es imposible que piense así.

Vaughn se encoge de hombros.

—Solo te digo lo que me pareció.

Por supuesto. Mi madre es una actriz fenomenal. Probablemente intentó pintarme como el malo de la película para poder quedar bien ella.

Le respondo con la voz llena de resentimiento.

—Me llamó después de que almorzarais. Antes de eso, llevaba un mes sin saber nada de ella. Y antes de eso, seis meses. Si hay alguien equivocado aquí, no soy yo.

—¿Y cuántas veces la llamas tú a ella?

Ahí me ha pillado. Rechino los dientes.

—No la llamo porque sé que no le importa saber de mí.

Vaughn niega con la cabeza con desaprobación.

—Claro que sí, Oakley, sigue diciéndote eso.

Frunzo el ceño.

—No estás en posición de juzgarme. Solo pasaste dos horas con ella. Eso no te convierte precisamente en una experta en Katrina Ford.

—Vale. Lo que tú digas. Olvida que he dicho nada. —Suena gruñona otra vez.

Genial. Ahora los dos estamos de mal humor.

Respiro hondo intentando serenarme un poco.

—¿Por qué estás hoy de mal humor?

Como no espero que responda, no me sorprende que se quede callada.

No obstante, su silencio me molesta y no hace más que picarme la curiosidad.

—¿Qué, os habéis peleado tú y el universitario?

Vaughn se encoge.

—¿He dado en el clavo? —arqueó una ceja.

Sus labios se aprietan en una fina línea.

—Debió de ser toda una pelea, ¿eh? Déjame adivinar, él te...

—Me ha dejado —me interrumpe.

Parpadeo.

—¿Qué?

—Que me ha dejado. —Sus ojos brillan con desafío—. ¿Es lo que querías oír, verdad? ¿Que W me había dejado? Bueno, pues sí. Rompió conmigo la noche en la que te presentaste en mi casa sin avisar.

Es difícil reprimir la sonrisa de felicidad que está empezando a dibujarse en mi rostro.

—Oh. Qué mierda. Lo siento.

—No finjas que te importa —murmura—. Desde que nos conocimos, lo único que has hecho es hablar mal de W. Crees que es pretencioso y un imbécil.

Sí. Cierto.

—Vamos, sabes que solo estaba bromeando —miento.

—Mentira. —Su expresión se llena de dolor—. Supongo que ahora ya puedes decir lo que quieras de él. Porque se acabó. Y no quiero seguir hablando de esto, ¿vale?

Parece estar al borde de las lágrimas y me siento un completo imbécil por pincharla con el tema. He de aligerar la situación, distraerla antes de que se adentre corriendo en el océano e intente ahogarse o algo. Por suerte, sé justo cómo distraer a las chicas: sacando al Oakley Ford carismático. Esa mezcla única entre cabrón pesado y granuja irresistible.

—¿Significa eso que vas a dejar de estar enfurruñada y vas a disfrutar de la barbacoa? —pregunto, animado.

Ella me atraviesa con la mirada.

—No estoy enfurruñada.

—Nena, sí lo estás. Y no es nada atractivo, si te soy sincero. —Estoy sonriendo de oreja a oreja mientras lo digo.

Ahora es ella la que sonrío a duras penas.

—¿Sabes qué más no es nada atractivo? Verte comer perritos calientes toda la noche. ¿Cómo es que no pesas más de cien kilos?

La Operación Distracción es todo un éxito.

—Entreno. —Flexiono ambos bíceps en su dirección—. Estos músculos no salen porque sí.

—¿Qué os pasa a ti y a tus músculos? Estás obsesionado contigo mismo, chaval.

—¿Por qué no debería estarlo? Estoy buenísimo.

Ella resopla.

—Te ríes, pero ambos sabemos que estás de acuerdo conmigo. Venga, dilo: estás buenísimo, Oak.

—Nunca —declara.

—De verdad creo que deberías decirlo...

—¿O qué? —me reta—. ¿Qué vas a hacer, Oak? ¿Tirarme del pelo?

—No, pero sí esto. —Antes de que pueda parpadear, tiro de ella hacia adelante y la coloco sobre mi hombro.

Se oye un grito en el aire.

—¡Bájame ahora mismo, Oakley Ford!

—Puede que luego. —Avanzo corriendo hacia el agua con ella colgando del hombro—. Creo que necesitas refrescarte un poco en el agua —bromeo mientras me pega con los puños en la espalda—. Es culpa mía, en realidad. La mayoría de las chicas se acaloran nada más ver lo guapo que soy.

—¡Ni te atrevas! —grita Vaughn, pero se está riendo.

Sigo corriendo. Ella forcejea sobre mi hombro.

—¡Es febrero! —chilla—. Te lo juro, si me lanzas al agua helada, ¡te mataré! —Luego se las arregla para darme una patada en el vientre, lo que hace que me tambalee ligeramente. Eso es lo único que necesita para deshacerse de mi agarre y ponerse de nuevo en pie.

Sale corriendo hacia la orilla y yo me precipito tras ella.

—¡Vuelve aquí! —grito entre risas.

—¡Nunca!

Me las arreglo para agarrar la parte baja de su camiseta, pero antes de poder estrecharla entre mis brazos, tropieza con algo y cae hacia adelante, llevándome a mí consigo. Aterrizamos en la arena con un golpe seco; Vaughn de espaldas y yo casi encima de ella.

Todavía estamos riendo mientras intentamos recuperar el aliento. Me apoyo sobre un codo para mirarla, y casi al instante, el humor desaparece por algo más serio. Más cálido.

Sus mejillas están ruborizadas.

Mi respiración se vuelve irregular.

Abre los labios.

Inclino la cabeza ligeramente.

Nunca he querido besar a nadie más que...

La arena cae en nuestras caras y nos separamos de golpe. Levanto la mirada con confusión y me percató de la pelota de fútbol que está sobre la arena. Genial. Qué oportunos.

—¡Eh! ¡Devolvedla! —grita uno de los jugadores de fútbol desde el terreno de juego.

Me pongo de pie, camino hacia la pelota y la chuto hacia los niños expectantes. Luego me giro hacia Vaughn y le tiendo una mano.

Tras un momento, ella la acepta y me deja ayudarla a ponerse en pie.

—Deberíamos volver —dice sin mirarme a los ojos.

—Sí. —Mi voz suena más ronca de lo normal.

Regresamos a la fiesta y descubrimos que se ha formado un círculo alrededor de la música. Una mujer morena está tocando la guitarra, mientras que un grupo de niños y padres pululan alrededor. Está cantando la canción «Firework» de Katy Perry. Algunas personas la cantan también, pero la mayoría solo escucha.

—Esa es la profesora de música de los gemelos —me susurra Vaughn—. La señora Greenspoon. Hizo que la banda del colegio tocara esa canción.

Intento imaginarme unas cuantas trompetas, flautas y clarinetes tocando esa melodía y me acerco un poco más. La señora G es una guitarrista decente, y aunque su voz no llega a todas las notas, se lo está pasando bien y se nota.

Vaughn y yo nos sentamos en una tumbona cercana y escuchamos el «concierto». Distraídamente, acaricio el pelo de Vaughn, pero no me doy cuenta de que lo hago hasta que ella se vuelve hacia mí y me mira con intensidad.

—Lo siento —murmuro.

—No. Está bien. Es... agradable. —Su tono de voz es reacio y confuso y un pelín molesto.

Finalmente, la música se detiene. La señora Greenspoon apoya la guitarra sobre una silla y va a hablar con algunos padres. Todos los demás se alejan; ninguno de ellos mira en mi dirección. Todos me han visto sentado aquí... y nadie me ha pedido que cante algo.

Por una vez en mi vida me siento... normal. Es agradable salir con gente que no busca absolutamente nada de mí.

—Podemos irnos después del partido —dice Vaughn, haciendo un gesto hacia el partido de fútbol que sigue jugándose.

—No tengo prisa. —Desvío la mirada hacia la guitarra abandonada—. ¿Crees que les importará que jugueteo con la guitarra?

Vaughn mira la silla y luego a la zona desocupada a nuestro alrededor. La mayoría de la multitud se ha desplazado hacia el partido de fútbol.

—No creo ni que se den cuenta.

Estoy bastante seguro de que esta es la primera vez que oigo esa frase.

Con una extraña ola de emoción, me levanto para coger el instrumento y regreso a nuestra tumbona. Vaughn se cambia a la tumbona de enfrente y se

sienta con las piernas cruzadas, la trenza cayéndole por un hombro. Me escucha tocar unos cuantos acordes al azar.

—¿Alguna petición? —bromeo.

Pero ella se lo toma en serio.

—¿Te sabes alguna de Lumineers?

Levanto las cejas.

—¿En serio? ¿No quieres una canción de Oakley Ford?

No me puedo creer que quiera que haga una *cover*.

Hace una mueca.

—Creía que estabas cansado de tus propias canciones.

—Tienes razón. —Le sonrío y luego me devano los sesos en busca de los acordes de «Ho Hey», la canción más famosa del grupo.

Metó la pata en la intro, pero en cuanto empiezo a cantar, la melodía se antepone y los acordes salen solos. Vaughn está totalmente metida en la canción y sus ojos no se apartan de los míos. Cuando llego al estribillo, la cambio un poco —tengo que darle algo de originalidad— y sus ojos se agrandan de ilusión. Esta versión más rápida y ligeramente más roquera de la canción está quedando increíble. Estoy disfrutándolo muchísimo.

Cuando termino de cantar, estalla un gran aplauso. Casi me caigo del susto. Estaba tan metido en la música que no me di cuenta de que había más gente escuchando aparte de Vaughn. Unas cuantas cámaras se disparan y... adiós a sentirse normal. *Esta* es mi normalidad. Ser incapaz de cantarle una canción a una chica sin que alguien lo grabe.

Vaughn sigue mirándome fijamente, de nuevo con confusión en los ojos. Quiero preguntarle qué pasa, pero la gente se está acercando a mí para decirme lo mucho que han disfrutado de la canción. Algunos me piden que cante otra, pero yo me niego con educación. En cambio, tomo la mano de Vaughn y los dos nos alejamos rápidamente de la multitud.

El partido ha terminado, y los gemelos, sudorosos y desgreñados, corren hacia nosotros. Nos unimos a Paisley y a Ty, y todos tomamos la unánime decisión de que ya es hora de irnos.

—Ha sido realmente precioso —susurra Vaughn mientras andamos por la arena.

—Ah. Gracias.

Se detiene cuando llegamos a las escaleras que llevan al aparcamiento y deja que los demás sigan adelante.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—La mitad de las veces que abres la boca, dices algo que hace que quiera pegarte un puñetazo. —Vaughn me dedica una sonrisa triste—. Pero cuando cantas... haces que me resulte difícil odiarte.

Me llevo ese cumplido conmigo hasta el aparcamiento. Los gemelos se adentran en la parte de atrás del Nissan de Paisley, mientras que Paisley se coloca tras el volante.

Antes de que Vaughn se acomode en el asiento del copiloto tiro de su mano.

—Eh. Espera. ¿Puedo ver un segundo tu teléfono?

Arruga la frente.

—Eh, claro. ¿Por qué?

No respondo. Solo cojo el teléfono de su mano y abro la lista de contactos. Pulso diez dígitos y se lo devuelvo.

—Ya tienes mi número —digo con brusquedad—. Llámame si alguna vez necesitas hablar, ¿vale?

Vaughn parece impresionada.

Antes de poder preguntarme, me inclino hacia adelante y le planto un beso en la mejilla. Luego me alejo rápidamente hacia mi Escalade.

Ty y yo entramos al coche, y él me mira en cuanto arranca el motor.

—¿Ha sido divertido, eh? —dice.

—Muchísimo. —Y lo digo de verdad.

Un breve vídeo de mí cantando «Ho Hey» aparece en Instagram antes de que abra los ojos a la mañana siguiente. Solo sé que está porque Jim me despierta para contármelo. No parece molesto, sino satisfecho.

—¡El vídeo tiene más de un millón de visitas ya! —me cuenta—. Y los comentarios. Ve y lee los comentarios. Te acabo de enviar el enlace.

Adormilado, me incorporo y pongo el teléfono en altavoz para poder clicar en el enlace que me ha enviado. Lleva al vídeo de Instagram, pero no le

doy a play. Solo bajo hacia los comentarios.

AY, DIOS. ¡Qué bonito!

¡Ha vuelto, nenas! ¡VEIS! ¡Os dije que no estaba acabado!

¡QUÉ BIEN VOLVER A OÍR A OAKLEY CANTAR OTRA VEZ!

¿Esa es su novia? ¿Vaughn? Ugh. Quiero que alguien, quien sea, me mire como él la mira a ella.

**EscalofríosESCALOFRÍOS.*

Madre. De. Dios. Se me acaban de poner los pelos de punta.

Sonríó. *Pelos de punta* son las palabras favoritas de un músico. Dejo de bajar, porque hay más de cinco mil comentarios y me llevaría el resto de mi vida y parte de mi muerte leerlos todos.

—Tus fans te echan de menos —dice Jim con franqueza—. Esto lo demuestra. Tienes que sacar un nuevo álbum, Oak.

—Lo estoy intentando. —Como siempre, mi felicidad es poco duradera. Tiene que recordarme la pena que doy, ¿verdad?

—Inténtalo más.

Aprieto la mandíbula.

—Vas hoy al estudio, ¿verdad?

—Sí, me voy en una hora. —Hago una pausa—. Estaba pensando en pedirle a Vaughn que viniese.

—Es buena idea. Estuviste con ella anoche y la cosa terminó en un vídeo genial. A lo mejor ella es tu musa.

—Canté una *cover* —murmuro.

—No importa que no fuese una canción original —me discute Jim—. Cambiaste la canción y la hiciste tuya. Mejor todavía, la cantaste con emoción. La gente responde muy bien a toda esa mierda de las emociones.

Me río.

—¿Las emociones son una mierda? Me siento mal por tu mujer, tío.

Él hace caso omiso de eso.

—Ve a grabar música, chico. Te llamaré luego y... Me están llamando.
Espera.

—¿Por qué? Ya íbamos a colgar...

—No cuelgues —me ordena, y luego la línea se queda en silencio.

Me trago la irritación porque, en serio, ¿se supone que debo quedarme aquí, mordiéndome las uñas mientras él habla con otro cliente? Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo que...

—King te va a llamar en más o menos un minuto —ladra Jim de repente en mi oído.

El aire queda atrapado en mis pulmones. Jo-der.

—¿En serio?

—Sí. Estate tranquilo. No lo presiones. Déjalo hablar.

Despacio, suelto un poco de aire.

—Lo pillo.

—Estate tranquilo —insiste Jim.

—Lo he entendido. —Cuando suena el teléfono, aparto la pantalla de la cara para ver la llamada entrante—. Me está llamando ya. Luego te cuento. —Cuelgo antes de que Jim pueda volver a repetirme que esté tranquilo una vez más.

Froto las manos en la colcha en un intento de calmar mis nervios.

—¿Qué tal, King? —lo saludo.

—Hola, Oakley.

—Oak —le digo—. Todos mis amigos me llaman Oak. —*Y tú y yo vamos a ser más íntimos que hermanos para cuando hayamos colgado.*

—Sí, vale. Veo que tus «me gustas» en Insta no dejan de subir y subir. La respuesta a ese vídeo es increíble.

—Es muy dulce. —Y entonces, porque odio la inseguridad y no quiero quedarme de brazos cruzados esperando, hago exactamente lo opuesto a lo que Jim me ha ordenado—. Has de saber que soy un fanático tuyo. La única razón por la que no te estoy acosando es porque Jim me mataría.

King se ríe.

—Ambos sabemos que me muero por trabajar contigo. Y como esta es la

primera llamada que me has devuelto, supongo que es para algo más que felicitarme por el vídeo viral.

—Tienes razón. Estoy viendo madurez en tu música. El sonido que tenías antes lo podría haber producido cualquiera.

No se equivoca. Podría marcarme un farol y decirle que llevo trabajando en cosas nuevas desde que saqué mi último álbum, pero sería capaz de percibir la mentira en cuanto entrase en el estudio. Opto por la honestidad total.

—Si no compongo nada nuevo, mi carrera estará acabada. Ambos sabemos que los cantantes de sencillos tienen una vida musical muy corta.

—¿Quieres crear algo nuevo para seguir estando en lo alto? Porque las adolescentes son las únicas fans que importan en este negocio y te siguen adorando. Si seguir siendo famoso es lo que te importa, entonces no me necesitas.

—No, quiero crear algo nuevo porque ya no me identifico con mi antiguo yo. No intento reinventarme, sino más bien... —Necesito dar un salto de fe, que baje mi capa protectora y algo de introspección para que King se suba a bordo—. Estoy intentando encontrarme a mí mismo —admito—. Estoy perdido y llevo así bastante tiempo.

Luego me callo y por una vez en mi vida espero.

—Ahhhh. —Es un sonido de satisfacción—. Con eso sí puedo hacer algo, Oak. ¿Y si me paso por allí, digamos, el jueves?

—Suena bien, tío. Muy bien.

Charlamos unos cuantos minutos más y quedamos a una hora y en un lugar. Cuando cuelgo, me tiemblan y me sudan las manos y estoy a punto de vomitar.

Y aun así nunca me había sentido mejor.

Capítulo 25

Ella

@OakleyFord @OakleyFord_No1Stan @sabaataani @vogue @VeryVaughn
seguidme por favor

@OakleyFord Quiero darte un mordisco

@OakleyFord sé mi VALENTIN!

—Entonces —dice Oakley en tono de conversación—, ¿este es el mejor día de San Valentín que has tenido o el peor?

Esas dos meras palabras, San Valentín, hacen que sienta un fuerte pinchazo en el corazón. Sé que Oakley está tratando simplemente de aligerar el ambiente, pero recordarlo duele. Nunca pensé que este año pasaría San Valentín sin mi novio.

Pero así es. Porque no tengo novio. Ya no.

Sigue pareciéndome irreal cada vez que pienso en la ruptura. Han pasado dos semanas desde que W se marchara de mi casa. Dos semanas sin contacto, sin mensajes de texto y sin enrollarnos. Sin... lágrimas. Ni una sola lágrima, y eso es lo que más me molesta. W y yo estuvimos mucho tiempo juntos, pero, después de la llorera la noche que me dejó, no he llorado por él en absoluto.

Claro que siento una punzada en el pecho cada vez que me acuerdo de él, y trago saliva varias veces cuando me obligo a borrar algunas fotos del

ordenador. Pero en su mayor parte, me siento... normal.

Y...

Aliviada.

Dios. Me siento fatal cada vez que el alivio recorre mi cuerpo, pero soy incapaz de no sentirlo. Y cada vez que pasa me acuerdo de la conversación con Paisley cuando me dijo que no había querido a W de verdad.

—Frunce los labios y júntalos.

La orden me saca de mis pensamientos. Proviene de Belinda, un terror peliazul que mide metro y medio y me mira severamente formando un círculo con los labios.

Pongo los ojos en blanco pero hago lo que me dice. Según Claudia, Belinda está a cargo de mí esta mañana.

—No. Así pareces un pez —me regaña—. Queremos que hagas un puchero, no que formes parte de un estanque *koi*.

A mi lado, Oakley se ríe tanto que tiembla todo el sofá.

—Esto es una locura —murmuro—. Y, para contestar a tu pregunta, este día no es ni bueno ni malo. Solo raro.

—¿Qué? ¿Tus interacciones de Instagram no están pautadas y preparadas?

Hay cierto tono en su voz, uno tierno y cálido que hace que se me entrecorte la respiración, y de nuevo me siento paralizada ante la respuesta inapropiada que Oakley produce en mí. He pasado estas dos semanas recordándome a mí misma que no es mi novio de verdad, pero él consigue que resulte difícil recordarlo.

Como por ejemplo con sus mensajes. Los que me llegan directamente al móvil y no a través de Twitter o Instagram.

Soy demasiado gallina como para preguntar si es él el que está al otro lado de nuestras interacciones públicas, pero no creo que haga que el equipo de Claudia me mande mensajes como:

Esta mañana me he levantado a las nueve. No me había dado cuenta de que el sol saliese tan temprano.

Y:

Estoy en la tienda de música acariciando guitarras. Necesito otra tanto como necesito otro tatuaje. Por eso no debería levantarme temprano. Ven y entreténme.

Esa fue la primera de sus peticiones improvisadas para pasar tiempo con él. Y quería. Y tanto que quería. Pero pensar en pasar tiempo sin trabajar con él me pone un poco atacada. Ni siquiera ha pasado un mes desde mi ruptura con W. Temo que el magnetismo de Oak me atrape, y tenga algún tipo de repercusión para la que no estoy segura de estar preparada. Así que he estado poniéndole excusas.

No puedo. Ahora mismo estoy con la cena.

No puedo. Intento buscar una buena receta de tiramisú.

No puedo. Recogiendo a los gemelos de clase.

Con el reciente incremento de dinero, Paisley ha podido pagar un campamento de baloncesto para los gemelos, algo que siempre han querido pero que nunca nos hemos podido permitir.

El día después de mi última excusa recibí un vídeo de Oak.

¿Qué te parece?

Estaba tocando música otra vez, jugueteando con los arreglos de sus antiguas canciones. Nada nuevo en lo que a la letra se refiere, pero el sonido era definitivamente diferente. Con un tono más antiguo y roquero que en sus tres discos anteriores.

Está bien.

Bien es la palabra del diablo. Es templado, como el café de un día para otro. Nadie lo quiere.

Yo no soy cantante. No sé tocar ningún instrumento. Solo te puedo decir si me gusta o no. Y me gusta.

¿Te pongo la piel de gallina?

Cada vez que leo un mensaje quiero contestarlo. Cada vez que oigo cómo vibra el móvil.

Pero me pregunta sobre mi reacción ante su música, no ante él, así que digo:

Aún no.

¿Vas a hacer que me esfuerce?

¿La verdad? Me gusta.

Quiero que te encante.

Pero no me encantó. Sonaba bien. Sonaba diferente. Pero no se me pusieron los pelos de punta y no iba a mentirle.

Entonces sí, voy a hacer que te esfuerces.

No me contestó hasta varias horas más tarde y me pregunté si le había ofendido.

Gracias por ser sincera. Algún día te haré flipar.

Esperaba que no. No sé si hay defensa lo suficientemente robusta como para resistir a un Oakley Ford dispuesto a hacer flipar a una chica. Quería contestar: *No, por favor. No sería capaz de soportarlo.*

En lugar de eso repliqué:

Ya veremos.

Lo cual, en perspectiva, puede que haya sido peor. Sonaba muy a flirteo, sobre todo cuando la respuesta de Oak fue:

Acepto el desafío.

Y el día siguiente fue peor cuando el único mensaje que recibí fue una foto de un cono de helado con lo siguiente:

He vuelto. El helado no sabía tan bien esta vez. Solo para que lo supieras.

Quería tuitearle al aluvión de fans femeninas que me mandaban mensajes diarios en Twitter que, para su información, Oakley Ford era demasiado encantador para su propio bien y que necesitaba a alguien que me salvase de mí misma.

Mantener distancia emocional con un chico con el que tienes que fingir salir es lo más difícil del mundo. Y no ayuda que ahora mismo me encuentre tumbada en un sofá cómodo al lado de su musculoso cuerpo, con su brazo bajo mi cabeza y sus famosos ojos verdes observando mi cara.

—¿No te gusta que nuestro primer San Valentín como pareja lo graben...?
—Entrecierra los ojos hacia el grupo de personas que casi se abalanza sobre nosotros en el extremo del sofá—... ¿cinco personas?

—Creo que sobran cinco personas.

El músculo bajo mi cabeza se tensa.

—Estoy de acuerdo.

Trago saliva y las comisuras de sus labios se alzan en una sonrisa cómplice.

Su cabeza se inclina más abajo y su cuerpo se mueve hasta que casi escudarme del resto de gente en la sala. Sé lo que viene y me recuerdo a mí misma que todo forma parte del espectáculo, pero el brillo de sus ojos me dice algo diferente.

—¡No la toques!

Oak cierra los ojos en señal de frustración y después se deja caer contra el cojín. De repente me enamoro de Belinda. Me ha salvado de lo que hubiese sido un beso de esos que erizan la piel y te hacen sentir mariposas en el estómago, de esos en los que pensarías durante demasiado tiempo.

Cuando me ha llamado Claudia esta mañana para informarme de que nos

harían un reportaje romántico para las redes sociales, no tenía ni idea de que fuese a ser tan... personal. Dijo que ya era hora de que Oakley hiciera una declaración pública. No bastaba con que me hubiesen fotografiado comiendo con su madre o que hubiese innumerables fotos de poca calidad de Oakley en la playa con mi familia.

Oakley tiene que hacer una declaración abierta. Y esa declaración requiere que estemos juntos, con las piernas entrelazadas y las caras una cerca de la otra.

—La luz es demasiado brillante —se queja Claudia—. Queremos que la foto grite «viendo una película juntos al anochecer» y no «recién levantados de la cama».

—¿Se puede hacer todo eso con la luz?

Oakley apoya la cabeza en la mano y me mira.

—Te asombraría saber lo que la gente puede interpretar de una foto. Me acuerdo de cuando estaba de descanso de la gira de *Ford*. Fui a una discoteca en Alemania con mi amigo, Trevor David, ya sabes, el batería de Twenty Four Seven.

Asiento. Twenty Four Seven es un grupo antiguo de *rock* que lleva en el mundo de la fama una década más o menos. Nunca me ha gustado su música.

—Bueno, él estaba saliendo con una modelo de Victoria's Secret de Londres. Tenía un nombre raro. Uno bíblico. ¿Ezra? ¿Hezbollah?

—¿Betsabé?

—Sí, ese. Bueno, estábamos todos en una discoteca y alguien chocó contra ella. Yo puse mi mano a su alrededor para evitar que cayera. En ese entonces, un idiota tomó unas cinco fotos y las vendió a una revista alemana. Esas cinco fotos parecían insinuar que yo había estado abrazándola toda la noche, y a la mañana siguiente los titulares decían que le ponía los cuernos a su chico con uno de sus mejores amigos. Trevor estaba a su lado. En una de las fotos incluso se puede ver el extremo de su brazo. —Sacude la cabeza—. Lo cortaron de la foto.

—Es una mierda.

—Lo es.

—¿Qué paso...? —empiezo.

—¿Qué pasó con qué? —me presiona.

Oh, diablos, se lo pregunto.

—¿Qué pasó con la supermodelo brasileña?

Él sonríe.

—¿Cuál de ellas?

Alzo la mano y le pellizco el costado.

Chilla y me coge la mano. Y no la suelta. Y, por una vez, no la retiro. Él me acerca a su cuerpo.

—¿Te refieres a Izabella Duarte? Sí que me acosas.

Miro en dirección a nuestras manos entrelazadas, muy avergonzada.

—Puede que, una vez, me interesase mucho todo lo relacionado con los famosos —respondo con evasivas. El escándalo Izzy/April fue lo que me hizo dejar de lado a Oakley, y después mis padres fallecieron. Creo que llegados a ese punto mis emociones se congelaron.

—Por eso los publicistas fomentan las relaciones falsas. No habrías estado ni la mitad de interesada en mí si estuviese soltero. Las relaciones mueven el mundo.

—Puede, pero no soy April Showers.

—No, eres Vaughn Bennett. A mí me gusta Vaughn Bennett.

Mi corazón palpita desbocado. Para tapar mis sentimientos, vuelvo a sacar el tema de April.

—¿No te pones celoso cuando la ves en la portada de las revistas?

April aparece en las portadas mes tras mes.

—Sabes que no es así en la vida real, ¿no? Esas fotos están manipuladas y alteradas con tanto Photoshop que creo que hasta a su madre le cuesta reconocerla.

—¿Eso es un sí?

—Si me preguntas si estoy pillado por ella, es un no. April y yo éramos unos adolescentes cuyos responsables pensaron que una relación como la nuestra nos daría más publicidad, y tuvieron razón. Ayudó, pero para mí no fue más que un papel frente a los medios. Así que, sí, puede que me divirtiese con Izzy, pero ella nunca consiguió mi número. —Baja la voz—. No soy infiel, si eso es lo que preguntas. Si April y yo hubiéramos tenido una relación de verdad, no habría mirado a ninguna otra chica. Soy hombre de una sola mujer, nena.

Trago saliva. No tiene ni idea de lo que me hace sentir cuando me llama *nena*.

—Ven hoy conmigo al estudio —pide.

Y como no puedo hablar, asiento. Él me sonríe un montón y yo casi echo de menos que Belinda me ordene que me mueva.

—Cambiemos posiciones. Que la cabeza de Oak repose sobre su regazo —sugiere Belinda.

Lanzo un suspiro de alivio y me levanto de inmediato. A Oakley le cuesta un poco más separar su cuerpo del mío. Nos ponemos en posición, pero tener su cabeza en mi regazo no me lo pone más fácil. Mis dedos están deseando apartarle el pelo de la frente. Tiemblo un poco, pero Oak se da cuenta.

Sus ojos brillan al preguntar.

—¿Tienes frío?

Belinda le oye y chasquea los dedos.

—Una manta. Eso quedará perfecto.

Alguien corre a por una.

—Relájate —murmura él.

¿Cómo? No creo que nadie pudiera.

—Darla, difumina un poco la raya de su ojo. Parece demasiado precisa —ordena Belinda. La maquilladora se inclina con una brocha y da ligeros golpes bajo mi ojo.

—Mucho trabajo para estas fotos.

—Una. En singular —dice Oak.

—Quién sabe. Puede que hagamos un montaje —sugiere Claudia.

A su lado, el pelo azul de Belinda se mueve al asentir.

—Oak, alza la mano y tócale el cuello.

Sus largos dedos se curvan alrededor de mi cuello, presionando mi piel ligeramente, recordándome cómo presiona el traste de la guitarra. Tiene unos dedos preciosos y con talento, capaces de sacar mucha emoción a tan solo seis pequeñas cuerdas de metal.

—Nunca me volveré a creer algo que vea en internet —susurro.

Su pulgar acaricia mi mejilla.

—Esto no es internet.

Cuando por fin sacan las fotos, Oak nos lleva a su furgoneta antes de que Belinda pueda sugerir otra pose. Claudia y sus asistentes discuten sobre la foto mientras nos vamos. No sé qué deciden, aunque parecía que habían limitado las opciones a un emoticono de corazón o el hashtag «sentimientos».

En el asiento de atrás, Oakley mete la mano en el bolsillo y saca, algo pero no puedo ver qué. Parece incómodo, eso sí.

—¿Estás bien? —pregunto al tiempo que alzo una ceja.

—Sí. Eh, te he comprado algo.

La otra ceja se suma a la primera.

—¿Un regalo?

Se encoge de hombros de forma adorable.

—Es San Valentín. Imaginaba que tenía que comprarte algo. Pero no te lo quería dar delante de los relaciones públicas, o lo hubiesen intentado meter en las fotos y, eh, no quería.

Soy incapaz de ocultar mi sorpresa. O la culpa, porque suena a que me ha comprado algo sin que Claudia se lo haya ordenado y yo no le he traído nada. Ni siquiera una postal de San Valentín. ¿Debía hacerlo?

—Da igual... —Vuelve a encogerse de hombros—. Toma.

Me da un papel con forma cuadrada. Lo observo porque, bueno, no me esperaba un trozo de papel doblado. ¿Me ha escrito una carta? Se me acelera el corazón. ¿O una canción?

Vuelvo a sentirme confusa al desdoblar la hoja y ver lo que hay escrito. Es una lista de ingredientes seguida de instrucciones de como *remover*, *mezclar* y *espolvorear con cacao*. Necesito un segundo para darme cuenta de que es una receta de tiramisú.

—Oh —es todo lo que me sale.

—Dijiste que estabas buscando una buena receta de tiramisú, así que... —Oakley se remueve en su asiento, parece ligeramente incómodo—. He llamado a Francisco Bello, ¿has oído hablar de él? Aparece en...

—*¡Cast-Iron Cookoff!* —Le interrumpo, es una de las competiciones más populares de la televisión. Siento la excitación dando vueltas por mi estómago—. ¿Y dices que te ha dado su receta? ¿Su receta *secreta*?

—Sí —me ofrece una media sonrisa—. Viene bien conocer a Oakley Ford, ¿eh?

No me lo puedo creer. Francisco Bello es conocido por no soltar prenda respecto a sus platos. Los foráneos tienen prohibido el acceso a las cocinas de cualquiera de sus restaurantes, y en el programa dejan partes borrosas de lo que hace para que el público no adivine la receta.

—Dios. Es... —Sacudo la cabeza, alucinada—. *Tan guay.* ¡Estoy deseando probarla!

Eso le saca otra sonrisa.

—Pensé que te gustaría.

¿Qué me gustaría? Me encanta. Excepto la parte en que es otro gesto por parte de Oakley que me llena de confusión. ¿Por qué me regala cosas? ¿Y por qué mi corazón no deja de latir desbocado cada vez que está cerca?

Trago saliva con la esperanza de conseguir respuestas, pero parece que últimamente lo único que tengo son preguntas.

—Gracias —exclamo.

—De nada.

Nuestras miradas se cruzan durante un momento. Creo que Oak quiere decir algo más, pero el coche se detiene y rompemos el contacto visual de forma abrupta.

—Ya hemos llegado —anuncia Big D.

—¿Has estado en un estudio alguna vez? —me pregunta Oak mientras esperamos a que se abra la puerta. El momento entre ambos ha pasado, pero mi pecho sigue sintiendo esa placentera calidez mientras me guardo la tan preciada receta en el bolso de tela.

—No, nunca —admito.

—No es muy elegante. Salas insonorizadas, mucho equipo. ¿Quieres que te lo enseñe?

Al otro lado de la vaya, varios fotógrafos que han debido de acampar a esperar a que lleguen artistas gritan el nombre de Oak para que se gire. Algunos incluso gritan el mío. Big D se coloca entre la calle y Oak, este los ignora y abre la puerta.

—Claro.

El estudio tiene dos plantas.

—Las oficinas están arriba, aquí abajo hay tres estudios de sonido y hay otro en el piso de arriba.

—¿Cómo funciona todo?

—Depende de si el grupo se lleva bien.

—¿En serio?

—Sí. —Abre una puerta y me indica que entre—. Si todos se llevan bien, graban juntos. Si no, una banda graba la melodía y después cada miembro viene y trabaja en sus pistas individuales. Los técnicos de sonido los juntan y después todos vuelven para cantar la letra.

—Suenan complicado.

—Sin duda, es mucho más fácil si el grupo es una gran familia feliz.

En la sala hay sofás de cuero con forma de L, un par de banquetas, soportes para guitarra y un sintetizador.

—¿No hay batería? —inquiero.

—No, los baterías son lo peor. Cada uno tiene la suya. Los mejores se niegan a utilizar otra que no sea la suya.

Oak deja que toque varios de los instrumentos antes de abrir la puerta de otra sala; esta tiene un montón de máquinas con diales y palancas, tres pantallas de ordenador enormes y más sofás. Está repleta de botellas de cerveza vacías y apesta a tabaco.

—Huele mal, ¿eh? Esta es la sala de mezclas de Ren Jacobs. Es un genio con el ordenador pero fuma como un carretero. Si no tuviese tanto talento lo habrían echado hace tiempo.

—¿Tú no grabas aquí?

—No. Menos mal que estas cuerdas no necesitan Auto-Tuning. —Se toca la garganta.

—¿Qué es eso exactamente?

—Es un programa de ordenador que permite a un técnico subir o bajar notas en la escala, y así asegurarse de que todo está afinado. Yo prefiero cantar hasta que salga perfecto y luego mi técnico junta las partes. Se necesita más tiempo, pero al menos sé que soy todo yo. Vale, aquí tenemos los distintos mezcladores: análogo y digital para varias pistas...

Observo su brazo al señalar, cómo se flexionan sus músculos. Supongo que yo también estaría orgullosa de mis brazos si los tuviese así. Son

impresionantes.

Oak me pilla mirando y me guiña el ojo a sabiendas.

—Cada parte del equipo es de lo mejor.

Vale, estaba mirando. Y qué.

—¿Por qué estás tan...?

—¿Qué? ¿Bueno?

—No, fuerte. Es decir, ¿para qué entrenas los músculos? ¿Porque quieres verte así o por la imagen o qué?

Mete las manos en los bolsillos.

—Ir de gira es duro. Tienes que estar en plena forma. Y sí, verse así vende discos. No voy a mentir. Además, a las damas les gusta.

Menos mal que no vuelve a guiñar el ojo, porque le hubiese golpeado, pero no se equivoca. Es un festín para los ojos.

—¿Por qué tienes tantas ganas de trabajar con Donovan King? —pregunto cuando volvemos al pasillo.

—Hoy eres todo preguntas, ¿eh?

Me encojo de hombros.

—Pareces estar repleto de respuestas.

Él se detiene y se apoya contra la pared. Me coloco frente a él.

—King es un genio. Puede sacar música de ti mismo que ni sabías que existía. He intentado grabar algo nuevo durante dos años. He pasado por cuatro productores distintos. He colaborado con una docena de compositores. He invitado a todo tipo de artistas a tocar conmigo. Estrellas del pop, de *rock*, *reggae*, rap. Incluso tuve una sesión con un grupo de *a capella*. Cada vez que preparaba un tema, sonaba como mis últimos tres discos. No necesito grabar uno nuevo. Puedo mezclar los tres anteriores y ya está. —Frustrado, se pasa una mano por el pelo—. Pero no quiero. Y no creo que mis fans quieran eso tampoco. Al menos, no puedo irme de gira y cantar la misma mierda una y otra vez. La idea de ir por varias ciudades del mundo y cantar lo mismo hace que quiera ahogarme en el océano. —Vuelve a tocarse el pelo, alza la cabeza y me mira.

—Cuando cantaste en la discoteca todos pensaron que lo hiciste para ellos. No importa cómo suenes. La gente siempre va a querer escucharte.

—Suena demasiado amable viniendo de ti.

—Nunca soy amable contigo. —Ambos sonreímos—. Es cierto. Ojalá tuviese la mitad de pasión en la vida de la que le dedicas tú a tu música.

Ladea la cabeza.

—¿Y tu arte?

Hago una señal de desdén con la mano.

—Eso es solo un pasatiempo. No me interesa ser artista. —Me paro en seco—. Voy a conseguir el título de Magisterio.

—Pero si no te apasiona, ¿por qué hacerlo?

—Mis padres eran profesores —le explico, intentando expresar en voz alta lo que no siquiera está claro en mi cabeza—. Mi padre era profesor de ciencias en primaria y mi madre enseñaba a cuarto curso.

—Vaya, antes de que los niños se conviertan en unos capullos.

—Más o menos. Eran... éramos felices.

—Um. —Asiente despacio. Su cara me indica que me entiende sin tener que darle más explicaciones. *Cómo mis sueños de futuro están ligados a la pérdida de mi pasado.*

Pero enseñar tiene sentido en mi cabeza, o al menos lo solía tener. Es decir, tengo que elegir *algo*. No puedo pasarme la vida sin seguir una dirección. Necesitaré una carrera, y seguir los pasos de mis padres parece la decisión más lógica.

¿No?

Confusa por mis pensamientos inseguros, cambio de tema rápidamente.

—Y tú, ¿eras un capullo? —pregunto.

—Por supuesto, pero he tenido tutores privados desde que lancé mi primer disco. Nada de numeritos de instituto. —Sueno melancólico—. Si enseñar es lo que quieres, entonces genial. Serías una buena profesora.

—¿Sí?

—Claro. Pero...

—Pero, ¿qué? —pregunto recelosa.

Oak permanece pensativo durante un momento.

—Has dicho que tu padre era espontáneo, ¿verdad?

—Sí. —No sé a dónde quiere llegar con esto.

—Me apuesto todo mi repertorio de música a que querría que hicieses algo que te guste.

Vacilo.

—Yo... no sé qué es eso.

Oak ni siquiera parpadea ante mi incertidumbre.

—Entonces busca hasta encontrarlo. No te decidas hasta dar con ello. — Se aleja de la pared—. Serías buena en cualquier cosa. —Dice por encima del hombro al tiempo que camina por el pasillo—: Pero deberías hacer algo que te encante.

Qué fácil es para él decir algo así.

Dentro del último estudio hay varios músicos. Oak me presenta. Está Luke, a quien ya conozco, con Rocco, el batería de Oak, y Mallik, al teclado. Hay otros dos guitarristas que me resultan familiares. Intento esconder mi sorpresa cuando se presentan como Con y Dalton de Saints and Sinners, uno de los grupos del momento. Los vi en MTV el año pasado.

—Mi chica, Vaughn.

Soy incapaz de borrar la sonrisa de la cara.

—Encantada.

Hay muchas sonrisas burlonas pero no me importa. No mucho.

—¿Quieres algo de beber? ¿O de comer?

—Una Coca-Cola no estaría mal.

—Ahora vuelvo. —Coloca una silla tapizada al lado de una banqueta—. Siéntate. Ahora te la traigo.

Me acomodo en la silla y siento que no pertenezco a este lugar. Esa sensación se intensifica cuando Luke se inclina hacia mí.

—Así que por aquí sigues. —Sonríe, pero no con bondad—. ¿Te pagan mucho?

Reprimo un sonrojo.

—No creo que haya que pagar a nadie para que salga con Oak.

—¿Sí? Porque estoy bastante seguro de que ninguna tía elegiría celebrar el día de San Valentín en el estudio a menos que se llevase billetes a cambio.

—Iremos a cenar después —miento.

—Ajá. ¿Dónde?

—Aún no lo sé. Oak ha dicho que es una sorpresa. —Suelto las mentiras con total naturalidad, pero siento la rabia concentrándose en mi estómago. ¿Qué le pasa a este tío? Casi le grito que Oakley me ha regalado algo por San

Valentín, ¡ja! Pero me trago las palabras en el último momento porque ha sido algo increíble y privado y no quiero que Luke lo arruine.

—¿Vais a hacerlo después de cenar? —Inquiere Luke con una sonrisa burlona—. Porque me he dado cuenta de que no lo tocas mucho, ¿eh?

—Luke —gruñe Rocco—, cierra el pico.

—¿Qué? Solo pregunto. —Hace un gesto con la mano—. Tengo curiosidad. George, el curioso.

Es un idiota en busca de problemas. Me miro los zapatos.

—Lo único que digo es que hemos visto a sus fans. Nos hemos acostado con ellas. Sabemos cómo son. Y nunca tienen suficiente, especialmente de Oak.

No me gusta que me toquen. Pensar en las manos de esas chicas sobre él hace que se me revuelva el estómago.

—Puede que esa sea la razón por la que Oak esté con ella —exclama Rocco—. Contigo —se corrige—, porque no estás encima de él.

—Quizá.

La palabra de Luke está teñida de escepticismo. Los otros tres se quedan en silencio.

Oakley vuelve haciendo que Luke se calle por fin. Ignoro el refresco que me ofrece y tiro de su muñeca lo suficiente para inclinarlo y besarle la mejilla. Sus ojos se abren por la sorpresa, probablemente porque es la primera vez que inicio yo el contacto.

Se sienta en el sillón, con una pierna rozando la mía y un brazo colocado en la parte de atrás de la silla. Después se inclina y me susurra al oído:

—Aquí no hay cámaras.

Parece que me esté dando un beso o diciéndome algo guarro. Todos excepto Luke fingen no mirarnos.

Molesta por el patente escepticismo de Luke, me giro hacia Oakley y lo beso en la boca. Al principio está demasiado sorprendido como para responder al beso. Pero enseguida se mueve, entierra la mano en mi pelo y me ladea la cabeza para tener mejor acceso. Su lengua se cuela entre mis labios entreabiertos y acaricia la mía con el toque más húmedo que haya sentido nunca. Agarro la lata de Coca-Cola con fuerza entre los dedos para evitar estrecharlo a él. Y me olvido de los que nos miran, del contrato, del asunto de

fingir. Me olvido de todo hasta que alguien toca un platillo y me devuelve a la realidad.

Al separarnos, los labios de Oak están rojos e hinchados. Sus ojos son llamas gemelas sobre un brillante verde. Podría perderme en ellos.

Hay un largo silencio antes de que Luke ría por lo bajo.

—Bueno, vale —dice arrastrando las palabras—. Puede que no estéis fingiendo.

Capítulo 26

Ella

@VeryVaughn El mejor día que he tenido en mucho tiempo. Gracias x pasarlo conmigo.

@OakleyFord Ha sido genial

@VeryVaughn Menos mal que puedo tener el día de San V siempre que quiera

@OakleyFord ;)

@1doodlebug1 ¿¿¿Has visto los mensajes del Insta???

@OakleyFord_stanNo1 Adoro tanto a esta pareja.

He estado en el estudio hasta las 4 d la mañana. Tengo q volver a las 9. Márame. Pero he escrito esta canción y necesito tu opinión.

Miro detenidamente el móvil, sintiendo curiosidad y reticencia al mismo tiempo. Mi dedo está casi sobre el archivo adjunto de audio que Oak ha incluido en el mensaje. Quiero escucharlo con todo mi ser, pero estoy algo asustada de escuchar su voz. Ha pasado una semana desde San Valentín, me ha

mandado seis canciones, y cada vez que oigo una, su voz rasposa me deja hecha papilla en el suelo.

Vuelvo a tener problemas con lo de fingir. Aunque Oak y yo no nos hemos vuelto a besar desde el día en el estudio, pienso en ello todo el tiempo. No, me *obsesiono*. Hace unos días, cuando tuvimos una cita pública en el acuario me pasé todo el rato mirándole la boca, preguntándome cómo sería besarle sin que nadie nos viera. Sin cámaras, sin las sonrisas de sus compañeros. Besar solo para mí.

Anoche di vueltas en la cama durante horas después de que me mandara algunas fotos de la sesión que hizo para una revista ese día y estaba tan guapo que casi se me salieron los ojos de las órbitas.

Creo que me estoy pillando por Oakley Ford... y me asusta.

El móvil vuelve a sonar.

¿Tan mal está? ¿O tan bien que has vuelto a escucharla? Un consejo de profesional, otra palabra que les gusta a los músicos es «cautivadora».

Claudico y la reproduzco, porque sean cuales sean mis confusos sentimientos no se merece que lo deje colgado. Y entonces me descubro a mí misma con la boca abierta frente al teléfono, porque todo lo que Oak canta es exactamente cómo me siento. Confusa, desorientada, preguntándome por qué me he levantado de la cama esta mañana. Es la voz de mi cabeza.

*I prefer the night
The dark, the shadows
The corners and the shallows
Where no one knows you
Where we all pretend
The mask is all we see
All we see
Until the end.*

[Prefiero la noche / La oscuridad, las sombras / Las esquinas y los vacíos / Donde nadie te conoce / Donde podemos fingir / que la máscara es todo lo

que se puede ver / Todo lo que vemos / Hasta el final.]

Vuelvo a reproducir la canción.

Vaughn, me estás matando. Literalmente. Hay sangre en el suelo. Los científicos de CSI no van a poder esclarecer este crimen...

Está bien , le respondo.

¿Bien? ¿Es la única palabra de tu vocabulario? Ya he sugerido dos alternativas. Cautivadora y estremecedora. También podrías usar genial, excelente, desternillante, devastadora, entretenida, fantástica, increíble...

Me impresiona tu vocabulario. ¿Tienes un diccionario?

Soy compositor. Las palabras son mi herramienta. Dame algo más.

Oak sí que es algo más. Mostrarse vulnerable es su mayor fortaleza. Cuando yo tenía quince años, su música me hacía feliz, pero no creo que me transmitiese tanto como la letra de esta canción. Se está abriendo. Está mostrándole a la gente lo que siente de verdad.

Y todo lo que me pide es decirle si me gusta la canción. No puedo reprimirme.

La canción es increíble.

¿Sí?

Sí.

¿Los pelos de punta?

Sonrío a la pantalla.

Necesitaré una actuación en persona antes de poder confirmarte eso.

Hecho. Hecho. Hecho. Y... mierda. King ha llegado. Tengo que irme. Pero luego nos vemos y te la canto.

Eso sí que consigue que me estremezca, y tiene poco que ver con la música y todo que ver con él. Vuelvo a reproducir la canción y escucho cómo me cuenta que ha vivido poco pero que le parece mucho, que nadie puede ver a través de la máscara que muestra al mundo. Y cómo, a pesar de todo lo que ha visto y hecho, aún se siente solo. Su visión de futuro es una neblina fría, deforme.

¿Y no es así cómo me siento yo? Sin mi familia, sola sin mis padres, preguntándome mi siguiente paso en la vida.

Pero, al contrario que él, nunca me he abierto así: confesando mis equivocaciones, rogando perdón, admitiendo mi ignorancia. Nunca me he quitado la máscara y me he quedado vulnerable ante nadie. Ni siquiera W. O, quizás, especialmente no ante W.

Paisley entra en mi habitación como una exhalación y me saca de mis pensamientos. Está vestida para irse a trabajar y me sorprende que siga en casa. Los gemelos ya se han ido al colegio.

—¿Has visto esto? —pregunta seria, ofreciéndome su móvil.

—¿Ver qué?

Sus mejillas están rojas y se nota que trata de... ¿de qué? ¿Contener la ira?

—Léelo.

Cojo el móvil que me tira. Me siento palidecer cuando observo la pantalla.

La respuesta del ex a la disculpa de Oakley Ford: «¡Disfruta de las sobras!»

—Dios —susurro, me siento fatal—. Esto... no puede ser cierto.

No puede ser. W no diría nada de eso, sobre todo no a un reportero. Firmó

un contrato de confidencialidad que le prohíbe... mierda, decir algo sobre mi relación falsa con Oak. Que yo recuerde, el acuerdo no estipulaba que no pudiera hablar de Oak en general.

Pero este horrible comentario... ni siquiera es sobre Oak. Es sobre *mí*. Yo soy las sobras. ¿Cómo ha podido hacer esto?

—Paisley.

Me mira preocupada.

—¿Qué pasa?

—¿Me puedes dejar sola un minuto? Necesito llamar a W. —me sorprende lo calmada que sueno.

—Claro. Estaré abajo por si me necesitas.

Cierra la puerta suavemente pero no le presto atención. Es un error, decido. Algo que ha inventado un bloguero para conseguir visitas. Puede que W y yo hayamos terminado, pero nunca me llamaría zorra en los medios de comunicación.

—¿Qué parte de «hemos terminado» no entiendes? —escupe al teléfono sin siquiera saludar.

Doy un grito ahogado. ¿En serio ha dicho eso?

—No te preocupes —le contesto, intentado controlar mi ira—. Esto no te llevará mucho.

—Tienes cinco segundos antes de que cuelgue.

Esto es horrible. ¿Cómo diablos hemos llegado a esto? W me quería. ¿Nuestra relación no significó nada para él?

—¿Has hablado con la prensa esta mañana? —pregunto, y una parte de mi reza porque lo niegue. O, al menos, que lo que sea que haya dicho se haya sacado de contexto.

W permanece callado durante un momento. Después estalla:

—¡Sí, lo he hecho! ¿Qué coño iba a hacer? He tenido periodistas apostados en la residencia toda la semana. Hoy un tipo ha venido a la salida de mi clase de psicología a preguntarme sobre la disculpa de ese capullo. ¿Se suponía que tenía que quedarme callado o qué?

Me levanto y aprieto el teléfono con fuerza.

—¡Eso es exactamente lo que debes hacer!

—Y una mierda. ¿Él puede decir cosas de mí y yo no puedo contestar?

Esa disculpa era una broma, no lo decía en serio. Solo intentaba quedar bien delante de los periodistas. Tú misma lo dijiste. Es por su imagen. ¿Y la mía?

—¿Y la *mía*? —chillo—. ¡Me has llamado sobras! ¡Le has dicho al país entero que soy prácticamente una zorra! ¿Cómo has podido?

Otra pausa. W se aclara la garganta.

—No te he llamado zorra. Pero... siento haber dicho lo que he dicho, ¿vale? No quería hacerte daño.

Trago saliva para deshacer el nudo de dolor que tengo en la garganta. Esa es la diferencia entre W y Oak. Cuando él se disculpó públicamente por poner verde a W, Oak lo decía en serio. Se abrió y fue sincero sobre su error, a pesar de quedar vulnerable.

Mientras que W ni siquiera me dice la verdad cuando estamos solos. *Quería* hacerme daño. Quería hacerme más daño a mí que a Oakley, porque de otro modo su comentario no hubiese sido sobre lo zorra que soy. Hubiese sido sobre lo mala que es la música de Oakley Ford y que no entiende cómo alguien querría salir con un cantante acabado.

—Lo que sea, W —murmuro—. Supongo que los dos años que hemos estado juntos no han significado nada para ti.

—¿Me estás vacilando? —me grita al oído—. No he sido *yo* el que ha tirado nuestra relación a la basura. Has sido *tú*. Has sido tú quien ha aceptado un trabajo que nos ha hecho daño. Tú has sido la que ha mentido sobre darle mi vídeo a la agencia. ¡Tú, Vaughn!

Una ola de cansancio se apodera de mí. No puedo más. Otra vez no.

Pero W no ha terminado de enterrar el cuchillo.

—Ya no salimos juntos. No te debo nada, y puedo salir con quien me dé la gana y decir lo que me dé la gana de ti. —Su respiración agitada hace eco al otro lado de la línea—. Deja de llamarme. No quiero volver a ver tu nombre en mi teléfono. De hecho, voy a borrar tu número, ¿qué te parece?

El labio inferior me empieza a temblar. No. Me niego a volver a llorar por él.

—Por cierto, he visto esas fotos de Instagram tuyas y de tu novio acabado; dulces, hogareñas y aburridas, ¿eh, V? Me alegró incluso más haberte dejado. —Se ríe con crueldad—. Ah, y por si te lo preguntabas, yo *sí* que me acosté con alguien en San Valentín. Y disfruté cada maldito segundo.

Con esa estocada final, mi exnovio cuelga.

Capítulo 27

ÉI

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 su ex es un pringado

OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 sí, ¿pero sonaba si ella le estuviese poniendo los cuernos? Qué mono.

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 ¿quizá? ¿Pero quién no lo haría por Oakley Ford?

Vaughn está hecha un desastre, y me está matando verla tan destrozada por culpa de un imbécil que nunca la ha querido tanto como se quiere a sí mismo. Se presentó en el estudio hace unos veinte minutos con los ojos hinchados y la nariz roja. Cuando la llevé a la sala de sonido, los chicos se fueron de inmediato; Luke murmuró algo sobre que las chicas que lloran traían mala suerte o algo así.

—No me puedo creer que me dijese todas esas cosas horribles. ¡Y lo dijo como si los dos años que estuvimos juntos hubiesen sido una tortura para él! —Me mira con los ojos abiertos como platos y llenos de tristeza—. Siempre he intentado ser la novia perfecta. Nunca discutía con él. Cuando quiso ir al baile de fin de curso en limusina y yo no podía permitírmelo, no armé ningún berrinche porque él eligiera ir con sus amigos y pasara una hora entera con ellos antes de la fiesta. Cuando Paisley consiguió entradas para el preestreno

de *El último superhéroe II* y W no podía ir, me quedé en casa. Cuando mi hermana quiso regalarnos a todos un viaje a Disneyland y W pensaba que era demasiado infantil, me quedé en casa con él. Siempre lo he elegido a él por encima de todo porque siempre estuvo ahí cuando lo necesitaba.

Ay, madre. Por eso ha perdido tanto tiempo con ese gilipollas. La muerte de sus padres la dejó con un enorme agujero en el corazón, y ella llenó ese vacío con W. Y permaneció junto a él para poder continuar diciéndose a sí misma que todo ese tiempo perdido con su familia no importaba tanto porque quería a W. Aunque dejara de hacerlo hace mucho tiempo.

Sin saber muy bien que decir, la envuelvo con un brazo y la estrecho contra mi pecho. No tengo mucha experiencia consolando a la gente. No solo no he tenido nunca una novia de verdad, sino que tampoco recuerdo la última vez que un amigo recurrió a mí con algún problema.

Se agarra con fuerza a mi camiseta de algodón y prácticamente se sienta sobre mi regazo mientras llora. Una parte de mí desearía poder retirar la disculpa pública que le hice a W. Claramente no se la merece, pero sobre todo me encantaría poder absorber el dolor de Vaughn de igual manera que mi camiseta lo hace con sus lágrimas.

Le acaricio los brazos. La beso en la cabeza. Me recuerdo a mí mismo que esto es por ella y que soy un ser humano horrible por estar disfrutando de la cercanía entre ambos. Esta es la única vez que me ha dejado abrazarla por propia voluntad. No hay cámaras aquí dentro. No es ninguna actuación.

Es tan real y horrible y maravilloso como la vida misma. Si pudiera, me quedaría así, abrazándola, para siempre.

Antes de lo que me gustaría, Vaughn se separa y se yergue a la vez que se seca el rostro con el dorso de la mano.

—Estoy horrorosa.

Ella siempre está preciosa. Paso los pulgares por sus pómulos con el deseo de poder hacer desaparecer sus lágrimas.

—Puedo llamar a un maquillador profesional —le ofrezco.

—¿Tenéis maquilladores profesionales? Creía que eso solo era para las sesiones de fotos.

—¿De verdad piensas que me pongo el lápiz de ojos en los conciertos yo solito?

Suelta una risita.

—Esa es mi chica. —Le rodeo los hombros con un brazo. Ella se acurruca contra mi costado y os juro que el corazón me da un vuelco, porque realmente quiero que sea mi chica. De verdad—. ¿Puedo cantarte?

—Sí, por favor.

—¿Tienes alguna petición?

Se lo piensa.

—La que tú quieras.

Empiezo a tararear, y ella esconde el rostro en el hueco de mi hombro mientras canto «A Beautiful Mess» de Jason Mraz, cuyas palabras se vuelven cuchillos, hundiéndose en lo más profundo de su ser.

Canto hasta que su respiración se regula y se queda dormida, exhausta por el llanto y tantas emociones. Me aparto de ella con suavidad y le tapo las piernas desnudas con una sudadera que encuentro en la sala.

Encuentro a los chicos fuera en el pasillo, grabando en silencio toda la escena.

—Hemos terminado por hoy —les informo.

—Deberías salir con ella esta noche —sugiere Rocco.

Hasta Luke asiente.

—Sí, sácala de fiesta. Que se despeje.

Si hubiese sido recomendación de Luke, la hubiese ignorado, pero Rocco lleva casado casi una década, que, en términos de Los Ángeles, es como si fuesen tres vidas enteras. Así que asiento y digo:

—Supongo que esta noche salimos, pues.

—¿Te lo estás pasando bien? —le pregunto a Vaughn más tarde esa noche.

Asiente y me dedica una media sonrisa. Mi chica lleva toda la noche bebiendo copas de champán como si fuesen agua. Me pregunto si debería detenerla, pero las últimas tres horas han sido el único momento en el que no ha estado llorando, así que... la dejo.

Me llevó un poco de persuasión sacarla de casa hasta la discoteca, pero supongo que no puedo culparla por mostrarse así de vacilante. Nuestro historial con discotecas no es el mejor. La primera vez, la ignoré durante toda

la noche. La segunda, la besé por la fuerza.

No voy a repetir esos errores esta noche. Estoy pegado a ella desde que llegamos, y no la voy a besar a menos que ella me lo pida.

Joder, espero que me lo pida.

—Puedes tomártelo con más calma con el champán. Mañana seguirá habiendo botellas —bromeo.

—¡No si de mí depende! —Echa la cabeza hacia atrás y apura otra copa.

Mierda. Si está decidida a emborracharse, a lo mejor deberíamos marcharnos para que pueda hacerlo en algún lugar más privado. Me siento un poco como si estuviera corrompiendo su inocencia. Pero... Vaughn se lo está pasando bien. Y me gusta esta versión suya.

Pero al mismo tiempo, también echo de menos a la Vaughn centrada y antialcohol.

Qué bien.

—¿Quieres volver a casa? —le sugiero. Cuando su precioso rostro me mira con consternación, me apresuro a añadir—: Para seguir con la fiesta allí. ¿Te apetece?

—¡Sí! Suena genial.

Así que le hago una señal a Ty para que vaya a por el coche. Él parece aliviado.

Agarro la mano de Vaughn y voy en busca de Luke. Si vamos a dar una fiesta, él es el chico indicado.

—Fiesta en mi casa —le grito por encima de las cabezas de al menos tres chicas. Está claro que se lo está pasando en grande esta noche.

—¡Fiesta en casa de Ford! —grita, y la mitad de las personas en el reservado levantan las manos con emoción.

Madre mía. *Las cosas que hago por ti, Vaughn.*

Ella parece haberse quedado un poco aturdida por la respuesta de la gente.

—¿Estás seguro de que quieres que toda esta gente vaya a tu casa?

Se le cae la cabeza hacia los lados. Está completamente pedo. Pobrecita.

La culpa se instala en la boca de mi estómago. A lo mejor deberíamos haber ido a la playa en vez de a una discoteca.

—Sí, fiesta en casa de Ford. Yuju. —Es el grito de alegría menos alegre

en la historia de los gritos alegres. La estrecho entre mis brazos y apoyo su cabeza contra mi hombro—. Quédate cerca de mí. Estas fiestas pueden llegar a ser una locura.

Ella se aparta lo suficiente como para lanzarme su primera mirada glacial de la noche.

—Quiero locuras.

—Entonces eso es lo que tendrás.

Si eso es lo que necesita esta noche, quiero dárselo. Y por alguna razón Luke sabe que no hay reglas, porque treinta minutos después me encuentro ropa tirada por el suelo antes de que pueda siquiera cerrar la puerta principal de mi casa.

—Todos tienen que ser mayores de edad —le recuerdo mientras se dirige directamente a la piscina. Debería haber apagado el calefactor de esa cosa para que se le encojan las pelotas en cuanto salte.

—Dile a Ty que se ponga en la puerta y mire los carnés.

—Luke se deshace de mi agarre—. Yo no soy la poli.

No, tú eres un cabrón.

Llevo a Vaughn a rastras hasta la cocina y la coloco sobre la encimera para que pueda apoyarse contra uno de los muebles. En la nevera encuentro un botellín de Perrier. Le quito el tapón y se la pongo en la mano.

—Bébetelo. Tengo que hablar con Ty de una cosa, ¿vale?

—¡Vale! —Balancea las piernas. Sigue avanzando en el camino hacia la borrachera, lo cual es bueno. No obstante, en algún momento, temo que todos esos sentimientos que ha estado manteniendo a raya salgan a la luz con más fuerza con la ayuda del alcohol. Yo ya he intentado ahogar las penas así antes, pero nunca funciona. Ella va a aprender la lección por las malas.

Por ahora espero que pueda seguir ahí sentada durante cinco minutos más, hasta que pueda ver cómo va Ty y si va a necesitar ayuda.

—Vuelvo enseguida.

Me da una patadita en el muslo con una de sus sandalias doradas.

—Estaré bien. Vete. Haz lo que tengas que hacer.

No quiero dejarla sola. Pongo las manos en ambos lados de sus caderas y me inclino hacia ella.

—Voy a cuidar de ti.

—¿Esta noche? —arquea una ceja.

—Para empezar. —Cedo ante la tentación que llevo controlando toda la noche y le doy un beso en la sien—. Para empezar —repito contra su piel sudorosa.

Salgo y encuentro a Ty en el salón hablando por teléfono.

—¿Estás pidiendo refuerzos? —pregunto.

—Sí.

—Lo siento.

Abre unos ojos como platos. No suelo disculparme por la cantidad de trabajo que le doy.

—Es mi trabajo —dice como si nada.

—Sí, pero lo siento igualmente. Tu trabajo a veces es una mierda.

Se ríe.

—El sueldo está bien, y el tipo para el que trabajo, en general, es bastante decente.

El pequeño cumplido hace que quiera ponerme a cantar, pero como me queda muy poco orgullo, me permito solo sonreírle de oreja a oreja.

—Estaré con Vaughn si me necesitas.

—Cuida de ella. Yo me encargo de este desastre.

—Gracias, tío.

—Cuando quieras.

Cuando regreso a la cocina, encuentro a Vaughn charlando alegremente con Paxton Hayes, un actor de una serie de televisión de vampiros muy popular. Eh... Paxton que se busque a su propia chica. Vaughn es mía. No sé cómo ha sucedido, pero supongo que en algún momento Vaughn pasó de ser la chica con la que me obligaron a tener que salir, a la que realmente quiero que esté en mi vida.

—Pax, ¿cuándo has llegado? —pongo un pie entre él y Vaughn bajo el pretexto de saludarlo con el puño.

—Cuando yo entraba a la discoteca, vuestra fiesta se iba. Así que pensé en acoplarme.

—Claro. —Le doy una palmadita en la espalda—. ¿Qué quieres de beber? Pareces sediento. —Lo alejo de Vaughn y lo llevo hasta el salón, donde está el bar lleno de bebidas.

Me dedica una mirada de diversión.

—Me vendría bien un Jack con Cola-Cola.

—Pues un Jack con Coca-Cola para ti. —Un extraño está a cargo del bar —. Eh, tío, Paxton necesita una copa. ¿Puedes servirle?

El extraño asiente y yo regreso a la cocina, pero Vaughn no está. Doy vueltas por la casa durante quince minutos hasta que decido pedirle ayuda a Ty.

—Quería ir al baño —me informa, y luego frunce el ceño—. Pero eso fue como hace diez minutos.

—Joder, mierda. A lo mejor se ha desmayado.

Subo los escalones de dos en dos y miro en las habitaciones de invitados. Dos de ellas están ocupadas, pero no por Vaughn. Ignoro a las parejas sobre las camas de invitados y regreso al pasillo.

Mientras me abro paso hasta mi propio dormitorio, me encuentro con Luke. Se está morreando con una morena con una camiseta azul y sandalias doradas...

Retrocedo dos pasos. No. Estoy alucinando, ¿verdad? Porque ni de coña se está liando con...

—¿Vaughn? —pregunto con enfado.

Capítulo 28

ÉI

StarStalkerz.com

Noticia: Venice Beach. Nicky Novak, de la *boyband* del momento, y su novia Elizabeth Simms de la mano durante un paseo romántico por la playa. ¡Ohhhhh!

Noticia: LA. Oakley Ford y su séquito abandonan The Head para disfrutar de su propia fiesta. Y todos sabemos lo que pasa en las fiestas de Oakley Ford...

A la vez que los latidos de mi corazón se me multiplican en el pecho, observo como la melena oscura de la chica se separa de Luke y me mira por encima de su brazo.

—¿Oak? —dice Vaughn arrastrando las sílabas.

Ver sus labios hinchados me hace querer estampar el puño contra la pared. O contra la mandíbula de Luke. O quizá contra mi propia cara por ser tan estúpido y patético por pensar que... ¿Que qué? ¿Que le gustaba? ¿Que terminaría viéndome como algo más que trabajo?

Casi me ahogo del dolor.

—¿Qué cojones es esto?

Luke me sonrío borracho.

—Tío, justo iba a mear y tu chica se me echó encima.

Los ojos desenfocados de Vaughn se desvían de forma intermitente de mí a

Luke y viceversa. Se percata de algo, pero no tengo ni idea de qué. Luego, de repente, se lleva una mano a la cara y se gira para buscar a tientas la puerta del baño. Se precipita adentro.

Luke y yo nos quedamos mirándonos fijamente mientras el sonido a arcadas llena el ambiente.

Mueve la mano hacia el baño.

—Es toda tuya, tío.

Mi ira se convierte en furia. Una furia total y ardiente mientras lo agarro por el cuello y lo estrello contra la pared.

—¡Es mi novia! —le gruño—. ¡Estabas besando a mi maldita novia!

El miedo invade sus ojos y de alguna forma eclipsa el abotargamiento de su embriaguez.

—Yo... Yo...

—¿Tu qué? —espeto, pero luego suelta un sonido entrecortado y me percato de que no puede responder porque mi antebrazo está clavándosele en la nuez. Aflojo el agarre, pero solo un poco.

—Creía...

—¿Qué creías?

—Creía que era una farsa para los medios —murmura—. Como con April.

—Bueno, pues no —espeto.

—Vamos, Oak, sé sincero conmigo. Ni de coña te has podido enamorar de una chica normal. A ti te van las supermodelos altas y rubias con buenas tetas y...

Gime cuando vuelvo a presionar el brazo contra su garganta.

—No sabes nada de mí. —Estoy tan cabreado que hasta estoy empezando a marearme, pero dejo que la ira continúe fluyendo. He de hacerlo, sino el dolor volverá. Y los celos. Me niego a pensar en cómo sus labios han estado pegados a los de él. Me niego.

—Lo siento, ¿vale? —resuella—. Me dijo que estaba triste y que necesitaba que la animaran un poco. Pensé...

Cada palabra que pronuncia me asquea incluso más. Así que pensó en aprovecharse de una chica demasiado borracha y consternada como para saber lo que estaba haciendo, ¿no? Luke siempre había sido un cabrón, pero

no sabía que tanto.

—Pues pensaste mal.

—No sabía que era de verdad. Pero ahora lo sé y no volverá a suceder, ¿vale?

—¡Por supuesto que no va a volver a pasar! No te vas a acercar a más de metro y medio metro de ella, nunca, ¿me oyes? Si la miras siquiera, te daré la paliza más grande que...

—Oak —grita una voz seria, y luego un par de brazos fuertes me apartan de Luke.

Mi ex amigo se apoya sobre un costado y se lleva una mano a la garganta. Me mira como si me hubiese vuelto loco. A lo mejor sí. Soy incapaz de dejar de pensar en cómo la boca de este asqueroso se movía sobre la de Vaughn. Cómo agarraba su cintura. Lo pegado que estaba a su cuerpo.

—¿Estás bien, hermano? —me pregunta Tyrese con voz grave.

Me las arreglo para asentir.

—Sácalo de mi casa —murmuro.

No hace falta que se lo pida dos veces. Luke protesta mientras mi guardaespaldas lo arrastra hacia las escaleras. Me grita que no sabía que era de verdad, que lo siente, que me compensará, pero ni siquiera le dedico una mirada.

He terminado con él. Mañana a primera hora de la mañana llamaré a Jim y le pediré que me asigne a un nuevo bajista en el estudio. Me importa una mierda cómo lo consiga, pero es lo que hay.

Me fijo en que las arcadas de Vaughn han terminado. Llamo suavemente a la puerta, pero una parte de mí casi no quiere que responda, no quiere que la abra.

—Oak. —Su hilillo de voz resuena detrás de la puerta, la cual se abre para dejarme ver su rostro pálido y sus ojos inyectados en sangre—. No me siento muy bien.

Ese tono avergonzado y lleno de dolor suaviza algo en mi interior. Está tan borracha que es incapaz de mantenerse derecha, así que no puedo evitar estirar los brazos para sujetarla. Mierda. Quiero gritarle por besar a Luke. Quiero preguntarle en qué cojones estaba pensando. Pero está claro que no está en condiciones de hablar.

—La cabeza me da vueltas —susurra.

El corazón me da un vuelco.

—Lo sé —respondo con brusquedad—. Vamos. Te llevaré a la cama.

Ella da un paso al frente y casi se cae.

Con un suspiro, la levanto en mis brazos y la llevo hasta mi dormitorio. Vaughn esconde el rostro en el hueco de mi cuello y suelta un pequeño quejido.

—Me duele la cabeza, Oak.

—Lo sé, nena. No pasa nada. Te traeré algo para el dolor.

La deposito con cuidado sobre la cama, luego entro en el baño y cojo dos ibuprofenos y un vaso de agua. La obligo a tragarse las dos pastillas y luego el vaso de agua entero. Lo hace sin rechistar y luego se acurruca en la cama abrazando una de mis almohadas.

—Da vueltas —gimotea.

—Cierra los ojos y duerme. —Por mucho que lo intente, no puedo moverla bajo las sábanas, así que al final cojo el otro lado de la manta y la tapo con ella. Está fuera de combate antes de que haya terminado de arroparla.

Me quedo de pie al borde la cama y la observo durante un minuto. Está acurrucada de lado y con los ojos cerrados con fuerza. Quiero tumbarme junto a ella y abrazarla contra mí. Acariciarle el pelo y decirle que no pasa nada porque haya besado a Luke.

Pero sí que pasa, joder. Sí que pasa.

Suelto un suspiro de cansancio antes de girarme hacia la puerta y apagar la luz. La oscuridad baña la estancia. Miro por última vez a la chica dormida sobre mi cama y luego bajo las escaleras para ayudar a los guardaespaldas a echar a todos los extraños de mi casa.

Los últimos rezagados no se van hasta las cuatro de la madrugada. Entro a trompicones en la habitación y encuentro a Vaughn envuelta en la manta como un burrito. Tiro un poco de la sábana para taparme y me quedo dormido antes de cerrar los ojos por completo. Cuando despierto, tengo la manta encima y la

luz de la tarde se filtra por la ventana.

El otro lado de la cama está vacío.

Me levanto de un salto y bajo las escaleras. Con las manos en las caderas, inspecciono el vacío e impecable salón. Big D debe de haber llamado al servicio de limpieza. Y yo mientras, he estado durmiendo, incluso cuando Vaughn se fue a escondidas de casa.

—Big D —lo llamo.

—En la cocina.

Lo encuentro sentado a la mesa bebiéndose un refresco y haciendo un crucigrama.

—¿Dónde está Vaughn?

—En casa, supongo.

—¿Cuándo se ha ido?

Mira su reloj de pulsera.

—Hace unas cuatro horas. Hizo que Daniel, el del día de los helados, la llevase a casa. —Me tiende uno de los móviles que uso para el trabajo—. Tienes un montón de mensajes, empezando por Jim. Que lo llames en cuanto te levantes.

Cuatro horas. Eso es un buen rato. Me pregunto qué está haciendo ahora.

—¿Algo malo que haya salido en la presa y que deba saber?

—Todo tranquilo en Oakwood. —Big D sonríe para sí mismo ante su propio comentario jocoso.

—Bien —gruño. Saco una botella de Powerade de la nevera, me detengo y me giro hacia Big D—. Por cierto, buenos días. Gracias por venir.

Deja el periódico sobre la mesa y me escruta un buen rato.

—Ty me dijo que estabas cambiando. No lo habría creído de no haberlo visto con mis propios ojos.

Me obligo a no arrastrar los pies como un niño de cinco años al que acaban de pillar con la mano dentro del tarro de las galletas.

—¿Esa es tu forma de decirme que antes era un cabrón?

—Nah. Solo que te daba el sol tanto en la cabeza que a veces te cegaba.

—¿Entonces era un cabrón antes? —Cierro la puerta de la nevera con el hombro.

Big D se ríe.

—Todos lo somos, Oak. Llama a Jim antes de que le explote la cabeza.

Cojo el teléfono, la bebida y un plátano y salgo al porche para llamar a Jim.

—¿Cómo va la grabación? ¿Cuándo puedo oír algo? —pregunta.

—Pensé que te había enviado... —Me detengo en medio de la frase al recordar que no, no le había enviado nada. La primera grabación se la mandé a Vaughn. Vaughn, que me tuvo esperando durante diez minutos antes de soltarme la palabra *bien*. Juro que la chica solo tiene ese adjetivo en su maldito vocabulario. Voy a tener que trabajar en ello.

Ha de aprender palabras como «sexy» y «desgarrador» e «increíble». Y todas deberían referirse a mí. Cuando la vuelva a ver, vamos a empezar con esas lecciones. Justo después de explicarme por qué cojones besó a Luke. Anoche, mientras echaba a todo el mundo, llegué a la conclusión de que estaba tan borracha que probablemente pensase que Luke era yo. Somos más o menos igual de altos. Tenemos el pelo del mismo color. En su estado de embriaguez, puede que nos confundiese.

En cuanto se dio cuenta de que había estado besando a ese soplapollas, vomitó. La única respuesta posible que podía tener tras enterarse de que había besado a un perdedor.

—No me enviaste nada. O si lo hiciste, no me ha llegado. Reenvíamelo.

—No.

—No, ¿qué?

—Que no te voy a enviar nada. No hasta que King y yo hayamos terminado el álbum. O al menos la mitad. —No quiero que nadie escuche las canciones ahora mismo. Las críticas puede que me vengan mal. Solo hay dos personas que me importen y que quiera que escuchen mi música: King y Vaughn. De hecho, ella debería venir hoy al estudio y escucharme en vivo y en directo. Me gustaría verla decirme a la cara que la canción está *bien*.

—Siempre me mandas tus canciones —me recuerda Jim—. Soy tu representante. Me mandas tu música. Yo te digo si funciona y luego ambos ganamos tanto dinero que los árabes nos llaman para pedirnos préstamos.

—Todo eso va a pasar —le aseguro, sobre todo porque quiero colgar y llamar a Vaughn—. Pero pasará a mi propio ritmo. Tengo que irme, Jim. Mándame un mensaje si necesitas algo.

Traducción: no me llames porque no voy a contestar.

A la siguiente a la que llamo es a Claudia porque no quiero distracciones en el estudio. Voy a crear canciones buenas desde ya hasta que King se canse de mí, y lo último que quiero es tener que lidiar con Claudia y sus pequeñas conspiraciones. Además, Vaughn y yo ya tenemos la situación bajo control.

—Claud, hola, soy Oak.

—¡Me alegro mucho de que me hayas llamado! Tengo posibles entrevistas para ti de *GQ*, *People*, *USA TODAY* y *ET*. Los rumores de que estás trabajando con King, junto a tu nueva relación, están generando una opinión bastante positiva de ti. ¿Cuál quieres? Creo que deberías traer a Vaughn, no para que responda a ninguna pregunta, sino para hacer notar su presencia. Puede que hasta os hagamos una foto juntos. Ella sentada frente al piano. Y tú en el suelo con el brazo alrededor de sus piernas. Es tierna, pero no demasiado provocativa.

Me termino el plátano mientras ella gorjea en mi oído. Mientras Claudia habla de la ropa que llevaremos en esta foto perfecta que está planeando, yo vuelvo dentro para buscar mi teléfono personal y así llamar a Vaughn. Lo localizo sobre la mesilla de noche.

He de ducharme antes de encontrarme con King en el estudio. Espera, ¿sé siquiera a qué hora hemos quedado? Miro los mensajes y veo que me mandó uno esta mañana diciéndome que estaría disponible a partir de las dos. Le contesto con un emoticono con el pulgar hacia arriba y luego busco a Vaughn en la agenda.

—No puedo hacer nada de eso, Claud. Estoy grabando. Puede que después.

—¿Pero y qué pasa con Vaughn?

—Lo tengo todo controlado.

Y cuelgo antes de que pueda enumerarme todas las formas en las que la voy a liar. He oído que las estrellas como yo supuestamente tienen a un supuesto montón de gente a su alrededor diciendo que sí a todo. ¿Qué he hecho mal?

Arrojo mi teléfono profesional sobre la cama y llamo a Vaughn.

—Hola —dice. Su voz es vacilante y recelosa. No hay duda de que se siente avergonzada por lo de anoche al confundirnos a Luke y a mí y demás.

—¿Cómo te sientes?

—Fatal.

Ahogo una risa.

—Deberías haberte quedado. Big D conoce las mejores curas para la resaca.

—Mencionó algo sobre un perro peludo, pero eso me hizo querer vomitar otra vez.

—¿Sigues en la cama?

—No. Me he obligado a bajar al sofá del salón para fingir que me he levantado como una persona normal.

—La normalidad está sobreestimada, nena. Si mando un coche a recogerte, ¿vienes hoy conmigo al estudio?

Oigo un gran suspiro.

—¿Eso es lo que quiere Claudia? —pregunta.

Se me revuelve el plátano en el estómago. ¿No hemos pasado ya esa línea? Me molesta que siga tomando decisiones basadas en lo que cree que Claudia quiere o cree que es bueno para mi imagen.

Abro la boca para decirle que no, que es lo que *yo* quiero, pero una ola de inseguridad me arrolla. Si digo que no y ella me rechaza, me sentiré como una mierda. Y quiero verla hoy. Quiero que me oiga cantar. Quiero que me bese, a mí, a Oakley Ford, sin cámaras, sin estar ebria, sin nada. Solo ella y yo.

—Sí. Claudia.

No es una mentira importante. Sino una piadosa. Minúscula en realidad.

—¿En una hora te parece bien? No me he duchado y huelo como si alguien me hubiese echado una jarra de cerveza por la cabeza.

—No hay problema. Mando el coche ya y con todo el tráfico llegará allí en una hora.

—Vale. Te veo entonces, Oak.

Al menos me llama Oak. Me vale.

Cuando estás inspirado, las cosas ocurren en un nanosegundo. Mientras espero a que aparezca Vaughn, tomo nota de un montón de letras. Tras rechazar una docena de ellas, trabajo en el resto para convertirlas en algo

parecido a una canción y se las paso a King. Tamborileo unos cuantos ritmos en el escritorio mientras él pondera las palabras.

—Sí, me gusta. —Tararea unos cuantos acordes—. A lo mejor un poco más rápido en el intervalo. Como... —Deja la libreta en el mezclador y me lo demuestra.

Canto la primera estrofa a su ritmo y es perfecta. Nos sonreímos el uno al otro. Algo se está cociendo aquí y huele delicioso. Trabajar con King es justo tal y como pensaba. Me hace sentir cómodo, hasta cuando me interroga con cosas como que cuándo fue la última vez que me conmovió una canción, o si cualquier canción me conmueve. Él comparte experiencias personales conmigo, sobre sus propios fracasos, y eso me anima a relatarle los míos propios. King es como un productor y un terapeuta unidos en una mente prodigiosa.

Suena mi teléfono y levanto un dedo para que King espere un momento.

Estoy aquí.

Un batiburrillo de palabras lucha por salir a la luz: *sí, por fin, gracias a Dios.*

—Vaughn ya está aquí —le digo a King—. ¿Te importa si nos tomamos cinco minutos de descanso?

—*Nop.* Saldré y haré como que estoy intentando dejar de fumar.

Nos chocamos la mano y luego voy a abrirle la puerta a Vaughn.

—Has venido —digo.

Su rostro está un poco pálido, pero sigue siendo preciosa. Está empezando a gustarme el hecho de que no lleve maquillaje. Todo en ella es natural y honesto y absolutamente genial. Mientras la acompaño dentro, lucho contra el impulso de besarla.

En el estudio, una botella de agua la está esperando en una mesilla auxiliar, y también una manta que le he pedido a una de las asistentes del estudio de la planta superior. Hace fresco debido a los instrumentos y al equipo. Puede que pase frío con esas camisetas de tirantes que se pone.

—No he visto a ningún *paparazzi* fuera —me dice cuando llegamos a la puerta del estudio.

La abro para ella y luego la llevo hasta la silla que le he preparado.

—Sí, sobre eso... Puede que haya mentido. —Le hago un gesto con la mano para que se siente, y se deja caer sobre la silla—. Claudia no me dijo que tuvieses que venir.

Arruga el ceño.

—¿Entonces por qué estoy aquí?

Acerco un taburete y agarro mi guitarra Les Paul antes de colocármela en el regazo.

—Pensé que a lo mejor querías oír las canciones que estoy componiendo con King.

—Ah.

Y ahí está otra vez. El gran suspiro.

Dejo la guitarra y me pongo de pie con enfado. Esto es importante para mí y ella no solo no aprecia el gesto, sino que no creo que tenga ni idea de lo que significa. Me paso un dedo por la frente. ¿Cómo le explico esto sin sonar como un completo gilipollas?

—Por lo general, cuando los artistas crean música, solo están ellos, otros músicos y los productores.

Ella se ruboriza.

—¿Es importante, entonces?

El orgullo hace que me encoja de hombros como si nada.

—No tanto.

—Estoy estropeándolo todo, ¿verdad? —Su mirada se desvía hacia la puerta, como si quisiese estar en cualquier lugar menos aquí.

—¿Te he pillado en mal momento? —Soy incapaz de no sonar borde.

—No. Es solo que... tengo resaca. Anoche bebí demasiado. —Me dedica una sonrisa lánguida e infeliz.

Su falta de entusiasmo, su obvio deseo de huir, es como un puñetazo en el estómago.

—¿Eso es lo único de lo que te arrepientes? —pregunto con dureza.

—Supongo. Es decir, siento haber bebido tanto y haberme quedado dormida en tu cama. —Está evitando mi mirada de forma deliberada.

—Sientes haberte quedado dormida en mi cama —repito—. ¿De eso te arrepientes? ¿De beber demasiado y quedarte dormida en mi cama? Joder con

Luke.

—¿Me *acosté* con Luke? —Se pone de pie de un salto, horrorizada—. ¿Cómo...?

—No, me refería a Luke. Le besaste.

La culpa se refleja en su rostro.

—Ah. Eso. Esperaba que no lo mencionaras. —Traga saliva de forma exagerada—. No fue la mejor idea del mundo.

¿Que no fue la mejor idea del mundo? Casi grito. Eso se queda corto.

—¿Entonces por qué lo hiciste? —pregunto con sequedad.

—Porque iba borracha. Y porque me sentía como una mierda después de todo lo que W me dijo. Y porque estaba ahí.

El dolor me atraviesa. Me había convencido a mí mismo que me había confundido con Luke, pero al parecer eso no es lo que pasó. Sí que sabía que estaba besando a otro que no era yo... y darme cuenta de eso me duele más de lo esperado.

Me quedo mirándola con incredulidad.

—¿Entonces te habrías liado con cualquiera? ¿Eso es lo que me estás diciendo? ¿No importaba quién fuese mientras tuviese labios y lengua?

Vaughn se encoge de dolor.

—No, no es eso. Estaba... borracha —dice otra vez con voz derrotada—. Estaba borracha y enfadada y te quería a ti, pero no te encontraba, y Luke apareció de repente y empezó a flirtear conmigo y... —Su voz se apaga.

Una de sus frases se me clava en la mente.

—¿Me querías a mí?

Se muerde el labio.

—¿Me estabas buscando? —Escruto su rostro avergonzado—. Porque... ¿me querías? ¿Qué significa eso?

—Nada —murmura—. No significa nada, ¿vale?

—Maldita sea, ambos sabemos que eso no es verdad. —Me paso una mano por el pelo con frustración—. Sí que significa algo. Estabas molesta y me estabas buscando a mí. Porque me querías a mí, Vaughn. Admítelo.

—¿Quieres que lo admita? ¡Vale! ¡Lo admito! Me gustas, Oak. Me gustas y estoy cansada de fingir y de no poder dejar de pensar en besarte y...

No le doy tiempo de terminar la frase. La agarro, y antepongo el instinto al

pensamiento racional. La sujeto y la beso como llevo queriendo hacerlo desde anoche. Como llevo queriendo hacerlo desde... desde que me miró con las estrellas reflejadas en los ojos en la playa. No, antes. Cuando el helado se derritió sobre sus dedos y pude saborearla por primera vez. Puede que incluso antes aún, cuando era cortante y atrevida.

Llevo queriendo besarla tanto tiempo que bebo de sus labios como si fuese la única fuente de agua en el desierto más grande de la tierra. Y ella se derrite bajo mi boca. Abre sus propios labios y me devuelve el beso.

Y es exactamente cómo me había imaginado. Mejor que tener a cincuenta mil personas gritando tu nombre. Mejor que el Madison Square Garden entero cantando tus canciones. Mejor que la mejor canción jamás cantada. Sus brazos se entrelazan por detrás de mi cuello y yo la levanto hasta quedar a la misma altura para así poder besarla más tiempo, con más intensidad y más profundamente.

Su lengua se desliza en mi boca, alguien gime. Creo que podría ser yo. Pero luego somos ambos, porque la parte inferior de mi cuerpo empieza a restregarse contra su ropa, y sé que para ella es tan placentero como para mí.

Quiero besarla eternamente. Deberíamos quedarnos así para siempre. Cuando pasen varias generaciones, nos encontrarán en los escombros; dos amantes que murieron besándose.

Ella se separa demasiado pronto y se me queda mirando fijamente. La confusión cubre su precioso rostro.

—Solo quería recordarte que sigo aquí —la voz de King suena a través del carísimo sistema de sonido.

—Ay, madre. —Vaughn se vuelve más roja que el famoso pintalabios de mi madre. La confusión se transforma en mortificación. Se lleva una mano a la boca y sale corriendo de la habitación.

Yo me quedo allí parado como un imbécil, porque estoy demasiado impresionado por mi respuesta como para moverme. ¿Eso es lo que se supone que se siente al besarse? Joder. Si es así, ¿por qué ha salido corriendo?

Me recompongo y la sigo, pero ella ya se ha encerrado en el baño.

—Vaughn, nena. Sal. —Oigo cómo se abre el grifo. Giro el pomo un poco —. ¿Estás mala?

—Vete. Vete a componer música. Para eso estamos aquí.

Me giro para ver si hay alguien cerca que pueda ayudarme a interpretar

qué acaba de pasar, pero estoy solo y mi chica se ha encerrado en el baño. Probablemente sea lo mejor. Preferiría que nadie más presenciara esta humillante conversación.

Vuelvo a la sala de control sacudiendo la cabeza durante todo el camino.

King no dice nada mientras me desplomo sobre la silla.

—¿Qué? —pregunto tras un prolongado silencio.

—Nada, tío. —King sonríe—. Debería haber venido antes. No tenía ni idea de que iba a conseguir espectáculo y un disco en el mismo contrato.

Frunzo el ceño.

—Puede que encuentre otro productor.

Él ensancha su sonrisa, si es que es posible siquiera.

—Nop. No voy a dejarlo ahora. Hay fuego y magia en el aire. Las condiciones perfectas para crear música.

Yo solo gruño mientras saco el bolígrafo para tachar la primera línea que dice que estoy tan mal de la cabeza que estoy empezando a pensar que el cielo es verde.

King echa un vistazo por encima de mi hombro.

—Te está cambiando. —No le hago caso y escribo el siguiente verso sobre cómo siento que mi corazón es un vertedero, lleno de trocitos que ya no sirven para nada—. Las mejores lo hacen.

Se aleja para jugar con un panel, pero siento el calor de su mirada.

—¿Tienes algo que añadir? —murmuro.

Por encima del brazo estirado, dice:

—Las buenas hacen que tu personalidad arda y se queme todo lo malo, hasta que por fin resurge una versión mejor de ti. Ella es una de las buenas.

—¿Cómo lo sabes? —lo reto, levantando el mentón y frunciendo el ceño.

King me lanza una sonrisa misteriosa.

—Lo sé. No hay más.

Capítulo 29

Ella

¡Top 5 razones por las que las fans deberían esperar un nuevo disco de Ford lo antes posible! Haz clic aquí

5. Han pasado dos años desde su último disco y gira. Los fans están deseando algo nuevo. Oakley Ford siempre ha tratado bien a sus fans.

4. Se ha visto a Oakley Ford y a King juntos en varios eventos benéficos, y ayer ambos fueron vistos al entrar al famoso estudio de grabación Hollow Oak. Las perspicaces fans publicaron esta foto en las noticias de Instagram de FordNews.

3. También hace dos años desde ShOak. Chica nueva implica música nueva, ¿no?

2. Está creciendo. Pronto cumplirá los veinte y dejará la adolescencia atrás. Querrá mostrarnos lo madura que será su música.

1. Los discos sorpresa están de moda. ¡Beyoncé! ¡Kanye! ¡Frank Ocean! Lanzar un disco a la venta sin publicidad es una decisión muy arriesgada y una que correspondería a un nuevo y maduro Oakley.

Me estoy comportando como una niña pequeña. A ver, ¿quién se encierra en el baño para evitar hablar con alguien? Yo, señoras y señores. Vaughn Bennett, un caos de chica, del tipo que está mal de la cabeza y besa a dos chicos con un día de diferencia.

Diablos. ¿Cuándo se ha convertido mi vida amorosa en algo tan emocionante?

Aunque... solo uno de esos besos me entusiasmó. Solo uno de esos besos hizo que mi corazón se desbocara y se me pusiese la piel de gallina.

El beso de Oakley.

El otro fue un error antes incluso de que sucediese. Supe en el momento en el que lo conocí que Luke era ruin, pero anoche el estúpido alcohol me hizo olvidarlo. Después empezó a flirtear conmigo y a decirme lo guay que era, y entonces me besó. No paré porque pensé que me haría sentir bien.

No lo hizo. Besar solo me sienta bien cuando me gusta alguien. No sentí nada cuando los labios de Luke se posaron sobre los míos. ¿Y los labios de Oak? Todo mi cuerpo vibró en respuesta, y eso me ha dejado alucinada.

Escondo la cabeza en las manos y gimo con la esperanza de que el agua que corre tape el sonido. Nunca he estado tan confusa. Parece que no puedo concentrarme en un solo pensamiento; mi mente es un hervidero de ellos. Pensamientos sobre Oakley. Sobre aquel increíble beso. Sobre el hecho de que me tomé un año sabático para trabajar, pero que en cambio acepté un trabajo que me deja demasiado tiempo para pensar en cosas que no quiero.

Es como si estos días todos tomasen decisiones por mí. W decidió dejarme. Claudia decide lo que hago cada día. Oak decidió besarme y hacerme sentir cosas que he tratado de evitar.

Alzo la cabeza y me fijo en las Vans. Ver todos los dibujos pintados en las zapatillas me cabrea. Me encantaban, pero ahora las miro y me parecen... tontas. Los dibujos tontos de una chica estúpida que pensó que su novio la querría para siempre.

Me inclino hacia delante despacio y me las quito. Las cojo y me dirijo a la basura que está al lado de la puerta. Vacilo, solo durante un segundo, y después las tiro.

Oakley no me espera en el pasillo como pensaba. A través del ventanal de cristal veo que ha vuelto al estudio. King y él hablan animadamente mientras Oak lanza un boli al aire y lo recoge con la mano.

Me arden las mejillas conforme me voy acercando a la puerta con tan solo un par de calcetines negros tobilleros cubriendo mis pies. Espero que King no saque el tema del beso que ha visto. Espero que Oak tampoco lo mencione, al menos no delante de King.

—Hola —dice Oakley cuando entro en la sala. Utiliza un tono ligero, pero con un matiz de cautela, como si no estuviese seguro de qué hacer.

—¿Cómo va lo de escribir? —pregunto intentando sonar normal. Me siento en el sofá contra la pared del estudio y me abrazo las piernas.

—Genial.

Nuestros ojos se encuentran. Veo la pregunta en ellos, pero no la dice en alto.

King sí que exclama.

—¿Qué ha pasado con tus zapatillas?

—Las he perdido —murmuro.

Ambos hombres intercambian una mirada. Oak arquea una ceja en mi dirección.

—Bueno, vale —dice King alargando las palabras—. Oye, ¿y si nos prestas tus oídos, señorita Bennett? Nuestro chico intenta ralentizar un puente y yo le digo una y otra vez que no suena actual, pero no me escucha. Puede que puedas apoyarme.

Oak pone los ojos en blanco.

—No va a apoyarte porque no es verdad. —Coge su guitarra y toca un acorde—. Mira, Vaughn, dime si tengo razón.

Su voz rasposa llena la sala y la aflicción que he sentido en el baño empieza a desaparecer, su música es así de potente. Cada vez que canta es como si el tiempo se detuviera y me llevase a su mundo.

La letra contiene más ira de lo que esperaba, hasta el puente, cuando se convierte en algo melancólico. Puedo sentir por qué quiere ralentizar esa parte. El tono es muy diferente al resto de la canción.

—¿Y? —me pregunta King cuando Oak termina de cantar.

Ambos me miran expectantes.

Sonrío avergonzada.

—Eh, no estoy de acuerdo con ninguno. No creo que funcione ni rápida ni lenta. La letra de esa parte suena como si perteneciese a otra canción. Es decir, a veces es algo bueno, pero en este caso es... no pega. —Clavo la vista en las manos para que ninguno pueda fulminarme con la mirada.

—Sí... sé a lo que te refieres. —King suena pensativo. Coge el boli de Oak y empieza a escribir algo en un cuaderno—. ¿Y si cambiamos la letra por

esto?

Oak se inclina al instante, y ambos empiezan a pensar de nuevo.

Yo me acurruco en el sofá y escucho sus suaves murmullos. No recuerdo haberme quedado dormida, pero debo de haberlo hecho, porque abro los ojos de repente al sentir una cálida mano sobre la mejilla. Parpadeo y me doy cuenta de que King se ha ido y Oak y yo estamos solos.

Él está sentado en el extremo del sofá; sus dedos están acariciándome la mejilla mientras me mira con sus preciosos ojos verdes.

—Te has quedado dormida —me dice.

Me siento a la vez que bostezo.

—Oh. Lo siento. Es la resaca, no tu música. Lo juro.

Se ríe pero su expresión se torna seria.

—¿Qué ha pasado con tus zapatillas?

—Las he tirado —confieso.

—¿Por alguna razón en particular?

—Son parte de mi pasado.

Oak asiente despacio.

—Vale. ¿Puedo comprarte un par de Vans nuevas?

—No. —Sacudo la cabeza—. Voy a comprármelas yo. Dibujaré una historia nueva para mí misma.

Él se acomoda en la silla y coge el boli.

—Espero que haya espacio para un árbol o dos.

—¿Un árbol? —pregunto confusa.

—Ya sabes... ¿algo como un roble? Al fin y al cabo, Oak significa eso en inglés.

Siento una sonrisa en los labios.

—Probablemente quede algo.

Más tarde vamos a casa de Oak. No porque Claudia diga que debemos, sino que por un acuerdo silencioso ahí es donde queremos estar. Pedimos pizza y comemos fuera en un par de tumbonas frente a la gran piscina. Al terminar, el sol ya se ha escondido tras el horizonte, pero eso no impide que él se meta en

la casita de la piscina para ponerse un bañador.

Se me corta la respiración cuando aparece. Es la primera vez que lo veo sin camiseta. Bueno, en persona, vaya. He visto su torso en fotos, pero la realidad es mucho más... deliciosa. Y sus tatuajes me ponen mucho. Tiene una cruz en el brazo y el nombre de su madre debajo. Un remolino de notas musicales y lo que creo que es un traste de guitarra en el otro brazo. Entre sus omóplatos hay líneas con fechas y coordenadas. Me acordé y lo busqué en Google el otro día para saber lo que significaba, y por lo visto son las fechas y las coordenadas de algunos de sus conciertos favoritos.

A veces olvido que tiene diecinueve años. Es tan alto y fornido que parece mayor. De hecho, cada vez se parece más a su padre, la estrella de cine, pero me guardo la comparación para mí, no creo que Oak se lo tomase bien. Apenas lo menciona, y es obvio que tienen algún tipo de problema.

—Siempre mirándome, ¿eh? —me pica—. Ten cuidado, nena, o me crearás complejo.

—Ya tienes uno. Se llama egomanía.

—Ja. —Se acerca y me tira de la trenza—. Puede que si dejases de observarme todo el tiempo mi ego fuese de un tamaño más normal.

—Tú no tienes nada normal —respondo, y después me sonrojo. Ha sonado mal aunque no lo he hecho a propósito.

Él alza las cejas.

—Has visto el reportaje de *Vogue*, ¿eh?

Me sonrojo aún más.

—Cállate y tírate en bomba o algo.

—¿No vienes? —Oak parece decepcionado. Me ha dicho que había bañadores de sobra en la casita de la piscina, pero los bañadores no son el problema. No me apetece nadar.

—Hoy me siento súper vaga —digo arrepentida—. En serio. Esta resaca me ha matado.

—Nota mental: cerrar los mueble-bares la próxima vez que Vaughn venga a una fiesta.

—Hazlo, por favor —le ruego.

Él se ríe, deja la toalla en su silla y se acerca al extremo de la piscina. En lugar de meter un dedo del pie para comprobar la temperatura, se lanza de

forma precisa al agua y nada hasta el otro extremo. Su cabeza rubia aparece cerca de la zona más profunda, y después nada hacia atrás lentamente mientras yo admiro la forma definida de su cuerpo.

Me tumbo y miro al cielo oscuro, maravillada ante el cambio drástico que ha dado mi vida. Hace dos meses nunca hubiera soñado estar sobre una tumbona en el lujoso patio de Oakley Ford, mientras la estrella del pop que me flipaba con quince años hace largos en la piscina.

Pero la vida de Oak no es normal. Los guardaespaldas, el dinero, los fans, esta casa en la playa con esta piscina de azulejos azules, sus amigos... Aunque para ser tan famoso no parece tener muchos amigos. O, al menos, no buenos.

—Estás tan concentrada que hasta puedo oír los engranajes de tu mente desde aquí. ¿Qué pasa?

Lo miro durante un momento. Hay pequeñas gotas de agua en sus largas pestañas que brillan como joyas ante el sol del atardecer.

—No sé... es que... —dejo de hablar.

Sale de la piscina y se deja caer a mi lado, empapado.

Yo le tiro una toalla para que pueda cubrir su perfecto cuerpo. Me distrae demasiado.

Se frota la cabeza con ella y se la pasa por el torso de forma descuidada antes de tirarla a su espalda.

—Venga —me insta—, dime qué te carcome.

—¿Vas a convertirlo en canción? —Empiezo a sospechar que la música que compone va sobre él, como una especie de confesionario. Ese tipo de coraje es increíble y poderoso.

—Puede. —Ladea la cabeza hacia mí—. Es el riesgo de salir con un compositor.

Um. No lo había pensado, pero por alguna razón confío en él. Me refiero a que no creo que escribiera una canción que me humillase o me hiciese daño.

Clavo los ojos en la luz que desaparece en el cielo.

—Mis padres fallecieron hace dos veranos —digo en voz baja—. Habían salido por ahí. Volvían de The Cheesecake Factory, el lugar favorito de mi madre. Le encantaba el pastel de carne de allí. —Sacudo la cabeza al recordarlo—. Bueno, algo pasó y papá perdió el control del coche. Chocó

contra una barrera de hormigón y ambos murieron en el acto. —El dolor agudo por la pérdida me obliga a parar y a tomar aire—. No tenía pensado ir a clases de verano. Mi padre sí quería que asistiese. Decía que si me graduaba antes podría tomarme un año de descanso antes de ir a la universidad. Pensaba que podría pasarme el año viajando por toda Europa de mochilera, educándome en la escuela de la vida.

—¿Te fuiste el verano pasado?

—No. Me gradué antes como él quiso, pero lo hice para poder ayudar a mi hermana. Tras su muerte, no quería irme a Europa. Me sentía... —Vuelvo a callarme.

—¿Cómo te sentías?

Trago saliva.

—Demasiado asustada como para irme. Creo que me asusta la vida. Por eso salí con W durante tanto tiempo a pesar de que ambos dejamos de sentir cosas por el otro hace bastante. Por eso esto del noviazgo falso que tenía contigo estaba bien. Se me da bien fingir, pero no vivir. Todos saben lo que quieren hacer en su vida. Carrie irá a Berkeley porque quiere ser abogada, como su madre. Justin irá a UCLA para ser contable. Kiki va a ser cosmetóloga. Así que le dije a todo el mundo que quería ser profesora como mis padres y pensé que si W iba a la Universidad del Sur de California, yo también podría.

—No parece que nada de eso te haga feliz.

—Mis padres vivían cada momento. Pero yo quiero tener un plan, un futuro. Tú me dijiste que no me conformase. Dijiste que encontrase mi pasión, pero no sé cual es. Solo sé lo que no quiero.

—Me parece una buena forma de empezar, igual de buena que cualquier otra.

—¿En serio? —Lo miro. Estira la mano y pasa su pulgar por mi mejilla húmeda.

—Sí. —Su palma acuna mi mejilla—. Sí —repite.

Las lágrimas que derramo forman un pequeño charco en su palma. Observo cómo el líquido salado recorre el lateral de su muñeca y se desliza por el antebrazo. Mi estado emocional no le asusta. Se acerca y las patas metálicas de la silla chirrían contra el suelo.

—¿Cuándo supiste que querías cantar?

—¿A los cuatro años? ¿Cinco? Siento que nací sabiéndolo. Creo que mis padres tenían miedo de que me dedicase a la actuación como ellos, pero siempre me ha gustado la música y contar mi historia a través de canciones. Me encanta escuchar cómo se forma mi voz y llega a las notas. Es todo lo que siempre he querido.

—Los Ángeles está llena de gente con propósitos. —Toco su mano con la mía. Es sólida, cálida—. Toda la gente viene con sueños increíbles. No quiero los suyos, pero sí quiero *un* sueño.

—Puede que tengas uno pero te dé miedo.

—Puede.

Miro hacia abajo, hacia nuestras manos entrelazadas y pienso en las cosas que me causan sensaciones. Mi familia, cocinar para ellos, dibujar. ¿Podría vivir de ello? ¿Es ese mi futuro?

Él me levanta de mi asiento y me coloca en el suyo.

—Si tuvieses todo el dinero del mundo, ¿qué harías?

—Viajar y ver el mundo —digo al instante.

—Entonces deberías hacer eso.

—W pensaba que era una idea estúpida.

A mi lado el pecho de Oak vibra con un gruñido:

—Ambos sabemos lo que pienso de W. Estás mejor sin él. Me alegro de que hayas roto con él. —Oak parece celoso y contrariado, lo cual es tan adorable...

—Esto... fue él quien rompió conmigo, ¿recuerdas?

—Lo hizo porque sabía lo que venía.

—¿El qué?

Le miro esperando algún comentario sarcástico sobre que él llegaría a mi vida.

—Que solo estabas pasando el rato con él y a la larga te darías cuenta de que te mereces algo mejor. —Oakley se encoge de hombros—. Además, probablemente la tenga pequeña e intente compensarlo.

Pongo los ojos en blanco. Con los tíos todo son medidas.

—No lo sé.

Él junta las cejas.

—¿Nunca...? —Hace un gesto con el puño.

—¿Qué es eso? —Me río—. ¿Te refieres al sexo? No. Nunca me he acostado con W.

Sus ojos se abren tanto como un dibujo animado.

—¿Nunca has tocado su parte de abajo?

—Oakley Ford, ¿en serio quieres saber los detalles escabrosos de lo que he hecho con W?

Y él se lo piensa de verdad. Le pego en el hombro.

—Espera, si nunca ha pasado a la acción contigo ahí abajo, eso significa que tú tampoco has tenido ninguna acción ahí abajo. —Y ahora Oak parece horrorizado.

—¿Podemos dejar el tema, por favor? —Puede que la piscina esté solo a quince grados, pero me parece más tentadora a cada momento que pasa.

—No, no podemos. —Se sienta y me arrastra con él—. ¿Alguna vez...? Le cubro la boca con la mano.

—Dios. Deja de hablar. Por favor.

Vacila y después asiente, pero en cuanto bajo la mano vuelve a hablar.

—Joder, qué cabrón egoísta. Apuesto a que no le costaba pedírtelo.

—No me puedo creer que quieras hablar de esto. —Me cubro la cara.

—¿Tú te lo has hecho alguna vez?

¿Dónde están esos buenos terremotos californianos cuando se los necesita?

—Sí, vale, me toco. Es... normal. Bueno, incluso.

—¿Tiemblos?

Suspiro. Está claro que, si no le doy algo, va a seguir presionándome.

—No, no tiemblo, pero está bien.

—Venga. —Se levanta de repente y me ofrece la mano.

—¿Adónde vamos?

—Dentro. No creo que estés preparada para hacer nada fuera aún.

Arqueo una ceja.

—¿Crees que lo vamos a hacer?

—No. Yo no. —Sus ojos se oscurecen—. Venga.

Me pongo de pie y le cojo la mano. No estoy completamente segura de saber a qué se refiere, pero Oak nunca me ha presionado. Nunca ha hablado

de sexo conmigo hasta ahora. Le dejo que me arrastre por salón, por el pasillo hasta llegar a la sala de entretenimiento. Atenúa las luces, pone una peli y después me lleva al sofá.

Me alza la barbilla con un dedo y alzo la cabeza hasta que nos miramos a los ojos.

—¿Confías en mí?

—Sí... ¿por? —digo inquieta.

En lugar de responder, acuna mi cara; los callos que ha ido acumulando con los años por tocar la guitarra rozan mi piel. Sus labios atrapan los míos, con cuidado, con dulzura y sin expectativas. Nos besamos durante un breve momento y el sentimiento de humillación desaparece con sus caricias. Después se echa hacia atrás.

—Eres preciosa. Cada día que paso contigo es más emocionante y mejor que el anterior. Y, si alguna vez lo hacemos, será porque lo quieras, no porque yo lo quiera o porque creas que es necesario para retenerme. —Pasa sel pulgar por mis labios y una bola de energía me recorre por dentro—. Pero, hasta que estés lista, hay muchas otras cosas que podemos hacer para que te sientas bien.

Se me pone la piel de gallina.

—¿Y t-tú?

—Tengo dos manos. —Me guiña un ojo—. Y buena imaginación. Así que puedo poner una película y fingir que presto atención pero todo lo que quiero hacer es comerte la boca.

—¿Quieres volver a besarme a pesar de que haya besado a Luke?

La culpa se arremolina en mi estómago. Esquivo su mirada, pero él me alza la cara hasta que no me queda otra que mirarlo.

—¿No sigues enfadado?

—¿Vas a volver a besarlo?

—No. Dios, no.

—Entonces no estoy enfadado. —Tiene una sonrisa traviesa. —Y sí, lo que más quiero es volver a besarte.

—¿Solo?

Lo de besar me parece bien, pero sus ojos me dicen que quiere hacerme mucho más.

Y claramente, su respuesta lo deja claro.

—No voy a besarte solo en la boca.

Me sonrojo... por todas partes.

—¿Y no vas a querer nada a cambio?

Siempre supe que si dejaba que W me tocara esperaba que le devolviese el favor y... no quería. Pero sí, había tenido momentos de necesidad. Mi pecho se ha erizado. Mi ropa parecía demasiado ajustada. Pero siempre ha habido algo que me ha hecho resistirme.

Oak cierra sus ojos brevemente.

—¿Seguro que no puedo ir a la Universidad del Sur de California y pegarle una paliza a W?

Por lo visto entiende mi dilema sin que tenga que decirlo en alto.

—¿Podemos dejar de hablar de W? —pregunto en voz baja.

—Sí, nada de W. —Él se tumba en el sofá y se palmea el pecho—. Ven aquí. Tú estás al mando.

Me inclino sobre él.

—Puede que quiera que veas la película. Hacer lo de «fingir que bostezas y pasar el brazo sobre mis hombros».

Él me coloca encima suyo.

—Ups, te has tropezado y te has caído.

—No es lo mismo —objeto.

—Se acerca. —Acerca su cara a la mía y me besa antes de que pueda decir nada más.

Su lengua entra en mi boca y se encuentra con la mía. Enreda una mano en mi pelo mientras la otra asciende por debajo de mi camiseta.

Lo siento duro, lleno de músculos, entre mis piernas. Me muevo contra él y sus manos me agarran con más fuerza en respuesta. Gruñe contra mis labios y ese sonido grave y masculino me deja sin aliento.

Yo, Vaughn Bennett, le pongo a Oakley Ford. Se roza contra mí. Gime cuando me muevo. Lo intento de nuevo y sus labios se curvan contra los míos.

—Estás tan buena, Vaughn... Tan buena, joder...

El taco hace que tenga escalofríos. Los dedos de Oak bajan hasta la parte de atrás de mis vaqueros. Al instante quiero saber más. ¿Qué puede hacer? ¿Qué se sentirá?

Carrie y Kiki han hablado de ello. Ambas disfrutaban con el sexo, y ahora aquí está Oakley, dispuesto, más que dispuesto para mostrarme lo que me he perdido. Sin expectativas ni nada a cambio.

Estiro la mano y el dorso choca contra su miembro erecto. Jadea pero no se mueve ni un centímetro. Estoy al mando. La separo lo suficiente como para abrir el botón de mis vaqueros. Lleva la mano a la cremallera.

—¿Puedo? —El tono es ronco.

—Sí. —El mío no es muy diferente.

Baja la cremallera y después sus largos y talentosos dedos me tocan sobre la ropa interior. Mueve la mano en círculos despacio, y la sensación es tan grande que parece que tenga mil terminaciones nerviosas entre las piernas.

Apoyo una mano al lado de su cabeza. Su boca encuentra mi cuello y sus labios rozan la piel que rodea mi oreja.

Se me rizan los dedos de los pies y cada vez respiro de forma más entrecortada.

—Te tengo, nena —susurra Oak contra la base de mi cuello—. Te tengo.

Él frota y frota durante lo que parecen horas y un solo segundo al mismo tiempo hasta que veo chispas frente a lo ojos y mi cuerpo entero se tensa como un cable y una corriente eléctrica me recorre. Jadeo, gimo y me dejo caer sobre él mientras mi corazón late desbocado. El suyo está igual.

—Dios, ha sido precioso.

Su palma todavía me toca y puedo sentir mi cuerpo vibrar contra el suyo con las últimas sensaciones.

Intento formular palabras pero no me sale nada. Menos mal que Oak no las necesita. Me abraza hasta que me quedo dormida.

Y, o bien lo he imaginado, o ha sido su voz rasposa la que me ha cantado hasta que he caído rendida.

Capítulo 30

Él

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 Creo que son pareja de verdad

OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 sí, él está pillado por ella

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 :(

Seis semanas después

Me lo estoy pasando increíble. Y ya es decir, porque he hecho cosas geniales a lo largo de mi vida. Vaguar en islas privadas. Tocar en conciertos a reventar en preciosas ciudades por todo el mundo. Y sin contar el tiempo que he pasado con mujeres hermosas, desde modelos o actrices hasta otras cantantes.

Pero ninguna era tan preciosa como Vaughn, y ninguna de las vacaciones o de los conciertos se acercan a la diversión que sentimos ella y yo. Durante esta semana hemos creado recuerdos que durarán toda una vida.

El lunes pasamos todo el día en la playa de El Segundo. Estaba completamente vacía porque todos estaban en el colegio o en el trabajo, y tuvimos algo de privacidad cuando tonteamos en el agua y después cuando nos tumbamos en una toalla gigante y hablamos de cualquier cosa mientras compartíamos un gran plato de nachos de uno de los puestos de comida

ambulantes del paseo.

Y el lunes por la noche tonteamos en su cama.

El martes vino al estudio de nuevo.

Y el martes por la noche tonteamos al lado de mi piscina.

El miércoles cumplí mi promesa a sus hermanos y los llevé a casa de mi colega para que usasen su medio tubo.

Y la noche del viernes tonteamos en mi cama.

El jueves fuimos al club de King donde actué de forma improvisada y Vaughn lo calificó como «increíble». Su vocabulario va mejorando.

Y el jueves por la noche tonteamos en mi cocina. A Ty no le hizo mucha gracia pillarnos, pero estábamos con la ropa puesta, así que no sé a qué vienen todas esas quejas.

No voy a mentir, aún nos quedamos con la ropa puesta cada vez que nos liamos. ¿Que si es frustrante? Joder, sí. ¿Presiono a Vaughn para que me enseñe su cuerpo? No. Porque le prometí que tendría paciencia con ella, y es una promesa que pienso cumplir... sin importar lo mucho que mi cuerpo me odie por hacerla.

Y ahora es viernes y estoy en el patio de Vaughn para una barbacoa en esta preciosa tarde a finales de marzo. Los gemelos intentan construir un castillo de naipes en la mesa, pero su endeble estructura cae una y otra vez. Paisley se encuentra cocinando los chuletones en el asador y Ty permanece a su lado enumerándole todas las cosas que hace mal. Big D está a varios metros de distancia, riéndose al ver que la hermana de Vaughn y mi guardaespaldas discuten como un viejo matrimonio.

Técnicamente Ty no tiene que trabajar esta noche. Es el turno de Big D, pero cuando Ty me mandó un mensaje preguntando que qué tal y supo que estaba en una barbacoa en casa de los Bennett, se auto-invité y apareció antes de preguntar si podía venir.

Está pillado por Paisley. Y mucho.

—A él le gusta —me susurra Vaughn. Ella también los observa con una sonrisa en los labios.

—Y se cree que nadie se da cuenta —le susurro—. Los hombres somos idiotas.

Eso la hace reír, y el sonido dulce y melódico provoca la reacción usual:

el corazón me da un vuelco y las palmas de las manos me empiezan a sudar. Ty no es el único que está pillado.

Me gusta tanto esta chica que no es ni medio normal. Y sé que yo también le gusto a ella. Lo veo cuando se ríe con mis bromas, y en cómo entrelaza sus dedos con los míos cada vez que le cojo la mano. En cómo me mira cuando cree que no la veo. Y en cómo se muerde el labio cuando nuestras miradas se encuentran.

—¡Vaughn! ¡Tu estúpido teléfono no deja de vibrar! —grita Shane desde el porche—. ¡Nos tira las cartas!

—¡Ja! —grita ella—. Vuestras cartas se caen porque vuestra base es horrible.

Tiene razón. Nunca he visto a un par de constructores de castillos de naipes peores que ellos. Vaughn y yo nos dirigimos al porche y coge el móvil de la mesa. Mira la pantalla y se aleja varios pasos para contestar sin ser demasiado discreta.

Me acerco a ella.

—¿A quién respondes?

—Eh... a nadie —dice, ausente, moviendo el móvil para que no alcance a ver.

—¿Nadie? —Me cabreo. ¿Sigue en contacto con W? Ayer me dijo que no ha vuelto a saber nada de él desde el comentario de las sobras, pero, ¿y si es mentira? ¿Y si sigue hablando con ese capullo? Vaughn alza la cabeza. Cuando se da cuenta de mi expresión me dice con voz tranquilizadora:

—No es W.

—Entonces, ¿quién es?

—Nadie —repite.

Me trago la irritación que siento.

—Acabas de mandar cinco mensajes. Dices que no son para nadie, ¿entonces desaparecerán en una zona muerta del ciberespacio?

Vaughn se guarda el móvil en el bolsillo.

—Te prometo que no es nada turbio, ¿vale? ¿Podemos dejar el tema?

—¿Sabes cómo soy?

Se ríe, exasperada.

—¿Podríamos fingir que no eres un cotilla solo por esta vez?

—No soy un cotilla —replico.

—Entonces déjalo estar.

—No. —Me cruzo de brazos tercamente—. ¿A quién le estás mandando mensajes?

Vacila.

—Vamos, dímelo. Si no es nada turbio, ¿entonces cuál es el problema?

Tras un momento Vaughn suspira.

—A tu madre, ¿vale?

Parpadeo sorprendido.

—¿Te mandas mensajes con mi madre?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Y desde cuándo?

—Me ha mandado mensajes un par de veces desde que comimos juntas —confiesa Vaughn—. Solo para saludar y saber cómo estoy.

Algo se me retuerce en el estómago. Creo que podrían ser celos, pero eso sería una locura, ¿no? ¿Por qué debería importarme que Vaughn y mi madre se manden mensajes? Sé que se cayeron bien al conocerse, así que supongo que tiene sentido que sigan en contacto.

Debe de ser guay.

Me trago el ramalazo de resentimiento. Bueno. Vaughn es afortunada. A Katrina Ford le cae lo suficientemente bien como para preguntarle cómo le va. Lo normal sería pensar que quiere a su hijo lo suficiente como para hacer lo mismo, pero por lo visto eso sería soñar demasiado.

—Le estaba contando lo de la barbacoa, creo que quería que la invitara.

Me tenso.

—Pero no la he invitado —añade Vaughn rápidamente—. No lo haría sin consultarte primero.

—¿Me lo estás pidiendo? —digo con voz tensa.

—No... ¿Sí? No sé. ¿Quieres que venga? Tenemos comida suficiente.

Que mi madre seguramente ni toque. No ha comido carne roja desde que yo estaba en pañales. Y, de todas formas, ¿por qué quiere venir? Una barbacoa de patio es demasiado de a pie. Ella prefiere los eventos de etiqueta con luces brillantes y aluviones de admiradores.

—Me da igual —respondo, y espero que mi tono suene tan indiferente

como intento ser—. Pero no entiendo por qué le interesa. Las barbacoas no son su estilo.

Vaughn da un saltito y saca el móvil del bolsillo para ver el mensaje. Se muerde el labio inferior.

—Oh, Oak. Creo que sí que quiere venir. Mira.

Observo la pantalla que Vaughn me muestra.

¡No he comido chuletón en años! Ahora me apetece, gracias a ti. Quizá tenga que pedirle a mi asistente q me compre 1.

Sí. Quiere que la inviten, porque esa mujer no come carne.

—Invítala —murmuro.

Vaughn se alegra.

—¿Sí? —Empieza a contestar de inmediato.

La dejo haciéndolo y me acerco a la barbacoa para hablar con Ty.

—Mi madre está de camino.

Su cabeza afeitada se gira hacia mí.

—¿En serio?

Asiento.

—¿Traerá a su séquito? ¿Llamo a más gente?

—No creo. Además, mi madre sabe cómo moverse sin que la descubran. Si no quiere que los *paparazzi* la sigan hasta aquí, lo conseguirá.

—Espero que lleve la peluca roja de Annie —comenta Big D—. ¿Y esas gafas grandes de los setenta? ¿Recuerdas el modelito?

—Y los pantalones rosas de cuero —le recuerda Ty—. No te olvides de ellos.

Soy incapaz de aguantar la risa al recordar el disfraz que mamá llevó a mi último concierto para pasar desapercibida al entrar entre bastidores sin ser vista. Y no es que pasara desapercibida. Todos la miraron con la boca abierta. Porque el conjunto era tan ridículo que nadie sospechó que fuese Katrina Ford, porque Katrina Ford no llevaría nada tan horrible. Fue brillante.

Aunque ahora mismo me importa menos el conjunto que lleve que lo incómoda que será la situación.

Capítulo 31

Ella

¡Kat Ford se une al reparto de superestrellas de Weisenberg!

Otra superestrella se ha unido al proyecto del director ganador de un Oscar, Mick Weisenberg, un *thriller* que comenzará a producirse este verano. Katrina Ford, protagonista de comedias románticas como *Señor Impaciente* y *Romántica empedernida*, acaba de firmar por la nueva y espeluznante cinta de Weisenberg. Ford dejará atrás la comedia y volverá a revivir escenas de miedo (*El hombre del machete 2*, *Noche de muerte 1-3*) en esta ansiada película.

En el reparto de este proyecto todavía sin título también se encuentran Julie Drake; el ganador de un Oscar, Freddie Herrera, y la actriz revelación, Natalie Gate.

—¿Tu madre lleva puesto un chándal de flores? —Me quedo mirando boquiabierto cómo la madre de Oak entra con cautela en nuestro jardín.

Katrina se ha traído a unas cuantas personas con ella: dos tíos grandes y musculosos que imagino que son sus guardaespaldas, y una asistente vestida toda de negro con dos teléfonos en la mano, un enorme bolso bajo el brazo y una caja blanca gigante. Kat está enfundada, de pies a la cabeza, en un chándal verde chillón con flores estampadas. Es una de esas cosas deberían gustarte cuando las ves en el escaparate y que luego odias. Pero por alguna razón, a la

madre de Oak parece quedarle de fábula.

—Quién sabe —murmura.

Es evidente que no está encantadísimo de la vida porque su madre esté aquí, como si su llegada marcara el final de la diversión. Estoy un poco sorprendida por lo bien que se lo ha pasado este último par de meses saliendo solo conmigo y con mi familia.

Si no está en el estudio, siempre quiere venir aquí. Y mis hermanos no parecen cansarse de él. Han echado de menos a nuestro padre más de lo que pensaba, y Oak es el hermano mayor que siempre han deseado tener. Sus regalos ayudan mucho, pero le seguirían como patitos, aunque se presentase con las manos vacías.

Oakley tiene alma de niño, y sospecho que nunca ha podido disfrutar de mucho tiempo de juego. Sí, hay un montón de gente que quiere estar con él, pero siempre está ojo avizor y eso ha de estresarlo muchísimo.

—Espero que Ty vuelva con más comida. No he comprado suficiente carne para toda esta gente —dice Paisley, alarmada.

—Mi madre no come carne —asegura Oak—. Lo que tengas está bien.

—¿Crees que deberías ir a saludarla? —pregunto.

—Tú la has invitado.

Sí, sigue gruñón. Lo agarro de la mano y lo arrastro hasta Katrina. Llevo haciéndolo cada vez más estos días; el ir agarrada de su mano. Es una sensación... genial.

A W no le gustaban las muestras públicas de afecto. Cogerme de la mano era una forma pretenciosa de amor, solía decir. Las parejas de verdad no necesitaban alardear de su relación. Yo estaba de acuerdo con él, por supuesto, porque no quería estar de malas con W. Lo necesitaba más a él que el que me agarrara de la mano.

Pero, madre mía, siempre siento un cosquilleo por la espalda cuando Oak me coge de la mano. Lo hace con fuerza, como si nunca quisiese dejarme marchar.

También lo hace cuando nos estamos besando. Y cuando hacemos... otras cosas. Solo de pensar en todas las cosas que hemos hecho se me ruborizan las mejillas. Oak no me ha presionado, pero los besos... y las caricias... son... increíbles.

Me obligo a abandonar esos pensamientos inapropiados al saludar a la madre de Oak.

—Hola, Katrina. Gracias por venir.

—Oh, no, gracias a ti por permitírmelo. —Katrina se inclina para darme un abrazo. Sin zapatos, es diez centímetros más alta que yo. Con tacones, casi tanto como Oak—. He traído algo más de comida. —Hace un gesto con la mano hacia su asistente, que me ofrece la caja blanca—. Cuando rodé *Pequeñas maravillas*, mi personaje siempre traía comida y flores cuando la invitaban a casa de alguien. Las flores eran su seña de identidad. Por eso, al final de la película, la escena donde Sassy, la hijastra, le regala flores del jardín de su madre tiene tanto significado. Es preciosa. ¿La has visto?

Niego con la cabeza y luego me arrepiento al instante al ver cómo decae su expresión.

—A Vaughn le van más las pelis de acción —interrumpe Oak—. Dame eso. Vaughn, esta es Amanda, la asistente de mi madre. Y los hombres a su espalda son Gary y Tobias.

Me suelta la mano para agarrar la caja y llevarla hasta la mesa que ya está llena de comida. Paisley se volvió un poco loca en el supermercado. Quería asegurarse de que Oak no se ofendiera con la comida que teníamos en casa. Aunque yo no soy quién para juzgar, porque anoche preparé tres postres.

Les estrecho la mano a todos, hasta a Gary y Tobias, que miran mi mano como si fuese la cabeza de una serpiente venenosa.

—Ven a conocer a mi familia. —Llevo a Katrina hasta mi hermana—. Esta es mi hermana, Paisley. Ella es la que nos mantiene a todos unidos.

—Dios, no me puedo creer que Katrina Ford esté aquí, y yo con estas pintas de cocinera de pacotilla —se lamenta Paisley. Se limpia la mano en el delantal antes de tendérsela.

Katrina le da un golpecito en la mano y la estrecha entre sus brazos, con el delantal lleno de grasa y todo.

—Madre mía, qué preciosa eres. ¿Por qué trabajas entre bastidores en vez de frente a la cámara? —exclama Kat al mismo tiempo que se separa.

Paisley se ruboriza.

—Me gusta trabajar para Diamond —murmura.

La atención de Katrina es un poco intimidante, pero por suerte, soy capaz

de distraerla llevándola hacia los gemelos, que ahora mismo están jugando a la pelota con Big D.

—Estos son mis hermanos, Spencer y Shane.

—Ay, ay, madre. —Kat se da un golpecito en el pecho—. Tu familia es adorable. Me encantaría llevaros conmigo a Malibú y que viváis conmigo todo el tiempo.

—¿Vives en la playa? —pregunta Spencer—. Porque entonces sí.

Shane asiente con ímpetu.

—¡Por supuesto! Es una playa pública, pero la terraza da a la arena.

—Perfecto. —Shane y él chocan los puños—. ¿Cuándo nos mudamos?

—Vosotros dos no os vais a mudar a ningún sitio —les informo—. Id adentro y lavaos. Paisley casi ha terminado de cocinar.

Los gemelos refunfuñan un poco, pero saben por experiencia que no comerán si no se lavan las manos. Cuando se van, la sonrisa de Katrina se desvía hacia mí.

—¿Y tus padres?

Le lanzo una mirada incómoda a Oak, que pone una mueca a modo de respuesta. Él no habla con sus padres, ¿por qué habría de conocer Katrina mi pasado?

—Murieron hace un par de años en un accidente de coche —le explico.

Su expresión pierde toda felicidad.

—Lo siento mucho. No lo sabía.

—No pasa nada. —Bueno, sí que pasa. Nunca lo superaré, pero sí que me está resultando cada vez más fácil contar la historia, hacerlo ver como otro hecho más de mi vida. Diecisiete años, fui al instituto Thomas Jefferson High y mis padres murieron cuando tenía quince.

—Mamá, ¿eso es lana de cachemira? —interrumpe Oak.

Me alivia que dejemos atrás el incómodo y depresivo tema de la muerte de mis padres.

—¿No es horrible? Carlo me lo envió hoy de Gucci.

—Hace veintiún grados.

—Por la noche refresca.

—Estás genial —le digo y luego vuelvo a tomar la mano de Oak, esta vez para darle un pellizco entre los dedos. Él se calla haciendo que me sienta un

poquito culpable.

Por suerte, Paisley nos grita que nos acerquemos porque la cena está lista. Hemos sacado la mesa de la cocina al jardín para que haya suficiente espacio para todos. Mi hermana se niega a comer hasta que todos estén sentados, incluidos los guardaespaldas y la asistente.

Katrina se sienta entre los gemelos, que se la quedan mirando por turnos con una adoración confusa en el rostro y medio filete en la boca.

—Sé amable —le susurro a Oak, que ha decidido que necesita sentarse tan cerca de mí que casi estamos el uno encima del otro. No voy a pararme a pensar en la razón por la que no me alejo, aunque haya espacio para otra familia entre Paisley y yo.

—Mi madre me pone de los nervios.

—La echarás de menos cuando ya no la tengas.

El rostro de Oak se ensombrece. Sube una mano por mi espalda para acariciarme el cuello.

—Sé que tienes razón. Me esforzaré más por ti.

—Hazlo por ti.

He de darle crédito a Oak. Por lo menos lo intenta. Durante la cena le pregunta cómo va la renovación y los dos se ríen del número de veces que ha reestructurado su casa en Malibú, aunque hay un atisbo de tristeza en el gesto, como si ambos supiesen que está intentando reconstruir algo en su vida que nunca la hará sentirse del todo satisfecha.

—A lo mejor debería instalar un tobogán. El otro día vi una familia que pudo uno para sus hijos.

—Nos gustan los toboganes —dice Spencer.

Tanto como Paisley como yo nos quedamos boquiabiertas, porque nuestros hermanos de doce años bien preferirían que les rociaran con ácido antes que ir a jugar a un parque infantil.

—Mentira —los acusa Paisley.

—Verdad. —Spencer atraviesa a Paisley con la mirada. Shane asiente con vehemencia.

—¿Desde cuándo os gustan los toboganes? El fin de semana pasado os pregunté si queríais ir al parque y me dijisteis que eso era para los bebés.

—Nos gustan —insiste Spencer—. Es solo que no queríamos ir a esa

mier... estúpido parque que hay en Fifth Street. Huele a basura.

—Bueno. No hace falta poner ningún tobogán —interrumpe Katrina. Mira de forma intermitente a Paisley y a los gemelos.

—No. Los toboganes molan. Paisley no sabe de lo que habla.

Shane decide participar.

—Se está haciendo mayor. Ya mismo le hará falta un audífono.

—Shane Bennett, ¿de qué hablas? ¡Ni siquiera he cumplido los veintitrés!
—grita Paisley. Me mira en busca de ayuda, pero estoy demasiado ocupada riéndome por lo bajo tras una servilleta.

Oak esconde el rostro en mi cuello en un intento de amortiguar sus carcajadas.

—Me encanta tu familia —dice entre jadeos.

Y a mí. Y a mí.

Después de cenar, todos recogemos la mesa. Oak murmura algo por lo bajo sobre que no había visto a su madre levantar un plato fuera de un set de grabación desde que tenía cinco años. Pero Katrina ayuda tanto como los demás. Puede que uno de sus papeles en películas la haya ayudado a interactuar, pero da la impresión de ser sincera y muy dulce.

En el garaje, Big D encuentra lo necesario para jugar a Ladder golf y lo saca al jardín.

—¿Cómo puntuáis vosotros? —pregunta Big D a Paisley mientras juguetea con la bola de golf atada.

Ella se encoge de hombros.

—Un punto para la barra inferior, dos para la del centro, y tres para la superior.

Ty frunce el ceño.

—No. Se cuenta el número de bolas que quedan en cada una. Cada una es un punto.

—¿A qué te refieres? —pregunta Katrina entusiasmada a mi lado—. Nunca he jugado a esto.

—Hay dos pelotas de golf atadas en cada cuerda —le explico—. El propósito es conseguir enrollar el mayor número de cuerdas alrededor de los tres postes.

—Si estuviésemos en tu casa, podrías poner las normas, pero estamos en

la mía, así que jugaremos como lo hacemos los Bennett.

Paisley alza el mentón.

—Reconozco esa mirada —dice Oak frente a mí—. Es la que dice que eso es lo que hay y punto. —Ahueca las manos alrededor de su boca—. Ríndete, Ty. Por experiencia te digo que no tiene sentido discutir.

Me giro y le doy un golpe a Oak en el hombro.

—¡Ay! —grita de mentira—. ¡Trata bien a la mercancía!

—¿Lo construyó tu padre? —pregunta Big D, interrumpiéndome antes de poder darle otro golpe a Oak.

—Sí. Es PVC. —La simple estructura mide metro y medio y consiste en tres barras unidas a dos postes y a diferente altura. El propósito es conseguir que tus dos bolas de golf atadas a la cuerda queden completamente enrolladas en las barras.

—¡Y mucho pegamento! —añade Spencer. Los gemelos chocan los cinco.

Yo sonrío de felicidad. Me alegro mucho de que el recuerdo de haber construido ese juego sea bueno en vez de triste.

—Estuvieron todo un día intoxicados por culpa del pegamento —les explico a Oak y a su madre.

Ty y Paisley están todavía discutiendo sobre las reglas cuando Big D nos separa en dos equipos. Decidimos que vamos a jugar los Bennett contra los Ford. Ty juega con nosotros, mientras que Big D y los guardaespaldas de Katrina lo hacen con los Ford.

Amanda se ofrece a ser el árbitro y a contabilizar los puntos, según las reglas de los Bennett.

A mitad del juego, los Bennett van ganando por goleada. Ty murmura que es porque estamos haciendo trampas.

—Estás en nuestro equipo, Ty —puntualiza Paisley.

—No tiene gracia cuando hacéis trampa —gruñe.

—Lanza la maldita... la bola ya —grita Oak—. Estáis retrasando el juego. Os tendrían que penalizar por eso.

—Ves, vas a hacer que perdamos —dice Paisley, y luego coge la cuerda con las dos bolas de la mano de Ty y la lanza a través del jardín con perfecta puntería.

Las pelotas descuelgan una de las de Oak, lo cual significa que volvemos

a ganar. Los gemelos giran y chocan los cinco mientras Paisley y yo hacemos lo propio también. Crecimos jugando a esto con nuestros padres. Es imposible que los Ford nos ganen sin importar cómo puntuemos el juego.

—Venga, mamá. Tú puedes —anima Oak cuando Kat se prepara y balancea su cuerda.

Oak está a su espalda, así que no puede ver cómo el rostro de su madre se encoge de emoción y cierra los ojos. Cierra los ojos para poder recordar este momento a la perfección. El momento en el que su hijo la ha llamado «mamá», la ha animado, y han estado en perfecta armonía.

—¡Ánimo, Katrina! —grito.

—Está en el otro equipo. —Paisley frunce el ceño en mi dirección—. Entre Ty y tú, es como si quisierais que perdiésemos.

Yo solo sonrío. Me siento demasiado feliz como para que me importe el resultado del juego porque, por muy cursi que suene, el día ya es toda una victoria.

Después de ganar al Equipo Ford tres veces seguidas, los gemelos arrastran a los guardaespaldas de Katrina adentro para enseñarles sus videoconsolas. Paisley y Ty discuten mientras recogen el juego. Big D se va tras ellos. Amanda ha desaparecido, así que eso nos deja a Oak, a su madre y a mí solos en el jardín.

Katrina y yo nos acomodamos en un par de tumbonas, pero Oak decide sentarse en el suelo, con la espalda apoyada contra mi pierna.

—¿Cómo va todo? —pregunta Katrina. La cordialidad del juego se ha desvanecido en parte, dejando claro que la tensión entre madre e hijo no iba a desaparecer jugando a un sencillo juego por equipos.

—Bien —contesta Oak. Apoya la cabeza contra el lateral de mi pierna. Su suave pelo roza mi piel desnuda. Estiro el brazo y le aparto un mechón de los ojos—. ¿Y a ti?

Se encoge de hombros.

—Ya sabes cómo va el tema. Ahora soy vieja, así que solo me dan lo que nadie más quiere, pero hay unas cuantas cosas que me interesan.

—Qué mal —digo.

—¿Qué proyectos? —quiere saber Oak.

—Un par de papeles secundarios en unas cuantas películas. Acabo de

firmar por el último thriller de Weisenberg. Los otros son en su mayor parte dramas, hago el papel de mujeres mucho más mayores que yo. —Baja la mirada hasta sus manos, como si le diese vergüenza—. Soy una mujer vanidosa. Ya lo sabes.

—Tendrían suerte de trabajar contigo —responde Oak con brusquedad. Los dos hablan mirando al suelo, como con miedo de mirarse el uno al otro.

—Gracias. Pero ya basta de hablar de mí. ¿En qué estás trabajando ahora?

En silencio, Oak hace circulitos con el dedo en el suelo de piedra. Cuando Katrina parece decepcionada por no recibir respuesta, intervengo de golpe.

—Está creando nueva música.

Su madre abre unos ojos como platos.

—¿Sí? Eso es fantástico.

Él carraspea.

—Sí, estoy probando cosas nuevas. No sé si llegará a buen puerto. Probablemente sea un asco.

—No es un asco. Es genial. Me puso los pelos de punta.

Él se gira para mirarme.

—Primera noticia que tengo.

—No necesitas que te infle más el ego, ya parece ocupar toda la costa sur del país. —Le doy un apretón en el hombro para hacerle saber que estoy de broma antes de volverme hacia Katrina—. Es maravillosa. Tiene más de Oakley y menos de todo lo demás.

—Sí que suena maravilloso. No me puedo creer que te deje oírla mientras la está componiendo. No suele hacerlo. ¿Y qué piensa Jim? —pregunta Katrina.

—No le he enseñado nada todavía —admite Oak, frotando su mejilla contra mi mano.

Los ojos atentos de Katrina, al igual que los de Oak, no pierden detalle de nada.

—Sea lo que sea, estoy segura de que es increíble.

—Sé que papá y tú no queríais que firmase aquel contrato —murmura.

—Ay, Oak. A tu padre solo le preocupaba que se fuesen a aprovechar de ti. Eras tan joven. Hay tantísima gente que quería explotarte.

—Ambos sabemos que esa no es la razón por la que papá se oponía. —

Hay rencor en su voz.

Katrina se muerde el labio.

—Solo queríamos lo mejor para ti.

—¿De verdad? Porque los dos prácticamente dejasteis de hablarme cuando lo firmé. —Esta vez sí que mira a su madre con ojos acusadores.

—¡Firmaste los papeles de emancipación! —gritó ella—. ¿Qué se supone que debíamos pensar? Ya no nos querías como padres.

—No, quería tomar mis propias decisiones sobre mi música y mi carrera profesional.

Al principio, Katrina abre la boca para protestar, pero luego languidece. Su deseo de reconectar con su hijo es mayor que cualquier otro por querer llevar la razón.

—Entonces no hicimos lo correcto para ti. Creo que ninguno de los dos fue consciente de lo que pasó hasta que nuestro pequeño se hubo convertido en Oakley Ford: un hombre de pleno derecho a la tierna edad de dieciséis años. No manejamos bien la situación, y lo lamento. Te queremos y te echo de menos, Oak. Quiero pasar más tiempo contigo. ¿Es posible? ¿Aunque sea un poco?

Su súplica es tan sincera que se me encoge el corazón. Daría lo que fuera por vivir otro día más con mis padres. Oak ladea la cabeza para mirarme. Sé que ve la envidia y el dolor en mi rostro porque estira el brazo para darme un apretón cariñoso en la mano. La respuesta no es para Katrina.

—Vale, porque sé que es importante para ti.

Capítulo 32

Ella

¿Quieres venir a una fiesta? Los padres de Justin no están.

Le enseño la pantalla del móvil a Oakley. Está apoyado contra la encimera, comiéndose un trozo de tarta de chocolate, que estaba dentro de la gran caja blanca que trajo Katrina. Se fue hace media hora, y Oak no se separa de mí desde entonces. No parece tener mucha prisa por irse.

—Sí, ¿vamos?

—No sé. ¿Tienes que preguntárselo a Ty o a Big D? —Con eso consigo que arrugue el ceño, pero no me achanto—. ¿Y si se enfadan contigo?

—¿Es la gente que vino contigo al concierto de Maverick?

—Sí.

—Parecían guay.

Está claro que quiere ir, así que le respondo a Kiki.

Estoy con Oak. ¿Crees que la gente lo flipará mucho?

AY, DIOS. ¿En serio? Ya estoy flipando. ¿Se trae algún amigo?

Sí, tonti. A mí.

Ja, ja.

Si vamos, todos han de actuar normal. Que nadie le pida cantar. Ni que tampoco intenten ligar con él. No le deis demasiada importancia al asunto.

¿Quieres que lo tratemos como si fuese un tío normal y corriente?

Exacto.

Es Oakley Ford, V. ¡Estás pidiendo lo imposible!

Entonces no vamos.

—Quiero ir igualmente —dice Oak, mirando por encima de mi hombro.

—¿El concepto de la palabra «privacidad» te dice algo?

Él enjuaga el plato en el fregadero.

—Sí, significa que las cosas que hacemos tú y yo no son de la incumbencia de los demás.

Pongo los ojos en blanco.

—No me refería a eso.

—Lo sé. —Me da un beso en la sien—. Pero esa es mi definición. Vamos.

—No ha aceptado mis condiciones —me opongo.

—Vamos a una fiesta, no a negociar la liberación de un rehén.

—Vale. —Llamo a mi hermana, que está sentada en la mesa del comedor al otro lado de la sala—. Paisley, nos vamos a casa de Justin esta noche. Sus padres no están y va a dar una fiesta.

Ty empieza a levantarse, pero Oak lo detiene con un gesto de la mano.

—No, esta noche no, Ty. Solo vamos a casa de un amigo.

Ty parece preocupado.

—No sé, tío. No creo que a Jim le guste la idea.

—No pasa nada. Los amigos de Vaughn son buena gente. Beberán, pero nadie va a conducir y no será una megafiesta. Serán probablemente veinte personas, máximo —lo tranquiliza Paisley. Extrañamente, a Paisley le parece bien que Oak y yo estemos saliendo de verdad.

Ty se vuelve a acomodar en la silla. No quiere dejar a Paisley aquí. Oak y yo intercambiamos otra sonrisa de suficiencia antes de ir a buscar mis llaves del coche.

—¿Nada de cantar? —pregunta mientras se sienta en el lado del copiloto.

—Al amigo de Justin, Matt, le gusta fingir que es músico. Kiki y Carrie van a tener que sentarse encima de él para que no te ataque con sus vídeos de YouTube.

—Eh, se han descubierto un montón de estrellas así. No subestimes internet a la hora de crear superestrellas. —Oak mueve el asiento hacia atrás hasta el máximo antes de abrocharse el cinturón. Me recuerda un poco a mi padre y sus piernas larguiruchas.

—No lo hago. Solo me estoy metiendo con Matt. No lo hace porque le encante la música, sino porque cree que así ligará más con las chicas. —Algo que probablemente le suceda a Oak con demasiada frecuencia.

—¿Y si me apetece cantar?

Pongo los ojos en blanco.

—Contente, campeón.

Sonríe con suficiencia y se queda callado. Se da golpecitos en las rodillas con los dedos. Justin no vive lejos; a un kilómetro y medio, más o menos. Cuando llegamos, hay unas cuantas personas fuera de la casa. Oak se pone la capucha y se baja la gorra de beisbol que lleva, pero nadie se fija en nosotros.

Antes de poder apoyar la mano en el pomo, la puerta se abre de repente.

—Ay, Dios. Eres tú. ¡Estás en casa de mi novio! —exclama Kiki. Luego se tapa la boca con una mano—. Estoy intentando estar tranquila. Tanto como pueda. ¿Puedo tocar tu tatuaje de la cruz?

—No —digo de malas maneras y paso por su lado—. Nada de tocamientos. Ni de decir «ay, Dios». Ni de quedarse mirando.

—No puedo dejar de mirarlo. Es tan guapo. —Viene tras nosotros cuando arrastro a Oak al interior.

—Oak, ya conoces a Carrie, Justin y Kiki. Estos son Colin, Matt y Tracy. —Suelto una retahíla de nombres.

Oak toma la iniciativa y les estrecha la mano a todos, o bien les choca los cinco. Nos lleva un rato acomodarnos, pero alguien, probablemente Carrie, enciende la música y le tiende una cerveza a Oakley.

—Vaso de plástico—murmura Oak, encantado.

—No hay nada más normal que esto —le digo mientras acepto la botella de agua que Carrie me ofrece. No voy a beber esta noche, no después de lo que pasó en casa de Oakley.

Apoyamos nuestros traseros contra el lateral de la mesa del comedor, justo al salir de la cocina. Él le da un sorbo prudente y luego otro. Tras beberse medio vaso, se inclina hacia mí.

—Es horrible.

Le quito el vaso y me permito darle un pequeño sorbo a la cerveza.

—Madre mía. Sí que está mala.

—Me encanta.

—Así que, Oak, ¿ahora eres fan de los Rams? —pregunta Justin.

—Dios, ¿supongo? Todavía no he ido a ningún partido suyo. ¿Y tú?

—Fui a un partido de pretemporada con mi padre y mi hermano, pero no hemos podido comprar entradas para ningún partido de temporada. Son carísimas.

Oak asiente como si lo comprendiera. Su mano me rodea la cintura.

—Mi padre era muy fan de los Rams de Los Ángeles, pero se cambiaron de ciudad antes de nacer yo. Mi padre estaba tan cabreado de que se fueran, que se negó a volver a animarlos.

—Lo mismo le pasó a mi padre —interrumpe Matt—. Cuando le dieron luz verde para volver, pensé que se alegraría. Pero, en cambio, dijo que volvería a animar a los Rams cuando los cerdos vuelen.

Unas cuantas personas más se acercan para unirse a la conversación sobre fútbol americano. Como los deportes me aburren más que cualquier otra cosa, me alejo y encuentro a Kiki y a Carrie en el porche.

—Sé sincera, ¿es raro estar saliendo con Oakley Ford?

Carrie me ofrece un cigarro.

Niego con la cabeza para rechazarlo y me siento sobre la barandilla.

—Al principio era raro, pero ahora, es simplemente... Oak.

—Oak, ¿eh? —Kiki mueve las cejas—. ¿No te preocupa que se vaya de gira y que un montón de chicas se le lancen al cuello?

No le había dado muchas vueltas, pero algo en mi interior me dice que no debo preocuparme.

—Oak no es de los que engaña. Me lo diría si se enamorara de otra chica.

Estamos hablando de un chico al que no le gusta que le toquen, y en todo este tiempo que llevo con él, nunca ha tenido a ninguna otra chica en su radar.

—¿De verdad? Yo creo que no sería capaz de soportarlo. —Carrie le da un golpecito al cigarro por encima de la barandilla—. Me estresaría demasiado y estaría súper celosa todo el rato.

—Vaughn siempre ha sido más calmada —dice Kiki.

—No soy yo. —Me río—. Es Oak. No es de esa clase de chico.

A diferencia de con W, nunca me he encontrado a un grupo de chicas desconocido pasando el rato en casa de Oak o en el estudio. Y él tendría acceso a cientos de ellas si quisiera. Además, ni siquiera suelta comentarios a la ligera sobre lo buenas que están algunas famosas o lo mucho que le gustaría zumbárselas; W solía decirlo a todas horas.

—¿Y qué pasa con April Showers? —protesta Carrie—. Estuvo con, por lo menos, una docena de chicas cuando salía con April.

Me muerdo el labio inferior. ¿Cómo se lo explico sin revelárselo todo?

—No todo lo que sale en la prensa es cierto —dice Oak desde el umbral de la puerta.

Las dos chicas se ponen rojas como un tomate mientras él se acerca. Cuando llega a mi altura, me vuelve a rodear la cintura con un brazo, bien para pegarme a él o para pegarse él a mí. Puede que ambas cosas.

—April y yo éramos amigos. Hicimos unas cuantas cosas juntos, pero no funcionó. A veces a las revistas y a las webs les encanta crear polémica para ganar visitas. Ir de gira no es tanto como lo pintan. Hay muchísimo trabajo y los días de descanso normalmente se pasan viajando de un lado a otro. Echas de menos a tu familia, a tus amigos, hasta a tu propia cama.

—Pues suena increíble, en realidad —le digo.

Nuestras miradas se encuentran.

—Deberías venirte conmigo la próxima vez.

—Puede que lo haga. —Sonrío, pero cuando no me devuelve la sonrisa, me doy cuenta de que lo dice en serio. ¿Ir con él de gira mientras viaja por todo el mundo? Sería impresionante.

—Bueno, yo me voy dentro —anuncia Carrie—. Y tú, también, Kiki. —Baja a Kiki de la barandilla.

—Pero quiero ver qué pasa ahora —se queja Kiki.

Los labios de Oak se curvan hacia arriba.

—No son un programa de televisión —le regaña Carrie mientras la arrastra al interior de la casa.

—No, son mejores.

No puedo evitar reír.

—Nosotros también deberíamos entrar.

Oak me agarra la cadera con más fuerza.

—¿Es necesario?

Siento la piel tensa en cada resquicio de mi cuerpo. Todos mis sentidos están ampliados. Siento sus dedos pesados contra mis vaqueros. El aire fresco de la noche me ha puesto todos los pelos de punta.

—¿Cómo pasó? ¿Lo tuyo y lo de April? —pregunto en voz baja.

Él me responde sin vacilación, sabiendo exactamente a lo que me refiero.

—No éramos siquiera amigos, pese a lo que acabo de decirles a tus amigas. Éramos dos niños malcriados que pensaban que se merecían más de lo que ya tenían, que no era poco. Teníamos el mundo a nuestros pies. Yo creía que ella tenía que hacer lo que yo quisiera y ella pensaba igual, solo que al revés. No fui muy amable con ella. —Hace una mueca—. ¿Me lo vas a echar en cara?

—No. Solo me preguntaba cómo lo hiciste para mantener las distancias. ¿La encasillaste como amiga y luego la considerabas como algo más cuando tenías que mostrarte... cariñoso con ella?

Coloca uno de los dedos pulgares en mi barbilla, y me levanta el rostro para que no tenga más remedio que mirarlo a los ojos.

—Necesito que me mires mientras te digo esto. April y yo nunca estuvimos juntos. Lo que veías en público no era nada más que una actuación para llamar la atención de la prensa. Para tener más visibilidad. Yo estaba de gira y Claudia quería que saliese en las portadas de las revistas todos los días. April y su familia vivían para esa mierda. Herí sus sentimientos al final, no lo vi venir porque creía que ella era muy buena actriz. Lamento haberle hecho daño. Si hay alguien enamorado hasta las cejas aquí —dice, y señala el espacio que hay entre los dos—, ese soy yo. Creo que lo sabes.

—Estoy muy confusa ahora mismo.

Me seco las manos sudorosas en las rodillas.

Oak desliza su dedo índice por mi labio inferior.

—Lo sé, nena. ¿Y asustada? —Asiento ligeramente—. Yo también lo estoy. Pero trabajemos juntos en esto. Veamos a dónde nos lleva. No necesitamos etiquetas ni palabras. Solo estar juntos.

Dejo escapar toda la ansiedad en un suspiro antes de contestar.

—Vale.

Me da un apretón en la cadera y luego me baja de la barandilla.

—Así que Matt canta, ¿eh?

—¿Vas a tocar?

—¿Por qué no? —Me dedica una sonrisa completa—. He oído que funciona muy bien con las chicas. —Entra en la casa antes de que me de tiempo a golpearle con el puño—. ¿Alguien tiene una guitarra? —pregunta en voz alta.

Matt se pone de pie tan rápido que casi tumba la mesa. De repente, como por obra divina, aparecen cuatro guitarras, incluyendo una de Justin, que, en quinto, estampó su flauta dulce contra el cemento del aparcamiento y luego pasó por encima con la bici. La flauta era de plástico y no sufrió daño alguno, pero Justin consiguió que su padre le zurrara en el trasero.

—Ni siquiera tocas un instrumento —lo acuso.

—Lo sé. Es para Ford. Por si acaso —dice con timidez—. Se la pedí prestada a mi tío.

—Es un instrumento decente. —Oak se coloca el cuerpo de la guitarra y toca un par de acordes.

—¿Qué quieres tocar? —pregunta Matt con entusiasmo—. Me sé todas tus canciones. Hasta las nuevas.

Las chicas y yo escondemos una sonrisa de suficiencia.

—Me apetece cualquier cosa menos mis canciones. ¿Conoces alguna de Smashing Pumpkins?

Matt asiente.

—Sí, sé tocar «The Everlasting Gaze» o «Today».

—«Today» entonces. ¿Dónde lo hacemos?

Matt nos guía hasta el salón.

—Puedes sentarte aquí. —Señala el centro del sofá. Oak se sienta y Matt

se coloca en el otomano frente a Oak.

—Yo me preocuparía porque Matt intentará robarte a tu chico —me murmura Kiki al oído.

—Sí que parece estar colgadito.

—Colgadito —se mofa Carrie desde el otro lado—. Si Oak le pestañeara, Matt se pondría de rodillas tan rápido que la casa temblaría hasta los cimientos.

—Mmm... qué bonita imagen.

—Siéntate conmigo, nena —me dice Oak, dándole unos golpecitos al cojín de su derecha.

—¿Nena? —articulan Carrie y Kiki en mi dirección.

Las ignoro e intento evitar ponerme roja como un tomate y me abro paso entre una docena de gente para sentarme junto a Oak. Se inclina ligeramente de modo que su espalda entra en contacto con mi costado y el mástil de la guitarra está separado de nosotros. La cercanía me permite sentir cómo su brazo se mueve cuando desliza los dedos a lo largo de la guitarra.

Los chicos cantan una canción y luego Matt empieza la siguiente. En nada, ya han pasado a las canciones de 1D. Oak incluso canta una versión lenta de «I Knew Your Were Trouble» de Taylor Swift, mirándome de reojos todo el rato. Gesto que a nadie se le escapa.

Que Oak me cante en público es distinto a cuando lo hace en el estudio. En el estudio, está trabajando. Las canciones se cortan a menudo a la mitad y luego King y él intentan algo completamente diferente. Casi nunca se escucha la canción entera.

Pero aquí, es como si cada palabra que sale de su boca fuese un mensaje sobre cuánto le gusto, cómo piensa que soy lo mejor que le ha ocurrido en la vida, que lo estoy salvando de alguna manera.

Al hacerme sentar a su lado, al mirarme todo el rato, está haciendo una declaración pública de sus sentimientos. Algo que W apenas hacía. El chaval ni siquiera llevaba las Vans que decoramos juntos. Decía que quería guardarlas, pero entonces ya sabía, como ahora, que se avergonzaba de ellas.

Pero Oak no tiene problema alguno en cantar sobre lo feliz que está de estar enamorado de mí.

—Toca una de tus nuevas canciones —le insto. Sé que se siente inseguro

con su música, pero es mejor de lo que cree. Una audiencia así de entregada como esta es lo que le hace falta para probar una o dos canciones y ver cuáles son las reacciones.

Oak debe de estar de acuerdo, porque empieza a tocar la melodía de la canción con el puente que ni a él ni a King parecía gustarle.

—¿Sí? —dice.

Hay un coro de síes. Oak termina tocando la mitad de su álbum antes de parar y de admitir que tiene sed. Una horda de pies se adentra en la cocina para ser los primeros en traerle una bebida.

Oak tiene el cuello lleno de sudor. Tocar la guitarra es muy difícil. Deslizo un dedo por el centro de su cuello. Él se estremece y se echa del todo hacia atrás hasta apoyar la cabeza contra mi hombro.

—¿Cómo es ser tú de verdad? —pregunta Justin. El medio concierto ha roto las barreras, y ahora las reglas que Carrie y Kiki habían intentado imponer ya no servían para nada.

Oak levanta el brazo y me coloca la mano sobre su hombro. Entrelaza sus dedos con los míos y seguidamente apoya nuestras manos sobre su pecho.

—No me quejo.

Y eso significa que no va a decir nada más. Tiene tantísimas cosas que sería maleducado por su parte quejarse, aunque pueda llegar a ser horrible a veces.

—¿Qué es lo mejor? —lo presiona Justin.

—¿Son las chicas? Deben de ser impresionantes —dice Matt. Tiene que agacharse para esquivar unos cuantos vasos de plástico rojos que le han lanzado a la cabeza—. ¿Qué? Es verdad, ¿no? —protesta.

Oak tuerce el gesto.

—Aunque fuese verdad, y no estoy diciendo que lo sea, no le faltaría el respeto a Vaughn hablando de otras. Ella es mi chica y la única que me importa ahora mismo.

Las palabras son tan sinceras que hacen que a todas las chicas de la sala les dé un vuelco el corazón, incluyéndome a mí. Agarro su mano con más fuerza. ¿Y él se piensa que es el único enamorado hasta las cejas? Ni de lejos. Yo también lo estoy.

Le da varios golpecitos a la guitarra con la palma de la mano antes de

continuar.

—Lo mejor es subir al escenario y oír a miles de personas cantar tus canciones. Puedes parar, en cualquier punto de la canción, y ellos siguen. Es increíble. Ni siquiera puedo describirlo. Pero en esos momentos, me siento invencible, literalmente. Como si pudiese volar solo con la energía de sus voces.

Matt parece decepcionado al oír su respuesta, pero es el único.

—¿Y lo más duro? —pregunta Carrie, entregándole un vaso de agua. Le dedico una mirada de agradecimiento.

—Gracias. —Lo toma con la mano libre. Se niega a separar la otra de la mía—. No tengo la oportunidad de hacer cosas como esta muy a menudo. —Hace un gesto señalando toda la estancia—. Todo en mi vida es un show. Si quiero ir al partido de los Rams, no me puedo sentar en la línea de cincuenta yardas con Vaughn. Mi gente tiene que llamar a la oficina de los Rams. Necesitaríamos pases VIP para mí y probablemente cuatro guardaespaldas. En la banda hay reporteros, otra gente, y a lo mejor en el primer cuarto nadie me pregunta nada, pero en cuanto llega el descanso, alguien que conoce a otro alguien, que tiene una prima o conocido que quiera entrar en la industria de la música me pregunta si me importaría oír su maqueta. Y los que no busquen hacer contactos en el mundo de la música, estarán sacándome fotos o pidiéndome *selfies* para ser los primeros en decir que vieron a Oakley Ford.

»Y diciendo esto, sé que sueño como un cerdo ególatra. Ay, pobrecito Oak, que no puede hacer nada como la gente normal, menos hoy, estando con vosotros, cantando con vosotros, jugando al *frisbee* en el jardín de atrás. Ha sido increíble. Nadie está vacilando hoy. Nadie me está tratando diferente.

Matt mira las guitarras con cara avergonzada.

—No, no me importa tocar. Ha sido genial. Pero la mayor parte de las veces que salgo de casa, tengo que estar con la guardia en alto, y eso ya no mola tanto. Es un rollo. Por otro lado, los fans te pagan las facturas, y si no fuese por ellos, yo no estaría donde estoy. Así que doy gracias por todo eso e intento no quejarme. —Da un golpe en la guitarra—. Ahora que ya os he dado la charla, ¿qué tal si tocamos un par de canciones más antes de llevar a mi chica de vuelta a casa?

Matt al instante coge de nuevo su guitarra y Oak suelta mi mano a regañadientes y se incorpora.

Sé que lo está haciendo porque quiere, pero este año que estoy yo, voy a velar por él. Voy a intentar darle las cosas que no puede tener por ser Oakley Ford. Ya sean ratos para quedar con gente de su edad, o recuperar la relación con su madre. Sea lo que sea, quiero que lo tenga.

Capítulo 33

Él

lilbabyblue @Gracie33Dawson OAKLEY FORD HA ESTADO EN 1 FIESTA STA NOXE!!!!

Gracie33Dawson @lilbabyblue QUE????? Cm lo sabs?

lilbabyblue @Gracie33Dawson Mi prima va a TJH. Lo ha conocido!!!

Gracie33Dawson @lilbabyblue Dios *muerta de celos*

Me quito los zapatos y caigo desplomado sobre la cama de Vaughn con la ropa puesta. Ella permanece en el umbral, al principio se ríe, pero después su expresión se vuelve seria.

—¿Qué pasa? —pregunto al tiempo que me acomodo.

—¿Te vas...a... quedar?

El sonrojo de sus mejillas es tan adorable que tengo que resistir el impulso de saltar del colchón y besarla. En lugar de eso, coloco las manos tras la cabeza y digo:

—¿Te molesta? Son casi las tres y estoy molido.

—¿Y Ty?

—Estará bien en el sofá. —Vaughn se sorprendió cuando nos lo

encontramos en su casa al llegar, pero a mí no. Ty nos siguió hasta la fiesta y se quedó en el Escalade hasta que terminamos, pero no se lo dije a Vaughn porque ella hubiera insistido en que entrase, y yo no quería. La dinámica habría sido distinta.

Vaughn se muerde el labio.

—El sofá es demasiado pequeño para él. Va a estar muy incómodo.

Me encanta que se preocupe por mi guardaespaldas. A las chicas con las que he salido no les importaba un pimiento la comodidad del «personal».

—Estará bien —le aseguro. —Créeme, ha dormido en sitios peores.

—Bueno. Pero voy a darle algunas mantas. —Vaughn sale de la habitación apresurada.

Oigo sus pisadas en el pasillo y después el chirriar de una puerta al abrirse. Me siento demasiado holgazán como para levantarme y ayudarla, así que me vuelvo a tumbar y pienso en todo lo que hemos hecho hoy. La barbacoa. Ver a mi madre. No, *estar* con mi madre, ha sido sorprendentemente... divertido. Y la fiesta de esta noche ha sido genial. He ido a cientos de fiestas, pero esta es la mejor, en serio. Los amigos de Vaughn eran tan normales, y esa sesión de música ha sido increíble. Me siento tan inspirado ahora mismo que desearía estar en el estudio creando pistas.

Pero si estuviese en el estudio, significaría no estar oliendo el dulce aroma de su champú sobre la almohada, ni pasar los dedos por el suave cobertor bajo el que duerme cada noche.

Vuelve varios minutos después, gruñendo por lo bajo.

—¿Siempre es tan difícil?

Sonrío.

—¿Ty? Sí. ¿Por qué? ¿Qué te ha dicho?

—Ha dicho que estaba bien durmiendo sin almohada. ¿Quién no las usa?
—Sueno contrariada. —De todas formas, le he dado una y una manta, y he puesto sábanas en el sofá, así que espero que esté cómodo. Le he ofrecido dejar encendida la luz nocturna por si se despierta por la noche y se ha reído de mí durante un minuto entero.

Yo también me río, porque pensar que Ty necesita luz nocturna para dormir es para partirse.

Vaughn vacila a los pies de la cama.

—Esto... —Traga saliva cuando recorre mi cuerpo con sus ojos marrones, casi dorados—. Necesito cambiarme para dormir.

—¿Y qué te detiene? —arrastro las palabras.

—No pienso cambiarme delante de ti. ¿Qué tipo de chica crees que soy?

Quiero decir que es *mi* chica, pero no la quiero poner más nerviosa de lo que ya lo está. Sé lo que piensa, que me quedo para que ambos... ya sabéis. Pero nunca ha sido mi intención, y me apresuro a decírselo.

—Puedo quedarme en el suelo si quieres —le ofrezco.

—¿Qué? No seas tonto. ¡No estarás cómodo!

Intento no sonreír.

—Tienes una rara obsesión porque la gente a tu alrededor esté cómoda —le informo.

—Vaya, Oak, discúlpame por ser *considerada*. Vale, duerme en el suelo como un perro si quieres.

—Nah, prefiero acurrucarme contigo. Pero si tú quieres imaginarme como un perro no me importaría que me rascases la tripa y jugueteases con mi pelo.

Sus mejillas vuelven a adquirir un tono rojo. Camina hacia la silla del escritorio y coge un par de cosas de la ropa que está extendida sobre ella.

—Voy a lavarme los dientes y ponerme el pijama. Si quieres lavártelos hay cepillos de sobra en el baño, pero yo lo voy a usar primero, así que espera tu turno. —Y con eso vuelve a escapar de la habitación.

Me levanto. Me quito la camiseta y la tiro al suelo. Después me deshago de los vaqueros y me quedo en un par de calzoncillos negros. Caigo en que esta es la primera vez que duermo con una chica. Nunca he dejado que ninguna se quedase en mi casa o en mis habitaciones de hotel. Me pregunto de repente si W ha dormido en esta cama y cierro las manos en puños. Odio pensar en ese perdedor durmiendo con Vaughn, aunque no se haya acostado con ella.

—Oh. —Oigo un chillido en el umbral. La mirada de Vaughn viaja de mi cara a mi ropa interior y de vuelta a mi cara.

—Me he puesto cómodo —digo, con la esperanza de que la palabra mágica, «cómodo», haga que deje de vacilar.

Y así es. O algo así. Sigue sonrojada al subirse a la cama, pero no me pide que me vista. De todas formas, lleva ropa suficiente para ambos.

Pantalones de pijama de franela y una camiseta rosa extra grande con las palabras... achico los ojos...

—Una cosa, ¿tu camiseta dice «Finde divertido de la familia Bennett»?

Suspira.

—No me juzgues. No es culpa mía que mis padres fueran tontos.

—Para nada, nena. Tú eliges dormir con esa monstruosidad. Hazte responsable.

—Pero es tan suave—protesta—, me encanta el tacto sobre *mi* piel.

La atraigo hacia mí.

—Tú sí que me encantas contra mi piel —digo con voz ronca, y después enredo una pierna entre las tuyas cubiertas de franela y acaricio su cuello con la barbilla.

Ella emite un sonido jadeante.

—¿Qué haces?

—Abrazarte. ¿Pasa algo?

—Pensé que estabas cansado...

—Nunca estoy cansado para esto.

Su risa vibra entre nosotros. Me encanta el sonido. Me encanta *ser* quien la provoque.

Gruño cuando se levanta. Bien, solo se inclina para apagar las luces. La oscuridad baña la habitación, pero sus cortinas son transparentes, así que la luz de la luna brilla a través de ellas e ilumina la preciosa cara de Vaughn.

—¿Quieres meterte? —susurra.

Se me queda la boca seca. Todo.

—Eh, vale.

Sé que no me invita a hacer... cosas, pero consigue con éxito confundir a mi cuerpo. Alejo las caderas para evitarnos sentir vergüenza. Se quedaría cortada si se diese cuenta de que estoy excitado.

Las sábanas ondean cuando Vaughn y yo nos tumbamos debajo de ellas. Esta vez ni siquiera tengo que atraerla hacia mí; ella se acurruca contra mí y coloca una de sus manos cálidas en el centro de mi pecho.

—Tu corazón late muy deprisa.

Mierda, esperaba que no se diese cuenta. Pero está tan cerca de mí, huele tan bien y su tacto es tan suave y cálido que me afecta. Tengo los labios y la

boca seca. Después empiezan a cosquillear.

—¿Estás bien? —pregunta.

Paso las manos por su pelo.

—Estoy genial.

Hay una pausa larga.

—Lo eres. Es decir, genial. —Su suave aliento me hace cosquillas en el hombro—. ¿Estás demasiado cansado como para besarme?

Su voz burlona me hace reír.

—Intentaba comportarme como un caballero.

—No quiero que lo seas.

Su respuesta susurrada provoca que me dé un vuelco el corazón.

Me doy la vuelta para que ambos estemos de costado. Sus ojos brillan en la oscuridad y se lame los labios. Es un movimiento que me pone a cien y me hace estremecer. Mi corazón late desbocado, tanto que temo que pueda escucharlo. Pero, si lo hace no dice nada. Se acerca a mí hasta que nuestros labios estás a escasos centímetros de distancia.

Toco su mejilla y acorto la distancia que nos separa hasta presionar su boca contra la mía. Dios. Siempre me siento así al besarla; esa sensación de pertenecer a un sitio, esa corriente de placer cuando sus labios se fusionan con los míos. Sabe a pasta de dientes y a algo mucho más dulce, algo que es puro Vaughn. Estamos sin aliento al separarnos, pero nuestras bocas no permanecen así por mucho. Antes de poder hablar, me vuelve a besar, y siento esa maravillosa sensación de nuevo.

—Oak —susurra.

—¿Um? —Muevo la mano arriba y abajo por su esbelta cintura antes de posarla sobre su trasero.

—Me encanta.

Mi risa es ronca

—Ya. —Volvemos a besarnos, de forma larga, profunda, con nuestras lenguas danzando—. Yo...

Me estoy enamorando de ti.

Es un milagro que haya podido reprimir esas palabras. La asustarían y no quiero que nada arruine este perfecto momento.

Vaughn jadea cuando cubro uno de sus suaves pechos.

—Oh —dice, y su voz denota lo sorprendida que se siente.

Estoy perdido en ella. Tan perdido. No sé cómo acabo encima de ella o cuando empiezo a moverme contra su cuerpo. Soy incapaz de pensar, sobrecogido por lo mucho que la necesito. Me rodea el cuello con los brazos y me besa hambrienta.

Alejar mi boca de la suya requiere de todo mi autocontrol.

—¿Vamos ...? —Trago aire—. ¿... demasiado rápido?

Su momento de vacilación es la respuesta que necesito. Por muy doloroso que sea —físicamente— ruedo hasta colocarme boca arriba y cojo el aire que necesitaba desesperadamente.

—Definitivamente —digo, contestando mi propia pregunta.

Vaughn se sienta. Su pelo es un revoltijo desordenado, e incluso en la oscuridad siento cómo se muerde el labio inferior, hinchado debido a nuestros besos.

—De hecho... creo que estoy preparada para más.

Intento no acercarla a mí.

—¿Sí? Te has tomado una cerveza.

—Un trago de la tuya —me corrige—. Solo he bebido agua. —Exhala despacio—. Estoy al mando, ¿no?

—Por supuesto. —Abro los brazos—. Soy tuyo. Haz lo que quieras.

Ella se relame y yo estoy a punto de morirme. Agarro las sábanas con fuerza para no lazarle hacia ella, por mucho que quiera. Con cuidado, pasa una pierna sobre mi cintura y se acomoda en mi regazo. Es la tortura más exquisita jamás creada.

Sus dedos trazan el contorno del tatuaje de la cruz en mi hombro, el que me hice tras obtener el primer disco de oro.

—Me encanta este tatuaje. ¿Está mal pensarlo porque contiene el nombre de tu madre?

—No hables ahora de mi madre —ruego.

Ella asiente, seria.

—Buena idea. —Sus caricias se trasladan a mi hombro, y me aprieta el bíceps—. Sí que tienes buenos músculos.

Actúa como si quisiera pasar doce semanas explorando mi cuerpo, lo cual es genial y terrible a partes iguales. Siento un dolor horrible entre las piernas.

—¿Por qué respiras tan agitado? ¿Duele?

Sí. Mucho.

—No —miento—. Todo va bien. —Es una mentira piadosa. Prefiero que me toque a que no haga nada, aunque cada una de sus ligeras caricias alimentan mi deseo como una suave brisa convirtiese una llama en un fuego desatado.

—¿Qué hago? —susurra.

Sus manos vuelven a mi torso y descubro que hay zonas de mi cuerpo que son más sensibles de lo que imaginaba. La mayor parte del tiempo quiero que las manos de una chica estén sobre mí. O su boca. Pero me excita tanto estar así con Vaughn, estar a su lado, que cada centímetro de mí tiembla ante sus leves roces.

—Lo que quieras —digo con voz ronca.

—Pero no sé exactamente lo que quiero. —Vuelve a morderse el labio—. ¿Puedo ponerte a ti al mando?

No hay persona en el mundo que se haya movido tan rápido. Me levanto, la pongo boca arriba y coloco mi cuerpo sobre el suyo antes de que respire una hormiga.

—¿Qué quieres?

Sus ojos relucen en la oscura habitación.

—Todo.

—¿Segura?

—Al cien por cien.

—Porque podemos esperar. —Ahora que la tengo debajo de mí recuerdo la promesa de ser paciente. Quiero esperar por ella.

—Estoy cansada de esperar.

Gracias a Dios. Bajo la cabeza y la beso despacio, con tiempo para aprender cómo responde. Cómo le gusta que la bese. Cómo un pequeño mordisco a un lado de su cuello hace que se le entrecorte la respiración. Cómo mi respiración hace que tiemble.

La beso por todos lados. En la clavícula, el delicado valle entre sus pechos, en el vientre plano. Y más abajo.

—Pensé que tendríamos sexo —exclama con voz ahogada. Sus dedos se enredan en mi pelo como si no estuviese segura de si apretarse contra mí o

separarse.

—Lo tendremos. Pero ahora necesito esto.

—¿Seguro?

—Lo estoy deseando.

Ella me libera y la beso entre las piernas, suave primero y después con más fuerza, hasta que la dejo retorciéndose, temblando, jadeando. Esta vez los dedos que agarran las sábanas son los suyos.

Cuando ya no puedo esperar ni un segundo más, estiro los dedos hasta los vaqueros, cojo un preservativo y me lo coloco.

—Puede que duela —susurro.

Ella asiente para hacerme saber que lo entiende. Presiono despacio y un chillido de sorpresa escapa de su garganta. Espero a que su cuerpo se acostumbre al mío y cuando sus piernas se abren y sus dedos aprietan mis hombros, me muevo.

Ambos nos movemos; despacio, con cuidado, hasta que las sensaciones nublan mis ojos. Nos abrazamos cuando la lluvia de emociones nos golpea por todos lados. Acuno su cuerpo entre mis brazos al terminar. Tiene el rostro enterrado en mi cuello. Nuestros corazones galopan el uno contra el otro, mis latidos respondiendo a los suyos, una y otra vez en un perfecto ritmo sincronizado. Amo a esta chica. Demasiado.

—¿Vaughn? —murmuro antes de quedarme dormido.

—¿Mmm? —musita, somnolienta.

—Hoy ha sido el mejor día de mi vida. —En cuanto digo esas palabras siento un ramalazo de vergüenza. ¿Ha sonado patético? Aguanto la respiración y espero su respuesta.

—Bien. Me alegro. —Sus labios me rozan el torso en un afectuoso beso, y después nos quedamos dormidos entrelazados, juntos.

Capítulo 34

Ella

@OakleyFord Hola

@OakleyFord Te queremos. Te queremos. Te queremos.

@OakleyFord sígueme

@OakleyFord he dibujado esto para ti

@OakleyFord ¡Acabo d pillar entradas para la 1ª parada d la gira! ¿Podemos quedar?

@OakleyFord ¿Cuándo vuelves a Dallas?

@OakleyFord ¡Es mi cumple! Puedes responderme. ¡Porfa! Es todo lo q quiero.

@OakleyFord Te quiero

@OakleyFord ¡Qué ganas de ver la gira!

@OakleyFord ¿Como puedo conseguir pases VIP para tu gira?

@OakleyFord Muuuuuuuuack

@OakleyFord Romp en esa tia, no s lo suficientmnt buena para ti

@OakleyFord @mrsoakleyford una cazafortunas

@OakleyFord @weirdmagicalone rompió con su novio para salir con Oak
#esputacular #atuksazorra

Cierro Twitter y me pregunto si me dejarían eliminar la cuenta. Hoy en día no tiene nada positivo. Me había acostumbrado a no leer, pero por alguna razón, tras ver los mensajes he abierto la aplicación y mirado mi pantalla de inicio y la de Oak. Craso error.

—Tramas algo —dice.

Dejo a un lado todo pensamiento sobre Twitter y le sonrío.

—Algo genial.

Oak me ha estado incordiando durante semanas porque quiere saber qué mensajes nos mandamos su madre y yo. Solo he podido quitármelo de encima al decirle que lo sabrá... pronto.

A veces la educación consentida de Oak hace acto de presencia. No le gusta compartir y no tiene mucha paciencia. Está acostumbrado a conseguir lo que quiere, cuando quiere.

Excepto mi virginidad. Esperó, y yo no tuve ningún problema en dársela. Fue indescriptible. A pesar de los muchos adjetivos que Oak me enseñe, no hay ninguno que pueda articular cómo me hizo sentir.

Al principio dolió, pero él esperó, se tomó su tiempo, susurrándome lo increíble que se sentía, como parecía el paraíso. Para mí también. Me estremezco solo de pensarlo. Me estoy enamorando tanto de él. Sé que no quería a W, porque lo que sentí por él es una pequeña llama de vela en comparación con el infierno que Oak provoca en mí.

Pero, a pesar de ser paciente en *esas* cosas, lo demás lo quiere todo de inmediato.

Oh, ¿zapatillas de edición limitada de diez pares? Tranquilo, Oak, te enviamos unas. ¿Quieres que vaya alguien para que las plantillas sean personalizadas?

Debo tener cuidado con mostrar demasiado interés en algo. Un día cotilleaba Instagram y vi una cuenta de una fotógrafa de viajes. Pasé un par de horas viendo sus fotos. Al día siguiente alguien llamó a la puerta con una cámara y una nota que decía: «Vaughn, tu amigo Oakley me ha preguntado qué cámara uso. Le he dicho que, para empezar, te podría gustar esta. Tienes una joya a tu lado».

Cuando me quejé ante Oak, respondió:

—Necesitarás algo que hacer cuando estés de gira conmigo.

Y no hay manera de discutir con él. Hay veces que simplemente se niega a escucharme, la de la cámara fue una de esas. Al igual que el par de Vans blancas, una mini bandolera que mencioné de pasada un día y un par de sandalias doradas que admiré un día en una tienda.

No soy la única a la que ha regalado cosas. Shane y Spencer recibieron cada uno un par de deportivas nuevas y pases para un parque de *skate* exclusivo además de lecciones individuales con un tipo que no reconozco, pero que los gemelos sí, porque por una vez en su vida Spencer se quedó sin habla al verlo. Paisley tiene un precioso bolso rojo de Prada.

Protesté, pero ella dijo que se podía permitir todo con el dinero que tenía bajo sus sofás. Supongo que es cierto. Aun así, me gusta ir con cuidado delante de él. No necesito más regalos sorpresa. Ojalá cuando la gira empiece esté demasiado ocupado con las pruebas de sonido y los ensayos como para comprarme cosas.

Aun me resulta difícil creer que quiera que le acompañe. Al principio monté una buena, pero, como ya he mencionado, discutir con Oakley Ford es una pérdida de tiempo. Se marcha mañana por la mañana a Nueva York, la primera parada de su gira internacional. Unos días después iré en avión a verle, porque Paisley está fuera por trabajo y he de quedarme en casa con los gemelos.

La verdad es que estoy un poco nerviosa. Nunca he viajado sin mi familia, no estoy segura de lo que haré en la gira. No soy una *groupie*, ni chica de carretera o alguien con contactos en el mundo de la música. Por ahora mi única tarea en la agenda es sacar fotos de Oak con mi nueva cámara. Después,

¿quién sabe?

Ya que Oak cumplirá veinte años la primera semana de su gira, le vamos a hacer una fiesta sorpresa con antelación, que es de lo que su madre y yo hemos estado hablando estas últimas semanas.

—No me gustan las sorpresas. —Tira de la máscara negra que me ha prestado Paisley y que le cubre los ojos.

—No te gustan las del pasado. Esta sí.

—¿Cómo lo sabes?

Me inclino y lo beso en la mejilla.

—Porque es mía.

—Ty, ayuda a un hermano. ¿Qué pasa?

Resopla desde el asiento del conductor.

—Bromeas. No pienso enfadar a las hermanas Bennett.

Se detiene delante del restaurante que hemos reservado para el evento. Katrina ha financiado la mayoría, pero la decoración es toda de Paisley y mía. Incluso los gemelos han ayudado a reunir las bolsas de regalos llenas de cintas y radiocasetes que Paisley y yo hemos encontrado en mercadillos caseros de garajes y bazares. He hecho realidad la amenaza de hacerle una fiesta infantil; una normal, ya que la mayoría de sus fiestas pasadas incluían cosas lujosas como esculturas de hielo y cantantes famosos.

Ty y yo llevamos a Oak hasta la puerta trasera.

—Cinco pasos —le dice Ty a modo de instrucciones.

—Esto tiene mala pinta —dice Oak—. Mi sexto sentido me dice que huya.

—¿Seguro que no te dice que tu novia te va a pegar un puñetazo en ese sexto sentido si no dejas de quejarte? —le aviso.

—Puede que no reciba los mensajes con claridad. —Estira la mano y coge la mía para colocarme a su lado—. Pienso comprarte algo excesivamente caro para castigarte.

Le doy un pequeño golpecito en la oreja.

—Puede que ese sea mi gran objetivo. Hacer que me colmes de regalos y cosas buenas.

—Nah, tú lo que quieres es mi cuerpo. Lo cual es muy superficial por tu parte, por cierto, pero empiezo a aceptarlo.

—Acepta esto primero —anuncio al tiempo que le quito la máscara de la

cara—. ¡Sorpresa!

—¡Sorpresa! —gritan las cuarenta y pico personas reunidas en la sala privada. Es una mezcla de mis amigos, su gente y varios de sus amigos, o al menos los que ha indicado que son cercanos.

Oak va directo a Kinney Banks, un solista para el que fue telonero una vez.

—Tío, ¿cuándo has venido?

Ambos se dan sendas palmadas en la espalda.

—Anoche. Tu chica se puso en contacto conmigo y supuse que no podía perderme el vigésimo cumpleaños de Oak. —Kinney alza una tachuela con la cola de un burro—. Porque, ¿dónde si no voy a poder jugar a colocarle la cola al asno?

Oak se gira hacia mí con una gran sonrisa.

—Mi sexto sentido se ha equivocado. —Me levanta y me da vueltas—. Eres la mejor, nena.

—Lo sé.

Me deja en el suelo, pero no me suelta. Ambos saludamos a la gente, juntos. King y su preciosa mujer han venido. Los miembros de la banda, excepto Luke, que desapareció tras el beso en la fiesta y no ha regresado. Oak dice que un tío que se aprovecha de una chica borracha no es un tipo al que quiera en su banda. Protesté, pero él se mostró firme. Ty intervino diciendo que era una responsabilidad tener a alguien así, ya que Oak tiene muchos fans jóvenes.

Al llegar a Katrina, ella abraza a su hijo durante un largo y emotivo momento. Antes de separarse, lo sujeta brevemente por los hombros.

—Mírate. Veinte años. No puedo creerlo.

—Estás genial, mamá.

Ella se sonroja feliz.

—Carrie, Kiki, gracias por venir.

Besa a ambas en la mejilla.

—No nos lo hubiéramos perdido por nada del mundo

—dice Carrie.

Le da una pequeña caja envuelta.

—No sabíamos qué regalarte y Vaughn no nos ha ayudado mucho. —Me

fulmina con la mirada.

Me encojo de hombros. Comprarle algo a Oak no es fácil.

—Seguro que es genial. —Lo abre y saca una llave—. ¿Qué es esto?

—Vamos a hacer una fiesta después del baile. El mismo grupo que la otra vez, y nos gustaría que vinieses —explica Kiki—. Tenemos reglas para entrar. Sin cámaras. Sin agasajar a los invitados. Solo pasárnoslo bien.

Oak se guarda la llave en el bolsillo trasero.

—Allí estaré. Dime hora y lugar y allí estaré.

—Vaughn te lo dirá.

Aprieto su mano y nos dirigimos a la mesa de la comida.

—¿Sigues pensando que es una mala sorpresa?

—No, ha sido buena. —Se inclina para besarme—. Muy buena.

—¿Dónde está el cumpleaños? —exclama una fuerte voz desde la puerta.

La cabeza de Oak da un respingo y la calidez se borra de su expresión.

—¿Has invitado a mi padre?

—Sí, a toda tu familia. —Me incomoda un poco su expresión. Cuando le hablé de la idea de invitar al padre de Oak a la fiesta, Katrina vaciló, pero al final ella misma contactó con Dustin. Y sus reservas se fueron al traste cuando respondió que vendría de inmediato.

Pensé, tonta de mí, que la relación tensa de Oak con sus padres era todo un gran malentendido, pero ahora creo que es algo más.

—Oh, nena. Sabía que tenía que confiar en mi sexto sentido. —Deja caer mi mano y se dirige a la puerta.

Vacilo un momento y lo sigo. Mierda. Dustin Ford se ha traído a su Séquito con S mayúscula. Debe de haber unas quince personas tras él.

Me dirijo a Paisley.

—Esto... ¿podemos pedir más comida?

Ella mira hacia el grupo, consternada.

—No. El restaurante ha dicho que no podía ofrecer más comida de la que nos han proporcionado. He dicho que seríamos cincuenta personas y la verdad es que no pensaba que viniesen todos. ¿Cuándo ocurre algo así?

Pero nunca hemos organizado una celebración para gente famosa. Han venido todos. King. Paxton Hayes. Incluso Kinney Banks, que ha cogido un avión privado desde Chicago a Los Ángeles para asistir.

El señor Ford se ha detenido junto a la mesa de la comida e inspecciona a la gente. Puedo ver a Carrie, Kiki y al resto de mis amigos mirándolo con ojos como platos junto a la pared. Supongo que no les culpo por estar impresionados. Dustin Ford es híper famoso. Ha sido catalogado como «El hombre más sexy del mundo» por la revista People durante tres años seguidos. Tiene un Oscar. Y dos aviones privados.

Oh, y es muy atractivo. Suena raro, si tenemos en cuenta que es el padre de mi novio, pero es cierto. Todo en él está cincelado, es caro y apto para las revistas.

—¡No puedo creer que mi chico haya cumplido los veinte! —Alardea al tiempo que Oak se acerca a él. Le da a su hijo un cálido abrazo y después una palmada en la espalda muy masculina—. ¿Dónde se va el tiempo?

—Hola, papá. —Incluso a metro y medio de distancia noto la sospecha en el tono de Oak—. Me alegro de que hayas podido venir.

—¿Dónde hubiese estado si no? —Dustin ofrece su sonrisa millonaria, pero me doy cuenta de que no es para Oak, sino para el resto—. Es un buen número de gente. ¿Dónde está tu madre?

—En la cocina —responde Oak—. Hablando con el chef.

Me uno a ellos con cautela.

—Hola —murmuro incómoda.

—Papá, esta es Vaughn. —Oak me coge de la mano y me arrastra hacia delante.

Dustin asiente.

—Ah, la novia de la que todo el mundo habla. —Le lanza a su hijo una mirada penetrante—. Ya me preguntaba cuándo me la presentarías.

Uno de los asistentes del señor Ford se acerca y le susurra algo al oído. Puedo captar las palabras «cámaras», «fuera» y «sesión de fotos».

Está claro que Oak pilla las mismas palabras que yo.

—¿Hay *paparazzi* fuera? —inquire.

Reprimo un gruñido de frustración. Mierda. Katrina y yo hemos organizado todo bajo seudónimos a propósito para que la prensa no se enterase. Imaginábamos que se filtraría a lo largo de la noche, pero no tan pronto.

Dustin suspira como diciendo «qué se le va a hacer».

—Eso me temo. Hemos intentado perderlos por el camino, pero nos han seguido desde la mansión. —Se gira hacia mí—. ¿Te ha hablado Oakley de la mansión Brentwood? Me encantaría mostrártela. Tenemos tres pistas de tenis, piscina cubierta y al aire libre, una bolera en el sótano.

—Oh —lo miro fijamente embobada. ¿Una bolera? ¿En su casa? ¿Por qué?—. Suena... guay.

Afortunadamente, nos interrumpen antes de poder seguir hablando de su mansión-bolera.

—Señor Ford —exclama una voz vacilante.

Me sorprende apreciar que pertenece a mi amiga Tracy. ¿Desde cuándo vacila? Esta chica solo sabe gritar *Sííí* y *Diooos*.

—¿Es... le importaría... podría hacerme una foto con usted? —consigue pronunciar al fin, ofreciéndole su teléfono.

Sus blancos y rectos dientes brillan bajo la luz al mostrarle su famosa sonrisa.

—Claro, cielo —ríe, y Tracy parece a punto de desmayarse—. ¿Nos hacemos un *selfie*?

La valentía de Tracy anima a varios de mis otros amigos y poco después el padre de Oak está hasta arriba de admiradores que desean decirle lo mucho que les encantan sus películas, que es el mejor actor y que, por favor, se haga un *selfie* con ellos también.

Oak se aleja sin decir palabra, pero antes de poder ir tras él, Jim Tolson se me acerca.

—Imagino que fue idea tuya invitar a Dustin —exclama.

Asiento.

—Bueno, pues espero que tengas un buen plan para rescatar a Oak. Odia a su padre. Su padre le odia. No hay forma de que todo esto acabe bien.

Después se va y me deja sola como a una tonta.

La tarde no mejora. Aunque se supone que es la gran noche de Oak, Dustin Ford se hace con toda la atención de la sala. Cuenta a los asistentes anécdotas sobre su experiencia en diferentes set de grabación de películas. Habla sobre

cómo se sintió al ganar el Oscar. Incluso publicita su última película mostrando el tráiler en el móvil.

No habla ni una sola vez de todo lo que *Oakley* ha conseguido ni felicita a su hijo por acabar otro disco. Cualquiera pensaría que es una fiesta en honor a Dustin Ford. Oakley es prácticamente invisible y se me rompe el corazón cada vez que lo miro. Intenta no demostrarlo, pero el dolor se refleja en él. Me siento fatal.

No hacemos ninguno de los juegos tontos que había preparado. Todos parecen ridículos comparados con la elegancia de Dustin y su presencia arrolladora. Oakley apenas habla con la gente, y cuando la fiesta termina tres horas después me siento aliviada.

—Vete a casa o a la de Oakley —me urge Paisley—. Yo me ocupo de limpiar.

—No creo que quiera hablar conmigo. —No hacía más que mirar hacia la puerta de atrás desde que llegó su padre.

—Su padre es de los que siempre quieren llamar la atención —dice mi hermana tras un suspiro—. Probablemente se sienta avergonzado, así que has de estar a su lado. Decirle que no pasa nada y que aún así lo quieres.

Trago saliva, pero me obligo a ir a la mesa de Oak.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Claro —responde débilmente.

Le hago un gesto a Ty, y este asiente bruscamente y se marcha para ir a por el coche. Yo cojo la mano de Oak y lo llevo a la puerta de atrás, donde me detengo un momento.

—Lo siento —digo en voz baja.

—Ya. —Es su única respuesta.

Está claro que no le apetece hablar, o escuchar, así que simplemente agarro su mano con más fuerza y abro la puerta.

En cuanto salimos por la parte de atrás, hay una explosión de luces y ruido. Hay un montón de cámaras y voces de esos carroñeros que merodean en torno a Oakley.

—*¡Oakley! ¿Tu padre y tú volvéis a hablaros?*

—*¿Qué tal ha ido la reunión familiar?*

—*¿Qué le parece a Dusty tu nueva novia?*

—Me encanta —grita una voz masculina, y de repente el mismísimo Dustin aparece detrás de nosotros.

Casi pego un bote en el aire cuando su musculoso brazo me rodea el hombro. El padre de Oak me da un apretón y después besa mi mejilla. Y ahí van más destellos de luz. Y más gritos en la noche.

—*¡Dusty! ¿Qué tal la fiesta?*

—*¿Le das a Vaughn el sello de aprobación Ford?*

—*¿Irás a alguno de los conciertos de la gira de Oakley?*

Todo es caos. Hacen preguntas sin parar y la cara de Oakley cada vez muestra más enfado. Sin embargo, a Dustin todo esto le encanta. Absorbe la atención y sonríe a las cámaras al tiempo que tiene su brazo a mi alrededor como si fuésemos padre e hija y estuviese más que feliz de que salga con su hijo.

—*¡Vaughn! ¿Es la primera vez que ves a Dusty?*

—*¡Vaughn! ¿Cómo se siente que te reciban en una familia tan distinguida?*

—*¡Zorra! ¡Quítale las manos de encima a mi hombre!*

El último grito me pilla desprevenida y deja a los periodistas en silencio. No sé quién ha gritado, pero no se queda ahí. Antes de poder pestañear siquiera algo choca contra mi cabeza. Algo húmedo baja me baja por la cara hasta la boca. Es agrio, asqueroso y— un *huevo*. ¡Alguien me ha lanzado un huevo!

Estoy tan paralizada que no puedo moverme. Menos mal que Oak toma las riendas y me aleja de la puerta trasera dando codazos a la multitud para abrirnos paso hacia la callejuela.

Ty y el Escalade esperan en el bordillo y nos sentamos en la parte de atrás. Oak cierra la puerta y la furgoneta se aleja con rapidez mientras permanezco sentada y horrorizada con clara y yema de huevo escurriendo por mi cuello y la camiseta.

—*¿Estás bien?* —me pregunta Oak al final. Su voz parece asfalto.

Consigo asentir débilmente.

—*Estoy... bien.*

Saca de la nada un paquete de pañuelos. Ninguno habla cuando me limpia suavemente el huevo de la cara. O al menos eso intenta, pero no puede quitar

todo. Mi piel está muy pegajosa y hay un camino pringoso que baja por el valle entre mis pechos.

Ni siquiera sé por qué me lo han lanzado.

—¿A April también la trataron así?

—No recuerdo ningún huevo —replica suavemente.

—¿O sea que soy especial, eh? —No puedo evitar que mi voz se tiña de amargura. Esta noche ha sido un desastre. Un desastre total. Quería hacer algo bonito para Oak y las cosas han dado un giro que no esperaba.

—Lo siento muchísimo —susurro.

—¿Por haber recibido un huevazo? —dice secamente—. No es culpa tuya. Algunos fans están locos. No te lo tomes a mal.

—No. —Tomo aire—. Siento haber invitado a tu padre. Pensé... pensé que estaría bien que toda tu familia se reuniese para la fiesta.

Su cara se tensa y Oak tira los pañuelos húmedos al suelo.

—¿Y así ver la mierda que fue mi niñez?

—No. Porque pensé que podríais volver a retomar el contacto. —Intento explicarme—. Lo he hecho por ti.

Su cabeza se gira hacia la ventanilla como si necesitase esconder su expresión. Su voz es brusca y borde cuando responder.

—No. Lo has hecho por ti. No pensabas en mí. Pensabas en cómo sería volver a tener a tus padres, pero los míos no son como los tuyos, Vaughn. Mi padre es un cabrón arrogante. Y puede que mi madre sea buena la mitad del tiempo, pero crecí con niñeras.

—Tu madre pensó...

—Oh, ¿mi madre? Claro que sí. Probablemente quiera volver a tirarse al viejo Dusty. Se da cuenta de la edad que tiene al verme hacerme mayor así que necesita recordar que todavía es joven y guapa.

—Lo siento —vuelvo a susurrar—. Cuando tu madre llamó para invitarlo accedió enseguida. Parecía entusiasmado, así que pensé... —Me muerdo el labio. No importa lo que pensase, porque estaba equivocada.

Esta claro que a Dustin Ford no le importa una mierda su hijo. Ha irrumpido en la fiesta como un rayo, la ha oscurecido, ha hecho llover sobre la celebración y se ha marchado.

—Mi padre ha venido porque tenía un propósito —dice Oakley secamente

— Siempre lo tiene. Todos los que forman parte de mi vida lo tienen. —La amargura tiñe su hermosa cara. —No le importo un carajo. No pudo soportarlo cuando mi primer disco llegó a platino. Cuando conseguí mi primer millón. Cuando gané un Grammy, y después la discográfica me ofreció el tipo de acuerdo con el que todo músico sueña y el viejo me ordenó que no lo firmase. Decía que no tenía sentido en lo que a negocios respecta y que estaría en deuda con la discográfica para siempre. Pero Jim estudió el contrato letra por letra. Yo salí beneficiado. Así de bueno era el acuerdo. Y mi padre no quería que lo firmase. No porque cuidase de mí, sino porque estaba celoso.

Me muerdo el interior de la mejilla. Dios, qué pena. Ni siquiera sé qué responder a eso.

Trago saliva y recuerdo la vacilación de Katrina cuando mencioné invitar a Dusty. Pero ignoré las señales de alarma. La distancia entre Oak y su madre había sido producto de un malentendido, y esperaba que fuera igual entre él y su padre.

—No sabía que las cosas estaban tan mal entre tu padre y tú —murmuro levemente.

—Te dije que no me llevaba bien con él. ¿Pensabas que era sin razón? ¿Que era porque soy un niño consentido y terco?

Me miro las manos. No me gusta que me mire con esa expresión.

—Dios. —Oak se pasa las manos por el pelo—. Estoy hasta las narices de los propósitos de la gente. Y de que todos quieran algo de mí. ¿Sabes? Si estuviese atrapado en un desierto a punto de morirme y un grupo de fans me encontrase, dudo que me salvarsen. Harían lo que fuera por coger trozos de mi ropa, mechones de mi pelo, algo para decirles luego a sus amigos: *mira, he cogido la camiseta de Oakley Ford antes de que muriese*.

Mi mirada preocupada choca con la de Ty a través del espejo retrovisor. Su frente fruncida me dice que a él también le preocupa, pero no dice nada. Ni yo. Simplemente cojo la mano de Oak y la aprieto.

—Todo lo que importa es lo que pueda darle a la gente

—murmura él—. Una oportunidad de grabar un disco, de ser famoso, dinero. Todo el mundo es falso. Es un mundo inventado, hecho de plástico y de gente que solo quiere una cosa...

Sigue hablando, pero mi mente se detiene en las palabras «dinero» y «falso» y de repente me siento tan culpable que apenas puedo respirar. Por

eso empecé yo, ¿no? ¿Acaso no fue por el dinero que me daba? Tengo cien mil dólares en el banco cortesía de Oakley Ford y de tan solo pensarlo me entran ganas de vomitar. Es la misma sensación que tuve cuando Paisley me mostró el último cheque que depositó.

No me parece bien aceptar dinero para salir con Oakley cuando *quiero* salir con él. No es justo para él. Quiero que sepa que estoy aquí, en su coche, agarrando su mano, porque es algo que quiero hacer, y no porque se me pague por hacerlo.

De repente el huevo seco es el menor de los problemas en mi vida. Sus atormentados ojos verdes miran por la ventana y me pregunto si piensa lo mismo que yo, que su novia es solo otra persona que «quiere» algo de él.

No puedo seguir con esto. No puedo seguir obteniendo dinero por salir de mentira con él, porque no hay mentiras. Es *real*. Pero mientras deposite esos cheques, siempre habrá ese atisbo de duda en la mente de Oak sobre nosotros. Una parte de él siempre se preguntará si estoy con él porque quiero o porque tengo que hacerlo. Casi me arrepiento de acostarme con él, al menos antes de decirle que le quiero. Espero que no crea que lo he hecho porque tenía que hacerlo. Sería horrible. Peor que eso. Devastador.

Soy un manojo de nervios al llegar a casa. Ty detiene el coche. Oak y yo salimos, pero hasta que no estamos a mitad de camino de la entrada no me percató de que no me sigue.

—Vaughn —me llama suavemente.

Yo vuelvo a su lado.

—¿Qué pasa?

—Yo... —Me mira a los ojos—. No creo que debas venir a la gira.

Se me para el corazón.

—¿Q-qué?

Se frota las manos antes de meterlas en los bolsillos.

—La chica de antes, la que te tiró el huevo... —Niega con la cabeza—. Ese es el tipo de mierda con la que tendrás que lidiar a diario si vienes conmigo. Mis fans te arrollarán.

No puedo evitar fruncir el ceño.

—No parecías preocupado cuando me pediste ir conmigo.

—Porque no pensaba —me replica—. Me olvidé de... de mi *vida*. Mi

puta vida, Vaughn, en la que ni siquiera puedo tener una puñetera fiesta de cumpleaños sin que se convierta en un acontecimiento mediático. En la que a mi propio padre le importa más su imagen que su hijo. En la que llaman zorra a mi novia y una desconocida la ataca porque cómo me *atrevo* siquiera a salir con alguien que no es ella.

—¿Ella? —repito.

—Ella, ellas, el mundo —estalla—. Creen que les pertenezco.

No es así. Me perteneces a mí.

Pero no lo digo en alto. Su expresión es demasiado desalentadora y su voz demasiado desolada.

—Será mejor que te quedes aquí —dice con voz ronca—. No deberías tener que lidiar con la mierda que es mi vida. No mereces los ataques que recibirás si vienes conmigo.

Quiero replicar, pero sus ojos me dicen que no es el momento. Primero necesita calmarse. No se va a Nueva York hasta mañana por la mañana. Ojalá para entonces se haya olvidado de esta desastrosa noche y tenga la oportunidad de recapacitar y darse cuenta de que sí que quiere que vaya con él.

Oak cree que no puedo soportar el tipo de vida que lleva, pero se equivoca. No me importa que me tiren cien huevos. Puedo con ello. Porque me *necesita*. No debería pasar por estas cosas solo, y mientras estemos juntos no lo hará.

—Ya hablaremos mañana —digo al final—. ¿Vale?

Él asiente.

—Vale. Pero... no creo que vaya a cambiar de opinión.

—Ya hablaremos mañana —repito con más firmeza.

Un intento de sonrisa se asoma en su boca. Después inclina la cabeza, pero el beso que me da está desprovisto de calidez.

—Buenas noches, Vaughn —susurra.

—Buenas noches, Oak.

Con un nudo en el estómago, observo cómo se va.

Capítulo 35

Ella

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 ¿Le ha puesto los cuernos a Oakley?

OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 Qué basura. Debería de tirarla literalmente al contenedor.

OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 Me siento taaaaan mal por él. Intenta salir con alguien normal y termina poniéndole los cuernos con uno de los miembros de su banda.

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 He oído que Luke ni siquiera irá a la gira. Esta es la razón. Así que debe de ser cierto.

OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 Es una desgracia para nuestro género. Eh, @VeryVaughn, eres un asco. Vete por ahí.

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 Él se merece algo muchísimo mejor. Ya nunca volverá a salir con una fan. @VeryVaughn nos lo ha estropeado a las fans de todo el mundo.

El teléfono suena a las seis de la mañana. Con un quejido, ruedo en la cama

para mirar la pantalla. Vuelvo a gruñir cuando veo que la llamada es de Claudia. No me puedo creer que tenga que sufrir una de sus charlas sobre el final tan desastroso de la fiesta de cumpleaños antes de comer nada y sin cafeína en el organismo. Decido que Claudia puede gritarme más tarde, pero en cuanto salta el buzón de voz, el móvil vuelve a sonar.

Resoplo, aparto las mantas y descuelgo.

—Son las seis de la mañana, Claudia, y nadie en California aparte de los surferos y los pescadores está despierto tan temprano.

—Y los publicistas que no tienen más remedio que arreglar los desastres que arman sus clientes la noche anterior —replica. Su voz es claramente fría.

Cojo el portátil. ¿Pasó algo anoche con Oakley? Se había molestado, pero imaginé que solo necesitaba tiempo para calmarse.

—¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien?

—Dímelo tú —espeta Claudia—. Si te habías cansado de salir con Oakley, ¿por qué no viniste simplemente a hablar conmigo o con Jim? Habríamos encontrado la manera de solucionarlo sin tener que echar a Oakley a los lobos.

—¿De qué estás hablando? —Mi estúpido ordenador no se enciende lo suficientemente rápido.

—Hablo del hecho de que decidieras engañar públicamente a mi cliente. No solo te has cargado nuestra historia, sino que te has aprovechado de Oakley.

—¿Qué? Yo no... —Ay, mierda, está ese beso de la noche en que W rompió conmigo. ¿A eso se está refiriendo?—. ¿Todo esto es por Luke? Porque le dije a Oak...

—No nos interesan tus excusas. Un mensajero te entregará tu finiquito hoy. Eres libre de cambiar todas las contraseñas de tus redes sociales. Son todas tuyas.

—Pero Claudia...

—Hemos acabado —dice y luego cuelga.

Sigo con la boca abierta mientras busco en internet «Oakley Ford». Los primeros titulares me dicen todo lo que he de saber.

Ford, engañado.

Ford ya ha quedado en el olvido.

Con el estómago revuelto, hago clic en el primer enlace.

El último lío amoroso de Oakley Ford ha encontrado el amor, pero en los brazos de su mejor amigo. Luke Sellin ha sido el bajista de Oakley durante cinco años, pero Luke no está satisfecho con tocar en segundo plano. Quiere ser el líder del grupo. Anoche en Sweetheart Lounge, Luke admitió haberse liado con la nueva chica de Oakley, Vaughn Bennett. Oakley no ha hecho ninguna declaración cuando nos hemos acercado, pero el exnovio de Vaughn, sí. Recordaréis que Vaughn estaba saliendo con un estudiante de la Universidad del Sur de California cuando intentó pegar el salto a Oakley. William Wilkerson les contó a nuestros cámaras que la que ya engañó una vez, puede hacerlo de nuevo.

¡Te mereces algo mucho mejor, Oakley! Llámanos ahora que estás soltero.

No me hace falta leer los comentarios. Ya sé lo que van a decir. Marco rápidamente el número de Oakley, pero da un tono y luego me manda directamente al buzón de voz. Dejo un mensaje.

—Hola, soy yo. He leído la noticia esta mañana. ¿Cómo quieres que responda? ¿Va a afectar esto a la gira? ¡Llámame!

Le escribo lo mismo.

No me responde, pero me digo a mí misma que el silencio se debe a que está durmiendo. Oakley le tiene alergia a madrugar. Las seis de la mañana es una hora intempestiva para él.

Intento volver a dormirme, pero mi mente va a mil por hora, así que me levanto y preparo galletas de avena. Y luego de canela. Y pastelillos de limón.

Cuando Paisley baja, toda superficie de la cocina tiene comida encima.

—Claudia te ha llamado —adivina Paisley.

Asiento con tristeza.

—Y Oakley no me contesta aunque probablemente ya esté despierto. Creo que voy a ir a su casa. ¿Puedo usar el coche o te hace falta?

Sus ojos se suavizan. Desliza un brazo por encima de mis hombros.

—Cariño, Oakley se fue a Nueva York hace una hora.

El estómago me da un vuelco.

—¿Qué?

Se muerde el labio.

—Ty me escibió cuando estaban en el aeropuerto.

—Pero... —Jugueteo con el móvil que he estado mirando a cada segundo—. ¡Pero no me ha dicho nada! Le he dejado varios mensajes. Le he llamado. —Escruto su rostro en busca de una señal que me diga que sabe lo que está pasando.

—Claudia dice que te ha bloqueado —admite Paisley—. Tus llamadas se desviarán directamente al buzón de voz. Y tus mensajes se eliminarán automáticamente. —Evita mirarme a los ojos, llenos de pánico—. No quiere saber nada de ti.

Voy a vomitar. Voy a vomitar de verdad. Me deshago de su agarre y me apoyo contra la encimera.

—Pero... ¿Por qué? —digo con voz ahogada—. Eso de Luke pasó antes. Cuando todo era falso. Justo después de que W rompiera conmigo, era estúpida y bebí demasiado y besé a Luke, pero eso fue todo. No he hablado más de cinco palabras con él desde entonces. —Me avalanzo sobre ella y le agarro un hombro—. ¡Llámalos y díselo!

Ella me dedica una mirada triste.

—No puedo. Se acabó.

Escaneo mis recuerdos en un intento de averiguar qué le he podido hacer a Oakley para que reaccione así. Ya sabía lo de Luke, así que eso no puede ser. ¿Fue la fiesta? ¿Porque invité a su padre?

Lo has hecho por ti. No pensabas en mí. Pensabas en cómo sería volver a tener a tus padres, pero los míos no son como los tuyos, Vaughn.

Las palabras de Oakley se hacen eco en mi mente, produciéndome un mareo. ¿Esa es la razón? ¿Se piensa que actué por puro egoísmo al intentar romper la distancia que hay entre él y su padre?

O quizá me esté alejando a propósito. ¿Quizá se ha asustado tanto por el

incidente de la fan enfadada que ha decidido que la única manera de lograr que permanezca alejada de la gira es terminar conmigo?

Pero no les veo el sentido a ninguna de todas esas opciones. Nada tiene sentido ahora mismo.

Antes de poder seguir discutiendo con Paisley un rato más, suena el timbre de casa. Paso junto a mi hermana y voy hasta la puerta principal con la esperanza de que mi hermana esté equivocada y Oakley esté en mi puerta. Ha cambiado de idea con respecto a lo de que no debería ir con él a Nueva York. Está aquí para recogerme. Lo sé.

Abro la puerta de un tirón, pero en vez de encontrarme con el precioso rostro de Oak, un hombre delgaducho vestido de marrón me tiende un sobre.

—¿Eres Vaughn Bennett? —¿Es asco eso que suena en su voz? ¿Soy la persona más odiada de Los Ángeles en estos momentos? Si ya me han tirado huevos antes, cuando Oakley me quería, ¿qué ocurrirá ahora que me odia? Me entran escalofríos solo de pensarlo.

El mensajero se toma eso como un sí y me tiende un aparatito electrónico.

—Firma, por favor.

Firmo casi sin sentir nada. Me quita el aparato y coloca el sobre en mi mano flácida.

—No tendrías que haberle puesto los cuernos —dice el tío de manera poco acertada.

Síp, sí que era asco. Le cierro la puerta en las narices.

En el recibidor, abro el sobre a tirones y un fajo de papeles cae al suelo. Me entra más el pánico todavía cuando me percató de que es el contrato que firmé cuando accedí a trabajar para Oakley; y en la primera página hay un sello grande y rojo que reza «Cancelado». También hay una carta que me agradece por los servicios prestados, me aconseja que continúe con los términos de confidencialidad acordados o mi vida entera saldrá perjudicada, y, finalmente, que me dice que no he de tener contacto alguno con el sujeto del presente contrato por ninguna razón o me endosarán una sanción. Un cheque cae del sobre y flota hasta el suelo.

Mi teléfono vibra. Esta vez, cuando lo saco del bolsillo trasero, ya no tengo tantas ganas como antes por ver quién es. Estoy sin sensibilidad en el cuerpo. Y en shock. Y tan al borde de las lágrimas que los ojos me queman.

Parpadeo para contener las lágrimas mientras leo el mensaje de Carrie.

Nena. He visto la publicación en Instagram. Lo siento mucho. W es un capullo. Y Oak también.

Intento no llorar con todas mis fuerzas. Abro la aplicación de Instagram. No me lleva mucho tiempo bajar hasta llegar a la publicación de Oak y veo una foto de él sobre el escenario del Madison Square Garden. Está de espaldas a la cámara, pero se ve que tiene la guitarra colgada al cuello. El estadio está vacío.

Solo y feliz con mi vida. Me muero de ganas de actuar frente a la ciudad de Nueva York esta noche, dice la publicación.

Arrugo los papeles en mis manos y me alejo. Dejó el finiquito de cinco cifras allí, en el suelo del recibidor.

Capítulo 36

Ella

—¿Qué te parece si tiro huevos a la casa de Oakley? —le pregunto a Paisley tres noches y un mar de lágrimas después. Estamos en el fregadero, lavando los platos después de cenar—. ¿Te despedirían por eso?

—Me aventuraré a decir que sí, pero solo si nos pillan.

—Sonríe para animarme—. Me apunto.

—Nah, olvídalo. No merece la pena arriesgarse. —Le tiendo un plato mojado para que lo seque—. ¿Sinceramente? Creo que esto es lo más bajo que he caído nunca —admito—. Una fanática loca me ha tirado un huevo. Mi falso novio ha roto conmigo por medio de su publicista, y sigo sin saber qué se supone que he de hacer con mi vida.

—Pero es muy de Hollywood —puntualiza.

—¿Y cuándo empieza la secuela para redimirme? ¿Cuándo? ¿O me tienen que seguir humillando un poco más?

Coloca el plato seco en el mueble antes de preguntar.

—¿De verdad no has vuelto a hablar con él?

—Por supuesto que no. —Le lanzo una mirada resentida—. Me dijiste que me había bloqueado.

Paisley se detiene un segundo.

—Ty dice que está pasándolo mal.

Frunzo el ceño.

—¿Ty lo está pasando mal?

Se seca las manos en un trapo y me lo entrega.

—No. Oakley lo está pasando mal.

—¿Y? Debería. —Cojo el trapo con rabia.

—Los dos lo estáis pasando mal, así que deberías hacer algo para remediarlo.

—¿Como qué? ¿Suplicarle que me vuelva a aceptar? Olvídalo. —Tiro el trapo sobre la encimera—. ¿Sabes qué? Desde el principio ha sido una estupidez. Tendría que haberme matriculado en la Universidad del Sur de California este año. En realidad, debería matricularme a algunas clases de verano. Y así empezar antes.

Ladea la cabeza.

—¿Y qué vas a estudiar?

—No lo sé. Ya lo decidiré cuando esté allí.

Paisley no responde, pero me lanza «la mirada». La que dice que ella es mucho más sabia que yo.

—¿Qué? —le digo, enfadada—. ¿Tienes algún problema con eso?

—*Nop.* —Su tono es ligero, pero sus ojos están serios—. Pero... Vaughn. Mira. Me parece perfecto que no hayas querido ir a la universidad inmediatamente después del instituto. No pasa nada porque no sepas exactamente qué quieres hacer durante el resto de tu vida. No deberías ser profesora solo porque sientas que eso va a mantener a papá y a mamá vivos en tu corazón. Ellos siempre estarán ahí, hagas lo que hagas. Y por muy roto que tengas el corazón, has obtenido algo muy valioso a cambio.

—¿Dinero? —¿En serio? ¿Me habla de eso? Porque el dinero ahora mismo no me parece tan importante.

—No. Has visto lo que es que alguien persiga sus sueños y haga lo que le encanta. Tú no lo estás haciendo, y deberías.

—Pero no sé lo que me encanta. —Levanto las manos en el aire—. Ese es el problema. Todos los demás saben lo que quieren en la vida. A ti te encanta tu trabajo. Oak tiene su música. Kiki lleva queriendo ser peluquera desde cuarto de primaria. Cuando Carrie empezó con los simulacros de juicios en bachillerato, visualizó su camino. Y aquí estoy yo, un montón de clases avanzadas después, y lo único que sé es lo que no quiero hacer.

—Vale.

—Vale, ¿qué? —pregunto con frustración.

—Vale, empieza por ahí.

Las mismas palabras de Oak. Bajo las manos a mis costados sintiendo con extraña sensación de derrota en mi interior.

—Eso es lo que dijo Oakley —confieso.

Levanta las cejas.

—Guau. ¿Tú, que finges todo el tiempo estar feliz y segura de ti misma, le confesaste a una estrella del pop tus inseguridades? Debía de gustarte mucho.

Asiento con tristeza.

—Sí. Y me sigue gustando. —Las lágrimas que intento contener me forman un enorme nudo en la garganta—. Oh, Paise, ¿por qué dejó de hablarme?

—No lo sé. —Me toma la mano—. Pero es fácil de averiguar.

—¿Cómo?

—Vuela hasta su próxima parada en la gira. Creo que es Miami.

—No quiere que esté allí —susurro.

—Bueno, pues que se aguante. Al menos, obtendrás las respuestas que necesitas. —Paisley se encoge de hombros—. Siempre he pensado que si quieres cortar una relación hay que hacerlo en persona. Oakley tomó la vía cobarde, y no te está haciendo ningún bien. Necesitas saber por qué lo hizo, sino nunca vas a superarlo. —Se encoge de hombros otra vez—. Y quizá cuando lo veas y oigas sus razones, podáis arreglarlo. De todas formas, no lo sabrás a menos que vayas.

—¿Y darle la oportunidad de que me vuelva a dar la patada? No, gracias.

—Entonces quédate aquí y finge ser feliz. O, por una vez en tu vida, arriésgate. Da el paso.

—Como tú estás haciendo con Ty —digo con sarcasmo.

—Exactamente como yo hago con Ty.

Saca el teléfono y me enseña su último mensaje.

Encontraré otro trabajo si eso es lo que nos mantiene separados.

Me balanceo sobre los talones. He estado tan metida en mi propio drama personal que no me había percatado de que la historia de Paisley y Ty no iba a

ninguna parte.

—Guau.

—Sí, guau. Por el tío correcto, Vaughn, merece la pena salir herido. ¿Cambiarías todos esos años con papá y mamá por no tener que volver a sentir el dolor de su pérdida?

No, pero la emoción me ha cerrado tanto la garganta que no puedo responder en voz alta, así que me conformo con negar con la cabeza.

—Deja de tenerle tanto miedo a la vida. Sal ahí y deja que el amor te lleve de viaje. ¿Preferirías ir a Miami y que Oak te diese la patada, o preguntarte «¿y si...?» durante el resto de tu vida?

—Ir a Miami —respondo con voz ronca.

—Bien. —Estira el brazo a su espalda y me tiende un papel—. Porque Ty y yo te hemos conseguido asiento en un avión privado que sale hacia Miami dentro de tres horas. Puede que no sepas lo que quieres hacer con tu futuro, pero sí sabes con quién quieres hacerlo. Así que haz las maletas ahora mismo.

Capítulo 37

ÉI

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 este concierto es la leche

OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 Muero

@OakleyFord Te quiero

@OakleyFord eres tan guapo

@OakleyFord por favor, dale a me gusta. ¡Es mi cumpleaños! Porfa!!!!

@OakleyFord eres increíble

Hay cincuenta mil fans gritando y esperándome, lo último que me apetece es enfrentarme a ellos. Lo que quiero es encerrarme en este camerino y no salir jamás. O quizá hacer como mi madre, ponerme una peluca extravagante, gafas y escaparme.

¿Y a dónde iría?

Esa cuestión hace que me encoja un poco. Porque, es cierto, ¿adónde ría? ¿Volvería a Los Ángeles? ¿Con Vaughn, la chica que no quiere estar conmigo?

Nah, mejor me quedo en Nueva York. Al menos las fans quieren tenerme

cerca. Dios, venderían a sus primogénitos, se cortarían un brazo o incluso ambos con tal de respirar el mismo aire que yo.

Lo divertido es que yo también lo haría si con eso respirase el mismo aire que Vaughn.

La echo de menos.

Echo de menos sus comentarios sarcásticos, su ropa playera de vagabundo y su rara pero increíblemente contagiosa risa. Apenas puedo pensar en ella sin tener la sensación de que me han golpeado hasta dejarme sin aire. También es cierto que solo han pasado cuatro días. Puede que en una semana o dos el dolor no sea tan fuerte. Puede que la herida comience a sanar y entonces sea capaz de recordarla sin derrumbarme.

Una parte de mí sigue sin creer que se haya acabado. O que rompiera conmigo utilizando a Jim.

Ni siquiera entendía lo que veían mis ojos cuando mi agente me entregó el contrato cancelado mientras esperaba en el aeropuerto Van Nuys. Al principio pensaba que se trataba de una broma. Había estado a punto de llamar a Vaughn para disculparme por nuestra discusión y avisarla del «escándalo de los cuernos». Claudia me había mandado los enlaces y yo me había reído de ellos. Lo de Luke era agua pasada. No me importaba que le fuera con el cuento a la prensa. Imaginaba que a Vaughn tampoco le importaría.

Pero me equivoqué. Jim dijo que lo había llamado esa mañana y le había dicho que quería terminar con todo. Que se sentía humillada. Que mi vida era demasiado para ella.

Le mandé un mensaje de inmediato. No respondió. La llamé. No contestó. Y después de horas de silencio y aproximadamente un centenar de mensajes, al final contestó. Cada palabra está grabada en mi mente.

Lo siento, Oak, pero no puedo más. Es demasiado para mí.

Cuando la conocí, le dije que hay pocas mujeres capaces de soportar la vida que llevo. Y se lo repetí cuando los *paparazzi* nos tendieron una emboscada en mi fiesta de cumpleaños. Le pedí que no viniera de gira conmigo porque sabía lo que se encontraría. Fans rabiosas con ganas de sacarle los ojos. Preguntas incesantes de los periodistas. Rumores y acusaciones sin sentido de los medios de la prensa rosa. No quería que pasara

por eso.

Supongo que al final decidió que no valía la pena vivir esas situaciones. Por el amor de Dios, le tiraron un huevo. No puedo culparla por haberse echado atrás. Aunque lo hago.

Ty me pregunta qué pasa y le digo que se meta en sus putos asuntos. Y después, como soy un capullo, lo evito. Dios, evito a todo el mundo todo lo posible.

La única persona que quiero tener cerca es Vaughn.

Lo único positivo de tener el corazón roto es algo de buena música. La tristeza ya ha inspirado una canción nueva que llevo toda la semana ensayando en mi habitación de hotel. La estoy tocando ahora, cuando llaman a la puerta y King entra sin esperar a que lo invite.

No pudo venir a los primeros conciertos de la gira en Nueva York, pero, por suerte, ha conseguido venir a estos de Miami. De momento, la gira está siendo un éxito rotundo. Y no solo eso, mi nuevo disco está en los primeros puestos de las listas de ventas desde que se lanzó. Mis fans aman el nuevo ritmo. Tengo miles de tuits y correos de gente que dice que esperar ha valido la pena al cien por cien. He reenviado algunos de los mensajes a Jim a modo de «te lo dije» por todos sus discursitos de «dos años sin sacar disco, ¡todo el mundo te olvidará!». Ya ha superado las ventas de *Ford*, mi disco más vendido hasta la fecha.

—Es una pena que la escribieras después de grabar el disco —dice King cuando escucha lo que toco.

Me invitó a tomar algo tras la actuación de anoche porque no me apetecía ir a ninguna fiesta, y después nos quedamos en su habitación y toqué el tema nuevo. Le encantó.

Aún le encanta, por lo visto, porque silba en voz baja.

—Sigo pensando que es lo mejor que has hecho.

—Podemos incluirla en el siguiente disco. —Lo miro a los ojos—. ¿Habrá siguiente o harás otra cosa?

Aguanto la respiración y anticipo lo segundo. Nadie permanece en mi vida

más de lo que dura un latido. Preguntádselo a Vaughn.

—No te vas a librar de mí. Pero tendrás que esperar. Antes tengo que producir discos con otros tres artistas.

—Pero siempre me dedicarás algo de tiempo, ¿no?

—Por supuesto.

Sonríe. Yo le devuelvo la sonrisa a medias. Aprecio todo lo que ha hecho por mí y se lo digo.

—Gracias por tener paciencia conmigo, tío. —Es un poco incómodo para mí—. Por creer que estaba preparado para... crecer, supongo.

—De nada. —Alza una ceja—. Aunque parece que has vuelto a caer, chico. Estar sentado aquí, taciturno, cuando tienes a miles de fans esperándote ahí fuera no es precisamente un ejemplo de crecer.

Tiene razón. Dejo la guitarra y me pongo en pie. Estoy vestido con la ropa del concierto: vaqueros rotos, camiseta ceñida, pelo engominado y algo de lápiz de ojos porque a las tías les mola. Y, hablando de chicas, sé que hay unas cincuenta con pases de camerino. Una ha intentado entrar antes, pero Ty no ha tardado en pararle los pies.

Anoche había otras tantas entre bastidores. Me sorprendió que April fuese una de ellas, pero, afortunadamente, no fue a verme. Parece que ha empezado a salir con el líder del grupo telonero. Son de California y tocan una mezcla de surf/pop/punk/emo... de hecho, no sé cómo describirlo, pero su música no es mala.

No sé si April y el chaval salen de verdad o es otro teatro para los medios, pero si es falso, entonces son unos actores increíbles. Ayer estaban pegados como una lapa.

Supongo que me alegra verla feliz. Soy consciente de que se lo hice pasar mal, aunque no estoy dispuesto a cargar con toda la culpa. April sabía a lo que se exponía. No debería haberse enamorado de mí.

Igual que yo no debería haberme enamorado de Vaughn.

Qué irónico. En esta situación soy April. Cuando empecé todo esto, sabía que Vaughn lo hacía por dinero, y aun así me permití caer en la fantasía.

Pero... algo tuvo que ser real, ¿no? La manera en que me miraba, me besaba. ¿O lo he imaginado?

Llámalala y averígualo.

Silencio esa voz. No, no soy *tan* patético. Me niego a perseguir a una tía que me ha dejado.

—Tienes que salir. El promotor empieza a impacientarse.

—King me sonríe con ironía—. Y estoy bastante seguro de que el regidor ha perdido la cabeza.

Asiento y lo sigo hasta la puerta, donde me detengo para tomar aire. Oigo perfectamente la conmoción de fuera y lo único que me apetece es estar solo. Pero no puedo. Esta es mi vida. Esto es lo que siempre he soñado. Y eso significa que no puedo ser un quejica. Lo que sí puedo hacer es salir y cantar con todo mi ser.

O, más bien, fingir que canto con todo mi ser.

Porque estoy bastante seguro de que mi corazón está en California con Vaughn Bennett.

Ella

Tengo el ritmo cardíaco por las nubes cuando accedo al recinto del concierto. Mi vuelo se ha retrasado media hora por algún problema mecánico que no he querido averiguar. Lo último que quiero es saber qué le pasa algo al avión en el que voy a viajar. Pero el piloto no parecía muy preocupado y al final hemos despegado.

Tengo que admitir que viajar en avión privado ha sido la leche. He ido con otro cliente de Diamond, otro compositor que se ha pasado las cinco horas del vuelo alabando con entusiasmo el nuevo disco de Oakley. Oírle hablar sobre la «pureza» de la letra me ha entristecido. Me ha hecho recordar el tiempo que pasé en el estudio de grabación con Oak, cuando observaba a King y a él trabajar juntos. Cuando escribía una y otra vez y se esforzaba con cada palabra. Todo el proceso ha sido... precioso. Todavía no sé qué hacer con mi vida, pero sí sé que quiero lo que Oak tiene. Algo que me cautive. Que ame tanto que me olvide hasta de mí misma cuando esté con ello. Tiene mucha suerte. Me pregunto si lo sabrá.

Como mi vuelo ha llegado con media de retraso, el concierto ya ha empezado cuando llego al recinto. Ty ha conseguido que algún pobre asistente me acompañe al camerino de Oakley, pero él ya está sobre el escenario y he asumido que tendré que hablar con él después del concierto.

Estamos en un pasillo abarrotado cuando veo a Ty. Alza las cejas y, después, una gran sonrisa le cubre el rostro.

—¡Vaughn! —me llama—. Paisley me ha dicho que vendrías, pero no me lo creía hasta ahora.

Me sorprende con un gran abrazo y damos varias vueltas. Me percató de que hay miradas curiosas que nos observan y que provienen sobre todo de chicas con poquísima ropa y acreditación VIP. Trago saliva y me pregunto si alguna habrá estado en el camerino de Oakley. Si fueron a su fiesta anoche y pasaron tiempo con él. Me fijo en la gente para ver si encuentro a April, pero no la veo.

De repente, me pongo nerviosa. Quizá no debería haber venido. Puede que Paisley se equivocase con eso de superarlo. ¿Y si Oakley me ve y me dice que me vaya?

—¿Quieres salir? —me ofrece Ty—. Puedo ponerte en la primera fila de la zona VIP, delante del escenario.

Sacudo la cabeza. No quiero estar rodeada de fans que adoran a Oak. Será un recordatorio de que no soy la única que lo quiere.

Pero tampoco quiero perderme su actuación.

—¿Hay alguna forma de que pueda quedarme entre bastidores? ¿Se le llama así? ¿Bastidores?

Se ríe.

—Sí, ya te vas quedando con los términos. Venga.

Ty me coge del hombro y me lleva por el pasillo. Hace un calor horrible y empiezo a sudar. Hay gente por todos lados. Con equipos de gente, escribiendo en carpetas, dando órdenes, hablando por radio o móvil. Es una casa de locos.

—¿Jim está por aquí? —pregunto con cuidado. No he hablado con él desde que me mandó el contrato a casa por correo certificado.

—*Nop*, sigue en Los Ángeles. Vendrá para el resto de conciertos de la costa este. Probablemente lo veamos en Chicago.

Veamos. No sé si debería corregirlo o no. Ty simplemente asume que yo también iré a Chicago, pero todo depende de cómo reaccione Oak cuando me vea. O cómo reaccione yo al verlo *a él*. Por mucho que quiera que se arrodille ante mí, se disculpe por cortar conmigo y me suplique que volvamos, no sé si puedo hacerlo. Rompió utilizando a otros, papeleo y redes sociales, por el amor de Dios. Eso es imperdonable, ¿no?

Nos acercamos al final del pasillo y empiezo a oír la música. Mi corazón late más deprisa al reconocer la característica voz de Oakley Ford, profunda, ronca, increíble. Canta uno de los temas más rítmicos, King y él estaban muy ilusionados cuando lo grabaron. No es mi canción favorita del disco, pero la discográfica la eligió como primer sencillo y a la gente le encanta.

Ty abre la puerta y casi me caigo de culo por la ola de música. Subimos varios escalones de metal. Todo está oscuro y no tengo ni idea de a dónde vamos, pero sé que estamos cerca del escenario porque la música suena cada vez más fuerte. Oigo al grupo. La batería. La guitarra. La voz de Oak. Me encanta su voz.

Caminamos un poco más y de repente veo el escenario. Hay dos escalones enormes que llevan a un balcón del segundo piso. La barandilla está hecha de luces que brillan en sintonía con el ritmo de Oak. Bajo el balcón hay un monitor tan grande que creo que hasta los astronautas del espacio pueden verlo.

Y entonces lo veo al borde del escenario, que separa el estadio en dos.

El corazón me sube a la garganta. Es tan guapo que casi duele mirarlo. El sudor le empapa la frente debido a las luces y al calor. No veo al público, pero lo oigo, es un sonido interminable. No, *amor* interminable. Todo el amor que esta gente, desconocidos en su mayoría, siente hacia Oakley se vuelca en él mientras canta.

—¿Vaughn? —pregunta alguien con voz chillona.

Reconozco ese tono. Es Claudia, que está a varios metros de mí junto a un hombre que sostiene una carpeta.

Me giro y veo que su cara palidece al verme.

—¿Qué haces aquí? —inquire. Su voz es tan chillona que la oigo por encima de la música.

—Hola, Claudia —replico, algo seca.

Tiene los ojos abiertos como platos al mirar hacia el escenario y, de

nuevo, a mí. Se acerca y dice:

—No deberías estar aquí.

Me encojo de hombros.

—¿Por qué? ¿Por qué no quiere verme? Bueno, qué pena. Tengo que decirle algunas cosas.

—Pero...

Paso por delante de ella y me acerco más al escenario. No me importa que Claudia se cabree porque esté aquí. Paisley tenía razón. Necesito hablar con Oak. Necesito que me mire a los ojos y me diga por qué se ha acabado.

Vuelvo a mirar justo cuando escucho que Oak toca el último acorde de la canción. Al terminar, sonrío al público.

—Os ha gustado esa, ¿eh? —bromea.

Un grito ensordecedor recorre el estadio.

Se gira levemente y gruño decepcionada porque ahora solo veo la parte de atrás de su cabeza. Así que salgo un poquito más y suspiro contenta cuando consigo verlo de perfil. Sigue bromeando con el público y les cuenta una anécdota de cuando estaba en el estudio.

—Mi productor, Donovan King, lo conocéis, ¿no? Me tiró un lápiz a la cabeza en una sesión. Casi me saca un ojo.

Se oyen muchas risas. Siento que vibran bajo mis pies.

Algo me tira del brazo. Es Claudia, que trata de alejarme del escenario. La fulmino con la mirada y me suelta. Resignada, se echa atrás y empieza a teclear en su teléfono a toda velocidad.

—Pero esos mosqueos valieron la pena porque conseguimos algo incluso mejor. Esta es una de las canciones menos conocidas del disco, pero quiero que le deis una oportunidad, ¿vale? Casi pierdo un ojo por ella.

Sonríe al apoyar la guitarra y se gira hacia el técnico, que le da otra.

Y entonces me ve.

Abre la boca y se queda paralizado un momento.

Me mira.

Yo no aparto la vista. Quiero sonreír, saludarlo o hacer algo, *cualquier cosa*, pero ¿qué demonios hago? Está en mitad de una actuación. No puede... Dios, ¿qué hace? ¿Viene hacia mí?

Sorprendida, veo que se detiene para utilizar el micrófono.

—Dadme un momento, chicos.

Y entonces —*¡y entonces!*— Oakley Ford, en pleno concierto, sale corriendo del escenario y viene hacia aquí.

—¿Qué haces aquí? —pregunta cuando llega hasta mí. Gotas de sudor caen por su cuello y le empapan la frente. El aura del escenario lo rodea y es más brillante, grande y atractivo que nunca.

—No lo sé —tartamudeo. ¿Cómo he podido ser tan tonta como para creer que este tipo, que tiene un propósito en la vida e inspira a tanta gente, querría estar conmigo? Es Oakley Ford. Yo soy Vaughn Bennett. Pues claro que ha roto conmigo.

—Deja que lo adivine. Has venido para ver toda la carnaza. —Lo dice casi como si fuera una acusación.

Me lamo los labios intentando ganar tiempo porque no sé qué responder a eso.

—O, espera, quizá has venido a dejarme en persona. —Sus ojos relucen con amargura—. Bueno, podrías haberte ahorrado el viaje. Mensaje recibido, Vaughn. Alto y claro.

La confusión que siento me hace estallar.

—¿De qué demonios hablas?

Frunce el ceño.

—¿Me estás vacilando?

Lo observo y siento que me enfurezco cada vez más.

—Eres tú el que necesita dejarme *a mí* en persona. Yo sí que he recibido *tu* mensaje. Alto y claro. —Lo imito.

Oak pestañea.

—¿Qué está pasando?

—¡No lo sé!

Nos quedamos inmóviles un momento y veo mi confusión reflejada en sus ojos. Mi mente es un torbellino, así que tomo aire y me obligo a pensar claramente.

—Me has bloqueado. —Solo logro decir eso.

Parece sorprendido.

—No lo he hecho.

Nos miramos fijamente.

—Has roto conmigo por mensaje —dice.

—No.

No apartamos la mirada.

Y, entonces, como si ambos cayéramos en la misma terrible idea a la vez, nos giramos hacia Claudia.

—¿Qué has hecho? —gruñe Oakley a su publicista.

Sus mejillas sonrosadas y la mirada culpable lo dicen todo.

—¡Joder! —grita Oakley. Después toma aire como si tratara de calmarse, pero su voz es más fría que el hielo cuando se vuelve a dirigir a Claudia—. El mensaje de Vaughn... ¿cómo lo hiciste?

Claudia desvía la mirada hacia sus caros tacones.

—Hemos cambiado su número en tu teléfono. Amy lo mandó.

La miro con la boca abierta.

—¿Por qué? —estallo—. ¿Por qué nos habéis hecho creer que el otro ha roto con nosotros?

—¿Por qué? —replica, y su voz vuelve a ser chillona—. ¡Has destruido su imagen, Vaughn! Todo el trabajo, todo el tiempo invertido en hacer que vuestra relación pareciese dulce y sana, ¡lo destruiste por un estúpido error! —Su respiración se agita—. Jim y yo solo tratábamos de controlar la situación...

—¿Jim? —La interrumpe Oak. Sus ojos son un par de llamas—. ¿Él también está metido en esto?

Claudia bufá.

—Intentábamos protegerte, Oak. Necesitábamos que tus fans se concentrasen en la gira, no en el escándalo de tu novia. Tomamos una decisión a nivel comercial.

—¡A la mierda la publicidad! —Oak la fulmina con la mirada—. Has cruzado la línea, Claud. Los dos. Tenéis suerte de que no os despida en el acto.

Sinceramente, no sé por qué no lo hace. No puedo creer que Jim y Claudia organizaran una ruptura a nuestras espaldas. No puedo creer que pasase cuatro días maldiciendo a Oak y con ganas de meterle agujas en los ojos mientras él pensaba que *yo* había roto con él.

—Vete abajo —le ordena Oak a Claudia—. No quiero verte ahora.

Su expresión se derrumba.

—Oakley —dice suavemente.

—Lo digo en serio. Ya hablaremos más tarde. Y más vale que llames a Jim y se lo digas. —Se pasa ambas manos por el pelo engominado despeinándose un poco—. Habéis cruzado la línea —repite.

Tras un largo e incómodo momento, Claudia se da la vuelta y desaparece por las escaleras.

Luego, Oak se gira lentamente hacia mí.

—No has roto conmigo —dice, y hay algo de asombro en su voz.

—Ni tú conmigo —replico, igual de asombrada.

Nuestros ojos se encuentran. Soy consciente de la gente que hay ahí fuera. De la ola de gritos, impacientes. Pero Oak no se mueve para volver al escenario.

—Siento haber sido tan capullo contigo tras la fiesta de cumpleaños —dice con suavidad—. Sé que intentabas hacer algo bonito por mí.

—Siento haber invitado a tu padre, Oak. La verdad es que no pensaba que fuera a actuar así.

—Lo sé. —Se queda callado mirándome y su expresión se llena de emoción—. Te he echado de menos. Muchísimo.

Y, al instante, sé que he hecho lo correcto al venir. Para ver este momento de euforia en su rostro motivado por mí. Sin importar lo que la prensa del corazón escriba mañana. Los miles de tuits malvados que me dirán que no soy suficientemente guapa, inteligente o talentosa para Oakley Ford... todo eso arde en cenizas ante su sonrisa.

Puede que no sea capaz de tocar la guitarra o cantar. Mi futuro es incierto. No sé qué pasará a partir de ahora. Pero sé que quiero afrontar un futuro con Oakley de la mano.

Mi palma recorre su brazo para darle la mano. Y, entonces, ante una docena de personas que no conozco —incluida una mujer que deduzco que es periodista por cómo escribe rápidamente en su teléfono— le digo todo lo que temía expresar en alto.

—Yo también te he echado de menos. Me he sentido fatal sin ti. Y yo... —Trago saliva—. Yo... —Dios, ¿por qué no me salen las palabras?

—¿Tú qué? —me insta.

No me lo pone fácil. Pero nada que valga la pena lo es. Oakley lo vale. Lo vale todo y no siempre se da cuenta.

—Me alegro de que hayamos finalizado el... —Bajo la voz porque hay gente a nuestro alrededor—... contrato. Dijiste que todo a tu alrededor parecía falso, pero nosotros no lo somos, Oak. Somos algo real. *Muy real*.

Una sonrisa alza las comisuras de su boca.

Tras él, la multitud se muestra inquieta. Oigo que corean su nombre en un ritmo discordante, confuso. Como yo ahora mismo, buscando las palabras idóneas para explicarle lo que siento.

—No sé cuándo sucedió, pero no pienso fingir más —digo intensamente—. No puedo fingir que no te quiero. Que no haces que mi corazón cante. Que no tengo un millón de ganas de verte cada día o leer un mensaje tuyo o escuchar tu increíble voz llamarme *nena*.

Sonríe y siento una sonrisa extenderse por mi cara. Al fin y al cabo, puede que no sea tan difícil abrirse.

—Sé que estaría bien sin ti. Viviría una buena vida. Pero no quiero una vida buena y perfecta. Quiero una vida caótica, emocionante, feliz, triste, emotiva y llena de ruido a tu lado.

Los fans empiezan a gritar al unísono. Todos parecen oírlo excepto él. En un lateral oscuro del escenario, sus ojos arden, fijos en los míos.

—Entonces eso es lo que tendrás, *nena*.

—Oak, tus fans... tienes que salir —una mujer valiente le susurra al oído.

—Ve. Canta para mí —le insto.

Él duda, como si temiese que yo fuera a desaparecer.

—No me moveré de aquí —le aseguro.

—¿Lo prometes?

—Siempre.

Con una sonrisa enorme vuelve al centro del escenario y coge la guitarra que uno de los técnicos le ofrece.

Ty se acerca a mi espalda y me posa una mano sobre el hombro.

—Madre mía, tía. Eres inspiradora.

—Eso espero —digo con la vista puesta en Oak—. Porque si no eres tan valiente como mi hermana, no la mereces.

—Lo pillo. Pero eso significa que no puedo seguir siendo el

guardaespaldas de Oak. Conflicto de intereses.

—Pero eres su amigo, ¿no? Eso es lo que quiere.

Oak toma asiento en un taburete y ajusta el micrófono.

Ty me da un apretón en el hombro.

—Siempre lo seré.

—Tienes que verlo así; Oak y tú podréis jugar en el bando ganador en el Ladder golf a partir de ahora, como uno de los Bennett.

—¿Por qué crees que hago todo esto? Odio perder.

Dejo de reír cuando Oak empieza a hablar mientras toca los primeros acordes.

—Ya sabéis que no he sacado disco en casi tres años, y no es porque no estuviese componiendo música. Era porque estaba buscando mi voz. Nuestro mundo está lleno de filtros, Photoshop y, bueno... —Se encoge de hombros—. Cosas falsas. —Sigue tocando acordes—. Y eso es porque queremos que todo el mundo crea que somos perfectos. El problema es que nadie lo es, y esa ansia interminable por parecerlo destruye nuestra voz. O, al menos, destruyó la mía.

»No encontré la música en mi interior hasta que dejé de tener miedo a enfrentarme a mis imperfecciones. Esa música es la que quiero hacer. Y la única razón por la que estoy aquí hoy, sentado frente a vosotros, es porque conocí a alguien que me dio el valor para romper esa jaula de pretensiones y ser real.

Las notas al azar se convierten en una melodía y empieza a cantar. Esta canción no la he escuchado antes, ni en las sesiones de estudio ni en las que hizo con mis amigos, pero reconozco la letra.

Las primeras palabras me producen escalofríos. Prefiere esconderse hasta encontrar a la persona que haga que las máscaras sean innecesarias. La persona que convierta lo fingido en real.

Canta desde su corazón... y desde el mío.

Capítulo 38

ÉI

OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 Esa canción. Te juro que fui un mar de lágrimas

1doodlebug1 @OakleyFord_stanNo1 Yo también. ¿Crees que la cantó para ella?

OakleyFord_stanNo1 @1doodlebug1 La cantó para todas nosotras

No recuerdo mucho del concierto cuando termino de cantar «When It's Real». Sé que el público ha levantado sus teléfonos. Por el aplauso ensordecedor que sigue y no para intuyo que el espectáculo les ha encantado.

Las olas de adulación que normalmente me persiguen cuando bajo del escenario se desvanecen de mi cabeza porque la única persona cuya opinión me importa está justo donde la dejé.

Larson, uno de los chicos que trabajó conmigo en la gira de *Ford*, me ofrece una toalla. Me quito de un tirón la camisa empapada de sudor y me empiezo a secar. Los ojos de Vaughn se abren como platos y luego se fijan en el movimiento de mi mano. Siento un placer estúpido al saber que la afecto de esta manera, pero me muero por saber qué le ha parecido.

—¿Y bien? —exijo saber.

—Ha sido increíble. —Me mira con una luz tan brillante que ilumina toda

la estancia—. Pero ahora ya estoy malacostumbrada. Querré estar entre bastidores en todos los conciertos.

—No, tienes que verlos desde delante. La energía que se respira ahí es alucinante. Gracias, Lars. —Le lanzo la toalla y me tiende una camiseta limpia. En realidad, no me la quiero poner porque parece que estamos a cincuenta grados aquí atrás, incluso sin las luces, pero tengo que pasar por delante de cientos de fans para ir al camerino.

—Buen concierto, Oak —me dice Darsh Sethi, uno de los patrocinadores de la gira, y me da una palmadita en el brazo cuando pasamos por delante.

No me encojo ante el contacto no deseado, sobre todo porque estoy demasiado centrado en Vaughn. Ella se pega a mí y engancha un dedo en la presilla de mi pantalón. No puedo creer que esté aquí. Y por muy feliz que esté de verla, también estoy furioso. No con ella, sino con la gente que se supone que me cubre las espaldas. Jim y Claudia recibirán toda mi ira por esto. Lo que han hecho está mal. Es inaceptable. Han jugado con mi vida. Y con la de Vaughn.

Otra docena de personas se detiene para felicitar me, estrechar me la mano o darme una palmadita en el hombro. Me saludan un montón de VIPs que han pagado una fortuna para que sus hijas puedan hacerse una foto conmigo después del concierto.

Durante todo el camino, Vaughn no se aleja de mí. Me pregunto si sabrá que, si ahora me mantengo entero, es gracias a ella. Probablemente no, pero se lo diré luego.

Tardamos cuarenta y cinco minutos en cruzar unos quince metros desde el escenario hasta mi camerino.

—¿Y ahora qué? —pregunta Vaughn.

La arrastro hasta un sofá y me dejo caer en él. Otro chico me trae una botella de agua y le pregunta a Vaughn qué quiere. Pide una Coca-Cola, sin el ron.

Me trago la mitad de la botella antes de responder.

—Primero, voy a besarte, y luego me voy a duchar. Después de la ducha, te besaré durante otro rato. Cuando me haya calmado un poco, tengo que ir a saludar a algunos fans. Una vez eso esté hecho, volveremos al hotel y te besaré otro rato más.

Ella se ruboriza y ríe. Es tan jodidamente adorable que apenas puedo

contenerme. Así que me inclino y la beso en ese mismo momento. Sus labios se relajan bajo los míos y me agarra de los hombros. Me gustaría poder quedarme así toda la noche, con nuestros labios juntos mientras ella me abraza.

Alguien a quien despediré en breve carraspea y nos interrumpe.

—Lamento hacerte esto, tío, pero si quieres salir de aquí antes del amanecer, es mejor que te pongas al lío.

Pego mis labios a los de Vaughn con más fuerza hasta que ella me obliga a separarme.

—No me voy a ir a ninguna parte. —Me aparta el pelo sudado de la frente—. Habrá tiempo para todo... —Se ruboriza ante la inocente palabra—... después. Al fin y al cabo, tenemos dos meses más de gira. Al fin podré viajar.

—Son casi tres meses y eso apenas es tiempo. Nos perderemos muchos países.

—Bueno, cuando estemos de vuelta en Los Ángeles, puedes llevarme a clase a la Universidad del Sur de California. —Frunce los labios—. Si es que decido matricularme.

—Vale. —La dejo tirar de mí hasta ponerme en pie—. Ty, menos mal que te quiero, tío, sino estarías despedido.

Se ríe y me da una palmada en la espalda.

—Demasiado tarde. Voy a dimitir en cuanto termine la gira.

—¿Qué? Estaba de coña.

—Yo no. Paisley y yo empezaremos a salir de verdad...

—Alza las cejas—... lo cual significa que no puedo seguir trabajando para ti. Conflicto de intereses, ya sabes. Pero seguiré estando cerca. Vaughn dice que podremos estar en el Equipo Bennett en todas las competiciones y juegos que hagamos.

—Somos ganadores —dice Vaughn, encantada de la vida—. Y tú siempre quieres estar en el equipo ganador.

Sonrío.

—Lo sé. ¿Por qué crees que he intentado que no te me escaparas?

—Porque me quieres —dice ella sin pudor alguno.

Se me forma un nudo en la garganta.

—Es cierto, ¿sabes?

—Claro. Por eso lo he dicho.

No puedo evitar soltar una risa.

—Espera... ¿no se supone que el creído en esta relación soy yo?

—No soy creída —replica—. Solo sé que me quieres. Y sigo enfadada con Claudia y Jim por hacerme creer lo contrario.

—Yo, también. —Frunzo el ceño—. Pero no te preocupes. Van a oírme.

—Bien. —Arquea una ceja—. Por cierto, estaría bien escuchar las palabras de tu boca.

—Oh, conque quieres las palabras, ¿eh?

Retrocedo hasta el sofá y me inclino hacia delante, atrapándola en mis brazos. Ladeo la cabeza para que mi boca toque sus labios. Probablemente todos en la sala piensen que la estoy besando, pero no. Estoy haciendo algo mucho más importante.

—Eres la única persona en mi vida que no busca nada más de mí que a mí mismo y me aterroriza y me encanta al mismo tiempo. No me dejes nunca. Te quiero. Eres mi corazón.

La respiración de Vaughn se entrecorta.

—Guau. Vale. Eso ha estado genial. —Sus labios rozan los míos en un dulce beso—. Eres mío, Oakley Ford.

—Sí. Soy tuyo. —Sonrío con mis labios sobre los suyos—. Y tú, Vaughn Bennett, eres mía.

Epílogo

Starstalkerz.com.

¡Madre del amor hermoso! ¡Hemos visto mucho a Ford esta semana! Bajad para ver las fotos.

Noticia: Katrina Ford se ha tomado unos días libres del rodaje del nuevo *thriller* de Weisenberg para apoyar a su hijo en Chicago. La orgullosa madre se sentó en primera fila junto a la novia de Oakley y hemos fotografiado a las dos cantando a pleno pulmón.

Noticia: Oakley y su chica junto a un puesto de helados en Portland, acompañados de los hermanos gemelos de Vaughn. ¿No son adorables?

Noticia: Dustin Ford habla con la prensa en el preestreno de *Héroe de Guerra* sobre el nuevo álbum de Oakley. «¡Trascendental!», alabó.

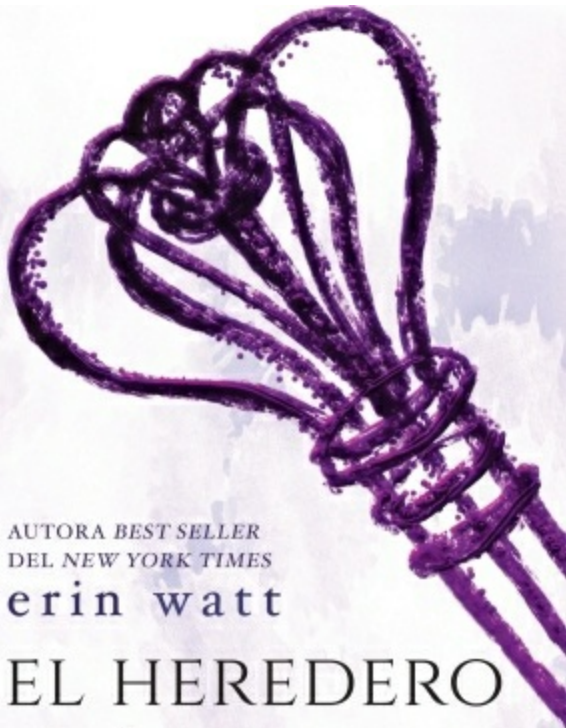
Noticia: Boston, chicos. Comiendo pizza junto a Beacon Hill: Oak, Vaughn, Paisley... ¿y ese que coge de la mano a la hermana Bennett es el antiguo guardaespaldas de Oak? ¿Doble cita, quizá?

Sobre la autora

Erin Watt es el seudónimo bajo el que se esconden Jen Frederick y Elle Kennedy, autoras de éxito en Estados Unidos, donde han llegado a las listas de los más vendidos del *New York Times* y el *Wall Street Journal* con los libros de la saga *Los Royal*. Su pasión por la escritura las embarcó en esta aventura creativa.

Jen Frederick es escritora *best seller* de novela romántica, autora de las sagas *Woodlands* y *Gridiron*.

Elle Kennedy también es autora *best seller* de novela romántica. Sus obras se caracterizan por sus grandes dosis de suspense y sus fuertes heroínas.



AUTORA BEST SELLER
DEL NEW YORK TIMES

erin watt

EL HEREDERO CAÍDO

Oz
EDITORIAL



LOS ROYAL
LIBRO 4

El heredero caído

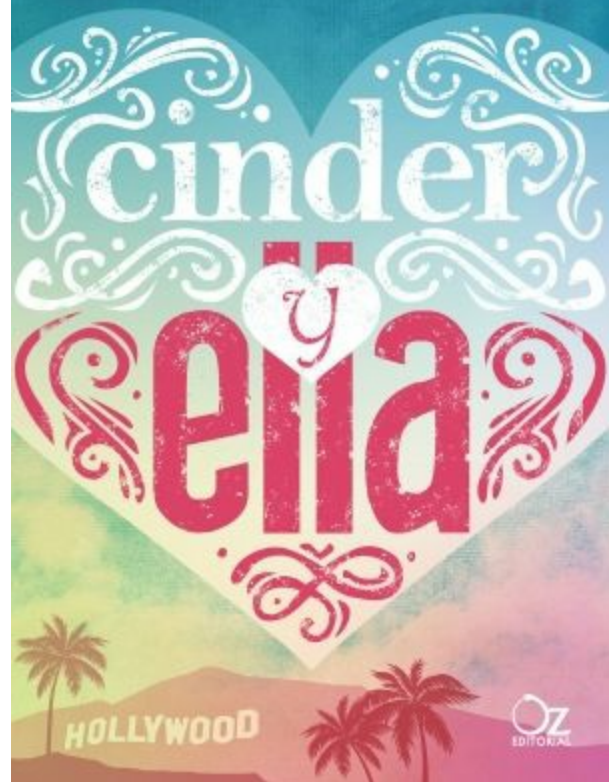
Watt, Erin
9788416224876
280 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Rivales. Reglas. Remordimientos. Los Royal acabarán contigo. Easton Royal es un triunfador: es guapo, rico e inteligente. Su meta en la vida es divertirse tanto como pueda y nunca piensa en las consecuencias de sus actos. No necesita hacerlo. Pero un día aparece en su vida Hartley Wright, una joven que pondrá su mundo patas arriba. A pesar de sentirse atraída por él, Hartley lo rechaza. Easton no entiende por qué, y eso la hace aún más irresistible. Hartley le dice que tiene que madurar. Y puede que tenga razón. Por primera vez en su vida, la riqueza y la popularidad de los Royal no será suficiente para Easton. "Me muero de ganas de hacerme con la segunda entrega de la historia de Easton. El corazón me va a mil solo con pensar en lo que ocurrirá." Hypable "El heredero caído es una novela preciosa, y la saga de Los Royal, una serie increíble." BJ's Book Blog "Cinco estrellas. Este libro lo tiene TODO. Deja lo que estés haciendo y ve a por él. En mi top ten de libros del año sin ninguna duda." Book Starlets

[Cómpralo y empieza a leer](#)

KELLY ORAM
AUTORA BEST SELLER



Cinder y Ella

Oram, Kelly

9788416224890

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué harías si tu mejor amigo virtual fuese una estrella de Hollywood? Ella vive en Boston con su madre, está en su último año de instituto y le encantan los libros de fantasía, en especial la saga de Las crónicas de Cinder. Eso la llevó a abrir un blog donde reseña libros y películas. El día de su cumpleaños, Ella sufre un grave accidente que tendrá profundas consecuencias en su vida. Brian Oliver es el actor de moda de Hollywood. Tiene legiones de seguidores y, para que alcance los galardones más preciados del cine, sus representantes deciden organizar un falso romance con Kaylee, su compañera de reparto. Todo va según lo previsto hasta que Brian recibe un correo electrónico de una vieja amiga a la que conoció por internet... "Una historia muy completa. En nada, Dreamworks hará una adaptación cinematográfica de esta novela." Anna Katmore, autora de Juega conmigo y Neverland "Pura perfección. Una historia magnífica de una joven que se enfrenta a la adversidad, y un romance a la altura del clásico que evoca, Cenicienta." Young Adult Books Central

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Monica Murphy
Segundas
oportunidades

SERIE UNA SEMANA CONTIGO #2



Segundas oportunidades (Una semana contigo 2)

Murphy, Monica

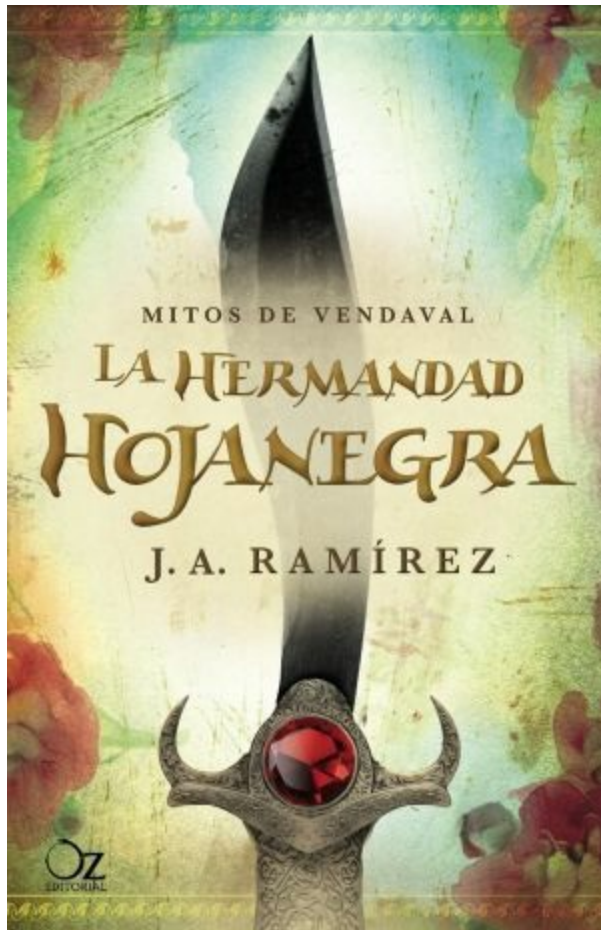
9788416224364

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Atrévete a darle una segunda oportunidad al amor Drew ha apartado a Fable de su vida porque cree que no la merece, pero no puede olvidarla. Fable ha intentado pasar página y seguir con su vida. Su madre sigue siendo un problema constante y es ella quien tiene que cuidar de su hermano Owen. Para poder pagar las facturas, Fable encuentra otro trabajo en The District, el nuevo bar de moda de la ciudad, que dirige el misterioso Colin. Pero cuando el equipo de fútbol de Drew elige celebrar un cumpleaños en The District, el corazón de Fable da un salto al pensar que volverá a verlo... Segundas oportunidades vuelve a montar a Drew y a Fable en una montaña rusa de emociones. De la alegría más desbocada a la pena más oscura, Drew y Fable son dos almas que se enfrentan al dolor de su entorno con el poder del amor y la pasión que hay entre ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La hermandad Hojanegra

Ramírez, Jose Antonio

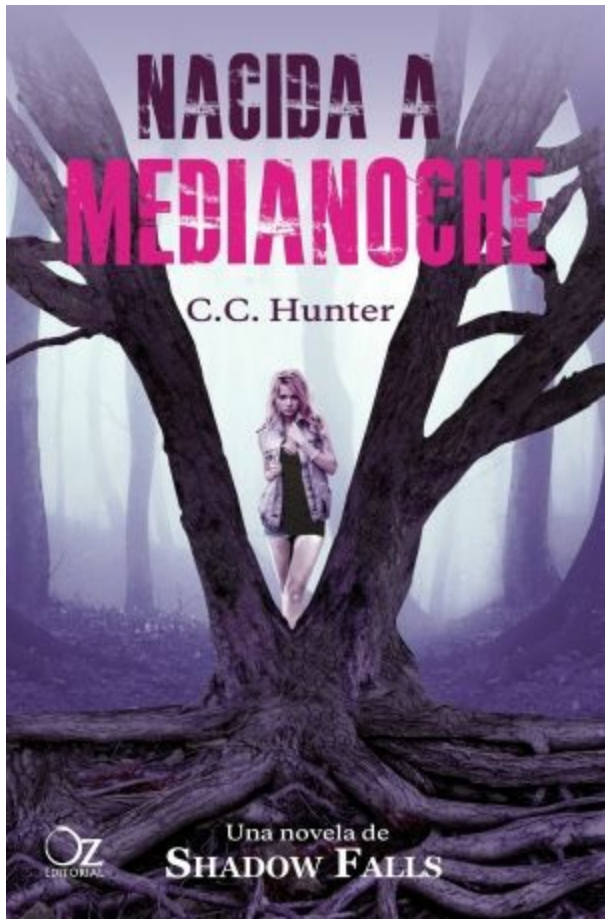
9788416224050

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Toda una población arrasada en un solo día. Más de diez ciudades en una semana. Nadie sabe de dónde viene la Plaga y mucho menos cómo detenerla. Si los cuatro reinos de Vendaval no dejan atrás las guerras y sus conflictos, no quedará nada por lo que luchar. ¿Dónde estás, Noah Evans? Los cuatro reinos de Vendaval viven en alerta máxima. La Plaga lo devasta todo, sembrando la muerte a su paso. Noah, un adolescente de Manchester, descubre la existencia de este misterioso mundo a través de sus sueños. Cuando los demonios del reino de la Discordia secuestran a su padre, Noah viaja hasta Vendaval para rescatarlo. Con la ayuda de dos soldados de la legendaria Hermandad Hojanegra, emprende una peligrosa búsqueda en la que descubrirá que su vida está ligada a Vendaval de un modo que nunca habría imaginado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



**NACIDA A
MEDIANOCHÉ**

C.C. Hunter

Oz
EDITORIAL

Una novela de
SHADOW FALLS

Nacida a medianoche

Hunter, C.C.

9788416224012

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En Shadow Falls nada es lo que parece. Kylie va a pasar el verano en el campamento Shadow Falls para adolescentes con problemas. Allí no tardará en descubrir que todos sus compañeros poseen poderes sobrenaturales: vampiros, hombres lobo, cambiaformas, brujas y hadas aprenden en el campamento a controlar sus habilidades para poder convivir con los humanos. Pero Kylie no tiene ningún poder. ¿O sí? En Shadow Falls conoce a Derek, un fae dispuesto a todo con tal de conquistarla, y a Lucas, un fascinante hombre lobo con quien comparte un secreto. Derek y Lucas son muy diferentes, pero ambos luchan por su corazón. Cuando Kylie por fin comprende que Shadow Falls es el lugar al que pertenece, el campamento corre el riesgo de ser destruido por una amenaza mayor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)